

Que no se te olvide:

"El sexo alivia la  
tensión, el amor la  
aumenta"

ANNABEL VÁZQUEZ





Puedes vernos al cruzar cualquier esquina en Barcelona, sin duda provocaremos tu curiosidad y te volverás para mirarnos atraído por el magnetismos y esas risas que siempre nos acompañan, querrás saber más acerca de nosotras.

Si me preguntas directamente a mí, te diré que hoy, justo en este momento, somos cuatro leonas buscando desmadre por nuestra ciudad, nos compenetramos tan bien que unidas formamos la mujer perfecta:

Mónica profesora de matemáticas en educación secundaria es el cerebro, la cabeza pensante. Solo hay que proponerle una idea y ella se encarga de calcular en cero como dos segundos las probabilidades de éxito, los riesgos, posibles complicaciones, ventajas y desventajas. Es una máquina en lo suyo, no nos atrevemos a cuestionar nada de lo que ella dice porque siempre tiene la razón, nunca se equivoca. Particularmente a mí, me da algo de miedo...

Lore es nuestro amigo gay, la "juerguista", la que siempre sabe cómo sacarte una sonrisa incluso en los peores momentos. Constituye una parte importante de la ecuación, ¡ah! y Lore viene de Lorenzo, pero él odia que le llamemos por su nombre completo. Así que durante el día es un prestigioso abogado de éxito; Lorenzo Falcó y por las noches se transforma en nuestra inseparable y querida Lore: el terremoto de la ciudad condal.

Elena... ¡qué decir de ella! es pediatra, la sensata, prudente y comedida amiga que todo el mundo quiere tener al lado, sobre todo cuando salimos de fiesta, es algo así como una madre prematura: te previene, te advierte, te aconseja... incluso te sujeta la cabeza en el baño mientras estás vomitando. Todo un amor y a la vez, una aguafiestas nata.

Y solo quedo yo: Secretaria, traductora y relaciones públicas de una empresa de bronceadores extranjera: *Soltan*. Mi papel aquí también es crucial, pues yo me encargo de unir este atípico cuarteto.

Recientemente las he convencido para irnos a vivir juntas a un piso de alquiler en el centro, dado que las cosas están difíciles para independizarnos por nuestra cuenta con un solo sueldo. Desde luego, ha sido lo mejor que he hecho en mi vida, somos una piña y nos llevamos fenomenal. Por cierto, mi nombre es Anna.

-¿Se puede saber en qué piensas?

Me echo a reír. Me giro hacia Lore y digo:

-¿Te das cuenta que parecemos el principio de un chiste? ¿Qué hace una profesora, un abogado, una médico y una secretaria en un una discoteca?

-¿Es que a caso no es evidente? -Pregunta Lore con su acento afeminado que tanto nos gusta. Pone los ojos en blanco y continúa- ¡Buscar hombres!

Empezamos a reír.

-Las probabilidades de encontrar un hombre decente aquí son del dos por ciento.

-¡Ala! -Me quejo censurando a Mónica con la mirada-

-Bueno con que uno de esos dos sea para mí...

Lore le da un beso a Elena en la cara mientras la coge del brazo y tira de ella.

-¡Así me gusta cariño! ante todo positivismo.

Nos miramos entre nosotras y volvemos a reír. Elena no encontraría un hombre decente ni aunque se lo fabricaran expresamente para ella.

La música nos aturde nada más entrar en el local. En vistas de los jóvenes que hay en la pista me pregunto si no seremos ya un poco mayores para esto. Pero bueno, somos treintañeras, guapas, decididas y... a nadie le amarga un *yogurín*.

-Lore, ¿Por qué insistes siempre en llevarnos a este tipo de sitios? -Pregunta Mónica frunciendo el ceño- Solo hay niñatos, morenos y guiris.

-Estamos en el puerto reina. ¿Qué esperas encontrar?

-¿Qué tienes en contra de los niñatos, morenos y guiris? -Le pregunto alzando una ceja-

Ella se sube las gafas con el dedo índice, se acerca a mi oído y susurra:

-Las probabilidades de encontrar ahora un tipo decente acaban de descender brutalmente a una entre mil. Teniendo en cuenta que ese uno se haya equivocado de dirección y por casualidades de la vida se vea arrastrado por una multitud enloquecida que lo ha metido aquí por error.

Estallo en carcajadas.

-¡Relájate y disfruta! ¿Has visto esos guiris? -Señalo a la otra

punta de la sala.-

-¿Cuáles? ¿los rojos gamba o los gordos *fast food* que no sueltan el cubata?

-Los rojo gamba.

-Sí, ¿Qué pasa?

-Te están mirando.

Ella se gira escéptica.

-No me hagas reír.

-¡Lo digo enserio! ¡Mira como te mira aquél grandullón de ahí!  
¿Hacemos apuestas? ¿Qué crees que son alemanes o ingleses?

Se ajusta las gafas al puente de la nariz y yo vuelvo a reír.

-Ingleses. Su color es un tono más rosado que los alemanes.

Las carcajadas se me escapan sin poder refrenarlas.

-¡Eh reinas! -Lore viene cargado con unos vasos de cubata y nos entrega uno a cada una- ¿Ya estáis mirando el percal? ¿Alguno que valga la pena?

-Mónica ha ligado con los gamba de ahí. -Le digo señalando al grupo-

-¡No digas tonterías! -Protesta ella-

-¡Ufff reinas! me muero por jugar con una de esas gambas, me da igual lo que digáis, hoy estoy algo suelta.

Nos reímos al unísono.

-Bueno, ¿bailamos o no? -Pregunta Elena al tiempo que tira de mí con fuerza y me conduce hasta el centro de la pista-

En poco tiempo, nos dejamos envolver por el reggaeton, tan pegadizo, animado y repetitivo. La sencillez de su letra nos impulsa a cantarla en voz alta mientras nos movemos como dos lobas en celo, provocando las miradas indiscretas de todos los hombres. Bebemos y reímos mientras bailamos, nos tocamos y disfrutamos como dos niñas pequeñas que ahora mismo son el centro de toda expectación.

Lore y Mónica se unen al grupo poco después. Sujeto la mano de Mónica y la obligo a que me coja por detrás mientras me contoneo de manera provocativa delante de ella. Está algo rígida, pero a medida que el alcohol va entrando en su organismo se deja llevar y juntas ofrecemos un espectáculo digno de adoración.

Nuestra presencia se hace notar.

Los camareros nos invitan a las siguientes copas, ya han

entendido que mientras nosotras estemos allí su local no se va a quedar vacío. Poco a poco los moscones acuden a la miel, nos rodean y bailan, deseando que alguna de nosotras se restriegue contra ellos.

Por desgracia ninguno nos atrae lo suficiente.

La gente va abarrotando el lugar casi sin darnos cuenta. Cada vez estamos más apretadas y manos extrañas nos tocan, acarician y tiran de nosotras reclamándonos, pero siempre encontramos la forma de alejarnos de todo ese bullicio y volver a crear un círculo seguro, donde nos permitimos el lujo de disfrutar de nuestros cuerpos en solitario.

La fiesta se pone interesante poco a poco. Lore ya ha encontrado un cubano a quién asaltar en una esquina de la sala. Me río, me muevo y me giro mientras busco a Mónica y la acerco a mí juntando sus caderas a las mías. Está muy desinhibida, se coge a mi cintura y empieza a descender de forma sinuosa. Me echo a reír, en cuanto se lo cuente mañana no se lo cree.

Pronto el calor se hace sofocante. Me separo de ella para acercarme a la barra en busca de más bebida pero una mano me agarra de forma inesperada y tira de mí. Me dejo guiar y topo con el torso duro de un moreno espectacular. Se ciñe a mí para bailar, pero de forma graciosa, bailando a su alrededor como la bailarina de una cajita de música, consigo esquivarle y reanudo el camino hacia la barra.

-Vodka rojo con naranja. -Grito y el camarero me tiende la copa de inmediato-

-Ésta de parte de la casa.

-¡Gracias! -Respondo animada-

-¿No crees que ya has bebido bastante? -Elena no está muy contenta. Tiene los brazos a modo de jarras y me contempla con reprobación-

-Esta es la última. -Le digo para que se calle, aunque lo cierto es que no me lo creo ni yo- ¡Vivir mi vida! -Grito de alegría no bien escucho a Marc Anthony y su particular ritmo latino del verano-

Cojo su mano ignorando las protestas hasta llegar a la pista, para volver a bailar mientras canto:

*Voy a reír  
voy a bailar  
vivir mi vida la la la la...  
Voy a reír*

*voy a gozar  
vivir mi vida la la la la...*

Formo un arco con mi brazo en alto y le animo a pasar por debajo, después yo hago lo mismo por el de ella. Un paso para delante, otro para atrás, media vuelta y... ¡toma! movimiento de caderas, un sorbo a mi cubata y otra vuelta más. Dejo que el ritmo me posea, cierro los ojos y me concentro en esas trompetas junto a los tambores, balanceo mi cabeza lentamente sin mirar a nadie, únicamente disfruto de lo mucho que me gusta esta sensación. Cuando bailo me siento libre.

Unas manos me sostienen la cintura mientras acompañan el ritmo sensual de mis movimientos. Inclino la cabeza hacia atrás, pero me resisto a abrir los ojos todavía, estoy muy a gusto así. Esas manos extrañas me recorren de arriba abajo mientras yo me balanceo dejándome llevar por la música. Mi subidón se viene abajo cuando la cara de la persona que hay detrás de mí se acerca a mi cuello. Sin dejar de bailar doy media vuelta, miro a mi moreno, ese que antes intentó retenerme y doy un trago a mi bebida antes de desaparecer.

Mis amigas tampoco se quedan atrás, los hombres nos han separado. Ellas parecen contentas bailando con todo aquél que se presta. Sonrío. Me gusta verlas felices y es que al final Lore tiene razón, este sitio no es tan malo.

Tras el último cubata viene otro y otro más. El calor se apodera de mí, estoy sudando de tanto bailar. Mónica está ligando con *un gamba*. Se le ve nerviosa, lo sé por la forma en la que se sube constantemente las gafas con el dedo índice. No, si al final alguien va a dormir calentita esta noche...

-¡Preciosa! -Me giro enérgicamente, mi moreno vuelve a la carga, ya lo echaba de menos.- ¿Cómo te llamas?

Le dedico la mejor de mis sonrisas, apuro mi bebida y de forma elegante me acerco a él, solo para ponerle el vaso vacío en la mano. Doy una vuelta a su alrededor y cuando cree que voy a besarle, desaparezco en dirección opuesta. ¡Pero qué mala soy! ¡Me encanta ir de mujer fatal por la vida!

-Vaya, vaya, vaya... ¿qué te parece la pesca de Mónica? - Pregunto a Elena, que descansa recostada contra una columna.-

Ella arruga los labios. Se lo piensa. Transcurridos unos segundos arquea las cejas y suelta:

-El gamba tiene un buen culo.

Empiezo a reír.

-¿He escuchado bien? ¿Has dicho que tiene un buen culo?

-¡Ay hija tengo ojos en la cara! ¿Qué quieres?

Le miro atónita antes de que una nueva carcajada vuelva a sacudirme.

-¿Has bebido? -Le pregunto sin esconder mi cara de asombro.-

-¡Claro que no! ¿Soy yo quién conduce, recuerdas?

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a la barra.

-¡Hola cachas! ponme lo mismo de antes, vodka rojo con naranja.

El camarero me guiña un ojo y me complace enseguida.

¡Dios qué bien me sienta la bebida! lo cierto es que ya veo algo borroso, parece que estoy flotando en mitad de la pista, pero esta sensación me gusta. Vuelvo a cerrar los ojos y bailo, bailo, bailo hasta prácticamente caer rendida.

¡Joder qué ganas de mear!

Aprieto las piernas y corro con pasitos cortos hacia el baño, como no, hay cola en el pequeño vestíbulo. Bufo desesperada, pero no pienso mearme encima, ¡eso jamás! así que aparto a la gente, me cuelo echando a un lado a hombres, empujando a mujeres que me llaman de todo hasta que finalmente encuentro un váter despejado.

¡Qué gustito!

En cuanto salgo de la pequeña cabina miro con atención la puerta. Está llena de gente que se empuja por entrar, pero yo ahora quiero salir.

Cojo aire, doy otro trago a mi cubata. ¡Vamos allá!

-Perdón, disculpe, lo siento, paso...

Suspiro frustrada. No puedo a penas moverme. Estoy otra vez en ese vestíbulo, hay tanta gente que agobia. Miro de reojo al baño de los hombres, no parece que esté mucho mejor que el de mujeres, también se atropellan por entrar.

Me quedo en mitad del nudo. Bueno, al final cederá por algún lado... me empujan y yo envisto hacia la salida. Cojo aire, para colmo soy tan bajita que tanto alto me está empezando a agobiar de verdad. Entonces me cuadro.

¡Se acabó!



La marabunta va moviendo mi cuerpo hasta dejarme de lado. Resignada al vapuleo de cuerpos ajenos proyectando sobre el mío sin ningún tipo de contemplación, miro al chico que ha quedado plantado justo delante de mis narices. Tiene la misma cara de estrés que yo, bueno quizás él un poco más. Se me escapa la risa tras ver ese extraño gesto ceñudo que parece como si hubiera estado un buen rato chupado limón; tan serio, amargado y estirado que me hace muchísima gracia, no lo puedo evitar ¡Como si eso sirviera de algo!

Con el último empujón me pegan un poco más a él. Percibo su envolvente calor.

Bueno ya puestos, vamos a aprovechar el ratito...

Alzo mis manos, con el cubata y todo para rodear su largo cuello y, omitiendo su cara de confusión y cabreo al mismo tiempo, le beso.

Sus labios están tirantes, es como besar a una piedra. Sonrío porque no pienso darme por vencida, chato. Entreabro sus labios con los míos al tiempo que giro la cabeza para acomodarme a él. Me muevo lentamente con pequeños besos cortos, en cuanto me canso, me separo un poco, solo para perfilar sus labios con la punta de mi lengua. Sigue tan quieto que si no fuera por el excesivo calor que desprende su cuerpo pensaría que está muerto. Tras constatar que sus constantes vitales son las adecuadas, decido no rendirme, le agarro aún más fuerte, emito un ronco suspiro en su boca y pongo mis labios nuevamente sobre los suyos mientras introduzco la lengua lentamente y le saboreo. Sabe bien. Le muerdo el labio inferior con mimo y vuelvo a besarle con insistencia hasta echar abajo su resistencia. Me corresponde tímidamente, incluso imita algunos de mis movimientos dejándose llevar por la situación.

-Bésame. -Susurro en su boca ligeramente entreabierta-

Poco a poco el hielo de sus labios se funde, me aprieta contra él y me mete la lengua buscando insistentemente las caricias de la mía. Me acoplo a su ritmo, ladeándome para abarcar la totalidad de su boca lenta y concienzudamente. Todo es ternura, pasión, cuidado, mimo, deleite... la música me dice que no corra, que me mueva despacio, despertando aún más su sed de mí.

Cuando la presión a nuestro alrededor ha disminuido, me retiro con cuidado mientras le dedico una de mis sonrisas. Menos mal, al menos es guapo.

Deshago el nudo alrededor de su cuello y me encamino

satisfecha hacia mi grupo. No me giro para mirarle, solo ha sido un beso, pero no quiero nada más.

Mis amigos se alinean en cuanto me acerco, sin más preámbulos me hacen una ola con los brazos. ¡Qué bobos son!

-¡Vaya con mi reina mora que callado se lo tenía! ¿no te crees que la mosquita muerta va y se enrolla con el guiri *buenorro*?

-¿Era un guiri? -Miro hacia atrás pero él ya no está. Me encojo de hombros- Ya decía yo que besaba como el culo...

Lore estalla en carcajadas, me coge de los hombros y susurra cerca de mi oreja:

-Pues no era eso lo que parecía.

Volvemos a reír y sin más regresamos a la pista abarrotada. Esta es una noche loca, de desfase, idónea para hacer locuras, pero con cabeza... si no ahí está Elena para recordárnoslo.

La fiesta se prolonga un par de horas más antes de decidir regresar a casa. La cabeza me da vueltas en cuanto salimos del local y buscamos nuestro coche. Mientras avanzamos, nos damos cuenta que los hombres que están fuera nos miran, por suerte Lore es un terrible metrosexual de casi metro noventa. Nadie se atreve a acercarse estando él con nosotras. Una más de las ventajas de salir de fiesta con un hombre.



Como ya es habitual, después de la juerga de anoche, hoy estoy hecha polvo. Tengo la boca seca y en mi cabeza se ha confinado un carnaval brasileño aporreando incesantemente sus timbales.

Colores... percibo colores que me ciegan por toooodas partes. Esto no debe ser bueno.

Me siento en el sofá como una abuela de quinientos años, sin encender la televisión, únicamente arropada por mi manta de lana mientras sostengo una enorme taza de café con ambas manos. Bostezo. ¡Dios que sueño tengo! Miro hacia la mesa del comedor. Mónica está corrigiendo exámenes, prácticamente no levanta la cabeza del papel.

-¡AAAAAAAAAHHHHH!

Mónica y yo nos miramos al mismo tiempo. Elevo las cejas como diciendo: “¿Qué pasa”? ella se encoje de hombros.

-¡AAAHH!

Elena entra en la habitación y se tira sobre el sofá refugiándose tras mi manta.

-¿Qué haces? -Le pregunto con los ojos abiertos como platos-

-¡Oh Anna! he visto una cosa monstruosa.

-¿Qué? -Le demando con impaciencia-

Ella nos mira a Mónica y a mí y susurrando muy bajito añade:

-He visto la anguila de un solo ojo, pero no es una anguila, ¡sino una boa!

-¿Te has tomado algo Elena?

Ella empieza a reír como una posesa. Está completamente roja, se toca la cara con nerviosismos antes de continuar.

-Le he visto la pichurra a Lore. Es... ¡enorme!

-¿Enserio?

Mónica y yo nos miramos, sonreímos y juntas gritamos:

-¡¡¡Lore!!!

No aparece. Así que las tres nos levantamos para ir en su encuentro. Llegamos a su habitación y lo encontramos planchando la camisa que se pondrá mañana, aún tiene la toalla anudada a la cadera pues no le ha dado tiempo a vestirse.

-¿Qué? -Nos mira con miedo. Nostras sonreímos.-

-Lo siento Lore, tenemos que verla. -Añado con picardía, el dolor de cabeza se ha esfumado de repente-

-¡¿Qué?! ¡Por supuesto qué no chicas! ¿En qué coño estáis pensando?

-¡Vamos enséñasela, saca a la boa de su cueva!

-Lore... no puedes ocultar un inquilino más en esta casa sin que nos demos cuenta. -Nos acercamos intimidándole sin parar de reír, él deja la plancha en su sitio y retrocede lentamente-

-¡Stop! ¡Quietas ahí, ni un paso más!

Sigue esquivándonos, pero somos mayoría, esta batalla la tenemos ganada.

-¡A por él!

Corremos para atraparlo, él se mueve más rápido y corre por el pasillo dejándonos atrás. Entre risas le perseguimos, lo acorralamos en el comedor mientras nos encargamos de bloquear todas las salidas. Ahora no tiene escapatoria.

-Vamos Lore, no seas tímido... -Se me escapa una risita mientras me acerco-

Él se ríe, se da cuenta que está atrapado y se rinde. No le queda otra más que levantar las manos concediéndonos la victoria.

-Está bien, así que queréis ver a mi preciosidad.

-¡Lo estamos deseando!

Volvemos a reír.

Lore suspira, niega risueño con la cabeza y con un movimiento firme retira su toalla dejándola caer al suelo.

-¡La leche Lore! ¿dónde escondes todo eso?

Nos reímos como locas. Nerviosas.

Él se encoge de hombros de forma divertida.

-La reservo para alguien especial. -Se mofa-

-¡Es brutal! debe tener como mínimo unos dieciocho centímetros sin estar erecta. -Dice Mónica acercándose a la cosita de Lore mientras se ajusta las gafas al puente de la nariz-

-Dieciocho y medio en estado natural. -Corroboro Lore muy pegado de sí mismo-

-¿Se puede tocar?

No puedo más, vuelvo a estallar en carcajadas y más tras ver la cara de asco que ha puesto Lore.

-¡Ni soñarlo reina! se mira pero no se toca.

-¡No hay derecho! -Espeta Elena dejándonos a todos impresionados- Tanto potencial tirado a la basura, no hay ninguna mujer que pueda disfrutarlo.

La miramos, la miramos, la miramos y luego reímos todos a la vez. Estos arranques suyos son una pasada, por desgracia no hay muchos, es una verdadera lástima.

-Sois unas guarronas desesperadas. A ver si ahora voy a tener que denunciaros por acoso sexual...

-¡Aish Lore! si solo fuera por acoso sexual... tal y como estamos las tres podría ser incluso una denuncia por violación.

Las carcajadas no dejan de fluir mientras nos resistimos a apartar la vista de esa enorme boa que Lore esconde entre sus piernas. Cuando por fin se vuelve a cubrir su intimidad, para tajarla de nuestras indiscretas miradas, las tres regresamos a nuestros quehaceres, aunque aturcidas tras lo que acabamos de presenciar, ahora tenemos un nuevo motivo para soñar por las noches.

-Madre mía... todavía no se me quita de la cabeza el aparatito de Lore...

Miro a Mónica y le dedico una sonrisa.

-Sí, yo también me he quedado traspuesta, eso tan grande ahí colgando asusta...

-¿Pero eso es normal?

Suspiro.

-Sinceramente no lo creo.

Como era de esperar Lore y su juguetito es el tema de conversación durante toda la tarde. Acaloradas, volvemos a recordar la situación y las risas se desatan con naturalidad. Lo pasamos bien, juntas no hay lugar para el aburrimiento ni la monotonía, ¿se puede pedir más?

Como cada lunes me levanto con el tiempo justo. Me ducho y mientras me lavo los dientes, saco la ropa del armario. Hoy toca un vestido verde anudado al cuello. Se ciñe a la cintura cayendo con algo de vuelo hasta las rodillas. Elijo una chaqueta negra para combinar con los zapatos.

Una vez vestida me seco el pelo dejándolo suelto, tan solo coloco unas invisibles horquillas a los lados para impedir que caigan los mechones más cortos sobre los ojos.

Tomo mis dos píldoras de vitaminas diarias, me preparo un café en un vaso de plástico y salgo apresuradamente a la calle. Llego tarde, ¡mierda! ¡como siempre!

Cojo el metro. Nunca me siento, paso de pelearme por los pocos asientos que me quedan libres así que voy desde *Drassanes* a *passeig de Gràcia* de pie, junto a una barra de acero inoxidable. Siempre las mismas caras de sueño, el mismo olor, sonido y traqueteo de esa máquina infernal recorriendo a toda leche los túneles subterráneos de Barcelona.

Me sitúo frente a la puerta para correr hacia fuera justo en el momento en que se abren. Subo las escaleras esquivando a los más lentos, paso las barreras metálicas y emerjo hacia la superficie. En cuanto mis ojos se adaptan a la luz, recorro el paseo hasta llegar a las oficinas. Están en uno de los edificios más emblemáticos, es un tanto antiguo pero a mí me encanta.

-Buenos días Pol, hoy tienes cara de haber follado como un loco.

Eso en nuestro idioma significa que tenemos buen aspecto. El guarda de seguridad me sonrío, es un cubano guasón, como yo le llamo.

-Lo mismo digo mamita rica. ¿Una noche loca?

-Uuuuffff no lo sabes bien. -Le dedico media sonrisa perversa mientras me meto en el ascensor y espero a que las puertas se cierren-.

Asciendo al séptimo piso y corro enérgicamente hacia mi puesto mientras miro la hora en el reloj de pared.

Las 9:03h. Podría ser peor.

-Buenos días Anna, hoy tenemos día movidito en la oficina.

Miro a Vanessa mientras profiero un largo suspiro.

-Ponme al día, anda.

-El jefe trama algo. No han parado de entrar y salir hombres desde las ocho de la mañana.

-¿Desde las ocho? vaya, pues sí que ha madrugado ¿Crees que es por lo de su jubilación?

-No lo sé. Hay algo que no me cuadra. ¿Te acuerdas de ese tal señor Norton que iba a suplirle?

-Sí. Estuvo aquí la semana pasada, revisando cuentas. Pues bien, algo ha debido pasar porque ese tío no ha vuelto por aquí.

El timbrado de mi teléfono nos hace dar un respingo. Levanto rápidamente el auricular.

-Buenos días. Habla con la señorita Suárez.

-Venga a mi despacho en cuanto pueda Anna.

Cuelgo y miro a Vanessa.

-Voy a ver qué está pasando.

-De acuerdo, mantenme informada.

Me levanto, estiro mi vestido, cojo la libreta de notas y mientras inspiro profundamente me dirijo con la cabeza erguida hacia el despacho del jefe. No sé por qué siempre que tengo que ir se me eriza el vello del cuerpo entero.

-Buenos días señor Orwell.

Desde aquí solo se le ve su espesa cabellera blanca. En cuanto se gira sobre su sillón de orejas, me mira. Parece distraído, incluso más envejecido que la semana pasada. Sus arrugas alrededor de los ojos son profundas, y su tez que en algún momento debió ser híper blanca ahora está moteada, impregnada de pequeñas manchas marrones como si hubiera estado tomando el sol con colador.

-Acérquese señorita Suárez, tengo que comunicarle algo importante.

Hago lo que me pide, me acerco unos cuantos pasos más pero no me siento. Prefiero continuar de pie con las manos entrelazadas sobre la libreta.

-Quiero que convoque a todo el personal para celebrar una reunión extraordinaria este miércoles. Quiero hacer público quién será mi sucesor.

Alzo la libreta, la coloco con cuidado sobre mi antebrazo y



empiezo a coger notas.

-Muy bien señor. ¿A qué hora convoco la reunión? ¿Quiere que se lo notifique personalmente al señor Norton?

Me he hecho la tonta adrede, si ese tal señor Norton no va a ser nuestro jefe quiero saberlo, además todos andamos algo nerviosos últimamente con tanto secretismos. Mi jefe suspira, se recuesta en su silla haciéndola chirriar y contesta:

-Convóquela por la mañana, después del desayuno. Y respecto al señor Norton... bueno, digamos que al final hemos decidido prescindir de sus servicios.

Le miro con los ojos muy abiertos. Sin atreverme a añadir nada.

-Mi sucesor será James Orwell. -Frunzo el ceño sin comprender. ¿Me toma el pelo? ¡James Orwell es él!- Mi hijo. -Aclara viendo la evidente confusión en mi rostro-

Anoto su nombre en mi libreta, pero no salgo de mi asombro, no era consciente de que tenía un hijo y casi preferiría al desconocido señor Norton, otro Orwell en este despacho puede ser agotador además de exasperante.

En ese momento llaman a la puerta y entran sin esperar respuesta.

Me giro para ver de quién se trata.

-Señorita Suárez, le presento a mí hijo, James Orwell Farrell.

Es un chico joven, atractivo. Su porte es serio además su atuendo no es nada apropiado para su edad. Pero eso es algo muy inglés, siempre parece como si les hubieran metido un palo por el culo y a penas pudieran moverse.

-Señor Orwell... -Digo y tiendo mi mano a modo de cordial saludo. Él me entrega la suya y la estrecha con fuerza-

-Señorita Suárez, un placer conocerla.

-Igualmente.

Madre mía qué tío más encorsetado. ¡Uf! ya decía yo que me sonaba nada más verlo, es clavadito, clavadito a su padre, aunque con treinta años menos.

-Quiero que se encargue especialmente de la presentación. - Miro al jefe viejo y continúo apuntando- No debe ser algo muy extenso, prefiero algo sencillo y claro.

-Si señor.

-Bien, pues ya puede retirarse señorita Suárez.  
Asiento y salgo del despacho cerrando poco a poco la puerta tras de mí.

-¿Y bien?

Doy un respingo.

-¡Joder Vane qué susto me has dado!

-¡Vamos, habla! ya me he comido todas las uñas de la mano izquierda de los nervios que me entran.

Nos dirigimos a nuestros puestos y mientras hacemos ver que estamos ordenando una montaña de papeles le cuento. Ella escucha todo lo que le digo, sigue desconfiada, pero la verdad que yo no veo que sea para tanto. Los jefes son jefes, da igual uno que otro, son igual de tocapelotas.

En la hora del desayuno, Vanessa y yo salimos de la empresa. Disponemos de veinte minutos y preferimos el café del bar de enfrente. Además Mónica trabaja muy cerca y siempre que tiene alguna hora libre se acerca para coincidir con nosotras. Esa mañana cogemos la mesa de siempre, nos sentamos a desayunar, dispuestas a soltar toda esa tanda de cuchicheos que corren por la oficina.

Aunque hoy especialmente Vanessa solo habla de nuestro próximo jefe. Los cambios le pueden, no los lleva nada bien y como siga por ese camino, al final, me va a pegar todo ese mal rollo. Hoy solo prefiero darle la razón sin entrar en una discusión con ella, no añado nada, le dejo desahogarse conmigo porque sé que es justo lo que necesita en ese momento: que la escuchen.

Al salir del trabajo paso por el ambulatorio y recojo a Elena. Su sonrisa y sus ojos se expanden nada más verme, como si acabara de divisar un vaso de agua fresca en mitad del desierto. Me acerco trotando hacia ella y no le doy tiempo a reaccionar que la envisto con uno de mis fuertes achuchones.

-¡Qué alegría verte! -Dice correspondiendo a mi fuerte abrazo. Le doy un sonoro beso en la mejilla y la cojo del brazo correspondiendo a su entusiasmo-.

-He pensado que podríamos ir de compras. Necesito ropa.

-¡Claro!

Tiro de ella ilusionada por las estrechas calles de Barcelona mientras nos ponemos al día de cotilleos y pequeños acontecimientos del trabajo. Ella me habla de un tal Carlos, compañero de faena. Lleva días mencionándolo y sé que le gusta, pero como es propio en ella, jamás le dirá nada, es más, si puede lo esquivará para no toparse con él. Jamás he entendido por qué hay gente que hace eso. Debería hablarle, despertar su interés, incluso proponerle una cita si este no reacciona, hoy en día las mujeres también podemos llevar la iniciativa. Pero su mente anclada en el romanticismo de novela sud americana le impide hacerlo.

La primera tienda en la que entramos es *Desigual*. ¡Me encanta la ropa de este sitio!

-¡Madre mía Elena mira este vestido!

Le enseño un vestido de colores chillones, donde predomina el rojo, el amarillo y el negro. Es ajustado y llega hasta medio muslo, perfecto para combinar con leotardos negros.

-Es bonito.

-¡Ya te digo! tengo una presentación el miércoles. ¿Crees que es adecuado?

Hace una mueca.

-No sé... ¿no te parece que tiene demasiado colorido?

Pongo los ojos en blanco. A veces parece que estoy hablando con mi abuela.

-Esa es la gracia, los colores transmiten mucho positivismo y dan alegría, ¿no crees?

-Allá tú... pero yo lo veo demasiado informal.

-Pues a mí me gusta. Además, tendrías que ver a mis jefes, visten como el culo. Pueden llevar unos trajes carísimos, pero tan sosos y con tan poca gracia...

-Razón de más para que vayas acorde con ellos y elijas otra cosa.

-¡Qué dices! razón de más para que yo dé la nota de color que les falta a esos rígidos ingleses.

Elena meneaba la cabeza.

-Nunca entenderé tu forma de ver la vida. Siempre vas al revés de lo que todos esperan.

-¿Y para qué queremos ir todos en la misma dirección y ser tan previsibles? -Muevo el vestido de delante hacia atrás, me gusta. Me lo voy a llevar.- Este de aquí se viene conmigo.

Sigo mirando, los abrigos también son una pasada, ya tengo uno de esta marca pero es un poco antiguo, voy a comprarme también el de la nueva colección.

Tras un abrigo, un vestido, dos camisetas y un conjunto monísimo de pulseras nos vamos de la tienda. Yo con 300 euros menos en el bolsillo, madre mía, podría estar días gastando sin parar.

Elena insiste para que vayamos al *corte inglés*. Recorremos la sección femenina de cabo a rabo hasta que encuentra un traje de chaqueta negro que le gusta. Como no, aquí también compro algo, me ha llamado la atención unas camisetas *Salsa* que se pueden transformar en diferentes piezas de ropa si tienes la originalidad y el buen gusto necesario, ese es mi caso. Cojo una de color rojo chillón que me queda de muerte, incluso a Elena le gusta.

-Comprar me desestresa una barbaridad.

-Gastar es maravilloso mientras se puede, pero luego llegan los remordimientos, justo a final de mes, cuando solo te queda en la despensa medio paquete de arroz y un trozo de queso rancio en la nevera.

Elena asiente mi comentario.

-Suerte que en casa somos cuatro.

Sonrío.

-Y ahora... un poco de maquillaje.

-¿Más cosas?

-¡Es necesario! tenemos que encontrar colores que combinen con la ropa que acabamos de comprarnos.

Me mira con los ojos desorbitados y luego estalla en carcajadas, pero no dice nada más, me acompaña y juntas entramos en *Kiko*, maquillaje accesible para todos los bolsillos.

Cojo un pintalabios rojo manzana y me lo aplico directamente en los labios.

-¿Qué te parece este color? -Digo haciendo morritos en su dirección-

-Muy de cabaret años cincuenta...

-Aishhh... ¿nunca tienes nada bueno que decir?

Me quito ese color con una esponjita desmaquilladora y me pongo otro un tono más granate.

-¿Y este?

Niega con la cabeza. En su lugar me entrega un color rosa claro que de seguro sé que con mi tono moreno de piel quedará fatal.

-¡Ese color ni pensarlo!

Me miro en el espejo, presiono los labios para que el maquillaje quede más uniforme y vuelvo a poner mi cara de supermodelo.

-No sé... me falta algo...

-¿El qué?

-No acabo de verlo bien...

Cojo otro pintalabios y entonces veo como un chico con la camiseta de *Kiko* repone unos pintañas. Nunca había visto un chico trabajando en una tienda como esta. Sonrío con maldad.

-Oh no, esa mirada...

Asiento a los silenciosos pensamientos de mi amiga. Me conoce bien.

-¡Perdona! -Digo al chico reponedor que no tarda en girarse en mi dirección.-

-¿En qué puedo ayudarla?

-Verás, es que este color no acaba de convencerme... ¿Le importaría que hiciera una prueba para ver qué tal se ve?

El chico mira a Elena al tiempo que frunce el ceño. Ella pone los ojos en blanco y alza las manos dándole a entender que estoy loca.

-¡Claro! -Responde el chico al final sin saber exactamente lo

que voy a hacer-

Sonrío. Sostengo su rostro y rápidamente le planto un beso en la mejilla. el color granate se queda marcado. Oriento la cara del chico en la dirección de Elena y le pregunto:

-¿Cómo lo ves?

Ella sonrío avergonzada.

Cojo el primer color, el rojo manzana y me lo aplico encima. Bajo la atenta mirada del chico, que ahora parece asustado, vuelvo a besarle en la otra mejilla dejando mi estampado.

-¿Ves? este color es mucho más intenso. ¡Dónde va a parar!

-Anda, decídete ya...

-¿Tú qué opinas? -Le digo al chico mientras le empujo hacia el espejo- ¿Cuál te gusta más?

El pobre está tan rojo y descuadrado que apenas sabe qué contestar, aunque finalmente se arma de valor y dice:

-Sí, este segundo es más bonito.

-¿Lo ves Elena? yo tenía razón...

Antes de separarme del chico, me pongo de puntillas y le doy un pequeño beso en los labios. Al ver el color que he dejado grabado en ellos estallo en carcajadas.

-Sí, definitivamente me llevo este. -Le digo y me doy la vuelta-

Antes de alejarme escucho como Elena le dice:

-Lo que hay que hacer para vender un pintalabios... lo siento chico, ella es así.

Sonrío mientras me encamino hacia la caja.

En cuanto salimos me entran los siete males. Tener que coger el metro ahora, cargada con estas bolsas me da una pereza tremenda.

-¿Qué te parece si cogemos un taxi?

-¿Te has vuelto loca? es carísimo.

-Ya. -Y repitiendo una frase de Fernando León de Aranoa añado:- Pero hoy somos princesas.

Alzo la mano al más puro estilo Hollywood y espero a que el taxi venga a nuestro encuentro. No me decepciona, en cuanto para delante de nosotras nos subimos.

-Estás fatal, completamente loca... -Dice Elena negando sucesivamente con la cabeza-

-¿Qué sería la vida sin un poco de locura?

Una vez en nuestro pequeño apartamento enseñé animada a mis amigos todo lo que me he comprado. Lore aprueba mi elección, es al único al que hago caso, sin duda tiene mejor gusto que Mónica y Elena juntas.

Martes por la mañana.

Me despierto, arrastro los pies y todo mi cuerpo cansado hacia la ducha, pero una vez que me meto bajo el agua tibia me empiezo a activar, en cuestión de segundos estoy cantando una canción de Pablo Alborán con acento andaluz.

*Y tú y tú y tú, solamente tú  
haces que mi alma se despierte con mi luz  
Y tú y tú y tú, solamente tú  
nananana nanana nanna...*

Salgo de la ducha me pongo mis vaqueros ajustados con una camisa azul cielo. Queda genial con mi bronceado natural. Me peino el pelo liso hacia un lado, dándole un toque rebelde y me maquillo. Elijo hacerme la línea del ojo de color azul para ir a juego con mi atuendo. Finalmente me subo en mis taconazos, tomo mis vitaminas, me hago un café en vaso de plástico y corro hacia el metro.

-Buenos días Anna. ¡Qué buen polvo te dieron niña!

-Buenos días Pol. -Chasqueo la lengua- Pero en cambio a ti parece que te han dejado en cuarentena. -Entro riéndome en el ascensor tras observar su cara de asombro. Asciendo hasta el séptimo piso-

Corro hacia mi mesa. Miro el reloj de la pared: 9:02h. Bueno, mejor que ayer.

-Buenos días Vanessa. ¿Alguna novedad?

-No. Todo despejado por el momento.

-Bien.

Empiezo a clasificar papeles. Los laboratorios encargados de distribuir el producto en España es *Boots*. Nuestra empresa está pactando para ampliar su gama de bronceadores y cambiar el formato de los recipientes para que sean más fáciles de llevar, incluso de aplicar. Parece que intentan modernizarse un poco. ¡Ya va siendo hora!

Realizo unas cuantas llamadas a *Boots*, presionándoles para que



nos hagan la presentación de los nuevos productos, contacto directamente con la sucursal en Inglaterra. La atención es más rápida. Después de hablar con más de diez personas, por fin logro que me confirmen que en menos de un mes nos enviarán unas muestras. Seguidamente contacto con publicidad, contrasto tarifas de diferentes empresas, las anoto en el ordenador y les digo que volveré a ponerme en contacto con ellos cuando tenga el nuevo producto en mis manos.

La faena acumulada parece que no tiene fin. Contabilidad no para de llamarme, las cuentas últimamente no cuadran. Me entra el estrés, solo espero que las nuevas modificaciones nos aporte beneficios.

Seguidamente llamo a los distribuidores y a los representantes de la marca, les insisto para que contacten con más establecimientos que quieran vender nuestra firma. Desde mi punto de vista, no solo debe venderse en farmacias. Hay productos como las toallitas aceleradoras del bronceado o la crema autobronceadora, que podría distribuirse en tiendas de cosmética especializada.

Cuando por fin llega la hora del almuerzo, cojo a Vanessa del brazo y tiro de ella rápidamente para ir al bar de enfrente. Necesito un descanso, además, no quiero perder tiempo.

-Hola Mónica. ¿Hace mucho qué has llegado?

-Solo hace diez minutos. ¿Cómo ha ido el día?

-Bueno. Como siempre, un puñetero caos.

Vanessa sonrío.

-Sigo estando nerviosa por el cambio de jefe...

Hago una mueca.

-Por favor Vane, hoy no...

Entiende mi cansancio y esta vez cede ella. No hace ningún comentario más al respecto.

-Por cierto chicas, tengo una cosa que contaros... -Empieza Mónica haciéndose a un lado para que el camarero deposite nuestro desayuno sobre la mesa, puesto que ya nos conoce no le hace falta preguntar.-

-Gracias.

-De nada chicas. Buen provecho.

Miro atentamente a Mónica.

-¿Y bien? -Le demando con impaciencia, cualquier cosa que me saque de mis pensamientos me vendrá bien.-

-¡Uf! no sé por dónde empezar. Todo este asunto me tiene tan preocupada que ya hace más de cuatro días que no voy al baño... Tendré que pedirle a Elena que me recete algo o...

-¿Nos vas a decir ya de qué se trata?

Mónica coge aire. Se recoloca en su silla y nos mira.

-Hace unas cuantas semanas que estoy recibiendo cartas un tanto desconcertantes...

-¿Cartas? -Pregunta Vanessa intrigada-

-Sí. No sé quién me las envía, pero en ellas alguien no hace más que declararse.

Abro los ojos como platos.

-¡Vaya! ¡Un admirador secreto, qué interesante!

-No, no creo que sea eso... -Dice y tuerce el gesto- tengo miedo de que se trate de una broma.

-¿Por qué?

-Porque no hay ni un solo compañero en todo el colegio que le vea mostrar interés hacia mí, con lo cual las cartas no me cuadran.

-¿Las tienes aquí? -Le pregunto interesada-

-Toma.

Me las entrega y yo las despliego cuidadosamente, las pongo en el medio para que Vanessa también pueda leerlas. En ellas se habla de amor, hay citas de autores, algunas poesías y un sin fin de declaraciones. Todo está escrito con mucho cuidado y de forma educada.

-¿Te has planteado la posibilidad de que se trate de uno de tus alumnos?

-¡Por favor Anna! si la mayoría son menores de edad.

Me cruzo de brazos sobre el pecho y alzo las cejas.

-¿Es que los adolescentes no se enamoran?

Vanessa empieza a reír.

-¡No me digas eso!

-Vamos a ver Mónica, ¿qué hay de malo? primero, no sabes quién te escribe esas cartas, podría ser uno de tus compañeros, pero también podría ser uno de tus alumnos, en cualquier caso sé que no es una broma, porque ninguna broma dura tanto y además, me parecen palabras sinceras. Así que de una cosa puedes estar segura: a alguien le gustas.

-¡Pero eso no puede ser! ¡mírame! -Extiende los brazos-

Me centro en su cabello negro media melena. Sus imponentes ojos

verdes, siempre escondidos tras esas gruesas gafas de pasta negras. Su boca es bonita, pequeña y con ese color rosado que le queda tan bien. Su apariencia es inocente, también influye mucho su forma de vestir, que es bastante funcional, Mónica no se desprende nunca de sus camisetas de cuello vuelto, sus vaqueros y las bambas de colores variados *All star*. Pero es guapa, con buen tipo e incluso, en ocasiones, graciosa. Cualquier hombre podría desearla, pero ella siempre se empeña en tirarse tierra encima.

-Te estoy mirando y no salgo de mi asombro: Eres joven, guapa, inteligente... es normal que los hombres te deseen, ¿por qué te cuesta tanto admitir eso?

Se tapa la cara. Se siente avergonzada.

-¡Aaaarg! solo tengo ganas de gritar.

-¡Pues grita! a veces es la mejor terapia.

-A ver Anna, entiendo a Mónica, creo que en el fondo esas cartas la ilusionan y tiene miedo de descubrir qué son; o bien una broma, o de uno de sus alumnos, no sé qué es peor, francamente...

-¡Pero bueno! ¿Qué coño os pasa a las dos? -Digo elevando el tono- Si trabajas con chicos de diecisiete a dieciocho años, algunos incluso tienen diecinueve.

-Pero es que yo tengo veintinueve.

-¿Qué son diez años? -Pregunto mirándolas a las dos-

-Hombre diez años.... son diez años...

-A ver Vane, no estoy diciendo que encuentre al hombre de su vida, pero bueno, si llegara el caso y conociera al misterioso admirador... en fin, podría darse un caprichito, ya sabes lo que dicen, a nadie le amarga un dulce.

-¡Madre mía! por favor que no sea de ningún alumno, tengo ganas de que alguien me eche un polvo e incluso accedería a que fuera el autor de estas cartas por su dedicación y esfuerzo, pero con ciertas cosas simplemente no puedo. No puedo acostarme con alguien que sea más pequeño que yo. ¡Ni pensarlo!

-Es normal. El sexo debe tenerse con alguien que te llene realmente, con alguien con quien veas un futuro, si no es tirar el tiempo. -Suelta Vanessa, quedándose tan ancha-

-A ver chicas. ¡Basta ya de tonterías! ¿sabéis cuál es realmente vuestro problema? que pensáis que para tener sexo es necesario que sea

con alguien que llene tooodas nuestras expectativas desde el primer momento, cuando en realidad no entendéis que el sexo es un juego del que disfrutan dos (bueno, a veces incluso más) -sonrío- es algo así como jugar un partido de baloncesto, lo haces porque te gusta y punto. Debéis probar, no cerraros en banda y estar abiertas, nunca mejor dicho, -vuelvo a sonreír- a experimentar. Porque desde mi punto de vista no hay nada mejor que probar cosas nuevas, saber qué es lo que te gusta y qué es lo que no. Para poder gozar de un orgasmo espectacular primero hay que conocerse bien a uno mismo y probar con distintas personas, con juguetes, en diferentes sitios... vaaaamos, no seáis carcas, no os cerréis en banda a todo ese cúmulo de sensaciones.

Empiezan a reír con nerviosismo.

-Admiro toda esa desbordante pasión tuya. -Me elogia Mónica- Pero no comparto para nada lo que dices.

-Mira... ¿realmente quieres cambiar tu vida? pues relájate y disfruta. Descubre tu admirador secreto y ofrécele un polvo de agradecimiento. Vamos a hacer un juramento aquí y ahora. -Les digo sin dejar de mirarlas- A partir de mañana vamos a ser personas nuevas. Nosotras decidimos, nosotras somos las que vamos a ir en busca de nuestro propio placer, vamos a acostarnos con todo aquél que despierte nuestro instinto sexual y vamos a probar todo aquello que nos de morbo. ¡Utilicemos a los hombres para disfrutar! después de todo, ellos llevan toda la vida haciéndolo con nosotras.

Ríen como locas. Obviamente no me toman enserio.

-Eres demasiado liberal, ¿Qué hay del amor?

-No soy liberal Vane, en cuanto al sexo se refiere soy egoísta. ¡Claro que me gustaría encontrar a un hombre para toda la vida, pero ahora me apetece simplemente disfrutar de mi soltería, soy consciente de que esta postura tiene los días contados, pero mientras espero a ese "hombre especial" que me siga el ritmo, no pienso quedarme de brazos cruzados. Y respecto al amor... -Emito un sonoro bufido- Woody Allen dijo una vez que el sexo alivia la tensión mientras que el amor la aumenta. Voy a hacer caso al experto, lo que menos necesita mi vida ahora mismo es la tensión, el padecimiento y la frustración continua que provoca el amor.

Mónica sonrío, levanta su taza de café y añade:

-¡Tienes razón Anna! brindemos por el sexo sin amor. Después de todo, solo se vive una vez.

Vanessa también alza la taza, aunque no parece muy convencida nos sigue el rollo y yo hago lo propio y también alzo la mía. Las chocamos, nos reímos y apuramos nuestros cafés, bebiéndolos de un trago.

El regocijo tras mi pequeña victoria se detiene cuando la persona que hay en la mesa de enfrente dobla por la mitad el diario que hasta ahora le cubría el rostro y se pone en pie.

Me quedo blanca, rezando para que una inesperada grieta divida el planeta en dos tragándome en su recorrido.

James Orwell, mi futuro jefe, reprime una sonrisa mientras deposita el periódico sobre su mesa antes de acercarse a la nuestra. Vanessa al verlo también empalidece.

Madre mía... ¿esto es motivo de despido?

Alza su mano para observar el reloj de la muñeca y en tono serio dice:

-Señoritas quedan cuatro minutos para regresar a sus puestos de trabajo.

-Sí, se-se-señor ensegui-i-da vamos. -Tartamudea Vane-Yo miro sorprendida a ese guiri tieso como la mojama. Sin achantarme lo más mínimo contesto:

-Me sobran dos para llegar a mi puesto de trabajo a la hora en punto, señor.

Vane me mira con el rostro desencajado. Él asiente confundido y se encamina hacia el gran edificio.

-¡Mierda Anna! ¿Por qué coño has dicho eso?

-No lo sé. Ha sido un impulso. Pero ahora tenemos que llegar antes que él. ¡Corre! nos vemos Mónica. -Me despido rápidamente-

Arrastro literalmente a Vanessa hasta salir al exterior. Le obligo a correr hacia el edificio de nuestra empresa, pero en lugar de entrar por la puerta principal lo hacemos por una trasera, situada en el callejón de atrás.

-¡No me digas que tenemos que subir por aquí!

Miro las escaleras de emergencia. Pero no hay tiempo. La cojo del brazo y subimos y subimos, peldaño tras peldaño a toda velocidad con los tacones y todo. Nuestras respiraciones se alteran, el calor es sofocante incluso flaquean nuestras piernas pero seguimos adelante sin prestar atención a nada más. No podemos demorarnos. En cuanto llegamos a la oficina ella se desploma en su sitio, yo corro hacia el mío y hago lo mismo. Justo entonces las puertas del ascensor se abren y entra Orwell hijo. Se

sorprende al vernos ya trabajando. Yo aguanto la respiración para que no se note que estoy al borde del desmayo, cojo unos papeles y disimulo. El muy canalla mira la hora en el reloj de pared, lo contempla con las manos en los bolsillos, luego se gira hacia nosotras y arquea las cejas sorprendido.

-Señor Orwell... -Le digo a modo de saludo antes de que entre en su despacho y cierre la puerta. ¡Chúpate eso guiri!-

Cojo una enorme bocanada de aire y espero a que los latidos del corazón disminuyan su intensidad. Miro a Vane que está como yo, ambas reímos. No es para menos, por poco mi chulería nos pone en evidencia.

Tras retomar todo ese papeleo que he dejado a medias, suena el teléfono de mi mesa.

-Le atiende la señorita Suárez.

-La espero en mi despacho.

Cuelga y justo en ese momento, una oleada de angustia me envuelve. ¡Joder, qué querrá ahora! ¿reprenderme por mi actuación en el bar? si te paras a pensar he sido algo descarada.

Finalmente, cojo mi libreta y me cuadro enérgica frente a la puerta del despacho de mi jefe. Llamo con timidez, espero la respuesta y entro cerrando tras de mí.

-¿En qué puedo ayudarle señor Orwell?

En la cómoda butaca de orejas está mi futuro jefe. Con el pelo rubio platino, perfectamente engominado hacia un lado. Sus ojos azul claro me observan tras unas largas pestañas también rubias, antes de devolver la mirada a los papeles que tiene sobre la mesa. Su tez es muy blanca, si me apuras algo rosa. Sus labios curvados sonrían fugazmente pero sin enseñar esa espectacular hilera de dientes blancos y perfectos que sé que tiene. Seguidamente se recuesta en su silla con las manos cruzadas sobre la mesa, tiene un porte intimidante, ya que no solo es demasiado alto y proporcionado, también es por ese traje que lleva tan del siglo pasado. Le queda bien, pero sin duda, le ponen unos cuantos años encima.

-Por favor siéntese. -Dice y automáticamente yo obedezco. Voy hacia la silla que hay frente a su mesa y tomo asiento- Deberíamos hablar de la presentación de mañana. He escrito mi discurso, me gustaría que me diera su sincera opinión.

Me entrega la hoja que estaba mirando y yo la cojo para estudiarla con atención.

*“Estimados trabajadores, me complace anunciarles que a partir*

*de este momento me haré cargo de la sucursal Soltan en España. Bla, bla, bla bla... Espero que juntos afiancemos los pilares donde se sostiene esta empresa y podamos ampliarla... bla, bla, bla... Como mi padre en su día, yo intentaré mantener la armonía y el buen hacer que tanto nos caracteriza... bla, bla, bla..."*

Todo está correcto.

-Me parece bien. -Digo tras leer esa carta insulsa. Al menos piensa hacer su discurso en español, cosa que es de agradecer, más teniendo en cuenta esa característica pronuncia suya tan de guiri-.

-Pretendo que con mi nombramiento los trabajadores se queden tranquilos, no quiero alterar las cosas, pero sí hacer mejoras para sacar más beneficios.

Recuerdo los informes de contabilidad, la verdad es que esta empresa se sostiene por los pelos. Pero me gusta lo que ha dicho, tal vez esta oxigenación de dirección es lo que le conviene.

-Ahora me gustaría ver qué ha escrito usted.

-¿Yo? -Me acaloro enseguida, sé que tengo que presentarles, pero no me había preparado nada, confiaba en la inspiración de última hora.- Todavía no me he preparado nada. -Admito bajando la mirada-.

Sus ojos extrañados se clavan en mí. Mi piel arde por segundos. Me quedo en silencio mientras él se levanta, me tiende una hoja en blanco y se coloca a mi lado.

-Pues empiece ahora.

Intento salir del *shock* al que este capullo me ha expuesto. Parpadeo aturdida un par de veces, obligándome a recomponerme.

-¿Cómo le gustaría que empezara?

-No lo sé, -Se encoge de hombros- muéstreme qué es en lo que estaba pensando, a ver si se ajusta a mis expectativas.

¡Madre mía qué habilidad tiene el guiri para ponerme nerviosa! me pregunto si reciben clases especiales en Oxford para eso.

-Empiezo a escribir:

"*Buenos días...*" y me quedo ahí. En blanco. Sin saber qué más poner, pero es que su presencia tras mi espalda me pone los pelos de punta.

-Creo que debería hacer una introducción acerca de la creación de esta empresa en España, hablar un poco de sus orígenes...

-De acuerdo. -Le digo y trago saliva. Gracias a Dios que existe

internet y mi amado google me ayudará a redactar los orígenes de *Soltan*, aunque parezca mentira, no lo tengo claro-.

-¿Necesita ayuda para eso? -Pregunta al percibir mi rigidez-.

-No. Enseguida me pongo a ello.

Intento levantarme pero él me lo impide. Se inclina un poco hacia delante, recoloca la hoja delante mío y añade:

-Yo puedo ayudarla.

No aparto los ojos del papel, está tan cerca que si me doy la vuelta de seguro choco con él.

-Debería empezar diciendo que hace setenta y cinco años que se inventaron los protectores solares. *Soltan* tuvo sus orígenes en el reino unido, fueron creados por los laboratorios *Boots*, los inventores del ibuprofeno. Desde entonces, la firma no ha hecho más que crecer, ampliando sus productos, siguiendo siempre las últimas y más cómodas tendencias.

Anoto todo cuanto dice lo más rápido que puedo. En cuanto acaba de dictarme se inclina un poco más hacia delante, tengo prácticamente su cabeza en mi hombro mientras lee silenciosamente cada una de las líneas que he escrito. Vuelvo a tragar saliva. Debo admitir que estas confianzas no me gustan ni un pelo. Puedo sentir su penetrante perfume en mis fosas nasales, huele increíblemente bien. ¡Dios que calor me está entrando!

-¿Qué le ocurre? -Me pregunta dedicándome una sonrisa traviesa-

Me giro en su dirección, sigue estando demasiado cerca por lo que en cuanto lo hago, nuestras narices casi se rozan. Vuelvo súbitamente la vista al frente y me concentro en permanecer muy, muy quieta.

-Nada señor. -Contesto intentando mostrar indiferencia, pero lo cierto es que no lo consigo, mi nerviosismo me delata-.

-Pues el sábado no parecía tan tímida...

Ahora sí le miro, me aparto y permanecemos así un buen rato. Negro sobre azul. Él vuelve a sonreír.

-Por lo que veo usted lo ha olvidado por completo, yo en cambio no he sido capaz.

-¿El qué? -Pregunto con un leve temblor en la voz-.

-No puedo quitarme de la cabeza el beso que me dio.

TIERRA TRÁGAMEEEEEEEEEEEEEEEEEE.



Ahora todo me cuadra, porqué su cara me resultaba tan familiar la primera vez que le vi, pero esto... esto es demasiado. Me pongo tensa, esta es una de las pocas situaciones de mi vida en las que siento verdadera vergüenza.

Consciente de que estoy completamente roja como un tomate me pongo en pie, mientras sostengo fuertemente mi libreta junto a la hoja que él me ha entregado, como si se tratara de mi dignidad perdida.

En el momento en que consigo establecer cierta distancia entre ambos y ponerme en pie, me veo en la obligación de decir algo para justificar mi vergonzosa actuación del pasado sábado.

-Lo siento. Yo no sabía que usted era... -suspiro mientras la piel me arde literalmente, en cualquier momento me carbonizaré delante de él, estoy segura-.

Su risa me aturde.

-No lo sienta señorita Suárez, fue... interesante.

Intento ofrecerle una sonrisa, pero creo que se ha quedado en un frustrado intento por mí parte. Reacompongo lo poco que queda de mí, sacando toda mi endereza de los rescoldos y le digo:

-Si me permite, iré a acabar de escribir la presentación en mi mesa.

Vuelve a sonreír y asiente complacido al haberme dejado tan descuadrada, sin palabras. Esto no es vergonzoso, es lo siguiente, de hecho no me reconozco.

Salgo apresuradamente del despacho y me pongo a trabajar bajo la atenta mirada de Vanessa, que tras ver mi cara traspuesta se ha dado cuenta que algo me pasa, aunque comprende que este no es momento ni lugar para hablar acerca de lo sucedido en el despacho, así que se limita a preguntar si estoy bien, yo asiento con un movimiento de cabeza rápido y continuo enfrascada en mis quehaceres.

No veía el momento de llegar a casa. Abro la puerta y arrojé las llaves en la mesa del recibidor.

-¡Ya está aquí! -Anuncia Mónica con energía-

Entro en el comedor y todos mis amigos me están esperando. Sus caras lo dicen todo: alguien ha hablado más de la cuenta.

-¡Cuéntales lo de tu jefe! -Me anima Mónica-

Suspiro. Lo cierto es que no tengo ganas de bromas, solo tengo ganas de ir a la cama y que termine ya este espantoso día.

-¡Vamos reina! Mónica nos lo ha contado a grandes rasgos. Queremos escuchar tu versión...

Miro a Lore, a Elena y a Mónica mientras voy hacia el sofá y me tiro literalmente encima de él.

-Hoy ha sido un día horrible. -Empiezo y ellos se acercan para prestarme toda su atención. ¡Qué cotillas!- Estábamos desayunando en el bar, hablando de sexo para más inri. ¿Qué iba a saber yo que mi jefe estaba justo en la mesa de enfrente?

Lore estalla en carcajadas, las demás le acompañan. Pongo las manos sobre mi frente, recordarlo no hace más que ponerme en evidencia.

-¡Diles lo que le dijiste! -Insiste Mónica en tono alegre. Yo la miro y cojo aire, llenando al máximo mis pulmones-.

-Pues, estábamos hablando de sexo. -Me cubro la cara con ambas manos- ¡Dios dije unas cosas horribles, solo pensar que él las escuchó...! -Mis compañeras se ríen, yo las maldigo en voz alta antes de continuar- La cuestión es que después de haber estado escuchando nuestra conversación se levanta y se acerca a nosotras recordándonos que solo nos quedan cuatro minutos para empezar nuestra jornada laboral. Tenía razón, era un poco justo, pero me dio rabia que nos reprendiera en el bar, como si fuéramos niñas pequeñas. Total, que no se me ocurre otra cosa que ponerme chula y le digo que de esos cuatro minutos me sobaban dos para llegar a tiempo a la oficina.

Lore vuelve a reír a mandíbula batiente mientras se echa hacia atrás.

-Bueno y si nos ves a Vanessa y a mí corriendo por la escalera de emergencia para llegar antes... fue total.

Ahora Elena y Mónica acompañan a Lore, yo también sonrío, aunque no tanto. Todavía no les he explicado la parte más delicada de todo este asunto.

-¿Y llegasteis bien de tiempo a la oficina? -Pregunta Elena en cuanto logra recomponerse de la risa-,

-Perfectamente. Teníais que haber visto su cara cuando se abren las puertas del ascensor y nos ve ya trabajando.

-¡Eres mi ídolo! -Exclama Lore sin abandonar su enorme sonrisa- Solo tú eres capaz de subir siete pisos con tacones a toda leche para dar una lección a tu jefe.

-Bueno, me faltó poco para no lograrlo.

-¿Y no te dijo nada luego acerca de la conversación del bar?

-Que va. Al fin y al cabo ese tema no era asunto suyo y en mis horas de descanso yo puedo hablar de lo que me dé la gana.

-Tienes toda la razón mi reina.

Me incorporo en el sofá. Junto las manos a modo de plegaria y las pongo entre las rodillas.

-No sabéis qué es lo peor.

-¿Qué? -Demandan los tres al unísono-

-James Orwell hijo, mi futuro jefe... -Hago una pausa, sabiendo que eso exaspera a mis impacientes amigos-.

-¡Vamos Anna no te calles ahora! -Elena no aguanta más, me hace gracia-.

-Es el guiri alto al que besé sin contemplaciones en la cola de los lavabos.

Sus caras se congelan ante mi inesperada revelación. En esta ocasión no se ríen, incluso me parece que me observan con lástima. ¡Madre mía, ya pueden tenerme lástima ya... en menudo lío estoy metida!

-¿Cuándo lo supiste reina?

-Pues obviamente ese día bebí un montón, y bueno... -me encojo de hombros- no me acordaba mucho de su cara. Lo más embarazoso es que fue él quien me lo recordó. Al parecer no ha podido olvidar ese insignificante suceso.

-¡Vaya! -Exclama Elena con los ojos desorbitados por la impresión.- ¿Estás pensando lo mismo que yo? -Mira a Lore y éste asiente-

-¿El qué? -Espeto incómoda-

-Ese tío podía haber omitido el hecho dado que tú ni lo recordabas, pero no lo ha hecho.

-¿Y?

-¿¿¿Y??? ¡Es evidente mi reina! ¡ese tío quiere repetir!

-¿Pero qué cojones estás diciendo Lore? ¡Es mi jefe! ¿recuerdas?

Mónica que ha permanecido impasible largo rato decide hablar:

-¿Es que los jefes no se enamoran? -Repite una de mis frases que le dediqué en la cafetería, la miro atentamente a los ojos transmitiéndole que con su inoportuna pregunta está jugando sucio-.

-Mira, esto es demasiado, no quiero escuchar ni una palabra más. - Respondo tajante-.

-Anna... -Continúa Mónica con el rostro apenado- Es que lo peor de todo es que ha oído tus descabelladas ideas liberales sobre el sexo en la cafetería, seguramente tiene ahora una impresión de ti que... bueno, igual querrá algo más en un futuro.

-¡Pues lo lleva claro! -Digo elevando el tono dos octavas- Que ni se le ocurra insinuármelo porque te juro que le meto un guantazo que le dejo aún más tieso de lo que ya está.

-¡Cálmate mi reina! De momento nada ha sucedido. De todas formas a partir de ahora piensa bien lo que haces y sobre todo, no dejes que ese tío te manipule o te presione para hacer algo que no quieras. Si es así dímelo enseguida, ¿de acuerdo? encontraremos la forma de que pare.

-¡Pero bueno! ¿Qué es todo esto? ¡Por el amor de Dios estáis exagerando las cosas! agradezco vuestro interés y ayuda pero sinceramente, no creo que vaya a necesitarla, sé cuidarme muy bien yo solita.

-Está bien. -Concluye Mónica poniendo su mano sobre mi espalda- Puede que todo esto no se haya quedado más que en una anécdota sin importancia.

Asiento poco convencida. Me levanto y voy directa a mi habitación para meterme en la cama, como llevo todo el día queriendo hacer. En la soledad de mi cuarto le doy pocas vueltas al asunto, apuesto a que mis amigos intentan prevenirme porque me quieren y saben que según que trato tenga con mi jefe puede perjudicarme más de la cuenta. Lo sé y lo comparto, pero por el momento no hay nada por lo que deba preocuparme, solo he metido la pata, hasta el fondo es cierto, pero en lo que a mi trabajo se refiere, sigo siendo eficaz y competente, que es lo único que debería interesarle a mi jefe.



He pasado una noche fatal, a juzgar por las pronunciadas ojeras y ese dolor punzante de cabeza.

Me meto en la ducha. En cuanto termino me pongo mi vestido *Desigual* nuevo, hoy más que nunca necesito colores en mi vida. No tengo ganas de alisarme el pelo, así que dejo que se me formen esos típicos tirabuzones tan míos, y me los recojo todos en una coleta alta, me pongo el flequillo a un lado, recogíéndomelo un poco para que no me moleste en los ojos.

Me maquillo como cada día. Decido estrenar mi color de labios rojo manzana nuevo. No me queda nada mal, tras acabar la profunda reconstrucción de mi rostro me miro en el espejo. Este peinado y estos colores me dan un aspecto inocente, parece que no haya roto un plato en mi vida y eso me conviene ahora.

Tomo mis vitaminas, me preparo el café en un vaso de plástico antes de salir por la puerta como alma que lleva el diablo.

Estoy algo descentrada hoy, puede que sean los nervios por la maldita presentación, pero para qué engañarme, son los nervios más todo el embarazoso tema de mi jefe, que pese a que no quería pensar, he estado dándole vueltas en mi cabeza durante toda la noche.

El recorrido en metro se me pasa en un santiamén. Salgo y corro por los túneles, serpenteo entre la gente, traspaso las puertas metálicas y llego a la calle.

Camino a paso ligero hasta entrar en el edificio de mi empresa.

-Buenos días Pol. -Él se gira y me contempla extrañado, hoy no le he hecho referencia a su “polvo” de anoche e intuye que hoy me he levantado con el pie izquierdo. No le saco de su error, sin duda no es mi mejor día-.

-Buenos días Anna. Que tenga un buen día.

Asiento y entro rápidamente en el ascensor, están a punto de cerrarse las puertas cuando una mano las separa, haciendo que vuelvan a abrirse.

¡Mierda no podría ser otra persona!

-Buenos días señorita Suárez.

-Señor Orwell...

Me concentro en la lucecita que marca los pisos por los que pasamos. Solo estamos en el primero y ya siento como si fuera a darme algo. Mi estómago se contrae por los retortijones.

-¿Ya ha preparado su discurso? -Me pregunta de forma cordial, pero a mí no hace más que ponerme tensa el tono condescendiente que emplea-.

-Sí señor.

-Estupendo.

Asiento. Qué incómodo es todo esto... y solo vamos por el quinto. El señor Orwell me mira de reojo mientras se acaricia el mentón. ¿Puede que se esté dejando algo de barba? lo cierto es que es tan rubio que prácticamente no se le nota.

-Me gusta su vestido. -Dice en el momento justo en que se abren las puertas del ascensor-.

-Gracias. -Respondo con sinceridad y me encamino un poco más contenta hacia mi mesa-.

-¡Vaya Anna! ¿Qué te has puesto hoy? ¡Estás guapísima!

-¿Te gusta? -Doy una vueltecita para que me mire bien- Es nuevo.

-Te queda estupendo. ¿Pero no crees que para la presentación es un poco...?

-¡Sssshh! ni se te ocurra decirme que no es apropiado. Otros lo han intentado y no ha dado resultado.

-Está bien... -Dice y eleva sus manos- ese vestido es perfecto.

-Gracias. -Le dedico una sonrisa complacida-

Estoy nerviosa. Para qué negarlo. Apenas logro concentrarme y este puñetero dolor de estómago está pudiendo conmigo.

Hoy no voy a desayunar, le digo a Vanessa que tengo que acabar de practicar mi presentación y ella lo entiende.

Me revuelvo incómoda en mi silla mientras me oprimo el estómago con ambas manos. No recuerdo haber estado tan nerviosa en toda mi vida. ¿Pero qué me está pasando?

La hora ya ha llegado, no puedo demorarme más así que estiro mi vestido y me dirijo enérgica hacia la sala de juntas.

La gente ya ha empezado a sentarse, el ruido es ensordecedor. Miro el reloj de la pared, debo empezar ya.

Estoy a punto de cruzar el umbral cuando el móvil de mi bolsillo vibra.

¡Maldita sea! ¿Quién será ahora?

Miro la pantalla. Es un mensaje de Mónica. Lo abro rápidamente.

-Anna no te asustes. -¡Puf!, empezamos bien- Te has tomado mis pastillas laxantes por error en lugar de tus vitaminas. Si te duele la barriga DEBES ir al baño.

¡Joder! ahora los retortijones se están intensificando. Pero no puedo ir al servicio ahora, me esperan. Empiezo a sudar mientras mis tripas protestan. En cuanto llegue a casa pienso matar a Mónica. ¡Mierda!

Cojo aire, entro y me encamino hacia la pared central. Me sitúo delante de la pantalla digital. La gente se calla. Mis tripas suenan.

-Buenas tardes y gracias a todos por haber acudido puntuales a nuestra cita. En primer lugar, me enorgullece comunicaros que hace setenta y cinco años que se fundó nuestra empresa...

Hablo de datos históricos, menciono a los fundadores, la importante colaboración con los laboratorios *Boots* y todo el recorrido que ha hecho nuestra empresa desde sus inicios hasta el día de hoy. Hago todo eso sin dejar de sudar como un cerdo, siento que mi estómago se descompone por momentos y es que me estoy yendo por la pata abajo. Literalmente.

Tartamudeo al final de mi discurso, incluso tengo la sensación que el sonido de mis tripas es más audible que mi propia voz. ¡Dios que mal rato estoy pasando!

Anuncio a James Orwell padre a toda velocidad y no espero a que este haga su aparición a mi lado, me limito a correr entre los aplausos dirigiéndome a la salida. Voy con las piernas juntas por el pasillo, dando pequeños pasitos frenéticos, no vaya a ser que se me caiga algo, hasta que por fin encuentro el baño. En mi vida me había alegrado tanto de ver un retrete.

Sin dejar de maldecir en voz baja entro en la pequeña cabina, ¡Mierda no puedo bajarme los pantis! Hago un esfuerzo enorme, las rasgo con las manos y me siento en la taza. Un sonoro estallido precede a un monstruoso chorro de líquido que sale de mi cuerpo chapurreando la taza, ¡qué asco! empiezo a sollozar mientras no puedo dejar de defecar. Madre mía qué bochorno, ¿por qué estas cosas me pasan siempre a mí?



En cuanto termino, observo detenidamente los daños ocasionados: ropa interior y pantis sin arreglo. Vestido intacto. Menos mal, al menos un golpe de suerte.

Cojo un montón de papel, me limpio a conciencia, en cuanto vuelvo a sentirme relativamente bien conmigo misma me levanto, incluso me atrevo a mirar la taza del váter. ¡Vaya pestazo! cojo los pantis y mis braguitas rotas, las tiro en el retrete para ocultar las pruebas, luego aprieto el botón del agua y espero a que mi vergüenza se vaya con ellas.

Se escucha el sonido de succión y poco después brota un burbujeo ronco que me corta la respiración.

¡Oh no! el agua empieza a subir, ¡se va a inundar el baño, llenándome de mierda hasta las cejas!, ¡como si no tuviera bastante!

Cierro la tapa y espero un rato. Al no escuchar sonido alguno vuelvo a abrirla.

¡Madre mía se ha quedado el agua a media taza! ¡parece un estofado de ternera de hace un mes!

Vuelvo a cerrar la tapa, consciente de que esto no tiene arreglo posible. Salgo para lavarme las manos con mi escasa dignidad y, antes de abrir la puerta, me aseguro que no haya nadie. Así es. Todo despejado. Ahora solo debo disimular, pero soy consciente de que no llevo medias ni ropa interior... lo de las bragas pase, pero las medias... se van a dar cuenta. ¡Esta me la pagas Mónica! te arrepentirás toda la vida de haber puesto tus pastillas laxantes al lado de mis vitaminas.

Voy a mi mesa de trabajo, ahora no puedo entrar en la sala de juntas, además se que queda poco para que termine la reunión.

No me equivoco, la gente no tarda en aparecer para regresar a sus puestos. Parece tranquila tras haber visto a nuestro nuevo jefe. Cojo un par de informes que hay sobre mi mesa y los llevo al archivador.

-¿Se encuentra bien? -Me giro y me topo con el inquebrantable rostro de James Orwell hijo, que me contempla con semblante serio-.

-Estupendamente. Gracias.

-¿Por qué ha desaparecido de ese modo de la reunión?

-No me encontraba demasiado bien, -me excuso- anoche cené algo que no estaba en buen estado y... -Le hago un gesto con la mano acariciándome el vientre-.

Arquea las cejas valorando mi argumento.

-¿Y qué le ha pasado a sus medias?

Me miro las piernas desnudas, lo cierto es que no estoy tan mal, pero claro, como esta mañana llevaba puestos unos pantis negros ahora se nota mucho que me los he quitado.

-Tenía calor.

Sonríe ante mi lógica, parece incluso impresionado. Aunque decide dejar de hacer incómodas preguntas e irse sin más. Regreso a mi mesa. Vanessa también se ha dado cuenta que voy sin medias, su cara es todo un poema. Pues anda que si le digo que también voy sin bragas... sonrío para mí y hago como si nada, hasta que acaba mi jornada laboral.

Menuda semanita que llevo... ¡y solo estamos a miércoles! ¡Cielo santo qué agonía!

Las carcajadas de mis amigos tras narrarles lo acontecido durante la reunión resuenan por toda la casa. No es para menos, incluso a mí se me escapa la risa ahora que ha pasado todo y no han habido daños colaterales. Solo siento lástima de la pobre señora de la limpieza que se encuentre en el baño con semejante percal.

Animados por la euforia del momento, decidimos ir al cine todos juntos, el miércoles es el día del espectador y las entradas están a mitad de precio. Nos compramos unos cubos enormes de palomitas y vamos a ver *Elysium*. Matt Damon es una apuesta segura, nos gusta a todas.

Dos horas y media después, regresamos a casa entre risas, bromas y empujones. Al final el día ha mejorado sustancialmente, quién lo iba a decir, eso es lo bueno de haber empezado tan mal, cualquier cosa que pase a partir de ahora solo puede mejorarlo.

Y así va transcurriendo la semana día a día, esta vez sin sobresaltos en la oficina, menos mal. Un imprevisto más y juro que me da algo.

Mi ánimo mejora sustancialmente en cuanto llega el viernes, solo pensar que se acerca el fin de semana, hace que un estremecimiento de entusiasmo me asalte de tanto en tanto, de manera que no me importa sacrificar una hora más y quedarme para acabar de transcribir unos comunicados importantes, porque seguro que el lunes me harán falta y paso de que me entren las prisas de última hora.

-¿Te quedas? -Me pregunta Vanessa cogiendo su bolso y el abrigo-

-Necesito acabar esto. Pero no tardaré mucho en marcharme.

-Muy bien guapa. Bueno, que te vaya bien el fin de semana.

-Eso ni lo dudes. -Le sonrío y me despido con la mano. Ella se va y yo continúo enfrascada en los papeles-.

En mi planta ya no queda nadie, solo la luz de mi mesa individual es la que permanece encendida. Bufo desesperada, esto no parece acabar nunca.

En ese momento la puerta del despacho de mi nuevo jefe se abre.  
¡Mierda, con lo bien que iba!

Se sorprende al verme todavía ahí.

-¿Hace horas extra señorita Suárez?

-No, eh... tengo que acabar unas cosas antes de irme. Enseguida termino.

Se acerca a mi mesa, deposita su maletín de cuero marrón en el suelo y me observa.

-¿Puedo ayudarla?

-No. Gracias. No se preocupe, enseguida termino. -Le repito-.

Le sonrío. Pero por dentro no hago más que rezar para que se vaya y me deje tranquila, aunque no parece por la labor. Ignorando mis palabras, rodea la mesa hasta ponerse a mi lado. Bajo mi atenta mirada, acerca la silla de la mesa de al lado, la de Vanessa, para sentarse junto a mí.

-Veamos, ¿Está traduciendo estos papeles?

Asiento. Mis mejillas empiezan a arder. ¡Joder si no fuera mi jefe no me intimidaría tanto!

Coge una de las cartas que tengo sobre la mesa, la lee. Parece que la entiende pese a que está escrita en Español. Como no, él sabe hablar mi lengua a la perfección. Seguidamente coge su maletín del suelo y saca de su interior un ordenador portátil, lo pone sobre mi mesa y lo enciende.

-¿Qué va a hacer? -Le pregunto con los ojos abiertos como platos-

-Nos vamos a dividir la faena, así acabaremos antes. ¿Qué le parece?

-No es necesario señor, en serio. Es mi trabajo no el suyo.

Sonríe. Recoge la carta de la mesa y sin dejar de mirarme añade:

-Es mi empresa señorita Suárez, yo decido cuál es mi trabajo y cuál no.

Trago saliva. No sé qué más decirle. Lo malo es que ahora me sabe mal que él tenga que estar aquí por mi culpa. Sigo mostrando mi cara de sorpresa en cuanto empieza a teclear enérgicamente el contenido de esa carta en un inglés impecable. Yo en ocasiones tengo que tirar de diccionario, ¡qué vergüenza!

Decido ignorarle y acabo mi informe. Los dos permanecemos en silencio y solo el sonido frenético de las teclas de dos ordenadores en perfecta sincronización, nos recuerda que seguimos trabajando.

Acabamos a la vez. Le dedico una divertida sonrisa al ver que los

dos hemos marcado al mismo tiempo el punto y final.

-Gracias. -Añado recogiendo todos los papeles de la mesa-

Me levanto, voy hacia el archivador y los coloco cuidadosamente en su sitio mientras mi jefe está cerrando su ordenador portátil.

-Te he enviado un e-mail con mi traducción, el lunes puedes adjuntarla a las tuyas.

Me dirijo hacia la mesa. Apago el ordenador y recojo mis cosas.

-Muchas gracias señor Orwell, aunque no tenía por qué molestarse.

-Bueno, para mí no ha supuesto un gran esfuerzo así que no se preocupe.

Nos encaminamos hacia el ascensor. Mira por dónde, al final va a resultar que mi nuevo jefe es majo. Se abren las puertas y entramos. Él se inclina y presiona el botón del parquin. Le sonrío y marco también el de la planta baja.

-¿No viene en coche al trabajo señorita Suárez?

-No. Prefiero el transporte público.

Él parece contrariado. Se queda en silencio. Mira hacia las puertas metálicas del ascensor, luego se gira en mi dirección y con el rostro tan serio que siempre le precede dice:

-Podría llevarla hasta su casa si quiere. Es tarde.

-Gracias señor Orwell pero no será necesario.

-No. Insisto.

-Y yo le he dicho que no hace falta. -Nos retamos un buen rato con una sonrisa tensa, a él no le gusta que le lleven la contraria y yo no soporto que me manden y más cuando mi jornada laboral hace horas que ha terminado, oficialmente en este instante, ya ha dejado de ser mi jefe-.

El ascensor se para en el parquin. Se abren las puertas. Él sale, pero antes de que vuelvan a cerrarse las detiene con el maletín.

-Señorita Suárez, déjeme al menos invitarla a un café.

Me confunde su insistencia. Las alarmas saltan recordando todo lo que mis amigos me han advertido. ¿Qué diablos pretende?

-Lo siento señor Orwell, pero no acostumbro a tomar café a partir de las siete de la tarde, no podría dormir luego. Pero agradezco su ofrecimiento. Ahora si me disculpa...

Vuelvo a presionar el botón de la planta baja, pero las puertas siguen sin cerrarse, al menos hasta que él aparte el dichoso maletín del

detector.

-¿Y una copa? ¿Me aceptaría invitarla a una copa?

Me muerdo el labio inferior, no sé si reír o reprenderle por su insistencia.

-Está bien. -Acepto al fin y accedo a salir del ascensor. Su rostro parece ligeramente aliviado, me hace gracia-.

-Pero le advierto una cosa señor Orwell, -Él me mira con el entrecejo fruncido, no pierde detalle de mí y yo sonrío al ver lo serio que se ha puesto de repente- Mi horario de trabajo hace horas que ha concluido, a partir de este instante usted es solo James y yo solo Anna. ¿Entendido?

Su exagerada sonrisa me aturde. ¿Qué pensaba que iba a decirle?

-Me parece estupendo Anna.

Presiona el mando a distancia que emite un par de pitidos. Miro hacia las luces que parpadean para descubrir su coche. Es un impresionante *Hamann BMW Z4* descapotable en color plata. No tengo palabras.

-Vaya James... no se puede decir precisamente que vayas descalzo.

Estalla en carcajadas. Se adelanta un par de pasos para abrirme la puerta del copiloto. Madre mía es antiguo incluso para eso.

Entro y me abrocho el cinturón. El olor a cuero nuevo es embriagador, inspiro profundamente mientras él ocupa su lugar de conductor.

-¿Y bien? ¿Ahora dónde vamos? -Le digo no bien asciende la empinada rampa del parquin-.

-No lo sé, no lo he pensado. ¿Dónde te apetece ir?

Sonrío. Más vale que le proponga yo un sitio o si no me va a llevar a los locales del puerto. Apuesto que como buen guiri que es, es lo único que conoce.

-¿Puedes aparcar en las ramblas? -Le pregunto alzando las cejas-

-¡Claro!

Coge la carretera, desembocamos en plaza Cataluña. Giramos a la izquierda y entramos en un nuevo parquin. Es la única forma de aparcar el coche en Barcelona.

El bullicio de la gente multicultural caminando de aquí para allá es algo que le pone tenso. Lo percibo, en parte sé que es porque se siente inseguro, no domina el lugar y debe aceptar, muy en contra de sus principios de caballero medieval, que yo sea la que tome las riendas de la situación. ¡Me encanta tenerlo en desventaja! Divertida le sonrío y le cojo

del brazo para tirar de él con fuerza. Es una manía que tengo, siempre estoy tocando a todo el mundo, mi efusividad también es algo que le incomoda, pues tampoco puede prever y controlar.

-¡Madre mía, estás más rígido que una biga! ¿Quieres relajarte un poco?

Me mira confundido. Su cara seria me hace estallar en carcajadas, pero él no me corresponde.

-Anna, creo que no es buena idea que yo vaya por aquí...

Me separo de él, le miro. Cierto es que llama un poco, bastante, la atención. Hemos bajado portal del Ángel y ahora nos adentramos en el barrio gótico. La gente le observa, no cuadra para nada en este ambiente, su atuendo es tan... Me detengo en seco. Tiene razón. A estas horas y en mitad de estas calles oscuras... en fin, incluso a mí me entran ganas de atracarle, ¡parece un billete de 500 andante!

Entonces se me pasa una idea descabellada por la cabeza. Saco mi teléfono móvil, miro el calendario. ¡Sí! hoy es el día.

-¡Tengo una idea! -Digo emocionada, él me contempla como si me estuviera volviendo loca por momentos- ¡Regresemos a las ramblas, corre!

Le cojo de la mano, él la aprieta y juntos corremos por la calle hasta volver a la seguridad e iluminación de las ramblas.

-¿Te puedo preguntar hacia dónde me llevas? -Le miro y yo vuelvo a reír-

-Hemos llegado. -Anuncio no bien me detengo al final de una cola inmensa-

-¿Qué es todo esto? -Pregunta y parece realmente preocupado por todo cuanto está presenciando-

-Hoy es la inauguración de una nueva tienda *Desigual*. Está abierta hasta las doce de la noche ¿y sabes qué es lo mejor?

Su cara de espanto lo dice todo. Vuelvo a reír, hay que ver qué estirado es y eso que debe tener más o menos mi edad.

-Si entras desnudo te regalan la ropa que puedas ponerte.

-¡¿Qué?!

-¡Por favor no me mires así! solo tenemos que quedarnos en ropa interior, no es para tanto.

-¿Te has vuelto loca?

-No seas tímido, no somos los únicos. -Le digo señalando la larga cola que hay frente a nosotros- Además, necesitas otro tipo de ropa para

pasar desapercibido por la ciudad ¿no?

-En primer lugar puedo ir a mi apartamento y cambiarme, en segundo, si quiero ropa de este sitio me la compro. No necesito desnudarme para que me regalen nada.

-¿Enserio eres siempre tan coñazo o es que hoy no tienes un buen día?

-¿Cómo dices?

Le sonrío. Se está enfadando cada vez más, debo recordar que es mi jefe y cortarme un poco, pero llegados a este punto... no hay vuelta atrás.

-No me vas a negar que así es mucho más divertido... -Me desprendo de mi abrigo, lo cuelgo del brazo- Vamos, ¡anímate! estamos a punto de hacer algo que no hemos hecho en la vida, ¿no te parece emocionante?

Empiezo a desabrocharme la camisa. Gira su rostro, parece incluso escandalizado.

-Por favor, no hagas esto...

-¡James! -Le reclamo obligándole a mirarme mientras me quito la camisa y me quedo en sujetador- Solo es ropa interior y ¿sabes una cosa? te aseguro que algunos de mis biquinis enseñan más que esto. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Sigue descuadrado y no sé bien si es por solidaridad conmigo, porque ha aceptado mi ridículo argumento o porque no quiere dejarme ahí tirada medio desnuda, sea por lo que sea, suspira y decide seguirme el juego.

-¿No tendrás una cámara oculta y el lunes me encontraré fotos mías en calzoncillos por toda la oficina, verdad?

Se me escapa la risa, resulta tentador. No se me había ocurrido.

-Fíjate que sorpresa, ¡si hasta tienes sentido del humor y todo!

-Es más miedo que otra cosa.

Añade mientras se deshace el nudo de la corbata, se desprende de los tirantes y desabrocha botón a botón su inmaculada camisa blanca. ¡Por Dios si hasta lleva tirantes! Antes de hoy solo los había visto en Steve Urkel.

Me quito los vaqueros, me sujeto a su brazo para no perder el equilibrio, él espera paciente a que me quite los zapatos, luego los pantalones y finalmente vuelva a abrocharme los zapatos, anudando sus



tiras al tobillo. En cuanto levanto la vista me topo con su torso desnudo y le doy un buen repaso. Mira por donde, para mi sorpresa es absolutamente perfecto, ¡pero si está marcado y todo! ¿Cómo puede ser que un chico así esté oculto bajo esas insulsas prendas de ropa? No puedo evitar la pregunta obligada en estos casos:

-¿Haces deporte?

Me mira sorprendido.

-Eeeeeh...

-Y recuerda que jugar a la PlayStation y ver el canal+ no cuenta como deporte.

Sonríe y niega con la cabeza.

-Siempre me han gustado los deportes de agua, concretamente el remo. Pero hace varios años que no practico por falta de tiempo. Ahora cuando necesito quemar los excesos me limito únicamente a correr.

Le dedico un asentimiento de cabeza y recompongo rápidamente mi expresión de embobada antes de darme la vuelta, consciente de que le estoy dando el culo y mi culotte revela demasiado, pero es que ahora no puedo mirarle. ¡Dios! ¡No sé si esto ha sido buena idea, ver a mi jefe semidesnudo es algo que tardaré en olvidar y más con ese cuerpo que tiene el jodío! algo lechoso, eso sí. Seguro que por la noche frente a la luz de las farolas es hasta reflectante, pero al menos está en buena forma, eso debo reconocerlo.

-¿Y tú, practicas algún deporte? -Me pregunta de improvisto-

Me ladeo para sonreírle.

-¡Claro!

-¿Cuál?

-Zapping.

Se le escapa una discreta risita y yo decido volver a ofrecerle un primer plano de mi culo mientras me concentro en el gran número de personas que hay delante nuestro, esperando para entrar.

Solo cuando me siento preparada y deseosa por saber qué está haciendo ese magnífico ejemplar británico detrás mío, me giro. Por fin se ha quitado los pantalones, únicamente se ha quedado con los boxers negros, los calcetines y los zapatos puestos. No puedo contener la risa. Lo de los calcetines ha hecho descender rápidamente la libido.

De reojo, observamos cómo los transeúntes más cercanos nos miran con descaro, somos una fila inmensa pero este inglés fuerte,

fluorescente y de metro noventa llama mucho la atención.

-No creo que nunca pueda perdonarte que me hagas pasar por esto.

-Dice mirando a su alrededor-.

-Lo harás con el tiempo. -Le guiño un ojo y le cojo del brazo, como una niña pequeña, empiezo a dar saltitos- ¡Qué emocionante, jamás imaginé que me atrevería a algo así!

-¿A no? yo te veo capaz de esto y mucho más.

Me río. Le miro. Indudablemente está buenísimo. Aunque su pelo relamido hacia un lado le resta atractivo, pero bueno, no es cuestión de tocar hoy también ese detalle.

James me coge de la mano y, sutilmente, me ladea hasta colocarme a su izquierda, bloqueándome entre su cuerpo y la pared. Incluso la mano que sujeta su ropa está tras mi cintura. ¡Un momento! ¿Me está tapando de las miradas indiscretas? Se me escapa la risa, ¡pero qué mono es! caballero hasta el final.

La fila avanza cada vez más deprisa. Nos movemos y me ladeo escondiendo la sonrisa de él.

-¿Qué te hace tanta gracia? no has parado de reírte.

-Bueno, es que no todos los días veo a mi jefe en ropa interior. Es algo raro, ¿no crees?

Me devuelve la sonrisa.

-Recuerda que estamos en igualdad de condiciones ahora mismo.

Y es cierto. Vuelvo a reír mientras cojo más fuertemente su brazo, apretándolo contra mí. ¡Hace un frío que pela!

-Como estemos mucho rato así vas a coger una pulmonía.

-¡Qué va! soy fuerte como un toro, además, ya queda poco, somos los siguientes. ¿Tú no tienes frío?

Estalla en carcajadas.

-Prueba a vivir un invierno en Londres y entonces sabrás lo que es pasar frío. Esto no es nada.

Asiento convencida. Ahí debe ser horrible con tanta lluvia, niebla y humedad...

Esperamos un rato más, hasta que finalmente podemos entrar en la tienda. Tiro rápidamente de James y lo conduzco a la sección de caballero. Le miro de forma divertida, acariciándome el mentón a modo de reflexión y finalmente opto por un polo azul marino con letras en negro junto a unos vaqueros de los más modernos.

-¡Ponte esto! -Le animo emocionada-

-¿Aquí en medio?

-Si ya estás desnudo, ¡qué más da!

Sonríe.

-Tienes razón. A ver pásame la ropa. -La mira un rato- Parece que has acertado mi talla.

-¡Hombre! tengo buen ojo. ¿Qué te crees?

Niega divertido con la cabeza, incluso parece que se ha puesto rojo tras mi comentario, o simplemente es que los ingleses adoptan ese color según la hora del día. Se pone el polo en un movimiento rápido, metiendo primero los brazos entre las mangas y luego la cabeza. Le queda espectacular. Luego se viste con los vaqueros, soy incapaz de cerrar la boca mientras le observo. ¡Pero si hasta tiene culo! y no un culo cualquiera...

-Increíble. -Le miro embelesada largo rato hasta que me obligo a reaccionar- Estás guapísimo. De verdad. Deberías vestir así más a menudo.

-No creo que este sea mi estilo para nada.

-Pues a mí me gusta. -Me reafirmo- Bueno, ¿ahora vamos a por algo para mí?

Se pone en marcha enseguida, preocupado porque yo siga aún desnuda, no sé el por qué de esa preocupación repentina, aquí dentro no hace frío.

-Bueno, te toca elegirme algo.

Dejo mis cosas sobre un estante y extendiendo las manos para que pueda contemplarme bien, tras reír de su cara de desconcierto me doy una vueltecita, en cuanto vuelvo a mirarle añado:

-Espero que no te equivoques con la talla. Si escoges algo demasiado grande me enfadaré porque eso querrá decir que me ves gorda, y si es demasiado pequeño también, pues será que no me has prestado la suficiente atención. -Le digo sin tapujos y él empieza a reír-

-O sea, que haga lo que haga lo tengo bastante mal...

-Eso aún no lo sabemos. Prueba.

-Está bien. -Acepta el reto divertido. Me dedica una última miradita y empieza a hurgar entre los montones, están muy desordenados teniendo en cuenta la cantidad de gente que ha estado hoy revolviéndolo todo.- ¿Qué te parece esto?

Me enseña un vestido azul, con detalles en blanco, verde y plata. Sonríe de oreja a oreja, es precioso. Me lo pongo delante de él. Bueno, al

menos no se ha equivocado de talla. Lástima, yo que quería buscar un pretexto para picarle...

-¿Te gusta? -Le digo extendiendo mi falda para que vea los recargados detalles en blanco-

-Sí. Te queda bien.

-¡Genial! pues entonces ya podemos irnos.

El dependiente mira nuestra ropa, nos retira las etiquetas y nos deja marchar. Sin buscarlo, tengo un nuevo vestido en mi armario.

Una vez fuera, metemos nuestra ropa en las bolsas de cartón que nos han dado y retomamos el camino. James coge mi bolsa sin preguntar, la mano que le queda libre aprieta la mía dejándome alucinada. Ha sido quitarse el traje y empezar a hacer gestos espontáneos.

Ahora más cómodos, nos adentramos en el barrio gótico, le guío hacia un místico bar que conozco. Es algo oscuro y la decoración un tanto tétrica, pero tiene mucho encanto, las bebidas son económicas y disponen de una amplia variedad.

Nos sentamos en unos sofás de rayas negras, los dos proferimos un suspiro de alivio en cuanto percibimos los mullidos cojines bajo nuestros traseros, hemos permanecido de pie mucho tiempo, por eso ahora parece como si hubiéramos alcanzado el cielo.

-¿Qué te apetece tomar? -Le pregunto incorporándome correctamente en el sofá-

-Lo mismo que tu. -Responde-

-De acuerdo, voy a pedir.

Él se pone de pie enseguida.

-Voy yo. ¿Qué quieres?

Tiro de él hacia abajo obligándole a sentarse.

-¡Quédate sentado! -Exclamo alarmada- No es bueno que me dejes sola en una mesa vacía en un antro como este. -Le digo poniendo una cara de circunstancias-

Mi estúpida excusa parece haber surtido efecto y cede.

Me acerco sonriente a la barra y pido dos cervezas, las pago. Luego, con ellas en una bandeja me dirijo hacia nuestra mesa.

-¡Mira nos han puesto unos cacahuetses y todo! ¡Menudo detallazo!

-Sonrío emocionada. Él vuelve a reír-

-¿Por qué no me has dicho que esto había que pagarlo en la barra?

-Quería invitarte.

Eso le confunde.

-Entonces eso de dejarte sola en un antro como este no era más que un banal pretexto para salirte con la tuya, ¿no?

-Sí. Tenías que haberte visto la cara. -Sonrí-

-¿Cuánto te ha costado esto?

-¿Por qué quieres saberlo?

-No voy a permitir que pagues tú Anna.

-Demasiado tarde. -Le recuerdo-

-Es igual. Voy a devolvértelo. -Saca su cartera del bolsillo. Me pongo tensa-

-¡Ni se te ocurra hacer lo que creo que vas a hacer! ¡Guarda la cartera, por el amor de Dios! resulta ofensivo...

Me mira extrañado.

-No me gusta que hagas eso. Si mal no recuerdo fui yo quién te invitó a tomar algo.

-Bueno, pero después de lo que te he hecho pasar hoy, qué menos que pagarte la consumición, te lo mereces. -Le guiño un ojo mientras doy un sorbito a la cerveza Estrella Galicia, mi favorita.-

-Bueno y cuéntame. ¿Dónde te has ubicado? -Decido preguntar dado que me he percatado de que es poco hablador-

-He alquilado un apartamento en *l'Eixample*, cerca de *paseo de Gracia*.

Arqueo las cejas. Vaya con el inglés que parecía tonto.

-¿No vives con tu padre?

-No. -Responde tajante- La urbanización de *Pedralbes* no es de mi agrado.

Sonrí con incredulidad.

-Pues serás el único que piensa eso.

Se encoge de hombros.

-Mi padre tiene sus preferencias y sus gustos, yo tengo los míos.

Detecto cierta aspereza en sus palabras y decido cambiar de tema, no quiero que se sienta incómodo.

-¿Tu residencia en Barcelona es definitiva?

Hace una mueca. Se tensa repentinamente mientras yo no hago más que preguntarme si estoy haciendo bien o no al querer saber tanto.

-Voy y vengo. Ahora estaré un tiempo aquí, hasta que las cosas empiecen a marchar tal y como yo quiero, luego, pasaré una temporada en

Londres y así sucesivamente.

-Entiendo... debes echar de menos a tu gente.

Tuerce el gesto.

-Más o menos, es algo así, sí.

Su contestación me confunde. Doy un nuevo trago a mi bebida y espero, espero, espero... sigo esperando pero él no dice nada. ¡Tendré que sacarle las palabras con sacacorchos!

Miro el pequeño recipiente de cacahuets, no le hemos metido mano aún y yo al menos tengo un hambre que me muero. Como siempre.

Cojo uno y vuelvo a centrarme súbitamente en James.

-Abre la boca. -Le digo sonriente-

Sus cejas casi se juntan por la incomprensión así que le muestro el cacahuete de mi mano y él sonrío de medio lado al advertir mis intenciones.

-No tienes puntería...

¿Perdona? ¿Don barra de hierro me está diciendo que no tengo puntería? ¡Pues ahora se va a enterar!

-Eso es lo que tú crees chato, abre la boca. -Le ordeno-

Su risa se dispara. Me mira, ve en mi rostro que el juego ha dejado de ser una broma y se ha convertido en un objetivo en mi vida. Le sigo retando con la mirada encendida hasta que se retira todo lo posible de mí y cediendo a mi deseo abre la boca.

Una, dos... ¡y tres! Le lanzo el cacahuete, él se ladea y lo coge al vuelo. Yo empiezo a dar palmas de alegría como una tonta.

-¡De aquí a la NBA! -Espeto. Mi comentario le divierte todavía más-

-Venga, ahora te toca a ti.

Imito sus movimientos, me retiro y abro la boca. Coge un cacahuete, apunta, ¡dispara!

Ni se ha acercado.

-¡Mira que eres malo! Te dejo volver a intentarlo, va...

Él se anima, repite los últimos movimientos y esta vez sí, el cacahuete entra en mi boca y yo lo mastico haciéndolo crujir entre los dientes.

-¿Probamos desde más lejos?

Sus ojos se dilatan. Se me escapa una carcajada mientras me pongo de pie, situándome cerca de la barra, ya armada con el cacahuete en

la mano.

-Abre la boca...

Impresionado por mi atrevimiento hace lo que le pido.

Apunto y lanzo. Vuelve a cogerlo al vuelo. ¡Bien!

No nos damos cuenta de los intentos que llevamos, primero yo, luego él, volvemos a reír, nos subimos en las sillas para lograr más altura. La gente a nuestro alrededor deja sus bebidas, incluso el camarero nos anima proponiéndonos nuevos retos de lanzamiento, hoy somos su espectáculo. Un corro se ha formado a mí alrededor, animándome, voy ganando de tres y no quepo en mí de gozo.

-¡Vamos chiquitita! te estoy esperando.

¡Uy lo que ha dicho! ¿chiquitita? ¡le voy a enseñar yo a este lo que es capaz de hacer “la chiquitita”!

Me preparo para un lanzamiento mítico. Estoy sobre la mesa del bar, James está de rodillas en el suelo, con las manos extendidas, a unos cinco metros de distancia. Esta es la definitiva, la última y gano. La presión de la gente aclamándome hace que mi corazón vaya rápido. No lo pienso más, balanceo el brazo tiro y... la dirección que toma el cacahuete no es la adecuada, pero entonces James mueve su cuerpo hacia la derecha atrapándolo con la boca.

Los aplausos se intensifican. Me bajo de la mesa de un salto y corro hacia él, al más puro estilo *Dirty dancing*, para celebrar mi triunfo. Triunfo que me ha dejado ganar pero no me importa, estoy tan feliz que no pienso, solo actúo. Soy así de impulsiva. Sus brazos me rodean y sin esfuerzo me alzan, le he contagiado mi efusividad y ahora me da vueltas en el aire hasta que estoy a punto de marearme. En cuanto me deja en el suelo me tambaleo, pero él está ahí para sujetarme si ve que estoy a punto de caer.

Mientras salimos entre aplausos y silbidos nos miramos, tiene un lado oculto que no había mostrado hasta ahora. Una parte de él quiere dejarse llevar, ser más espontáneo y guiarse por las situaciones inesperadas que se le presentan. Pero otra parte, la más arraigada, se resiste a sucumbir. Su exquisita educación cultivada durante años, le impide dar rienda suelta a un deseo agazapado bajo la superficie.

Una vez en el exterior, inmersos de nuevo en el ruido nocturno de una ciudad en movimiento, vuelve a ser el hombre precavido, serio y prudente de antes. Aquél que lo analiza todo, que no pasa nada por alto.

Quiero proponerle que vayamos a cenar, tal vez unas tapas. Pero algo en su rostro me advierte de que no lo haga. Estoy a punto de hablar, dejar a un lado mi sexto sentido, cuando él se gira en mi dirección y de forma tajante dice:

-Es tarde. Te llevaré a casa.

Recompongo rápidamente mi expresión. No es que me afecte su comentario, pero me sorprende esa habilidad innata que tiene por joder lo que podía haber sido un día perfecto. Asiento mientras nos dirigimos a paso ligero hasta el parquin. ¿Por qué tanta prisa de repente?

Descendemos las escaleras y nos situamos frente a la máquina de pago. Él saca la tarjeta de la cartera. No lo pienso. Se la arrebato de las manos para pagarlo yo.

-¡Anna ni se te ocurra! -Su tono serio y fuerte me cohibe. La sangre ha huido de mi rostro de repente. Aprovechando mi estado de shock me quita la tarjeta de las manos y la mete en la ranura correspondiente.-

26 euros con 20. ¡Qué caro! realiza el pago, me mira y ruge:

-¡Vamos!

Pero fíjate tú, ese “vamos” autoritario no me gusta un pelo. Su tono duro y enfadado sin venir a cuento me previene. No pienso meterme en el mismo coche que él. Lo tengo decidido.

Me planto en seco, él se gira tras ver que no he avanzado un solo paso. Me contempla con el ceño fruncido, así que no le hago esperar más.

-Bueno James, ha sido un placer. Me lo he pasado bien. Nos vemos el lunes en la oficina.

Doy media vuelta para volver a ascender las escaleras del parquin.

-¡Anna! -Grita, y yo continúo. Lo hago por no girarme y contestarle, pese a todo no he olvidado que es mi maldito jefe, pero como se atreva a seguir gritándome, al final, la voy a liar.-

Corre detrás de mí, yo aprieto el paso, pero no sirve de nada. No tarda en alcanzarme.

-¿Dónde vas? -Espeta cogiéndome del brazo.-

-A casa. -Le digo con indiferencia- Cogeré un taxi. -Le aclaro y sigo subiendo sin mirar atrás.-

-Anna, por favor... no hagas esto, ¿quieres?

-¿Hacer el qué James? no estoy haciendo nada malo.

-Ya sabes lo que quiero decir. Yo puedo llevarte.



-Bueno, pero yo no quiero que lo hagas. -Contesto en el mismo tonito irritante que él ha empleado antes-.

-No vas a coger un taxi.

¿¿¿Qué??? ¿¿¿ha dicho que *no*??? me está cabreando...

-Me da igual lo que digas.

Vuelve a agarrarme del brazo.

-¿Por qué? ¿Qué pasa? no entiendo a qué viene esto.

-No lo sé. Dímelo tú.

Suspira, su paciencia se está agotando, pero la mía ya lo está.

-¿Qué tengo que hacer para que aceptes que te lleve a casa?

-Nada. No puedes hacer nada. Tu problema es de nacimiento...

Su rostro se relaja, parece incluso que sonrío. Eso a mí me pone histérica.

-Vamos Anna, por favor, me complacería mucho llevarte, si no quieres bajar, tendré que perseguirte, coger ese taxi contigo y ver que efectivamente te deja a salvo en tu casa antes de volver aquí de nuevo y recoger mi coche.

Sus palabras me hacen dudar. Parece arrepentido, así que puede que se haya dado cuenta de su *capullismo*. Suspiro sonoramente y empiezo a bajar de mala gana los escalones, aunque como la última palabra tengo que tenerla yo, añado:

-A mí nadie me grita, ni me da órdenes. ¿Te queda claro? como vuelvas a alzarme la voz yo lo haré también y ten por seguro que no me cortaré un pelo, porque a cuanto chillidos se refiere, no hay quien me gane.

Vuelve a sonreír. Pero yo no bromeo. Hablo muy en serio. Lo único que mínimamente aplaca mi genio es ver su asentimiento de cabeza, y como su cara de mala leche permanente se neutraliza.

Me paro, dejándole espacio para que se coloque delante de mí y me abra la puerta. Lo cierto es que es un detalle arcaico, pero en ese momento decido que me gusta, por eso se lo permito sin poner objeción.

-Entiendo tu silencio.

Me giro para mirarle, ya que por primera vez es él quién ha empezado a hablar.

-Me alegro. -Contesto secamente-.

Asciende la empinada rampa y se incorpora a la circulación. No me pregunta dónde vivo, aunque apuesto a que ya lo sabe, es demasiado controlador como para saltarse ese detalle.

-Quiero que sepas que me lo he pasado muy bien en tu compañía. -Me mira. Yo centro la vista en la carretera aunque le veo de reojo.- Pero es todo muy complicado, Anna.

Ahora sí me giro enérgicamente. ¿Qué quiere decir con eso? ¡ni que le hubiera propuesto algo indecente! pienso durante un buen rato, estoy alucinando. Pero saco la endereza de donde puedo y contesto:

-Esto puede ser tan complicado como los dos queremos.

Sus cejas se arquean, me dedica media sonrisa antes de devolver la mirada al frente.

No tarda en llegar al portal de mi casa. No dice nada más ¿para qué? ¡si ya está todo dicho! este hombre es raro de cojones. Me despido con un rápido adiós antes de salir del coche, luego, subo los escalones de tres en tres como si escapara de un fantasma.

-¡Mirad quien nos honra con su presencia! -Elena me coge de la mano haciéndome girar sobre mi propio eje, se ha dado cuenta de mi vestido nuevo- ¿Qué has estado haciendo?

Sonrío y camino hacia el sofá. Nuestro apartamento es tan diminuto que mis compañeros no tardan en acudir a mi encuentro. Lore lleva puesto un delantal y está lleno de harina, Mónica sale de la cocina poco después, también con las manos blancas.

-¿Qué hacéis? -Pregunto sonriente tras ver sus caras-

-¡No me hables! suerte que no tengo un cuchillo porque te juro que la mato. -Espeta Lore dirigiéndose a Mónica. Empiezo a reír-

-¿Qué ha pasado? -Demando-

-¡La culpa es suya! se ha equivocado con las proporciones. Te dije que habías puesto demasiada levadura. Eran doce gramos no veintiuno.

-¡Si no hubieses estado cojoneando a mí alrededor todo el tiempo no me hubiera equivocado!

-¿Estabais cocinando juntos? -Pregunto sorprendida mientras corro a la cocina- ¡Genial! no os podéis imaginar el hambre que tengo.

El horno está encendido, hay una pizza casi hecha, solo que la masa es tan gruesa que parece un bizcocho. Estallo en carcajadas y miro a Lore que está al borde de la desesperación tras una tarde aguantando a la perfeccionista de Mónica. Elena se acerca a mí y pone los ojos en blanco, dándome a entender todo lo que ha tenido que aguantar por parte de estos dos.

-¡Mira que monstruosidad ha hecho! -Mónica señala el horno-

-¡Cálmate! seguro que está buenísima la bizcopizza.

Lore viene sonriente hacia mí y me planta un sonoro beso en la mejilla.

-Eres todo un amor mi reina.

Le abrazo fuerte y él me corresponde, es tan *mimosín* que me entran ganas de achucharlo a todas horas.

-Por cierto, ¿otra vez de compras? -Me acaricia la tela del vestido pasando la mano por mi cintura-

-Bueno, técnicamente no me he gastado un solo euro. He hecho la cola en cueros.

-¿¿¿Qué??? -Me pregunta Elena escandalizada- ¿Te has atrevido a desnudarte en plena rambla tú sola?

-Me encojo de hombros mientras me acerco a la encimera y cojo una patata frita de la bolsa.

-No estaba sola.

Monica y Elena se giran alarmadas en mí dirección.

-¿Con quién?

-He pasado la tarde con mi jefe.

El silencio se hace en la cocina. Todos me miran largo rato, seguramente esperan a que les diga que se trata de una broma, pero al ver que ni me inmuta Lore empieza a reír y añade:

-¡Eres mi ídolo! ¡sí señor, con un par!

Río y me muevo por la cocina, hasta sentarme en una silla.

-¿Nos lo vas a contar?

-Es que no hay nada qué contar. Me quedé a terminar unas cosas, él se ofreció a ayudarme y luego me invitó a una copa. Fin de la historia.

-No reina, fin de la historia no. ¿Cómo acabaste desnuda haciendo cola en las ramblas?

Vuelvo a reír.

-Fue una locura de las mías. Le convencí.

-¿Y?

-¡Uf! ¡no veas que cuerpazo! -Me tapo la cara con ambas manos- no me hagas recordar el momento que me acaloro.

Lore ríe, se acerca y me besa la frente.

-Cuidado mi reina. No quiero que te hagan daño.

-Tranquilo, sé muy bien a lo que me atengo y no pienso sobrepasar ningún límite.

-Más te vale. -Añade Mónica. Yo suspiro-.

-¿Y ahora qué os parece si comemos esa deliciosa bizcopizza que hay en el horno?

Elena coge los platos y los lleva al comedor.

-¡Genial! ¡Vamos a ver qué tal sabe!

Obviamente omito los últimos veinte minutos donde el carácter versátil de mi jefe cambió por completo. No tengo ganas de advertencias, ya les ha costado asimilar lo poco que les he contado como para que acabe

por preocuparlos del todo.

Me siento en la mesa. Las risas vuelven a surgir no bien tenemos la bizcopizza delante. Hace más de quince centímetros de ancho, los ingredientes se han hundido en la masa como botones de cojín.

Pasamos un rato increíble juntos, con ellos cerca todo lo malo acontecido durante el día no importa. ¡Quiero a mis amigos, los adoro!

Me despierto feliz. Descansada. Extiendo los brazos mientras avanzo por el pasillo dirección al baño. Abro la puerta y me sobresalto tras ver a Elena desnuda frente al espejo.

-¡Jesús! -Exclama asustada, tapándose de mí-

Rápidamente cierro la puerta, pero me quedo dentro.

-Lo siento, es que me estoy meando...

Me siento en la taza. La observo, ella me mira a través del espejo, parece incómoda.

-¿Por qué te tapas tanto? Te aseguro que no tienes nada que no haya visto antes...

Elena sonrío. Se quita la toalla para mostrarse con naturalidad ante mí.

Me limpio, me levanto y tiro de la cadena.

-¡Cielo santo cariño qué es eso?

Señalo hacia su pubis, ella lo mira con indiferencia.

-¿El qué?

-Eso. -Vuelvo a señalar. Madre mía....- ¿Es por una apuesta?

-¿De qué hablas?

-¿Por qué narices tienes ese matorral?

-¡Aish Anna! yo paso de depilarme. Además ya sabes lo que dicen, donde hay pelo hay alegría.

-Oh cariño, no te ofendas pero no creo que haya mucha alegría ahí. Hay que podar. Sí, creo que es tiempo de poda, esta tarde tú y yo nos vamos a un sitio que te van a dejar como nueva, ya verás, hazme caso.

-¿Pero por qué? a mí me gusta así.

-No, no te gusta. -Le corrijo.-

-¡Sí! -Insiste.-

-Eso es porque no has probado a hacerlo sin pelo. Es increíble. Te lo garantizo.

-Pero si yo no tengo sexo...

-No me extraña, si casi no puedes ni encontrarte el chichi en esos bastos parajes.

-¡Pero mira que eres vulgar! -Se ríe-

-De vulgar nada. Hoy te convierto en una mujer nueva.

-¿Tú lo llevas...?

Su timidez me hace gracia.

-Por supuesto. ¿Quieres verlo?

Elena asiente. Yo me bajo los pantalones y le muestro mi depilado pubis. Ella se queda impresionada mientras lo examina con detenimiento. Entonces alza un dedo y acaricia muy superficialmente mi monte de Venus.

La puerta del baño se abre de improviso. Lore contrae el rostro al vernos a las dos de semejante guisa. Nos apartamos y estallamos en carcajadas.

-Continuad chicas. Como si yo no hubiese visto nada.

Cierra la puerta dejándonos a solas, pero yo la abro y le llamo para que vuelva a entrar.

-Estoy diciéndole a Elena que se depile. ¿Tú qué dices?

-¡Sí mi reina! -Coge las manos de Elena mientras la mira como si fuera a hacerle una gran revelación- el pelo está pasado de moda completamente.

-¿Enserio?

Lore y yo asentimos al mismo tiempo, luego ambos reímos de la cara de angustia de Elena.

-Pero es que... no sé... si nadie lo ve, además, de aquí a que tenga sexo con alguien...

-Ese tema queda solucionado esta noche. -Espeto mientras abro el grifo de la pica y me lavo las manos-

-No Anna. Yo no puedo...

Sus ojos tristes me conmueven. Pero no me doy por vencida.

-Está bien, sin hombres. Después de pasar por la esteticien iremos a comprar un consolador para ti.

-¿Qué? ¡te has vuelto loca! -Se ríe-

-¡De loca nada! loca te vas a volver tú esta noche en cuanto lo pruebes. -Sonrío-

-¡Sí! yo os acompaño, quiero uno para mí también.

Las carcajadas resuenan por toda la casa, Mónica acude al baño tras escuchar nuestras escandalosas risas.

-¿Qué? -Dice desde la puerta sin atreverse a entrar-

-Vamos a comprar unos consoladores. -Digo sin más- ¿Vienes?  
Todos nos giramos en su dirección, atentos a su reacción.

-¡Pues claro! es justo lo que necesito en mi vida.

No sé si es ironía o no, lo cierto es que no hay más que hablar,  
esta promete ser una tarde de lo más divertida.



Llegamos a la esteticien. Elena parece tan asustada como si estuviera a punto de entrar en un paritorio. No hemos parado de reírnos de su miedo. Pobrecilla, su inocencia es algo que me da lastimita.

Esperamos en la salita mientras miramos una revista y ponemos los pies en alto. Las tres hemos decidido hacernos la pedicura mientras esperamos. Las chicas nos liman y pulen las uñas mientras ojeamos las nuevas tendencias de moda en *Vogue*. ¿Puede haber algo mejor?

Oímos unos grititos nerviosos que provienen de una de las cabinas. Nos miramos y sonreímos al saber que se trata de nuestra amiga.

Después de casi una hora. Aparece ante nosotros con la cara roja y las piernas un tanto arqueadas. No podemos parar de reír.

-¿Dónde has dejado el caballo mi reina?

Le doy un codazo a Lore y me acerco a Elena para darle un beso.

-¿Qué tal?

-No me hables. Esto duele un huevo.

Intento reprimir la risa, pero no lo consigo.

-El escozor pasará pronto. -Le prometo mientras la cojo de la mano acompañándola poco a poco hacia la salida-.

La tarde mejora en cuanto llegamos a la condonería. Elena entra a regañadientes, pero son demasiadas manos las que la empujan hasta meterla dentro, por lo que no puede negarse.

Las estanterías están repletas de cosas de colores, algunas no sé para qué sirven. Me quedo frente a un maniquí que lleva puesto un provocativo vestidito de encaje transparente. Da vergüenza nada más verlo.

-No me digas que te gusta eso... -Miro a Elena y empiezo a reír tras ver su cara de horror-.

-Venga anda, vamos a buscar algo para tu disfrute personal...

Tiro de ella y me encamino a la estantería de los consoladores. ¡A cuál más raro! cojo uno al azar, no es demasiado grande y encima tiene un pequeño montículo vibrador para estimular el clítoris. Interesante.

-¿Qué te parece este?

-¡Ssshhhh! ¡No hables tan alto!

-¡Elena! te aseguro que aquí nadie se va a sorprender... -Sonrío y le pongo la caja en las manos- Esto se va hoy para casa.

Me mira nerviosa, las manos le tiemblan y eso me provoca aún más risa. Mónica y Lore están muy entretenidas mirando unas bolas chinas.

-¿Habéis encontrado algo?

-Las bolas chinas son medicinales. Ayudan a ejercitar el músculo vaginal.

-Y anal. -Aporta Lore-

Mira por donde al final van a estar de acuerdo con algo.

-Está bien, me habéis convencido. Yo también me llevo unas.

Cojo una cajita rosa y juntos nos encaminamos hacia la caja. Satisfechas tras nuestra reciente adquisición.

Seguimos bromeando de regreso a casa. Sin darnos cuenta ha pasado el día y se abre paso la noche. ¡Bendita noche!

Las farolas desprenden su habitual luz ámbar, produciendo destellos brillantes en la acera bañada por la inminente humedad. Esta noche hemos quedado en una discoteca del centro: *People lounge*.

Me he puesto mi mini camiseta transformable roja. La he convertido en un sexy vestido, anudándome las mangas al cuello. ¡Jo! vaya tetas que me hace, están más apretadas que las nalgas de un torero.

Los chicos me miran mientras entro en la gran sala provista de mis vertiginosos tacones, algunos incluso gritan: “morenaza” al pasar por mi lado.

La pegadiza melodía de Ricky Martin, *Come with me* nos conduce en nuestra entrada triunfal, moviendo las caderas me infiltro entre la multitud hasta encontrar un hueco donde poder dar rienda suelta a mi baile. Lore me trae mi bebida favorita. Vodka rojo con naranja y se mueve a mi lado, siguiendo mi ritmo.

-Menuda panda de babosos estás atrayendo mi reina... te devoran con los ojos.

Río y miro a mi alrededor. Tiene razón, hay un grupo que no me quita ojo. Si quiero los tengo. Me contoneo un poco más, desciendo mi brazo por el cuello, lo paso por el pecho y lo giro por la cintura hasta dejarlo cómodamente sobre mi cadera. Mis amigas también están pasándoselo bien, unos chicos las invitan a unas copas mientras rodean sus

cinturas incitándolas a bailar. Aunque algo rígidas, ellas responden. Mi sonrisa se detiene cuando unas manos inesperadas palpan mi trasero. Me vuelvo y automáticamente me aparto de ese par que ya están un poco bebidos. Pero una de sus manos me agarran con fuerza la muñeca y me estiran hasta casi hacerme caer.

-¿Qué cojones estás haciendo?

Intento deshacerme de él, pero su fuerza me lo impide. Con la mano que le queda libre me agarra de la cintura para seguir acercándose. Estoy a punto de darle una patada en los huevos cuando Lore se acerca por detrás del chico, y lo estira del cuello de la camiseta alejándolo de mí.

-¿Tienes algún problema? -Le vacila a Lore, mientras este transforma su rostro en una expresión poco amistosa- .

-En realidad sí. Te lo advierto. Vuelve a ponerle la mano encima y te juro que te reviento.

Su gran altura y la seriedad de su rostro les hace reconsiderar las cosas.

Estoy alucinada. ¿De dónde ha sacado Lore ese carácter?

-Oye grandullón, cálmate, ¿quieres?

-No. No puedo calmarme. Haz el favor de desaparecer de mi vista. ¡Largo!

Su último grito hace que el chico de un respingo. Luego, hace un gesto con la cabeza a su amigo y ambos se van. Yo todavía no he podido cerrar la boca tras la asombrosa actuación de mi Lore.

-Me has dejado sin palabras... -Consigo articular al fin-

-Nadie hace nada a mis chicas que ellas no quieran que les hagan.

Enebro mi brazo al suyo, vamos hacia la barra a juntarnos con nuestras dos amigas perdidas. Bailamos, bebemos hasta que no podemos más, dejando este incidente a un lado, y cuando los zapatos empiezan a molestarnos, decidimos regresar a casa.

Más risas y carcajadas nos asaltan por esas calles oscuras, el eco rebota contra los edificios, así que nos obligamos a bajar el volumen para no incomodar a los vecinos. Casi hemos alcanzado nuestro vehículo cuando un ruido sordo nos obliga a mirar atrás. Lore está tendido en el suelo, tras él, están los dos chicos de antes, armados con un palo que no han dudado en estrellar contra su cabeza. Elena emite un chillido angustiados y corre hacia nuestro amigo que parece estar aturdido.

-¿Creíais que habíais ganado?

El chico se acerca a mí. Me coge y me arrastra con fuerza.

-Tú y yo teníamos una conversación pendiente.

Respiro con ansiedad. Tengo miedo. Pero ver a Lore en el suelo me enciende. Miro a su agresor con una ira inmensa. Me cuadro valientemente frente a él, alzó la pierna derecha y ¡zas! le asesto un rodillazo en la entrepierna. Su cuerpo se arquea hacia delante, su amigo se acerca para auxiliarle, pero en cuanto se da cuenta de que el primero está bien, se centra en mí. Pero ahora la morbosa diversión de sus ojos se ha desvanecido, dando paso a un odio extremo.

Lore consigue levantarse y aprovechando que esos dos no se dan cuenta, se abalanza sobre ellos. Elena y Mónica le ayudan, juntos intentan reducirles. El chico que había delante de mí aún sostiene el palo, lo alza para golpear a alguno de mis amigos, así que no lo pienso dos veces, me tiro en su busca para cogerlo al vuelo.

Tengo tan mala suerte que, en mi caída, un codo ha surgido de la nada impactando sobre mi ojo. La fuerza del impacto me impulsa hacia atrás, mientras veo como mis tres amigos han conseguido aplacar a esos dos canallas. Tras dejarlos tendidos sobre el suelo, Elena se gira en mi dirección y corre a mi encuentro.

-¡Madre mía Anna!

-¿Qué pasa?

Lore se acerca, me ayuda a levantarme del suelo y me mira con el ceño fruncido. Me sostiene con fuerza mientras nos alejamos los cuatro calle abajo. Nos metemos en el coche y nos ponemos en marcha.

-¿Lore, estás bien? ¿Te han hecho daño?

-Solo ha sido un golpe. Lo tuyo es peor.

-¿Peor? -Miro a mis compañeras con el rostro desencajado, Mónica suspira y saca un espejito de su bolso-.

Abro el espejito y me miro.

-¡Santo cielo menudo golpe!

Mi ojo izquierdo está completamente negro. El globo ocular teñido de rojo. Me llevo una mano a la boca.

-¿Esto se irá?

-Tranquila Anna, en cuanto lleguemos a casa te lo miro. Pero parece únicamente el morado propio de un golpe en esa zona, nada que deba preocuparte. Eso sí, tardará una semanita larga en curar...

-¿Una semana?

    Mi voz suena angustiada. No puedo estar toda una semana con esta cara ¿qué van a pensar en el trabajo? cojo aire y cierro el espejo. Espero que con un poco de hielo baje la hinchazón.



Si pensaba que hoy mi ojo estaría mejor, me equivocaba. Desde ayer no ha hecho más que empeorar. Según Elena es normal, ahora tiene que pasar por distintas etapas, donde irá cambiando de color gradualmente hasta desaparecer en su totalidad.

Paso el día del domingo durmiendo, comiendo, viendo la tele y mirándome el ojo. Nada ha cambiado. Pero no puedo hacer más que esperar a mañana y descubrir si mi maquillaje es tan potente como para disimularlo.

Después de un largo rato en la ducha me visto. Decido que con unos vaqueros negros y una camisa ceñida verde pistacho estoy genial. Aunque con este ojo no hay nada que hacer, el maquillaje no surte el efecto deseado.

Tomo mis vitaminas, asegurándome de no coger las pastillas laxantes de Mónica, me preparo mi café y salgo corriendo hacia el trabajo.

-Buenos días... ¿qué te ha pasado?

Miro a Pol y me encojo de hombros.

-Un accidente.

-Ya lo veo... ¿una novecita salvaje?

-No tanto como la tuya. -Le guiño el ojo sano y me meto en el ascensor-.

Entro apresuradamente en la oficina y me siento en mi mesa. En ese momento Vanessa sale de la sala de fotocopias y me mira. Su rostro empalidece, sí... es por este dichoso ojo, lo sé.

-¿Qué te ha pasado?

-Un accidente. Ya te contaré.

-Uuff... tiene pinta de doler.

-No te creas, ahora solo siento una leve molestia.

Nos sonreímos y empezamos a trabajar. Miro atentamente los papeles que hay sobre mi mesa. Hay un pólit amarillo con una nota de Claudia, la que nos lleva el asunto de la publicidad en Barcelona. Decido llamarla, la última vez no estaba y no pude hablar con ella, además de una excelente profesional, es mi amiga, aunque nuestra relación sea meramente laboral, ella es tan alegre y vital como yo, por eso enseguida conectamos.

-¿Con la señorita Claudia Pérez, por favor?

-¿Quién la busca?

-Anna Suárez. De *Soltan*.

-Un momento.

Espero.

-¡Anna cariño! me dijeron que llamaste, ¿cómo te va?

-Bueno aquí andamos, nadando a contracorriente.

-Como todos mi vida. Mira, ahora mismo he terminado vuestro presupuesto. Si solo nos ceñimos a una campaña publicitaria para revistas es más económico, además, debemos tratar el tema de poner en cada ejemplar una muestra del nuevo protector que estáis promocionando.

-Sí... pero eso supone un coste adicional, no sé si...

-Mira, hacemos una cosa, yo te envío el presupuesto vía e-mail para que lo estudies con detenimiento, además te adjunto el nombre de empresas que os pueden facilitar las muestras. Podéis hablar con ellos, si les decís qué vais de mi parte os harán buen precio.

-¡Genial! se lo propondré al jefe.

-¡Perfecto! lo dicho, te lo envío y me comentas. Yo no puedo ajustarme más.

-Lo comprendo, me lo miraré todo con calma. Por cierto, ve pidiendo provisiones de café que dentro de poco nos vemos.

-¡Cuando quieras guapa! sabes que aquí siempre eres bien recibida.

-Un beso Claudia.

-Un beso. *Ciao*.

Cuelgo con una sonrisa de oreja a oreja. Abro mi bandeja de entrada y veo que *Boots* ya nos ha enviado el nuevo protector solar en forma de *rolon* que vamos a lanzar al mercado. Según mis cálculos lo recibiremos dentro de tres días. Me lo apunto en la agenda.

Mi teléfono suena. Enseguida descuelgo.

-Señorita Suárez, venga a mi despacho por favor.

Y cuelga. Ni buenos días ni nada. Orden sin más. En este momento mi estómago ha dado un vuelco. Después del último alocado encuentro con mi jefe no sé de qué humor estará esta mañana, pero por lo que se ve, no va a darme buenas noticias. Cojo mi libreta y me acerco a su despacho. Llamo educadamente, tras una respuesta entro.

-Siéntese, por favor.



No me mira. Sus ojos se centran en unos papeles que sostiene firmemente con las manos. Me acerco hasta la silla que hay delante de él y me siento.

-Quiero mostrarle una cosa... -Tiende los papeles en mi dirección, yo los cojo, en el momento en que me los da, su expresión se paraliza tras ver mi ojo-.

-¿Qué le ha pasado?

-Ah, no es nada. -Hago un gesto con la mano- Fue boxeando, dejé la cabeza al descubierto, un error de principiante. -Tras mi ocurrencia río por dentro y más después de la cara de incredulidad que se le ha quedado-.

-¿Usted boxea?

Asiento convencida y él se inclina sobre su mesa para examinarme con más atención. Abro mi ojo malo al máximo, para que vea que en realidad, no es nada.

-Me cuesta creerlo, la verdad. Aunque debería replanteárselo seriamente, usted trabaja de cara al público, su aspecto es la carta de presentación.

-¿Qué insinúa señor Orwell? -Le digo preparada para atacar. ¿Quién se ha creído que es para decidir qué es lo que me conviene o no después del trabajo?-

-Solo digo que debería cuidarse, desde mi punto de vista el boxeo no es un deporte hecho para una mujer.

¡Uy lo que ha dicho! ¡Siento que me enervo!

-Pues yo no creo que sea un deporte exclusivamente masculino. Solo se trata de formación, técnica y precisión. No es algo imposible para una mujer.

-Se olvida de la fuerza, señorita Suárez. Pero ahora no estamos aquí para hablar de sus hobbies.

Asiento, me tengo que callar, no me queda otra pese a que me encantaría atizarle en esta enorme cabeza cuadrada, tengo que tragarme mi orgullo y dejarle ganar esta vez.

-Le he hecho venir para enseñarle las cuentas de la empresa. Como verá en los papeles que le he entregado, no cuadran. De hecho ya hace varios meses que solo hay pérdidas. -Miro rápidamente las estadísticas. Ya me había dado cuenta, pero simplemente prefería omitir la realidad.- Me veo en la obligación de hacer ciertos cambios.

Alzo el rostro. Trago saliva sabiendo perfectamente a qué se

refiere con ese último comentario. No obstante, necesito asegurarme.

-¿Qué clase de cambios?

-Ajuste de plantilla. -Suspira- Yo era el primero que no quería llegar a esto, pero ahora soy yo quien cubre los gastos de la empresa en lugar de ser ella la que me aporte beneficios. Como comprenderá es insostenible.

-Entiendo...

-Quiero que elabore una lista de diez personas. Diez que usted considere que son prescindibles y se la entregue directamente a personal para que efectúe las cartas de despido, tiene una semana.

-¿Qué? -Se me quiebra la voz. Para esto no estoy preparada- Pero señor, no creo que yo pueda...

-Usted es la más indicada señorita Suárez. Se mueve por todos los sectores y conoce a cada una de las personas que trabaja aquí.

-Por eso yo no soy la persona adecuada para...

-Por eso mismo usted mejor que nadie sabrá elegir quién debe quedarse y quién no. Lo dejo en sus manos, confiando plenamente en su criterio, pues yo no conozco lo suficiente al personal.

Desvío la mirada. De repente solo tengo ganas de llorar. No puedo, esto es demasiado... ¿pero qué puedo hacer? ¿a caso puedo negarme?

-Está bien. -Acepto a fin con lágrimas en los ojos- Elaboraré la lista. Ahora si me disculpa... -Me levanto bajo su atenta mirada, la preocupación por ver mi disgusto también se ha hecho notar, pero ahora no me permito pensar en eso, cierro la puerta y le dejo a solas con sus pensamientos-.

El resto del día va a peor. Durante el desayuno me limito a comentar secamente nuestro desafortunado incidente con los borrachos de la discoteca, Mónica se encarga de complementar mi historia. En cuanto consideran que ya se han divertido bastante con la anécdota, empiezan a hablar de otras cosas, pero yo no hago caso a nada, estoy tan preocupada por el enorme marrón que se me avecina que no puedo pensar en nada más.

Continúo trabajando. Como una máquina no me permito el lujo de alzar la vista de la pantalla del ordenador, cuanto más trabajo, menos pienso y en estos momentos, eso me conviene.

Horas después llego a casa. Mis amigos están riendo en el salón. Dejo las llaves en el recibidor, les saludo con la mano y alegando que estoy muy cansada, me voy a mi cuarto y me encierro en él.

Pasan horas, no sé exactamente cuántas cuando Lore llama a mi puerta.

-¡Pasa! -Le digo incorporándome en la cama-

-Buenas mi reina mora... ¿cómo te encuentras? -Llega hasta mí y se sienta en la cama- Me encojo de hombros. Hablar de esto me hará llorar, lo sé, pero a la vez lo necesito.

-Mi jefe me ha ordenado que elabore una lista de diez personas para efectuar sus despidos.

-¡Vaya!

-No sé qué hacer, me van a mirar mal a partir de ahora y además, no sé a quién despedir, todos tienen familia, facturas que pagar, es una gran putada...

-Lo comprendo. -Suspira- Creo que primero debes centrarte en cuál de ellos tiene una menor incidencia en la empresa, luego ver su situación personal: si tiene al cargo niños, familiares enfermos... debes tener la mente fría e intentar producir el menor daño posible.

-Aún así, es muy complicado.

-¿Te dejan la posibilidad de hacer cartas de recomendación?

-Sí, supongo. Pero ya sabes... en los tiempos que corren, la crisis y demás...

Sus manos se alzan, sostiene mi rostro y me planta un beso en la mejilla. Yo me acerco y le abrazo. Lo hago con fuerza mientras se desata el llanto contenido durante horas. Lloro y lloro sin parar, mientras él me abraza, sin dejar de acariciar rítmicamente mi espalda. Me ayuda su silencio, su comprensión sumado a sus ganas por aliviar con livianas caricias mi dolor.

Cuando encuentro la endereza necesaria me separo. Lo cierto es que estoy mucho mejor.

-Gracias.

-No, no me la des. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

-Lo sé. -Sonrío. Son los mejores amigos que se pueden tener-

-¿Quieres que te traiga algo de cena?

Hago una mueca.

-No. Voy a intentar dormir un poco.

-Como quieras. Llámame si me necesitas.

Asiento complacida. Me tiendo nuevamente sobre la cama y

observo como se va. Una vez en la oscuridad de mi cuarto sigo pensando, pero poco a poco el agotamiento da paso al cansancio hasta que me desplomo por completo.

Es una noche agitada. Por la mañana parezco un zombi, encima mi ojo ha adquirido un color verdoso que da escalofríos solo mirarlo.

-Buenos días Pol.

Él se gira. La diversión se esfuma de su rostro tras ver mi semblante cansado, me dedica un movimiento de cabeza sin añadir nada. Yo se lo agradezco, no estoy para bromas.

En la oficina todo sigue igual. Nadie se da cuenta de lo que se avecina. Suspiro y llamo a personal para que me facilite la lista de los empleados. En cuanto me la envían por correo interno la miro y la miro. Nadie se merece un despido. Quien más o quien menos hace lo que puede y lleva años trabajando para la empresa. Además, el impacto de un despido de diez personas en una plantilla donde trabajan unos cincuenta será demoledor.

Con la mano trémula empiezo escribir nombres. Hago caso a Lore y no solo miro su papel en la empresa, sino su situación familiar, por lo que me limito a anotar aquellas personas más jóvenes sin carga familiar, posiblemente no tardarán en encontrar otro empleo.

Durante toda la semana he parecido un alma en pena por la oficina. James me ha citado un par de veces más en su despacho para darme informes. Cuando me pregunta como llevo la última tarea que me ha encomendado, respondo con un movimiento afirmativo de cabeza, no me atrevo a verbalizar lo que realmente pienso porque me metería en serios problemas con él.

Así dejo pasar un día tras otro. La gente empieza a olerse algo, pero consigo esquivar sus preguntas.

Es bastante tarde cuando llego a casa y me siento junto a la mesa del comedor. Paso mi vista por cada uno de los nombres que he anotado. No sé cómo al final he apuntado a nueve personas.

-¿Cómo lo llevas? -Elena se sienta a mi lado y mira esos nombres uno a uno, pero ella no los conoce-.

-Me falta uno. -Digo con la voz rota-.

-¿No sabes quién?

La miro. Sus ojos tristes se centran en los míos. Desciendo los párpados unos segundos al tiempo que suspiro, cuando vuelvo a abrirlos le respondo.

-Sí, lo sé.

-¿Y bien?

Técnicamente hay un puesto en la empresa que está duplicado. Podríamos prescindir de una de las dos personas.

-¿Quiénes?

-Vanessa y yo realizamos la misma función. Aunque ella se encarga de un sector y yo de otro... no somos necesarias las dos. -Tras ver su cara de desconcierto continuo- Vanessa lleva menos años que yo en la empresa, abarca una pequeña parte de mi faena dado que yo hago el doble para que no se sature, puesto que sé que le cuesta más que a mí realizar ciertas labores, sobre todo aquellas en las que tenemos que dar la cara al público. Pero Vanessa es madre soltera, además sus deudas económicas son grandes y precisa ayuda de sus padres para pasar el mes. Tiene más dificultades que yo para abrirse camino y empezar de cero en otro sitio.

-¿Entonces, qué vas a hacer?

-¿Está claro, no? voy a despedirme.

-¡¿Cómo?! -Sus ojos se dilatan extrañados-

-Es lo mejor que puedo hacer. Además, de esta forma también me solidarizo con mis compañeros.

-¡No puedes hacer eso! ¡Te encanta tu trabajo y te preocupas como nadie por una empresa que no es tuya!

-Hay más empresas que precisan personal, no es el fin del mundo...

-¿Estás segura?

Suspiro. Cojo el bolígrafo y anoto mi nombre al final de todo.

-Completamente. -Susurro- A partir de ahora formo parte del personal prescindible de la empresa *Soltan*.

Pongo punto y final a la lista. Ahora puedo descansar tranquila.

Con la mente fría. Enciendo mi ordenador y por primera vez en años, vuelvo a aquellos tiempos en los que buscaba trabajo. Esta vez me centro únicamente en empresas relacionadas con el mundo de la cosmética, seguramente todas funcionarán más o menos igual y dada mi experiencia... rastreo durante horas enteras, hay poca oferta, pero confío en que mi currículum haga el resto. Tras anotar en mi cuaderno algunos datos de

interés e imprimir la información que necesito de las empresas que me interesan, me siento en el sofá, junto a mis amigos, para hablar, ver la televisión... en fin, despejarme un poco.

Me despierto, extendiendo los brazos para estirarme mientras la sonrisa me sale sola. Ha empezado un nuevo día. Abro la ventana y dejo pasar la tímida luz de la mañana. Respiro profundamente llenándome de oxígeno. Me encanta esta sensación, además llevo ya varios días apática. Nunca puedo permanecer en ese estado más de dos días, es el tiempo en que tardo en asimilar la nueva situación y buscar alternativas. Mi mecanismo de defensa bloquea ese malestar general, reproduzco una grandiosa sonrisa para dejar atrás los problemas y recargar mi organismo de positivismo.

Enciendo la televisión de mi cuarto y sintonizo los 40 principales. Me apetece un poco de música. Una petición de una oyente hace que la primera melodía que escuche sea *Me faltas tú*, de Carlor Baute. Es una canción antigua, pero me transmite buen rollo, sin darme cuenta, empiezo a cantarla de camino a la ducha.

*Tú, lo que más extraño tú  
Lo que más recuerdo tú  
La que siempre ríe, la que es fiel, la que me quiere, tú,  
Lo que más me duele tú, lo que más anhelo tú,  
Con quien siempre sueño y me derrite con sus besos,  
Vuela alto, pero vuelve a mí que mis ojos, solo ven por ti....*

Me enjabono bien sin dejar de cantar, y así como quien no quiere la cosa me pongo a bailar e, inesperadamente, vuelvo a sonreír.

En cuanto salgo de la ducha lo primero que hago es mirar el estado de mi ojo. Bueno... va mejorando, aunque a paso de tortuga. Me aplico el colirio que me ha dado Elena y alrededor del ojo la pomada antes de maquillarme.

Me pongo un minivestido tejano que para qué negarlo, me queda fenomenal.

Salgo de la habitación, mis vitaminas, el café ¡y a la calle!

La mañana me acompaña, hace un día soleado. Dejo que los rayos de sol me pincelen el rostro, el cosquilleo sobre mi piel me enciende



poco a poco y eso me reactiva. Corro por las calles para liberar algo de testosterona, en cuanto entro en la oficina, pillo a Pol desprevenido. Me acerco a su espalda sin que me vea y le susurro cerca de la oreja:

-Vaya Pol, ese culito me dice que anoche hubo fiesta...

Se sobresalta y cuando ve que soy yo empieza a reír.

-¡Esa es mi morenaza, la alegría del lugar!

Se me escapa una risita mientras entro en el ascensor. Aprieto el número anterior a mi planta y no puedo evitar suspirar. Es desagradable lo que estoy a punto de hacer, solo me consuela saber que yo formo parte de esa lista negra, así que con un poco de suerte serán menos los que me maldigan por el despido, gracias a eso.

Cruzo el largo pasillo para ir a la oficina de personal. Todos me miran, el rumor se ha extendido, después de que mi jefe estuviera hurgando en varios expedientes y acudiera varias veces a hablar con el equipo encargado de las nóminas y plantillas.

Me acerco a Marcos. Su cara se desencaja en cuanto ve la hoja que le entrego.

-Bueno Marcos, ya sabes lo que es. Efectúa las cartas de despido y hazlos efectivos de aquí quince días.

-Sí. Ahora mismo empiezo...

Le dedico una fugaz sonrisa y voy hacia las escaleras para subir a pie el piso que me falta.

Llego a mi mesa y me siento.

Vanessa corre a mi encuentro en cuanto me ve.

-Llevo unos días nerviosa perdida. ¿Me puedes decir ya si ese rumor acerca de los despidos es cierto?

Asiento con la cabeza. Vanessa ahoga un chillido y se sienta bruscamente en su silla.

-¿Cuántas personas?

-Diez.

-¡¿Diez?! -Me mira escandalizada, comprendo su preocupación- Solo dime una cosa Anna. ¿Debo empezar a buscar otra cosa? sé que no tienes por qué decírmelo, pero me ayudaría saberlo para ir haciéndome a la idea...

-Tranquila Vanessa. Tú no estás en esa lista.

-¿No? -Me mira confundida-

-No. -le confirmo- Ven aquí. -Le digo haciéndole un gesto con la

mano. Ella obedece, hace rodar las ruedas de su silla hasta estar junto a mí. Esto que voy a decirte es confidencial. ¿Queda claro? -Ella asiente frenéticamente- Me he despedido.

-¿¿¿Cómo???

-¡SSshhh! ¡Vane por favor...!

Miro en todas direcciones, pero nadie parece haber escuchado nada.

-Perdona...

-Mira, ahora tú serás la única secretaria del señor Orwell, tengo casi tres semanas para instruirte y decirte todo lo que necesitas saber.

Su mirada asustada me conmueve. Se pasa las manos por su cabello castaño varias veces, pobre, está nerviosa.

-Pero, pero...-tartamudea- Tú sabes mucho más que yo, además llevas más tiempo. ¿Cómo has podido despedirte?

-No te preocupes por mí Vane. -Le dedico otra de esas espléndidas sonrisas que se han levantado conmigo esta mañana- ¿Me ves a caso preocupada por algo?

Ella niega con la cabeza.

-Estamos hablando solo de un trabajo. Estoy sana, mis amigos y mi familia están bien, tengo gente a mi lado con la que contar y por ahora, no me falta de nada. Encontraré algo, te lo aseguro.

-Sabes que las cosas están muy mal y...

-¡Cálmate! sé que no será fácil, pero bueno, -me encojo de hombros- no es imposible. Si quieres que te sea sincera ya he empezado a buscar, pero no se lo digas a nadie.

-No. Seré una tumba.

Su repentina seriedad me hace sonreír. Ella coge aire y se abalanza sobre mí para darme un emotivo abrazo. Yo le correspondo, me encanta esa fuerza que me transmiten los abrazos. Aspiro su aroma a colonia avainillada y le doy un beso en la mejilla antes de retirarme.

Cuando hemos vuelto a cuadrarnos una frente a la otra observo el rostro serio y confundido de mi jefe contemplándonos. Hago una mueca con los labios y le obligo a alejarse de mí para ponernos manos a la obra en nuestros trabajos. Por suerte ese refunfuñón jefe inglés no nos dice nada. Se mete en su guarida y ambas tomamos una gran bocanada de aire antes de liberarla lentamente.

Es una mañanita intensa. Acabo lo que tengo que hacer y me

pongo manos a la obra con mi currículum. He puesto solo aquella información que sé que otras empresas del sector sabrán apreciar. Después de revisarlo como unas quinientas veces lo imprimo. Me levanto y voy a la fotocopidora, sé que puedo enviarlo por e-mail, pero sé que muchas veces dar la cara y dejar que te conozcan hace mucho más.

Cuando regreso a mi mesa me pongo a curiosear por la web. Miro todas las fábricas de cosmética que hay actualmente en España. Me centro en algunas como *Natural Solter* y en especial *Body esthetic laboratoire S.L.* Aunque esta última se dedica a un sector mucho más amplio del que estoy acostumbrada, tiene el punto a favor de que está en Barcelona, concretamente en *Hospitalet de Llobregat*.

Luego me fijo en determinadas firmas que aunque son extranjeras también tienen sus oficinas aquí y así continúa mi búsqueda. Como era de esperar la crisis nos afecta a todos, me consta que numerosas firmas destacadas también están haciendo recortes y sus vacantes, por ahora son escasas o nulas. Imprimo todo aquello que pueda servirme para documentarme y lo guardo en mi carpeta. Ya seguiré con la búsqueda en otro momento.

En cuanto termina mi horario salgo de la oficina. Me sorprende al ver a Elena esperándome fuera, me acerco a ella y la abrazo con fuerza.

-¡Qué bien que hayas venido a verme!

-Sí, quería saber cómo te había ido el día.

-Bien. Ya he entregado la dichosa lista negra y créeme que me he quitado un gran peso de encima.

-Me alegro.

Río y estiro el brazo de mi amiga.

-¡Vamos a tomar algo! nos lo hemos ganado.

Sin esperar su respuesta la conduzco por la rambla, bajamos hasta el museo de cera y giramos por un estrecho callejón a la derecha. Entramos en el *Bosc de les Fades*. Me apetece un cóctel.

Ella se sienta en una mesa alta, la base en un grueso tronco de árbol. La luz y el entorno místico nos envuelve, parece que estemos dentro de un bosque encantado. Me acerco a la barra pido dos margaritas y en cuanto acaban de decorar las copas las cojo y regreso a la mesa con mi amiga.

-¡Bueno, aquí estamos! vamos a saborear este delicioso brebaje y brindar por un nuevo comienzo.

Ella asiente, eleva su copa y las dos la chocamos antes de dar el primer sorbo.

-¿Cómo consigues encontrar siempre la parte positiva a todo?

-Porque nada es tan complicado como parece. Ahora no veo el final del túnel pero sé que no está lejos, así que ¿de qué sirve preocuparse?

-Me gusta que pienses así.

Asiento y doy otro trago a mi bebida, entra de maravilla.

-En cambio no eres tú a la que han despedido, pero por tu cara bien podríamos cambiar los papeles. ¿Qué te pasa?

-Oh, Anna. No sé qué hacer... es Carlos. ¡Me gusta! ¡Lo admito! me gusta mucho y cada vez que lo veo me entran unas cosquillas por todo el cuerpo que...

Se me escapa la risa.

-¡Lo sabía! ¿Por qué lo ocultabas?

-Porque sé que lo nuestro es imposible, no quería ilusionarme. Aunque ya es demasiado tarde. ¿Qué me pasa? parezco una estúpida quinceañera.

-¿Pues qué te va a pasar? estás enamorada nena. Es normal. Pero eso me hace pensar que ese tal Carlos debe ser muy, muy bueno por haberlo conseguido.

Ella ríe y se cubre la cara con las manos, está roja como un tomate.

-Pero no me hace caso. Actúa como si no existiera. ¿Qué hago?

-Dile que se estire y te invite a un café, que con su sueldo de médico bien puede permitírselo.

-¡Anna! ¡Estoy hablando en serio!

-¡Y yo! ¿Qué pasa? ¿Es que no puedes ser tú la que se lo proponga? ¡Por Dios Elena eres una mujer adulta!

-Ya, pero...

-Pero nada. -La corto bruscamente. Ese tío tiene que ver una reacción por tu parte para que empiece a interesarse mínimamente en ti. Si solo te escondes y le esquivas él pensará que no te interesa en absoluto, ni siquiera lo intentará-

-Para ti es fácil decirlo.

-Es tan fácil decirlo como hacerlo. Jamás entenderé por qué eres tan cerrada de mente en pleno siglo veintiuno.

-Aish, no sé... me da vergüenza.

-Pues la vergüenza nunca te traerá nada bueno. Pero tú misma, yo contigo ya desisto...

-Además hay otra cosa que me preocupa.

Alzo las cejas, esperando a que continúe.

-La semana que viene hay un congreso de medicina en el Hilton. Después de la reunión hay una ligera comida y... bueno, es la ocasión perfecta para desenterrar un vestido bonito del armario e intentar hablar con Carlos.

-¡Eso es estupendo! ¡Ves, ya tienes una buena excusa para acercarte a él! Yo te ayudaré a escoger ese vestido, -Digo mucho más animada- Ya verás, vamos a dejarle sin palabras.

Ella baja la cabeza y da vueltas a su margarita. ¿Qué le pasa ahora?

-¿Y bien? -Le demando sin perder detalle de su reacción-

-No quiero ir sola a ese congreso. Todos irán con sus parejas, incluso me da miedo ver a Carlos acompañado.

-Ah...

-Entonces había pensado en que tú podías acompañarme.

-¡¿Yo?! ¿En un congreso de medicina?

-Sé que no es lo más divertido del mundo, pero me das fuerzas y seguro que si las cosas se tuercen no dejarás que me consuma.

Sonríó de oreja a oreja y despego su mano de la copa para abrazarla fuerte.

-Cuenta conmigo. ¿La semana que viene dices? -Ella asiente- ¡Que se prepare el Hilton que llegamos nosotras!

El humor de Elena cambia, sonrío y la ilusión vuelve a brillar en sus ojos castaños. No hay nada que me guste más que verla feliz, aunque solo sea por eso, tragaré ese coñazo de reunión por ella.

Al día siguiente todo son caras largas en la oficina. No es para menos, una vez confirmado que el rumor es cierto la gente tiene el corazón en un puño. Vanessa me mira incesantemente, no me quita ojo y sé que está pasándolo mal por mí, así que en cuanto tengo oportunidad no dudo en sonreírle para demostrarle que estoy bien.

Marcos, el jefe de personal, aparece en nuestra planta. Está entregando las cartas de despido, en cuanto llega mi turno siento esa ligera presión en la boca del estómago. Lo sabía, aún y así contemplar ese sobre en mis manos me pone tensa.

-Ha sido un verdadero placer trabajar contigo Anna.

-Gracias Marcos. -Le dedico un asentimiento de cabeza y él se va. Siempre ha sido hombre de pocas palabras pero en esta ocasión, se lo agradezco-.

Vanessa me mira y no puede contener las lágrimas. Madre mía... ya la tenemos otra vez.

En cuanto consigue recomponerse un poco saca un paquete de su bolso, se acerca a mi mesa y me lo da.

-¿Qué es esto?

-Te hemos hecho un regalo, mi hijo y yo.

-¡Vaya! -Exclamo ilusionada- No tenías por qué hacerlo.

Ella no responde mientras lo desenvuelvo. Es una cajita de cartón decorada con acuarelas, además le han enganchado lentejuelas, brillantes y pequeñas florecitas de tela, es muy original. La destapo con cuidado y dentro hay una exquisita selección de bombones de pastelería.

-¡Qué bueno! tienen un aspecto fabuloso y la caja es super bonita. Muchas gracias.

Me levanto y la abrazo, Vanessa vuelve a llorar. Al final va a conseguir contagiarme.

-Tengo que darte las gracias, por todo. Te voy a echar tanto de menos...

-Vamos, vamos... no te pongas sentimental ahora. No quiero llorar.

Sonríó pero esa aparente felicidad no llega a mis ojos. Yo tampoco voy a poder olvidarla, son demasiados años.

En ese momento James sale de su despacho. Se queda paralizado al ver que Vanessa y yo nos abrazamos, como el día anterior.

Me obligo a carraspear y automáticamente nos separamos. Mi jefe no quita sus ojos de nosotras, hay algo que no entiende, pero decide pasar nuestras inusuales muestras de cariño por alto. A ver, también tiene que entender que despedirse de la gente con la que has compartido tanto es doloroso. Su mirada desciende hacia mi mesa, ve el papel de regalo junto a la caja de bombones. Sin tan siquiera darnos los buenos días regresa a su despacho y cierra la puerta de un fuerte golpe.

Suspiro y me siento en mi silla. No debo descuidar mi trabajo, por mucho que tenga los días contados, debo terminar lo que empecé.

No tarda mucho en sonar mi teléfono. Lo descuelgo y no me da tiempo a responder.

-A mi despacho. ¡Ahora!

Se corta la comunicación y yo empalidezco. ¿Por qué me trata así ese estúpido?

Cojo aire. No es momento para escenitas, debo tranquilizarme. Quince días Anna, tú solo piensa eso...

Cojo la libreta y llamo a la puerta. Un estridente “pasa” suena al otro lado. Mala señal.

-Siéntese.

En esta ocasión sí me mira. Sus ojos claros se centran en mí. Espera a que me siente para alzarse él, remarcando así su superioridad, como si su cara no bastara para intimidarme.

-¿Me puede decir qué es esto?

Cojo el papel que me entrega. Es la carta de despidos que elaboré. Nada ha cambiado.

-Usted me ordenó que hiciera una lista de despidos. -Me justifico-

-¿Acaso me escuchó decir que se incluyera en ella?

Frunzo en ceño. No me gusta que me chillen y él no para de hacerlo a la menor oportunidad.

-No. Usted simplemente dijo que yo sabría mejor que nadie de quién se puede prescindir y de quien no en esta empresa.

Se pasa las manos por su repeinado cabello rubio despeinándose

ligeramente. Luego da un golpe seco a su mesa con el puño cerrado, haciéndome botar en el asiento.

-¿Es que ya no quiere trabajar aquí? ¿es eso?

-¡No! -Me apresuro a responder-

-Bien. Entonces anote el nombre de Vanessa Vilar en esa lista y quite el suyo inmediatamente.

-¡Ni hablar! -Le digo y me pongo en pie para encararle- ¡No pienso hacer eso! si quiere despedirla a ella también después de que yo me vaya, adelante. Pero yo no voy a quedarme si ella no está. No se merece que la despidan.

-¿Y usted? -Grita- ¿Se lo merece usted?

Su rostro serio se acerca. Lo tengo delante, puedo oler su colonia cara desde aquí. Sin darme cuenta estoy empezando a sudar por toda esa tensión acumulada.

-Nadie se lo merece señor Orwell. Todos hemos trabajado muchos años para usted y su padre. Pero esta es una medida que la situación requiere, por lo tanto, no podemos elegir.

-Quiero que sepa que me disgusta enormemente lo que ha hecho. Veo que no puedo confiar en usted, por lo tanto avise a personal, van a haber cambios en la lista, los efectuaré yo personalmente.

-¿Qué va a hacer?

-A partir de ahora vuelve a formar parte de la plantilla señorita Suárez, es lo único que debe preocuparle.

-¡No! -Digo mientras el corazón empieza a latir desahogado. Estoy llevando la contraria a mi jefe, pero me da igual, no pienso bajarme del burro.- No voy a trabajar en una empresa sabiendo que soy la única responsable de los despidos que se han efectuado, prefiero no estar y que al menos me respeten por lo que fui, que quedarme y que me odien por lo que he hecho.

Su cara es un poema, le está subiendo la tensión y ahora mismo su rostro parece la parte alta de un termómetro, tan roja que puede incluso eclosionar. No quiero estar presente cuando eso suceda.

-¿Qué es lo que quiere? usted misma ha visto las cuentas y los balances.

-Sí. Por eso he hecho lo que me ha pedido. Ni más ni manos.

Suspira, vuelve a pasar las manos por su cabello, despeinándose de nuevo. ¿Por qué se echará gomina teniendo ese pelo



liso tan precioso?

-¿Qué otra cosa puedo hacer Anna? -Me quedo sin aire en los pulmones tras escuchar mi nombre, por lo general, en el trabajo para él soy la señorita Suárez. Su nuevo trato, más cercano hace que recupere mi confianza. James se sienta en su silla y se sostiene la cabeza con ambas manos.- Todo se va a la mierda, no puedo evitarlo. Lo peor es que sé que con esos despidos solo conseguiré ganar tiempo, pero el problema no se va a solucionar.

Suspiro. Tiene razón. Ve las cosas igual que yo, solo que ese peso que él lleva sobre sus hombros no es el mismo que el mío. No soy yo quien tengo que dar la cara y sacar adelante algo que se hunde.

Me siento frente a él. Espero a que alce el rostro y me mire. Sus ojos brillan.

-Vamos a ver James. -Lo de señor Orwell lo he dejado atrás, soy consciente, pero que lo llame por su nombre le produce el mismo efecto que en mí antes y alza el rostro dedicándome una fugaz sonrisa de medio lado- ¿Alguna vez te has preguntado si una empresa de protectores solares tendría buena salida en España? Sí, estamos en el país del sol, en verano hay más ganancias, pero el resto del año...

-Hasta ahora eso nunca ha supuesto un problema.

-Bien, espera un momento.

-Salgo del despacho de mi jefe, cojo la carpeta que hay sobre la mi mesa y vuelvo a entrar apresuradamente.

Saco un fajo de papeles de su interior y los extiendo desorganizados sobre su mesa.

-Estas son empresas dedicadas a la cosmética en España. Nosotros tenemos un buen producto, la gente confía en él y da buenísimos resultados. Eso es un hecho. Ahora bien, creo que va siendo hora de que nos asociemos con otra firma, quizás una más joven y juntas crear un producto nuevo. A mí me gusta mucho el mundo de las cremas hidratantes. Creo que se comercializan durante todo el año y la gente las usa.

James parece sorprendido. Coge mis papeles para ojearlos.

-¿De dónde has sacado todo esto?

-Bueno, no se lo digas a nadie, pero sabía desde el minuto uno que estaba despedida así que me puse a curiosear otras ofertas de trabajo.

-¿Tan pronto? -Sus labios se curvan hacia arriba, verle sonreír me anima.- Cualquiera diría que estabas deseando irte.

Me encojo de hombros.

-Siempre tiene que haber un plan B. -Le devuelvo la sonrisa- Mira por ejemplo este de aquí. -Le indico uno de los papeles que le ha pasado por alto- Es una empresa de productos naturales, sus cremas se caracterizan por los olores. Sí, creo que los productos perfumados para el cuerpo están de moda.

Me arrebató el papel de las manos y lo lee.

-Es decir, tu idea es ampliar nuestra gama de productos aprovechando el nombre y la reputación que ya tiene nuestra firma.

-Exacto. Creo que este es el momento de expandirse.

Me mira. Sus ojos se suavizan, ve la ilusión plasmada en los míos y cede con un asentimiento de cabeza. Yo continúo hablándole de mis locas ideas, por raro que parezca él me escucha con mucha atención, no quita sus ojos de mis labios, atento a cada una de las palabras que salen atropelladamente de mi boca. Continúo con mi monólogo durante largos minutos, en cuanto noto la boca seca, cojo el vaso de agua que hay sobre su mesa y le doy un sorbo, eso le sorprende, pero con la emoción no quería quedarme a medias para ir a buscar un poco de agua. Continuo un rato más, parece que no se aburre. De tanto en tanto me sonrío, y sigue así, centrado en mi boca que no se cierra ni por un segundo. Cuando por fin termino, él arquea las cejas de forma cómica y añade:

-Está bien, vamos a probar. Conciértame una cita con *Naertura* y *Logona* esa cosmética ecológica de la que tanto hablas.

Sonrió y estoy a punto de aplaudir de pura excitación, pero me contengo.

-Enseguida. -Me encamino trotando hacia la puerta. James sonrío-

-Por cierto Anna...

Me giro y él se levanta hasta colocarse a mi lado.

-Dile a personal que paralice por el momento esos despidos, vamos a intentar sacar la empresa a flote por otro lado.

Mi respiración se agita, mis manos tiemblan y mi corazón bombea con fuerza. Obedeciendo a un impulso irrefrenable, doy un salto en su dirección y lo abrazo con fuerza, su cuerpo rígido permanece quieto y poco receptivo a mi contacto, aunque eso no me afecta. En cuanto me separo, vuelve a resurgir esa risilla nerviosa, tal vez tras lo que acabo de hacer. Salgo de su despacho tan contenta que no quepo en mí de gozo y me

pongo manos a la obra para hacer todo lo que ha dicho.

-Desde luego... todo lo que se está perdiendo el gobierno contigo...

Me echo a reír. Mis amigos no dan crédito a cuanto les explico. No es para menos, ni yo misma acabo de creérmelo.

-Bueno, ¿pues qué os parece si para celebrarlo pedimos unas pizzas? -Propone Mónica-

-¡Perfecto! -Exclamo cogiendo la propaganda que está pegada en la puerta de la nevera- Pero hoy nos estiramos, vamos a pedir que nos las traigan a casa.

-¡Pero salen más baratas ir a recogerlas!

-Sí. -Admito poniéndome seria de forma cómica- Soy consciente de que es un despilfarro, pero nosotras bien lo valemos.

Lore estalla en carcajadas.

-Os invito yo chicas. No sufráis. Ahora eso sí, yo quiero una barbacoa.

-Eso está hecho. ¿La segunda carbonara?

-¡Genial!

Hacemos nuestro pedido y empezamos a preparar la mesa, no tardarán en llegar.

-¡Oye! todavía no hemos hablado de qué vamos a hacer el fin de semana y mi ojo ya no es el de un oso panda...

-¿Qué propones?

-No quería llegar a esto pero... -Chasqueo la lengua mientras muevo la cabeza de lado a lado- Necesito un hombre.

Ríen al unísono.

-¿No te vale con el consolador?

-No Elena. Ya ha pasado mucho tiempo. Demasiado, estoy que me subo por las paredes.

-¡Claro que sí mi reina! ya va siendo hora, a mí también me hace falta un buen meneo.

-Entonces ¿dónde vamos a ir este sábado?

-¿Qué os parece Sitges? Allí todos encontraremos lo que buscamos.

-¡Genial! me encantan los pubs de Sitges.  
-Deduzco que yo soy la que conduce, ¿verdad?  
Miramos a Elena y le ponemos morritos hasta que empieza a reír.  
-No tenéis remedio.

Llaman al timbre y como la teoría del estímulo respuesta de Pavlov mi estómago empieza a gruñir de hambre.

-¡Abro yo! -Anuncio corriendo hacia la puerta-.

La abro de par en par.

-Buenas noches. ¿Nuestras pizzas?

El chico sonrío. Es tan mono...

-¿Cuánto es?

-Cuarenta y dos euros con quince céntimos.

-¡Lore! -Grito desde la puerta- ¿No habías dicho que pagabas tú?

-¡Ya voy! -Viene sonriente y le da un billete de cincuenta euros. El chico busca el cambio en su monedero-.

Es bastante alto, pero lo que más llama la atención son sus penetrantes ojos verdes.

-Aquí tiene señor...

-Ui, te ha llamado señor. -Me burlo-

-Es cierto. Solo por eso voy a darte menos propina. -Le dice y ambos se ríen a la vez-.

Le entrega el cambio y Lore le da dos euros de propina.

Mónica aparece por detrás y me arrebató las cajas de las pizzas, ¡otra que tiene hambre!

-¿Mónica?

Ella se gira. El chico le sonrío y entonces lo capto: El clima, la atmosfera, toda esa carga de electricidad estática... vamos, que solo falta Pablo Alboran con una guitarra.

-¡Raúl! ¿Cómo te va?

-Muy bien. Bueno, estoy haciendo unas horas extra para ganar algún dinero.

Lore arquea las cejas y mira a Mónica, está tan roja... pero ninguno de los dos quiere irse, queremos saber que se traen estos entre manos. Somos así: cotillas por naturaleza.

-Me parece muy bien.

-¡Qué bien encontrarte aquí! no sabía que vivías tan cerca, mi casa está dos calles más abajo, bueno, -sonríe- la casa de mis padres.

-Ah.

El chico nos mira, luego contempla a Mónica y su rostro cambia. Comprendo entonces que debemos dejarles a solas, así que tiro del impasible Lore y cojo las pizzas que carga Mónica. Nos vamos corriendo al comedor, pero lejos de dejarles algo de intimidad, llamamos a Elena y nos ponemos a espiarles tras la puerta.

-Me preguntaba si ahora que sé que estamos tan cerca podría invitarte a un café algún día.

-Verás Raúl...

Antes de que Mónica continúe el chico la interrumpe.

-Si me pudieras ayudar con las matrices te lo agradecería, todavía tengo algunas dificultades...

Mónica lo mira extrañada. Hasta que finalmente decide hablar:

-Pero si eres el mejor alumno de matemáticas que tengo... de todas formas, el lunes puedo explicarte todo lo que no entiendas.

-El lunes tenemos el examen...

Ella coge aire. No parece darse cuenta de nada.

-Raúl, agradezco tu invitación, pero no creo que sea apropiada.

-Entiendo...

El chico se quita la gorra y suspira. Elena, Lore y yo nos cogemos de las manos con fuerza. Que le diga que sí... pobrecito, es tan mono...

-¿Y si damos un paseo? podría pasar por un encuentro casual.

-¿Pero qué interés tienes en que quedemos? ¿Es por una apuesta o algo así?

Los tres suspiramos a la vez. Mónica es especialista en chafar los mejores momentos, tiene ese don divino.

-¡No! no es eso, es solo que... que... me haría ilusión pasear contigo. Solo eso.

-¿Has perdido la cabeza? ¡Soy tu profesora!

-Me faltan tres meses para cumplir los dieciocho, ¿entonces aceptarás mi propuesta?

Cojo aire y lo retengo en mi garganta, ¡qué romántico por Dios!

-Tú edad no tiene nada que ver. -Espeta Mónica ofendida-

-¿Ah, no?

-No. Es que ese tipo de confianzas entre nosotros no pueden ser.

-Yo no se lo diré a nadie.

-Lo sé. Pero mi moral no me lo permite. Así que si no tienes nada

más que añadir...

Mónica hace el intento de cerrar la puerta, pero el chico se lo impide poniendo un pie.

-¿Y si nos tomamos una coca-cola en tu casa?

Ups... esto cada vez resulta más incómodo, incluso como espectadora.

-Raúl... yo ya no tomo coca-colas.

Sin más, Mónica cierra la puerta en sus narices y entra en el salón. Todos reaccionamos automáticamente y empezamos a disimular. Lore silba mientras mira el techo, Elena recoloca el mantel y yo ojeo la gruesa revista del listado telefónico del revés. Mónica pone los ojos en blanco y parándose en medio de la sala, coloca sus manos sobre la cintura a modo de jarra.

-Qué. ¿Lo habéis oído todo, no?

Como abejas organizadas la rodeamos. Empieza a hablar Lore:

-¿Cómo puedes ser tan insensible mi reina?

-¡Pero tú lo has visto! ¡Es un mocoso de diecisiete años!

-Solo le separan tres meses de la mayoría de edad... -Le recuerdo alzando las manos mientras me encojo de hombros-

-¿Pero estáis bien de la cabeza? ¡Es un crío!

-Es un chico joven, sí. Pero un chico al fin y al cabo.

-No sé qué pretendes decir con eso, pero te aseguro que no tengo interés en descubrirlo. Vamos a comer.

-Venga... dale una oportunidad, se veía tan interesado en tener una cita contigo...

-¡Ni en sus mejores sueños! No podría volver a mirarle a la cara si hiciera algo así...

-Aish, ¡que antigua eres hija!

-Y tú demasiado moderna. -Me recrimina-

-Bueno, no estamos hablando de mí ahora. Hay un chico, un rubito encantador de ojos verdes, muy guapo que se muere por tomar una coca-cola contigo.

-¿Una coca-cola? ¿Y luego qué? ¿Unas pipas en el parque? ¡Por Dios, que ya tengo una edad!

-Pues mira en eso te doy toda la razón, y te aseguro que un poco de sangre joven te vendría muy, pero que muy bien.

-Será mejor que dejes ya el tema...

Hago que sello mi boca con una llave y la tiro al río.

-¡Ay Dios! -El rostro de Mónica nos pone en guardia a todos-

-¿Qué pasa reina?

-¡Seguro que es él el de las cartas! -Se sujeta la cabeza con ambas manos, parece al borde del colapso-

-Sí. Seguramente. No hace falta ser del CSI para saber que ese chico tiene todos los números.

-Esto se pone cada vez peor... -Mónica se deja caer en la silla frente a la mesa-

-Tranquila. Mantén la calma, una de las posibilidades era esa desde el principio. al menos ahora ya lo sabes, se trata de ese chico. Y aunque no quieras admitirlo es muy, pero que muy mono. ¡Quién lo pillara! y ahora, ¡A comer!

No hacemos ningún comentario más al respecto. Cogemos una porción de pizza y cambiamos de tema para distraer a Mónica, aunque su mente está a años luz de nosotros durante toda la cena.

Por fin es viernes y tengo unas ganas locas de llegar a la oficina. Más después de saber que se han congelado los despidos. Me visto con mi característica ropa alegre de colores, estoy feliz y se nota en como visto, en como huelo, en mis gestos, mi enorme sonrisa e incluso en ese color rosado que a veces adquieren mis mejillas, junto al brillo centelleante de mis ojos negros.

Para cuando llego a mi puesto de trabajo, Vanessa ya se ha enterado de las novedades, me coge de las manos y juntas empezamos a dar saltitos nerviosos de felicidad. Solo es una tregua, apostar por una remota posibilidad, pero es un comienzo al fin y al cabo.

El teléfono de mi mesa suena interrumpiéndonos, me lanzo por él en picado y me tropiezo con la pata de la mesa. ¡Joder! lo cojo como puedo mientras rodeo la mesa y me siento bruscamente en la silla.

-¿Sí? -respondo con la voz agitada por el esfuerzo-

-Buenos días Anna. Venga a mi despacho, por favor.

Él también está de buen humor. Cojo mi libreta y acudo rápida a su llamada.

-Buenos días señor Orwell.

Él se gira en mi dirección, se cubre los labios con un dedo mientras esconde una apretada sonrisa, pero las arruguitas alrededor de los



ojos le delatan.

-Nada de señor Orwell, -dice al fin- a partir de ahora, para usted, soy solo James.

-Está bien James. -Sonrío-.

-Hemos recibido respuesta de *Naertura*. He hablado largo rato con el director y parece que ven con buenos ojos nuestra propuesta. Tenemos una cita extraordinaria mañana en sus oficinas.

-¿En serio?

Él asiente.

-Espero que no tengas planes para el fin de semana, tenemos que coger un vuelo para Madrid esta misma tarde.

Me quedo blanca.

-Pero... ¿tengo que ir yo? -Pregunto extrañada-

-Yo opino que la secretaria y fundadora de esta idea debe estar presente, así que mi respuesta es sí.

Mi desilusión se hace tangible. Adiós Sitges, adiós maromo, adiós sexo... vamos, estoy yo como para ir saltándome oportunidades.

-¿Demasiado precipitado?

-No. No. -Me apresuro a responder- Me parece bien, ¿A qué hora tenemos que coger el vuelo?

-A las ocho. Pero no te preocupes, el día de hoy lo tienes libre. Solo llama a nuestros compañeros en Londres y comunícales nuestra iniciativa de expansión, diles que solo es un tanteo, antes de tomar una decisión les facilitaremos las estadísticas y la documentación oportuna. No dejes que te mareen.

-De acuerdo.

-Después te vas a casa y preparas el equipaje para cuatro días.

-¿Cuatro días? -Pregunto escandalizada-

-Sí. He concertado otras citas de interés ya que vamos a la capital, hay que aprovechar el viaje.

Asiento y apunto estoy de abrir la puerta cuando él continua:

-A las seis de la tarde irá un coche a recogerte.

Vuelvo a asentir, como una tonta antes de salir de su despacho.

Vanessa empieza a reír.

-¿Qué pasa? -Le pregunto un tanto borde-.

-No te has visto los pelos de cacatúa que llevas, ¿verdad?

Me miro en uno de los cristales de la ventana. Parezco un león al

que un grupo de hienas han atacado salvajemente. ¡Mi tropiezo con la mesa! alzo las manos y empiezo a peinármelo con los dedos. Qué vergüenza, ¡seguro que de esto se reía el muy cabrón! Cuando ya vuelvo a estar decente, le comunico brevemente a Vanessa lo que ocurre. Enseguida se ofrece a llamar a Londres y lo cierto es que se lo agradezco. Hace dos días pensaba que iba a ser despedida, en cambio ahora, voy a prepararme para un viaje inesperado que me arruinará el fin de semana entero. Mi cupo de sobresaltos ha alcanzado su tope esta semana. Suspiro, todo sea por conservar el empleo. Recojo mis cosas y me marcho a casa.

Después de llamar a mis amigos para comunicarles la noticia, me cuadro frente al armario. Una chica nunca tiene suficiente ropa, o tiene tanta que a la hora de decidir se hace un completo lío. Por lo que sé vamos a estar ocupados con reunioncitas del demonio. Cojo unos cuantos vestidos, chaquetas por si hace frío, el abrigo, unos vaqueros por si acaso, ropa interior para un año... como dice uno de mis personajes preferidos de la televisión: “las bragas dan mucha seguridad”. Me río. Luego queda el tema del maquillaje, colonia, champú, gel de baño, mascarillas... ya sé que en el hotel hay todas esas cosas, además, voy a Madrid, puedo comprarme algo allí, pero el “por si acaso” es el que me hace coger todo, hasta cargar una maleta que bien podría abastecerme durante un mes en una isla desierta.

Me da tiempo a darme una ducha rápida así que lo hago. Me cambio de ropa e importantísimo: cojo mi MP3 con mis canciones de siempre, esas que me animan, que me alejan de los problemas.

A las seis en punto una llamada me avisa de que mi coche me espera abajo. Tengo que recordar la enorme puntualidad que tienen los ingleses, y más yo, que soy algo despistada y desastre para los horarios.

Bajo las escaleras con mi enorme maletón, en cuanto llego abajo el chófer me ayuda a cargarla en el maletero. Me siento detrás. En un silencio impropio en mí dejo que ese hombre, que seguramente jamás volveré a ver en la vida, me lleve al aeropuerto.

Nada más llegar, un segundo coche aparca justo detrás de nosotros. Se baja un chico joven de su interior, con el pelo rubio un tanto alborotado y unas gafas de sol *ray ban*, pese a que el sol a estas horas no molesta. Se gira para sacar su equipaje del maletero, sin querer le miro el culo. Bueno, está bien, lo he hecho queriendo, pero es que esos vaqueros le quedan a la perfección. Coge su maleta negra. Al tener las mangas de la

camisa blanca dobladas hacia arriba se marca la perfecta musculatura de su antebrazo. Madre mía... creo que me va a dar algo. Es un completo desconocido pero no puedo apartar mis ojos de él. Además, esa camisa por dentro del pantalón le queda tan bien...

Da la mano al conductor y sube a la acera junto a mí.

-¿Qué, preparada?

Mi mandíbula se descuelga.

-¿James?

Se quita las gafas de sol, dejando al descubierto esos enormes ojos azules, con sus pestañitas rubias y todo. Como no cierre pronto la boca voy a empezar a babear...

Sonríe.

-¡Parece que hayas visto a un fantasma!

-No. A un fantasma no. Pero me había acostumbrado a verte con un aspecto concreto.

Se echa a reír.

-¿No reconoces estos pantalones? los elegiste tú.

Los miro una vez más, sí, ahora los recuerdo. ¿Cómo he podido olvidar lo bien que le quedan?

Digo un si/no con la cabeza. Lo sé, estoy haciendo un ridículo espantoso, así que decido dar media vuelta y arrastrar mi maleta hacia la puerta. Obviamente también había olvidado su caballerosidad, me la coge de inmediato y la arrastra junto a la suya.

-Creí haberte dicho que solo estaremos fuera cuatro días.

Sé que lo dice por el peso de mi maleta. Me echo a reír.

-Cosas de mujeres...

Su carcajada me contagia. Dejamos las maletas, pasamos por los detectores y en cuanto llegamos a las puertas de embarque entramos rápidamente. No hay monumentales colas ni largas esperas. Todo es rápido.

Mi respiración queda interrumpida cuando ascendemos a un reservado de primera clase. No había estado nunca en un sitio tan lujoso. ¡Si entre asiento y asiento por lo menos hay siete metros!

-Esto es increíble... -Susurro sin esperar que nadie me escuche- Es demasiado...

-Solo es un avión, no es para tanto.

Miro a James sorprendida.

-Quizás esto sea normal para ti, pero para el resto de los humanos esto es como estar en el cielo. Nunca mejor dicho.

Empieza a reír. Se sienta en su butaca que da a la ventanilla a mi lado y no sé por qué, por primera vez, tenerle tan cerca me pone nerviosa. Si se hubiese puesto su característico traje oscuro con tirantes y llevara el pelo engominado hacia un lado no me impondría tanto.

Nuestra azafata personal se acerca, sin haberle pedido nada nos ofrece un cóctel rosa de bienvenida. Nada más entregarle la copa a mi acompañante, la mujer se muerde el labio inferior. ¡Será posible! ¡Yo inventé ese gesto de provocación, encima la tía lo hace en mis narices! aunque no es para menos, sonrío mientras me relajo en mi cómoda butaca, James es todo un bombón.

Ojeo mi revista, experta en exponer las fotos más embarazosas de los famosos, mientras el avión se pone en marcha. Me da vergüenza admitir que el momento del despegue es cuando peor lo paso, siempre me ha dado miedo. Me aseguro el cinturón y vuelvo a mirar la revista, paso las páginas de forma frenética pero no hay nada que llame mi atención, excepto el enorme culo de Kim Kardashian que sale en portada, que seguramente es un montaje. La azafata empieza con su habitual baile de movimientos frente a nosotros, bueno, técnicamente sus lecciones van únicamente dirigidas a James, ¡no veas cómo le mira! El resto de pasajeros no entran dentro de su campo visual.

El avión ya está en marcha, alcanzando cada vez más velocidad sobre la pista. Estiro las piernas, luego las encojo. Dejo la revista a un lado y vuelvo a asegurarme el cinturón. Sigue abrochado. Bien.

James sonrío.

-¿Quieres estarte quietecita de una vez? vas a poner al personal nervio.

-Tienes razón.

Cierro los ojos y recuesto la cabeza contra el mullido respaldo de cuero azul mientras tarareo una canción de Natalie Imbruglia, la última que estaba escuchando en mi reproductor: *Counting down the days*.

Pero entonces mi cuerpo da un bote. Abro los ojos y miro a James alterada, por su apretada sonrisa me doy cuenta de que no ha dejado de observarme.

-¿Qué ha sido eso?

-Solo un bache.

Sonríe, pero yo no puedo corresponderle, mi corazón está a punto de salir por la boca. Entonces siento la presión de su mano sobre la mía. La coge, la estira y la aprieta transmitiéndome esa tranquilidad que me falta. Ya me había cogido de la mano antes, pero ahora es diferente. Yo me siento vulnerable.

Él se centra en la azafata, que tras acabar su discurso le mira por última vez y se va a su asiento en el pasillo, se abrocha el cinturón y cruza las piernas. Sigue insinuándose. Miro a James, parece no darse cuenta, pero es tan evidente que me cuesta creer que no sea capaz de leer todas esas señales.

En cuanto empezamos a alcanzar altura, me aparto de mis pensamientos y le agarro aún más fuerte. Él no se queja.

Pronto sobrevolamos Barcelona, ya está, en cuanto solo soy capaz de distinguir pequeños puntitos marrones y negros desde las alturas, es cuando me concienzo de que si nos cayéramos desde esta altura moriríamos incluso antes de alcanzar el suelo. Todo sería rápido y por lo tanto no habría dolor. Eso me tranquiliza...

Se enciende el pilotito verde que nos indica que podemos desabrocharnos el cinturón, James lo hace con la mano izquierda, que es la que le queda libre, mientras que con la otra sigue sujetando firmemente la mía.

-Puedes soltarme. -Le digo de forma divertida- El miedo ya ha pasado.

-Por si acaso.

Me echo reír. Ahora no puedo leer la revista, él me lo impide, pero no me importa. Me encanta sentir ese tipo de contacto y le dejo.

En poco más de una hora nos plantamos en Atocha.

Camino detrás de él por los túneles, me parece increíble que se maneje tan bien en un país que no es el suyo, yo soy incapaz de hacer transbordo de metro cuando el que utilizo normalmente está averiado.

El coche que nos espera fuera nos conduce hacia nuestro hotel, al parecer él ha pensado en todos y cada uno de los detalles y no puedo evitar el preguntarme si esto no era parte de mi faena.

En cuanto el coche se detiene, de forma automática mi boca se abre. ¡Qué hotel! es alucinante. Tiene hasta portero y todo, como en las películas.

James se acerca al mostrador para registrarnos. Yo me quedo en

ese inmenso vestíbulo, lleno de gente elegante, adornos dorados y lámparas de araña. Parece que estoy en una película de Al Capone.

-Bien, aquí están nuestras llaves y ya han subido el equipaje. -Me entrega una tarjeta blanca- Habitación 202 y 203. -Matiza-

-Vale. ¿Hacia dónde voy? tienen cuatro ascensores.

-Es ese de ahí. -Señala hacia el de la punta del todo-.

-¡Madre mía, qué grande es este hotel!

-No es tan grande.

-¡Pues menos mal! tendrías que ver los sitios de mochileros en los que he estado.

Suelta una risotada.

-Me lo puedo imaginar.

-No. Creo sinceramente que no puedes. ¡Si a ti esto te parece pequeño!

Entramos en el ascensor. Las puertas se cierran y nuestras sonrisas se congelan momentáneamente. Hay tensión y más tensión. No sé qué tendrá este pequeño habitáculo pero se me pasa cada cosa por la cabeza...

Por fin llegamos a nuestra planta. Menos mal. Soy la primera en saltar al pasillo y correr por el suelo enmoquetado hasta llegar a mi habitación.202.

-¡Qué nervios! debe ser una pasada...

James me contempla con una sonrisa de oreja a oreja. Permanece quieto esperando a que introduzca la tarjetita en la ranura y descubra lo que me espera al otro lado.

-¡Vaya tela! ¡Mira eso James! -Señalo el enorme ventanal al tiempo que corro hacia él y me engancha con las manos como una lapa- ¡Qué vista! ¡Se ve todo Madrid!

James me acompaña sonriente y mira por mi ventana.

-Muy bonita. -Dice y se gira de repente hacia mí. No sé por qué, me pongo roja como un tomate-.

Me recompongo rápidamente, hay una puerta a su espalda. Corro hacia ella. El baño no se queda atrás, es tan grande como todo mi apartamento y tiene un jacuzzi. ¡Un jacuzzi!

-¡Menudo alucine! ¿Has visto James? tengo una piscina olímpica en el lavabo.

Su carcajada me sorprende. Me vuelvo hacia la puerta y él está recostado contra el marco. Sin quitarme ojo, para no perder la costumbre.

Cojo aire y lo libero lentamente para tranquilizarme.

-Ya está. -Digo poniéndome seria- Pasada la euforia inicial ya vuelvo a ser la secretaria formal y comedida que usted espera.

Niega con la cabeza.

-Anna, tú nunca has sido una secretaria comedida.

-Bueno, pero tal vez a partir de ahora lo sea. -Doy un seco estirón a mi camiseta y me cuadro frente a él- Puedo hacerlo señor Orwell.

Vuelve a sonreír.

-No sé yo si eso me va a gustar mucho, te prefiero tal y como eres.

Mi sonrisa se esfuma de repente. No sé si esto va en serio o en broma, pero su comentario no es que tenga ni pizca de gracia.

-Voy a mi habitación. -Anuncia y me esquivo para ir en dirección a la puerta- Te espero en el vestíbulo en veinte minutos para cenar.

-¿Dónde vamos a cenar?

-En el hotel. -Se gira contrariado- ¿Es que prefieres otro sitio?

Se me escapa un bufido.

-¡Estamos en Madrid!

-Tienes razón. ¡Vamos a investigar!

En cuanto me quedo a solas corro hacia la cama y me pongo a saltar como posesa. Las carcajadas retumban en la habitación. Esto es increíble. Una vez desfogada toda esa energía de más, me dirijo al baño y me peino ondulándome un poco el cabello con la plancha. Mi maquillaje acaba de ofrecerme el toque definitivo y para variar, esta noche me pongo un simple vestido negro. Es elegante, pero sin pasarse. Cojo mi bolso, me subo a los zapatos de tacón alto y salgo fuera. En cuanto se abre el ascensor entro. No estoy sola, un hombre con un espeso bigote me mira de soslayo. Eso indica que no estoy nada mal, para haberme vestido en tan solo veinte minutos, toda una hazaña.

Llego a la primera planta y cruzo el impresionante salón hasta llegar al mostrador. Enseguida veo llegar a James. Se ha cambiado de ropa y sí, se ha puesto su habitual traje oscuro de líneas tan clásicas, pero puedo darme por contenta porque el pelo casi no se lo ha tocado. Con lo cual, parece algo más joven.

-Estás muy guapa. -Me dice y yo le sonrío. Siempre me gusta oírlo-.

-Y tú también. ¿Aunque crees que tendremos tiempo para visitar una tienda de ropa?

Me mira extrañado.

-Supongo... ¿por qué? ¿Quieres comprarte algo?

-No. Creo firmemente que deberías llevarte un traje de Madrid, a modo de recuerdo. Dado que es tu atuendo habitual...

Su ceño se frunce mientras sonrío. Pese al haber sido sutil, creo que se ha dado cuenta de algo... Decido romper el hielo y le cojo del brazo mientras juntos nos dirigimos a la salida.

-Madrid me encanta.

-¿Ya habías estado antes? -Pregunta-

-Sí. Una vez. Vine expresamente con el colegio, a ver el museo del Prado.

-Aha.

Veo que va a llamar a un taxi cuando yo le interrumpo.

-Hace una noche fantástica, podemos ir a pie.

-De acuerdo. Será lo mejor, además no nos conviene alejarnos mucho, mañana tenemos que madrugar.

Pongo los ojos en blanco. A veces habla como mi abuelo.

Las calles están llenas de gente joven, en su mayoría turistas. Llegamos a la puerta del sol y subimos por unas avenidas donde no se permite la circulación de vehículos, me recuerdan a las ramblas. Los establecimientos están cerrados, pero el bullicio sigue latente. Sobre todo frente al teatro de la Gran Vía, donde desembocamos poco después y están dando el musical del Rey león. Desde que era niña, siempre me ha encantado esa película, todavía me emociono al verla.

-Mira James, el Rey león. -Digo señalando el enorme letrero amarillo y negro del conocido musical- La obra empieza más o menos así.

Me separo de él, extendiendo los brazos a modo de pelícano a punto de iniciar el vuelo y camino flexionando las rodillas, al tiempo que muevo rítmicamente el cuello como un palomo mientras canto:

*Nants ingonyama bagithi baba*

*Sithi uhm ingonyama*

*Nants ingonyama bagithi baba*

*Sithi uhm ingonyama*

*Siyo nqoba*

*Ingonyama nengw' enamabala...*

Retrocedo al ver que no me sigue.



-¿Qué haces ahí parado?

No deja de sonreírme desde la distancia.

-Estoy esperando a que termines con tu espectáculo. En cuanto acabes de representar al antílope herniado me avisas.

-¿Antílope herniado? ¿Me has llamado antílope herniado? -Se encoje de hombros sin dejar de reír.- Es una pena que Almodóvar aún no me haya descubierto, sino no hablarías así de mis increíbles dotes artísticas.

Su risa aumenta de decibelios, intento mantenerme seria, pero es inevitable que se me escape algo.

-Creo que tu papel va más acorde con una de las inquietantes criaturas de Guillermo del Toro.

Mi mandíbula se desencaja por el asombro.

-Vaya... míralo él, si hasta es gracioso y todo.

Sonríe. Madre mía, cada vez que lo hace parece tan joven...

- Me han llamado muchas cosas en la vida, pero gracioso no es una de ellas.

Se me escapa una risita aniñada que incluso a mí me sorprende.

-Será que nunca te han visto como yo te veo ahora.

Está a punto de contestarme, pero me giro de repente siguiendo el escandaloso bullicio de un grupo de gente que acaba de salir de un local. Entonces descubro un pequeño restaurante paquistaní donde ya no cabe un alfiler. De todos es sabido que cuanto más lleno esté un sitio, mejor es. Así que me giro hacia James, que como siempre, lo está analizando todo con el ceño fruncido.

-¿Qué te parece si cenamos aquí?

-¿Aquí? -Hace una mueca- Parece un poco... esa carne dando vueltas en una barra no tiene buena pinta...

-¿Nunca has probado un *dürum*?

Me mira asustado, como si hubiese dicho una palabrota. Me echo a reír.

-Tienes que probarlo.

-Es decir: venimos a Madrid, nos vestimos bien ¿y acabamos cenando en un paquistaní?

Me encojo de hombros. No sé qué le ve de malo.

-¿Qué pasa? ¡Vamos anda, no seas remilgado! tienes que probarlo.

Entramos y aguardamos en silencio hasta que una mesa se queda

libre. En cuanto nos sentamos él empieza a examinar la carta. Mira los rollos de carne dando vueltas detrás del mostrador y hace una mueca.

-Al menos Pruébalo. -Le repito- ¿De acuerdo? si no te gusta nos levantamos y nos vamos.

-Está bien. -Acepta, aunque únicamente por complacerme.- ¿qué me recomiendas?

-Tú déjame a mí. -Examino la carta un rato y cuando ya sé lo que quiero levanto la mano. El camarero acude enseguida-

-Queremos dos *dürum* de pollo, con queso de cabra y salsa de yogurt.

El hombre anota nuestro pedido.

-¿Para beber?

Miro a James.

-Dos cervezas. -Responde y yo sonrío-

El camarero se va. James parece asustado, mira hacia los platos de los demás comensales y sus muecas de asco se intensifican.

-¿Y dime, esa cosa lleva realmente salsa de yogurt? ¿con pollo?

Se me escapa la risa.

-Es como una salsa César, muy suave. -Le tranquilizo y él asiente-

Cuando nos traen nuestro rollo de *dürum*, James mira frenéticamente a su alrededor.

-¿Y los cubiertos?

-No hacen falta, se como con las manos.

Su cara de espanto aún me hace más gracia. Así que cojo mi *dürum* y le doy un mordisco. Cierro los ojos y bajo su atenta mirada reproduzco un largo: “mmmmmm”.

Finalmente James, imita mi gesto. Le asesta el primer bocado mientras yo le observo. Luego le da un segundo, esta vez más grande. Lo mastica y cuando lo ingiere le pregunto:

-¿Qué tal está?

-No está mal... -Reconoce-

Sigue dándole bocados, uno tras otro. Sonrío mientras hago lo mismo. Así hasta acabárnoslo todo.

-Bueno, parece que al final te ha gustado. -Digo mirando su plato vacío-

-Lo cierto es que me ha encantado. De verdad, no me lo esperaba. Sonrío y me pongo en pie.

-Voy al baño. -Anuncio y sin que se de cuenta voy corriendo hacia la barra y pago todo lo que hemos consumido. Le miro desde la distancia. Parece perdido, sus ojos se mueven inquietos de aquí para allá, pero en cuanto me ve aparecer se calma. Sonríe e incluso percibo su profunda respiración desde aquí-.

-Ya podemos irnos. -Digo nada más llegar a nuestra mesa-.

-Aún no nos han traído la cuenta.

-Ya está pagado.

Su rostro me contempla con rudeza.

-No tienes por qué hacer eso, paga la empresa.

-De acuerdo. La empresa pagará cuando me lleves a uno de esos restaurantes pijos que solo el cubierto ya vale cien euros.

Suspira, pero yo no puedo dejar de reír. No le queda otra más que resignarse.

Salimos otra vez a esas amplias calles iluminadas, hay poca gente esparcida aquí y allá, tan solo nos acompaña el reflejo de nuestras propias sombras al caminar, largas y dobladas por la presencia de los altos edificios colindantes. La luna también es una fiel compañera en esta noche tan inusualmente tapada, allí donde mire ella me acecha: esférica, ligeramente moteada y de color caramelo.

Empiezo a sentir algo de frío en los brazos, me abrazo con fuerza, intentando entrar en calor, no camino mucho más cuando el letrero verde de un pub irlandés nos hace detenernos al mismo tiempo. El garito no tiene mala pinta, veo como James lo mira y enseguida añado:

-¿Quieres entrar?

-¿Qué? no...

-¿Por qué? se acerca un poquito a tu tierra, aunque sé que no es lo mismo. Venga, va... -Tiro de su mano, obligándole a entrar, al menos yo sí lo necesito.-

Una vez dentro me doy cuenta que gran parte de la gente es inglesa. Yo desentono entre tanto rubio y rubia involuto. Pero no me importa, sonrío al chico que hay tras la barra que al menos es tan Español como yo.

-¿Qué vas a tomar? -Le pregunto a James risueña-.

-Una cerveza, por supuesto...

-Por supuesto... -asiento-

Pide al camarero una exquisita selección de cerveza negra de

marca impronunciable. En cuanto nos la sirven ambos chocamos las botellas y le damos un largo trago. No está mal, algo fuerte por eso, pero me gusta.

Sin darnos cuenta una cerveza lleva a otra y la última a otra más. Hablamos poco, nos damos cuenta de que en realidad, no tenemos nada que decirnos o tal vez sea la situación que nos frena. Por suerte el camarero se acerca siempre que puede para hablar conmigo, cruzar un par de palabras amables para sacarme una sonrisa, entre tanto guiri, no me extraña que le guste conversar con un paisano. Sin embargo, cada vez que acude a mi encuentro, James se revuelve incómodo en su taburete. Es la clásica táctica de posesión masculina: No tengo nada con mi jefe, ni siquiera somos amigos, pero mientras estoy con él paso a ser, por así decirlo, como algo suyo y obviamente le molesta que otros hombres quieran apartarme de su control. Así que aunque solo sea por respeto hacia mi soso acompañante, me despido amablemente del camarero y me acerco a ese inglés mosqueado, que hace ver que bebe su cerveza distraído, cuando en realidad, sigue pendiente de mí.

-¿Te gusta este sitio? -Le pregunto, y me acerco más a él para escuchar su respuesta. Con esta música es casi imposible hablar de lo alta que está-

-Prefiero los pubs españoles. Sin duda son mucho más divertidos. Su respuesta me sorprende.

-¿Enserio?

Asiente.

Pero mis intentos por distraerle no sirven para nada. Sigue mosqueado. Observa el reloj de su muñeca y dice:

-Debemos volver. Es tarde.

Suspiro. Apuro la botella y la dejo sobre la barra.

Regreso junto a James aguantando la risa, menudo cabreo lleva.

-¡Espera!

Nos giramos los dos a la vez. Rodolfo, el chico de la barra corre hasta alcanzarnos, pero pasa por alto la presencia de James y solo me mira a mí.

-Toma morenaza. -Me entrega un papelito blanco al tiempo que me da un delicado beso en la mejilla.- Es mi número de teléfono. -Me aclara- Llárame y nos tomamos algo antes de que te vayas.

-Vaya... gracias.

El chico se va. Me vuelvo sonriente hacia James, pero su rostro crispado hace que mi sonrisa se desvanezca rápidamente.

Se me escapa la risa minutos después tras ver que su actitud no cambia, Obviamente él no me sigue.

Ni corta ni perezosa alzo el trocito de papel que Rodolfo me ha entregado, lo rompo en mil pedazos ante su impasible mirada y lo tiro al suelo.

-¿Nos vamos? -Digo y James me contempla ahora perplejo-

-¿Por qué has hecho eso? ¿No te parece ese camarero atractivo como hombre?

Sigo riendo sin parar mientras salimos al exterior.

-¡Por supuesto que sí!

-¿Entonces?

-Estoy en Madrid por motivos de trabajo, no por placer. -Le digo alzando la cabeza para mirarle por encima del hombro- ¿Qué se cree?

Sonríe, niega con la cabeza y me sorprende cuando me coge de la mano.

-Efectivamente te estás convirtiendo en una secretaria comedida. No está mal.

Las carcajadas fluyen solas mientras regresamos hacia el hotel. Tal vez sea tanta cerveza ingerida, pero lo cierto es que, por fin, me lo estoy pasando bien.

En el ascensor ya es otra cosa... seguimos riendo, pero la intensidad de las carcajadas bajan notoriamente el volumen. Otra vez ese matiz de tensión en el ambiente. Se acerca, mete las manos en los bolsillos del pantalón echando la americana hacia atrás, pero estamos tan juntos que sin querer nos rozamos. Percibo su pierna cerca de la mía, madre mía... qué necesitada estoy. Pero no, no puedo pensar en eso ahora. ¡Es mi jefe! Trago saliva y miro atentamente las puertas de metal, deseando que se produzca un cambio.

Su cuerpo alto bloquea mi espalda como si fuera una impenetrable coraza. Ahora mismo tengo mucha calor. Me abraso literalmente. Por suerte en ese instante las puertas se abren, salgo decidida rumbo a mi habitación. Me detengo en la puerta y antes de entrar le digo:

-Buenas noches, que descanses.

-Igualmente Anna. Mañana a las nueve en el vestíbulo.

Asiento. Espero a que mi tarjeta haga el “clic” que precede la

obertura de la puerta y entro apresurada en la habitación. Un minuto más con James y soy capaz de cometer una locura.

-Buenos días.

-Buenos días. ¿Has dormido bien?

-¡Muy bien!

Le sonrío y espero a que él acabe de dar órdenes a los chicos del mostrador. En cuanto termina se acerca a mí y me guía con la mano en la cintura hasta la salida.

Nuestro coche nos espera. Entro como puedo, hoy he elegido mi falda negra de tubo favorita, pero claro... o he echado culo o se ha encogido porque la noto más ceñida que de costumbre.

El coche nos lleva hacia las oficinas de *Naetura*. Entramos en un altísimo edificio acristalado. Lo que me gusta es la cantidad de elementos florales que hay dentro: ficus de todas las medidas, flores de colores vivos, todos perfectamente combinados, creando un ambiente de ensueño.

-Señor Orwell, le esperábamos. Acompañeme.

Una chica muy mona nos conduce por unos pasillos enmoquetados hasta llegar a una amplia sala de reuniones con una enorme mesa de cristal en medio, justo en el centro hay una bandeja con vasos, cafetera, agua y un imponente surtido de pastelería. Mi jefe estrecha las manos de esos directivos un tanto regordetes y me presenta. Yo también les saludo antes de tomar asiento en la silla que James me indica, justo la que está a su lado.

Una chica nos ofrece café, tras dejar las tazas llenas delante de cada uno se marcha.

Empieza la reunión. Mi jefe se ha estudiado muy bien todo lo que tiene que decir. Enseña un elaboradísimo plan de estadísticas y les anima a asociarse con su empresa para lanzar un producto nuevo al mercado.

Dado que *Soltan* tiene mucha reputación, los directivos estudian seriamente su propuesta. Nos sugieren que el nombre del producto que está por crear no haga referencia a ninguna de las dos empresas. Prefieren únicamente invertir en algo nuevo y repartirse los beneficios en función de la inversión aportada por cada contribuyente.

Escribo en mi ordenador portátil todo lo que se comenta. La reunión está durando más de lo necesario. Ellos no acaban de decidirse, James empieza a desesperarse. No puede hacer esto solo, le falta un inversor externo, entendido en la materia, ya que hasta el momento *Soltan* se ha especializado únicamente en protectores solares.

Ambos lados dejan al descubierto sus dudas, esperando que la otra parte se las resuelva. Las piernas se me están durmiendo de estar tanto tiempo en la misma postura, me recoloco en la silla y....

¡Pruuumpt!

Eso solo puede significar... miro inquieta a todos los presentes, que siguen discutiendo sin haberse percatado de nada. Pero yo en cambio soy muy consciente de lo que ha pasado. El rojo intenso invade mis mejillas mientras intento disimular, pero tarde o temprano se darán cuenta, no podré ocultar la raja que se ha hecho en la costura de mi falda.

James se desafloja el nudo de la corbata y empieza a gesticular con las manos. No sé qué es lo que está pasando, acabo de perder el hilo. ¿Y ahora qué hago?

Trago saliva antes de volver a ponerme manos a la obra. Mientras esté sentada nadie verá nada. Tengo que permanecer sentadita y quietecita toodo lo que quede de reunión.

Después de un par de horas más que se me hacen interminables, *Naetura* accede. Aportará un 30% de participación para lanzar el producto: un lote de cinco cremas hidratantes aromatizadas. La parte estética del diseño, la publicidad y el nombre lo dejan a cargo de mi jefe por ser el inversor mayoritario.

Aún quedan pequeñas menudencias por tratar. Pero lo esencial, aquello por lo que vinimos a Madrid está conseguido.

Mi aparente equilibrio se desestabiliza cuando el director de la empresa en la que nos encontramos se levanta, estrecha fuertemente la mano de mi jefe y mientras hace lo mismo con la mía añade:

-Y ahora me gustaría que me acompañaran, quiero enseñarles mis instalaciones y que vean cómo trabajamos.

Se me seca la boca. Miro a Jamen, éste y todos se levantan mientras yo permanezco en mi silla. ¡Qué bochorno!

-¿Anna, vienes?

Miro a mi jefe y hago una mueca.

-Si no les importa yo profiero quedarme, debo acabar de redactar



un par de puntos.

Nadie parece darle mucha importancia a excepción de mi jefe, que parece tener un sexto sentido.

-Venga con nosotros Anna, ya acabará eso luego.

Niego con la cabeza. Mis cejas prácticamente se unen por la tristeza, pidiéndole, rogándole más bien que se vaya y me deje en paz un rato.

Como respuesta a mi plegaria interna, James accede a marcharse. Acompaña a los señores hacia el pasillo mientras yo me quedo sola en la sala de juntas.

Respiro tranquila. Cierro mi ordenador y aprovechando que no me ve nadie me pongo en pie para revisar los daños.

La raja se abre de arriba abajo entre las cachas del culo, para colmo llevo tanga. Maldigo varias veces en voz alta y corro a pequeños pasitos hasta llegar a la pared. Pego a ella mi trasero mientras empiezo a moverme de lado hasta llegar a la puerta.

Me deslizo sobre la superficie plana, como un animal que se esconde de su atacante mientras espera el momento oportuno para salir huyendo. Saco la cabeza. ¡Bien no hay moros en la costa! decido sacar el cuerpo entero, arrastro mi culo por la pared mientras muevo las piernas dando pequeños pasitos frenéticos. En cuanto veo que viene alguien me detengo y sonrío.

Una vez libre de miradas indiscretas vuelvo a avanzar.

-¿Anna?

Pego un grito de angustia y automáticamente me llevo las manos al pecho.

-Sí. Hola. -Respondo sin mucho interés, el tonito nervioso me delata-

-¿Qué haces?

Miro a James y hago una mueca. Estoy atrapada.

-No quieras saberlo... ¿cómo ha ido la visita?

-Me he escapado. -Reconoce sin darle la menor importancia- He dicho que iba al servicio y he venido a recogerte. ¿Qué tramas?

Se me escapa una risita. Realmente mi situación y estrategia de fuga es lamentable.

-Me ha pasado una cosa... ¿puedes dejarme sola, por favor?

-No. -Su *no* es inquebrantable- ¿Qué ocurre? -Cuchichea al ver que

yo lo hago también-

Emito un suspiro y tiro mi cabeza hacia atrás, recostándola contra la pared.

-Resulta que he tenido un percance con mi falda y ahora mi principal objetivo es escapar sin que nadie me vea.

Su rostro extrañado me contempla de arriba abajo.

-Pues lo tienes complicado. Hay que cruzar ese vestíbulo de ahí - Dice señalándomelo con el dedo- y está lleno de gente.

-Madre mía... ¡vaya mierda! ¡joder! si es que todo, absolutamente todo tiene que pasarme a mí.

Cojo el maletín con mi ordenador y lo llevo hacia mi trasero con disimulo.

Si soy lo suficientemente rápida y discreta, puede que...

-A ver Anna, déjame ver, no creo que sea para tanto.

Le contemplo ojiplática.

-Sí lo es. Confía en mí.

Una risa discreta se abre paso en su rostro.

-¿Quieres mi chaqueta? -Susurra-

Mi cara de angustia le hace reír a carcajada limpia esta vez, lleva rato aguantándose las ganas hasta que no puede más. Le hago un gesto con la mano indicándole que se calle, pero simplemente no es capaz. Se retira un par de lágrimas de los ojos y cuando ha logrado serenarse se gira para mirarme.

-Está bien Anna. Acepto la misión. Voy a reunirme con el grupo, pero antes encontraré la manera de ayudarte. No te muevas.

-Tranquilo. Esta pared es mi refugio.

Vuelve a reír y se aleja a paso ligero. Mira que como el cabrón no vuelva y se olvide de mí...

Doy un pasito más hacia la izquierda y vuelvo a escuchar ese ruido familiar... el de mi falda rasgándose más si cabe. ¡¿Dios es que todavía esto puede ir a peor?!

Desesperada me aprieto más contra la pared. Estoy segura de que si empleo la concentración necesaria puedo incluso meterme dentro de ella, camuflarme entre el estucado.

-¿Señorita Anna? -La chica que en la sala de juntas nos preparó el café me mira sonriente- El señor Orwell me ha puesto al tanto de su accidente.

Me ofrece una chaqueta larga y me ayuda a ponérmela sin tener que abandonar la seguridad de mi pared.

-Gracias...

-Acompáñeme al baño, veremos si se puede arreglar.

Hago lo que me pide. Entramos en los baños, ella mira que no haya nadie y atranca la puerta con un taburete para crear cierta intimidad.

-Ufff, gracias a Dios que has aparecido, creí que me moría.

La chica se ríe y me ayuda a quitarme la chaqueta que me ha ofrecido antes.

-Pues sí, es un gran descosido.

Lo miro a través del espejo, tengo el culo prácticamente al descubierto. Las dos nos miramos y estallamos en carcajadas a la vez.

-Quítate la falda. Vamos a intentar coserla un poco.

Me quedo en ropa interior frente a ella.

-¿Cómo te llamas?

-Sofía.

-¿También eres costurera?

Vuelve a reír.

-Un poco de todo.

Acaba de enhebrar el hilo en la aguja y comienza a realizar unas puntadas pequeñas y muy juntas para unir los dos extremos de la falda.

-¿Cuánto llevas trabajando aquí?

Hace una mueca, intuyo que es un tema que le cuesta tratar.

-Entré hace seis años como becaria. Aunque ahora por fin me han hecho un contrato...

Su tono me da a entender que no está conforme con algo.

-¿Te gusta trabajar aquí?

-Mmmm... no es lo que esperaba. A veces siento que ya no puedo avanzar más. Estoy estancada y eso me preocupa.

-Entiendo... conozco esa sensación ¿Y supongo que buscarte otra cosa donde te sientas más realizada no es factible, no?

Niega con la cabeza.

-He tenido oportunidades para dar el salto, pero nunca me he atrevido y ahora ya es demasiado tarde.

-Nunca es tarde. Eres joven. ¿Qué te gustaría hacer?

-En realidad he estudiado publicidad y márketing. Aunque estoy haciendo las cosas que no quiere hacer nadie: fotocopias y cafés.

Las dos reímos del tono que ha empleado.

-Parece que estás desaprovechada.

Se encoje de hombros.

-O puede que no sirva más que para esto.

-¡No digas tonterías! creo que te falta motivación. Además, según lo que se ha comentado hoy en la reunión... necesitamos un eslogan para nuestras cremas, un nombre y una buena publicidad. Podría hablarles de ti.

-No serviría de nada. No tengo referencias, nunca me han dado una oportunidad...

Asiento. No quiero decirle nada más, no sé si podré conseguir que esté al frente de algo tan importante, además, no la conozco lo suficiente como para dar la cara por ella, sin embargo me cae bien y veo algo... no sé que es.

-Sofía, ¿puedes darme tu teléfono? nunca se sabe.

Ella sonrío y complacida me dicta su número para que lo memorice en mi móvil. Decido enviarle un *whatsapp* para que ella también tenga el mío.

En cuanto acaba de dar las últimas puntadas a mi falda, me la entrega.

Me la pongo. Sigue estando ajustada, pero ahora, al menos, es toda de una pieza. Le sonrío, le doy las gracias mil veces y después de salir del baño donde nos habíamos recluso, le planto dos besazos en las mejillas tras prometer llamarla en cuanto lleguemos a Barcelona.

James junto a los directivos de *Naetura* se reúnen con nosotras poco después. La cara divertida de mi jefe no tiene nombre. Aún se lo está pasando en grande rememorando lo que me ha ocurrido.

En cuanto nos despedimos de todos y cada uno de los miembros de la junta, el taxi nos lleva de nuevo al hotel. Tenemos muchísima hambre por lo que, tras haberme cambiado de ropa, ambos acudimos al bufet, donde todo tiene una pinta fabulosa y no nos cortamos un pelo en comer cuanto nos apetece.

De vez en cuando James se sigue riendo de mí. Es como si ese pensamiento del incidente con mi falda le asaltara a la menor oportunidad. No puedo enfadarme, de hecho si le hubiese pasado a él yo sería mucho más cruel, de eso no me cabe ninguna duda.

Es sábado por la tarde pero continuamos trabajando. Nos hemos recluido en su habitación, cada uno con un ordenador y estamos hablando mediante videoconferencia con la empresa en Londres. Yo me encargo de los detalles: elaborar el acuerdo entre ambas firma, recoger, sintetizar y transmitir toda la información útil a los jefazos de Londres y preparar las reuniones a las que asistiremos el lunes. Nos toca ir a distintos laboratorios y hablar con otras firmas por si quieren unirse a nuestro proyecto.

James está muy ocupado acabando de atar cabos, dar la cara e intentar meterse en el bolsillo a esos miembros duros de roer. Parece cansado cuando al fin cierra la pantalla de su portátil y se relaja en la butaca. Yo termino de redactar el último informe y hago lo mismo. ¡Menudo día llevamos hoy!

-Anna, ¿sigues respirando?

Muevo la cabeza para mirarle. Sonrío de oreja a oreja.

-Eso creo...

-Pues entonces cámbiate, te invito a cenar. Y esta vez pago yo. -  
Puntualiza por si me quedaba alguna duda-

Mi cuerpo se reactiva de nuevo. Me pongo en pie de un salto al tiempo que guardo mi ordenador en el maletín.

-¿De cuánto tiempo dispongo?

-Media hora.

Corro hacia mi habitación escuchando su risa a lo lejos.

Me doy una ducha rápida, me pongo un elegante vestido rosa claro que lleva la espalda al descubierto y para remarcar la sinuosidad de la línea de mi columna, me recojo el pelo hacia un lado, dejándolo caer cómodamente por mi hombro derecho hasta cubrir el pecho. El maquillaje es crucial, quiero realzar mis ojos y mis labios carnosos, pero elijo únicamente colores suaves. Me miro en el espejo, no es por nada pero estoy fabulosa.

Camino despacio hacia la puerta, no llevo sujetador por lo que no puedo hacer movimientos bruscos. Como última maniobra miro la hora, plenamente consciente de que llego tarde. Llamo al ascensor, entro y

desciendo hacia la planta baja.

James, con su habitual traje oscuro que tan poco le favorece, está recostado en una de las columnas deslizado su pulgar por la pantalla de su i-phone. La otra mano la tiene dentro del bolsillo del pantalón. No me ve venir así que rodeo la columna escondiéndome de él y en cuanto lo tengo a tiro, ¡zas! me abalanzo sobre su espalda y lo abrazo. El susto le sobresalta, no esperaba mi contacto y su cara alarmada me hace reír.

-Llegas tarde. -Me regaña- Las españolas no tenéis formalidad.

Coloco las manos sobre la cintura de forma desafiante.

-Bueno James, una mujer necesita su tiempo. ¿Pero a que estoy guapa? -Le digo dando una vueltecita como si fuera una niña pequeña estrenando un vestido de adulta.-

-Eso no te lo discuto.

Estira su brazo en forma de “L” y yo lo engancho con firmeza, como si mi mano fuese un mosquetón. Esta vez le dejo a él tomar la iniciativa.

Siguiendo sus distinguidas costumbres, la cena transcurre en un reputado restaurante de Madrid, donde no solo las vistas son alucinantes, sino que además, los platos minimalistas de sabores agris dulces visten las mesas. Parecen obras de arte en miniatura y dudo que todo eso se pueda comer. Realmente somos personas opuestas en todo.

Su sonrisa no desvanece ni por un segundo mientras observa mi cara de espanto tras contemplar los platos que él ha pedido y acaban de depositar cuidadosamente sobre nuestra mesa. El primer plato son unas tacitas de caviar rojo. No creo que esto me guste demasiado.

-Hacemos una cosa. Tú solo pruébalo, si no te gusta nos vamos.

Sonríó mientras le miro con picardía, me gusta que recuerde todo lo que digo.

Me armo de valor para complacerle, cojo la pequeña cucharilla que hay al lado de mi tacita y empalo una pequeña porción. Me lo llevo a la boca y lo saboreo.

-¿Qué tal?

Antes de responder cojo mi copa de vino blanco, *Chardonnay*, ese tan caro que han descorchado exclusivamente para nosotros y que tiene un característico sabor a roble. Por lo general no me gusta el vino, pero he de reconocer que este está me gusta.

-Lo cierto es que no está mal del todo. Pero creo que el *dürum*

me gusta más.

Se tapa la boca con dos dedos, amortiguando el sonido de la carcajada.

Luego nos sirven algo que parece un pincho de tortilla con un pedacito de papel de oro encima. Yo solo puedo pensar que voy a pasar un hambre espantoso...

Parto un pedacito con mi tenedor. Lo miro desde todos los ángulos antes de resignarme con un encogimiento de hombros: ¡Vamos allá con el atracón!

El tacto de esa cosa en mi boca es extraño, un fuerte contraste de texturas que eclosionan simultáneamente invadiendo mi paladar de sabores inclasificables.

No se parece a nada que haya probado antes, comprendo el por qué de tanto revuelo por este tipo de comidas, pero a la vez me pregunto: ¿es necesario todo esto con lo bueno que está un huevo frito con patatas?

No obstante, me abstengo de verbalizar mis opiniones culinarias, no quiero desilusionar a James y mientras como, me limito a alabar esos platos extraños para que se sienta como el ganador de una batalla que, desde el minuto uno, ha perdido: Donde esté un buen *dürum* que se quite el “*feisisuás du or*” este, o como se llame.

Nuestra charla sigue siendo formal, pese al asombroso acercamiento que hemos hecho en este par de días que llevamos juntos. Nos revelamos poco de nuestro pasado, nos mostramos entre bisos sin hacer hincapié en nada especial. Es como si solo nos centráramos en el presente, las risas son del ahora, los diálogos, las bromas...

Después de la “ligera” cena y tras el correspondiente postre extravagante, regresamos al hotel. No lo admitimos en voz alta, pero ambos estamos cansados, aunque, por alguna razón, no quiero que este día acabe nunca.

Una vez en el enorme vestíbulo del hotel, ya me siento como en casa. Camino detrás de James, me paro. Lo siento pero no lo aguanto más. Me quito los zapatos y recorro los metros que me faltan hasta el ascensor descalza.

Su cara reprime la sonrisa en cuanto me ve entrar con los zapatos en la mano.

-Son bonitos, pero no hay quien los aguante. -Le digo para acallar su curiosidad-

Se cierran las puertas. Y otra vez me invade ese calor familiar... Paso la mano por mi cuello, creo que hasta estoy sudando. Me concentro en los botones que parpadean con una lucecita roja cada vez que dejamos un piso atrás.

De imprevisto, la mano de James golpea la pared que estoy mirando, dándome un susto de muerte. Se queda literalmente anclado a ella con el brazo en tensión.

Me giro inmediatamente, pero aún me sobresalto más cuando nuestros rostros se han quedado tan cerca que percibo su aliento sobre mi propia piel. Mi corazón enloquecido protesta, no deja de golpear las paredes de su concavidad a un ritmo frenético, incluso se me paraliza la respiración mientras sus ojos no se apartan de mis labios, atrapándolos.

-Anna... bésame.

Sus palabras hacen que mis pupilas se dilaten. La sangre bulle abrasándome por dentro mientras se encarga en teñir mis mejillas, junto a todo mi cuerpo, de un rojo intenso. No puedo reaccionar, ahora mismo me he quedado paralizada.

-No sé qué me has hecho, -Susurra erizando mi vello con sus siseos- pero no soy capaz de borrar de mi cabeza el primer beso que me diste...

Se acerca un poco más. Percibo su calor mientras agacha la cabeza para colocarse a mi altura, consigue así que me tiemblen las piernas.

-Por favor Anna, necesito saber si es una ilusión la que me asalta a todas horas o se ha producido de verdad.

-No, no sé qué decir... -Trago saliva, estoy nerviosa, aunque me sorprende descubrir que yo también le deseo. Tengo una ansiedad apremiante por percibir esa clase de acercamiento después de tanto tiempo.-

-Pues no digas nada, solo bésame.

Sus palabras me catapultan a cometer una locura, en ese momento no sé qué es a lo que realmente me enfrento, solo me dejo llevar y actúo. Alejo de mi mente los pensamientos que me frenan, de nada me sirven cuando ya he tomado una decisión.

Me lanzo en picado al mar bravío que son sus labios. Me hundo en ellos, los poseo con delicadeza y un deseo incontrolable. Alzo mis manos reteniéndolo, él jadea en mi boca y yo atrapo su jadeo y me lo trago.



Muerdo su labio inferior, luego lo perfilo cariñosamente con mi lengua antes de volver a moverme frenéticamente sobre su ávida boca. Noto como su pulso se acelera bajo mi contacto, me agarra la cintura y me retiene con fuerza. Yo le correspondo del mismo modo, doblego su cuello mientras recorro con mi lengua húmeda cada pequeño recoveco de su boca.

Las puertas del ascensor se abren. Nos retiramos jadeantes, con el pulso acelerado haciendo vibrar nuestros cuerpos. Nos miramos a los ojos, negro azabache sobre azul celeste.

En un momento de lucidez, doy un paso hacia atrás. Antes de que las puertas vuelvan a cerrarse pongo mi mano en medio para volver a abrirlas y salir corriendo. Noto la presencia de James a mi espalda, pero estoy lo suficientemente avergonzada como para no decir nada. Me coloco frente a la puerta de mi habitación. Luego le miro. Por un momento me parece captar la tristeza en sus ojos claros.

Estoy preparada mentalmente para darle las buenas noches y hacer como si no hubiese ocurrido nada entre nosotros cuando él se acerca con paso firme y decisivo, me acorrala contra la puerta y vuelve a besarme con devoción. Su lengua se entrelaza con la mía, e inevitablemente, se me escapa un jadeo que él responde con un gruñido bajo mientras levanta sus manos abarcando la totalidad de mi cara.

Me entra mucha calor, su insistencia es estremecedora. Si alguna vez dije que los ingleses no sabían besar, desde hoy me retracto. Este es el beso más apasionado, duro y excitante que nadie me ha dado jamás.

Tiro los zapatos que aún llevo en las manos al suelo mientras me pongo de puntillas para poder rodear su cuello, mi espalda se arquea al tiempo que una de sus manos desciende lentamente por mi desnuda columna hasta colocarse en la cadera, su sutil barrido, ha puesto mi piel de gallina. Entonces se produce el cambio, literalmente le devoro, sus labios son ahora mismo como una fuerte droga que no puedo parar de consumir.

Mi estómago da un vuelco cuando la mano que hasta ahora descansaba al final de la espalda, acaricia sutilmente mi trasero. Incluso mi corazón da un respingo cuando la excitación, en forma de corriente eléctrica, recorre cada centímetro de mi cuerpo.

Tengo que separarme, necesito respirar y recobrar el norte, por el amor de Dios ¡es mi jefe! no puedo permitirme el lujo de tontear con él.

Dejo caer mis manos a ambos lados de las caderas. La urgencia se ha desvanecido y él se ha dado cuenta de que ya no correspondo del mismo

modo a sus besos.

Tras recuperar mi espacio, retiro restos de su saliva que aún cubre mis labios. Luego me agacho para recoger los zapatos.

-No creo que esto sea una buena idea... -Empiezo, pero tal y como lo digo me arrepiento-.

-Tienes razón. -Reconoce. Una vocecilla en mi interior maldice en voz alta, no quiero terminar con esto, NECESITO continuar...- Quiero que sepas que nada de lo que acaba de ocurrir va interferir ni ahora ni nunca en tu trabajo. Te doy mi palabra.

Trago saliva y asiento sin decir nada. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Saco la tarjetita plastificada de mi bolso y abro la puerta de mi habitación, James recorre el par de metros que le separan de su puerta.

-Buenas noches Anna.

-Buenas noche James.

En cuanto cierro la puerta, voy resbalándome por la superficie plana de madera hasta dejarme caer en el suelo. No puedo creerme lo que acabo de hacer, pero aún me creo menos que haya tenido ganas de llegar más lejos.

Ya es oficial: estoy loca y me gusta el peligro. Esto va a acabar conmigo.

¿Y cómo voy a pasar los días que me quedan junto a este hombre después de lo que ha pasado? ¿puedo actuar como si nada? ¡Ni hablar! no sé ni por qué me lo pregunto, si lo más probable es que quiera repetir.

Entre dudas y dilemas me desvisto para meterme en la cama. Madre mía... y pensar que podríamos estar aquí ahora si yo no me hubiera echado atrás...

Llevo una hora dando vueltas entre las sábanas. Los pies han salido fuera de tanto moverme. Suspiro. Protesto y me levanto cabreada. Al encender la luz me doy cuenta de que esta no me molesta, y es que no he podido pegar ojo. Me siento frustrada, inquieta... no sé qué me pasa, o sí lo sé pero simplemente me niego a admitirlo.

Aunque si hay una cosa buena en estos hoteles es que tienen servicio de bar las veinticuatro horas, tal vez tomar algo me relaje.

Me pongo mis pantalones vaqueros junto a una camiseta negra ajustada y bajo hasta la primera planta. Es la una de la mañana, como es de esperar apenas hay gente. Aunque una vez dentro de la sala oscura diviso a James sentado frente a la barra. Rodea con las manos una enorme jarra de cerveza mientras conversa amigablemente con el camarero. Ambos ríen. Sigo pendiente de él, está guapísimo. También se ha cambiado de ropa, ahora lleva sus tejanos junto a esa camiseta de tonos azules que elegí en *Desigual* para él.

Capto cada movimiento desde mi lugar seguro, el sonido de su risa me produce cosquillas en el estómago y esos pequeños gestos suyos tan repetitivos, como deslizar sus dedos entre los mechones de su espeso cabello, rascarse la barba incipiente que empieza a despuntar en su cuello o mover insistentemente las manos cuando habla de algo que le apasiona... me encanta observarle sin ser vista, hay muchos detalles que se me han pasado por alto, pero ahora puedo deleitarme en ellos.

Transcurrido un tiempo, salgo de mi escondite. Avanzo lentamente por el medio de la sala y el camarero me mira. Sonrío y él hace un gesto a James con la mirada para que se gire. En cuanto lo hace me encuentra. Al principio sus cejas se juntan extrañadas, luego, señala el taburete que hay libre a su lado con la mano y espera a que me siente.

-¿Qué haces despierta todavía?

-No podía dormir. ¿Y tú?

Sonríe.

-Igual.

Miro a mi alrededor. Somos ahora mismo los únicos clientes,

una pareja madura acaba de irse.

-¿Qué tenemos que hacer mañana?

-Mañana es domingo. No hay nada programado.

La alegría me invade de repente, un día para hacer lo que nos dé la gana, es justo lo que necesito.

-Bien.

-¿Qué quieres tomar? -Me pregunta-

Yo hago una mueca, lo cierto es que ahora mismo no me apetece nada en particular. Entonces veo su jarra de cerveza, aún está por la mitad, sin pensármelo dos veces digo:

-¿Puedo? -Señalo su bebida y él arquea las cejas sorprendido antes de concederme el capricho con un asentimiento de cabeza-

Salto del taburete y me acerco a él. Cojo su jarra de cerveza y empiezo a beber. El líquido amargo cae en mi garganta, noto como el brebaje desciende lentamente por mi organismo, refrescándolo y calentándolo a la vez hasta que se vierte en mi estómago. Sigo bebiendo sin detenerme hasta acabármela toda de un trago.

James se queda asombrado, reproduce una mueca divertido mientras deposito la jarra vacía sobre la barra.

-A eso sí le llamo yo tener sed...

Sonrío con picardía, me acerco, le acabo de poner tenso y descubro con asombro que eso me excita. ¡Qué bien vuelvo a ser yo!

-No solo tengo sed.

Mi afirmación le descuadra. No dejo que piense lo que eso significa cuando me coloco entre sus piernas, que están ligeramente entreabiertas, y agarrándolo por el cuello le acerco a mí para volver a besarle.

En cuanto nuestros labios se unen su cuerpo se convierte en gelatina, al igual que el mío, ambos nos apretamos, deseosos de más contacto mientras nos besamos con auténtica devoción. Su lengua explora mi boca, me acaricia y yo simplemente estoy a punto de derretirme. Quiero lamerle, degustar su piel, su cuerpo entero... esos lujuriosos pensamientos hacen que emita un ligero jadeo. Su cuerpo se torna más duro en respuesta, incluso siento la protuberancia de su entrepierna clavada en mi cadera.

Bajo las manos pasándolas por sus fuertes brazos hasta llegar a las suyas, que retienen mi cintura, apretándola contra él.

Poco a poco consigo separarme y tiro de él obligándole a

ponerse en pie. Como fiel animal amaestrado, obedece. Se deja guiar por mí mientras lo conduzco hacia el ascensor. Ahí retomamos los besos momentáneamente interrumpidos. Su boca es exquisita y sabe bien. Su ansiedad vuelve a desatarse sin casi haber hecho nada, James es todo impaciencia, fuerza incluso me atrevería a decir dominación, a juzgar por la forma con la que me acorrala entre su cuerpo y la pared. Pero me gusta sentirle así, desesperado y reactivo a cada una de mis caricias, besos, abrazos...

Las puertas del ascensor se abren en nuestra planta.

Antes de salir salto a horcajadas sobre él, enredándole con mis brazos y piernas para que no se escape mientras continúo con mi habitual ataque de besos desenfrenados. A James le queda la parte más difícil, que es la de caminar a ciegas por el pasillo conmigo en brazos. Me complace ver que él tampoco puede despegarse de mí y yo tampoco quiero que lo haga, así que no dejo en menor hueco de aire entre nuestros cuerpos.

En cuanto llega frente a mi puerta, me separo solo unos milímetros para susurrarle.

-Bolsillo trasero del pantalón. Nalga derecha.

Él sonríe y se lanza de nuevo a por mí, envistiendo con su ávida lengua mi boca. Con cuidado, sus manos palpan mi trasero, sacan la tarjeta plastificada y abre la puerta.

Nada más entrar él cierra con el pie, luego me conduce con torpeza por la habitación hasta llegar a mi cama y soltarme sobre ella.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que me pongo de rodillas sobre el colchón. Gateando, llego a él y tiro de las trabillas de su pantalón para que venga junto a mí. Antes de ceder a mi urgencia se inclina para quitarse los zapatos, yo aprovecho a hacer lo mismo. Luego entra decidido en mi cama, sus manos se alzan, rodean mi cara y la detienen a escasos centímetros de lanzarme de nuevo a por un beso.

Ahora sus ojos recorren varias veces mi rostro de lado a lado.

-*Oh my God, you're beautiful.*

Su exquisito acento inglés me hace reír.

-Te prefiero mil veces hablando español.

Emite un gruñido salvaje y viene a por mí. Su boca me atrapa, conduciéndome de nuevo hacia el Olimpo.

-Así que hablando español...

Su lengua baja ahora por mi cuello, jadeo mientras inclino la

cabeza hacia atrás facilitándole el recorrido.

-Sí... -susurro extasiada-

-Ni te imaginas el morbo que me das morenaza...

Se me escapa una risita. La “Z” nunca ha sido una letra que pronuncie bien. Pero oírle me resulta tan excitante...

Sus manos se centran en mis pechos. Los aprieta a través de la camiseta, casi puede envolverlos en su totalidad con sus grandes zarpas y eso que son una considerable talla 95.

Mientras besa mi largo cuello con devoción, agarra los bajos de mi camiseta y la va levantando poco a poco, hasta quitármela por la cabeza.

-¿Tienes protección? -Su pregunta me pone momentáneamente tensa. Niego con la cabeza y él sonrío.

-¿Y tú? -Pregunto esperanzada.

-No. No tenía esto planeado.

Hago una mueca de disgusto, pero él vuelve a sonreír y continúa besándome. Su insistencia destroza el muro de mi resistencia en cuestión de segundos.

Ahora sus labios descienden poco a poco hasta alcanzar mis pechos. La dilatación de sus pupilas me comunican que lo que ve le gusta, a la par que me demuestra todo ese deseo agazapado que hasta ahora no se ha atrevido a mostrar. Es inútil resistirse, no puedo evitar sentirme terriblemente femenina cuando hace eso.

Ahora son sus manos las que acarician suavemente la piel tersa de mis pechos, los abarca en su totalidad repitiendo una serie de movimientos circulares hasta que, finalmente, se decide a desabrochar el sujetador.

Quedan al aire y yo me apresuro a quitarle su camiseta para estar en igualdad de condiciones. Ya me había olvidado de sus definidos abdominales, así que cuando vuelvo a verlos no freno mi tentación de tocar. Pero no me deja deleitarme con su cuerpo demasiado tiempo, tiene un hambre feroz, animal, así que se hecha sobre mí, obligándome a tumbarme sobre la cama para que pueda saborear tranquilamente mis pechos. Los pezones se endurecen bajo su húmedo contacto, él los aprieta con los dientes, los lame, los degusta largo rato hasta que está saciado y decide ir un poco más allá.

Sus manos desabrochan el botón de mis vaqueros y baja

apresuradamente la cremallera. Sin ningún tipo de miramiento me los quita rápidamente dejándome solo con el tanga puesto. Intento incorporarme para quitarle también su pantalón, pero me lo impide. Es obvio que de momento solo él quiere jugar conmigo y yo me dejo, estoy muy excitada y me encanta la forma con la que me acaricia. Es todo pasión ahora mismo, no hay frialdad en sus acciones como creía.

En el terreno íntimo su fogosidad es algo que ha conseguido dejarme sin palabras, por suerte él sí insiste en hablar:

-Tienes un cuerpo delicioso, me muero de ganas de lamerlo centímetro a centímetro...

Sus palabras hacen revolotear las mariposas de mi estómago. Sus manos retiran las tiras de mi tanga colocándolas hacia un lado y me toca. Estoy tan húmeda que sus dedos se deslizan entre mis labios sin dificultad mientras mi cuerpo se arquea, se estremece y pide a gritos que lo posean, por su respiración agitada deduzco que mi reacción le enloquece. Jadea justo antes de inclinarse para besar mi zona prohibida, mi punto débil. Su lengua me penetra de improviso y yo gimo, me muevo y él, cansado de perseguirme, apresura mis caderas con las manos para inmovilizarme.

Cuando se centra en mi clítoris, chilló. Sus dedos expertos me exploran por dentro mientras su lengua hace el resto: me muerde, me lame, me muerde, me lame... así largo rato hasta que me caliento más y más. Entrelazo las manos en su cabello, apretándolo contra mí y jadeo mientras sus dedos se mueven frenéticamente en mi interior, animada por esas oleadas de placer que me provoca, oriento su cabeza buscando una liberación.

-Me encanta como sabes... córrrete, quiero degustarte.

Sus palabras son mi liberación, como un ser egoísta, me muevo sobre su boca y me dejo ir, convirtiendo mi espalda en un arco en tensión, gritando, sacudiéndome y retorciéndome en medio de un orgasmo increíblemente intenso.

Su cabeza asciende en cuanto he culminado, recorre con su lengua mi ombligo, mi estómago, el centro de mis pechos, el cuello, la barbilla y se posa sobre mis labios para besarlos. Todavía sabe a mí. Le correspondo con insistencia hasta que él deja salir un placentero jadeo.

-Todavía no he acabado contigo, date la vuelta.

Excitada por el morbo que suscitan sus palabras, hago lo que me pide. Me doy la vuelta. Él me inclina hacia delante, poniéndome a cuatro

patas. Acaricia mi trasero, se acerca y besa las cachas con insistencia, luego, con los dientes va retirándose el tanga muy lentamente.

-En mi vida he visto un culito como el tuyo, es tan perfecto...

Lo pongo un poco más en pompa, animada tras sus palabras. Sus manos me masajean las nalgas y las separa poco a poco, se inclina y entonces percibo como besa tiernamente el espacio que hay entre los glúteos. Extrañada, me incorporo un poco para mirarle. Él me corresponde guiñándome un ojo. Bajo mi atenta mirada desconcertada, saca su larga lengua y lame con cuidado la raja. Es extraño, nunca nadie me lo habían hecho y no sé bien cómo reaccionar... no obstante, el pudor me hace moverme intentando deshacerme de él.

-Confía en mí...

Suspiro. Me da algo de cosa que él esté por ahí, pero miro nuevamente al frente para no ver lo que está haciendo. Sus manos abarcan ambas cachas y vuelve a separarlas, de repente siento la presión de su lengua en mi ano. Al principio me contraigo, pero a medida que su saliva me lubrica, noto como el músculo va destensándose. Su lengua alcanza una profundidad alarmante dentro de mí, me chupa, me besa y cuando ya creo que no puede hacer nada más, noto como uno de sus dedos va introduciéndose poco a poco en mi interior. Entra fácil, mi excitación se lo facilita. Entonces James se cuadra de rodillas detrás de mí, sigue estimulando mi ano con el dedo pero con la mano que le queda libre, vuelve a acariciar mi vagina. Jadeo, apretándome a él, esto es tan alucinante... Cuando nota que sus caricias me relajan, su dedo se hunde un poco más en mi ano, yo grito de placer, lo deja quieto un rato y se centra nuevamente en mi vagina. Su dedo me penetra, se desliza en mi interior y tras este le sigue otro, expandiéndome. Mis jadeos nerviosos le hacen suspirar, entonces vuelvo a sentir esa delicada intrusión en mi ano, acompasando los movimientos rítmicos junto a los que realiza en mi vagina. La sensación es extraña, pero tan placentera que noto como si mi cuerpo se abriera en dos, preparándose para recibirle por donde quiera entrar.

Sus movimientos se hacen más fuertes, me mueve con insistencia clavando sus dedos por todos mis orificios íntimos, sin más, me posee una fuerte sacudida y culmino de nuevo, chillando de placer. Es un placer mucho más intenso, pues mi orgasmo proviene de varias fuentes de mi cuerpo al mismo tiempo.



Con cuidado se retira, besándome la espalda en el camino antes de darme la vuelta. Le miro alucinada, este hombre es un Dios del sexo...

-¿Quieres más? -Me susurra junto a la oreja y yo me estremezco-.

-No lo sé. -Reconozco con una fugaz sonrisa mientras intento recomponer fuerzas- ¿Puedes darme más?

Su carcajada me sobresalta. Entonces sus labios vuelven a besarme. Su urgencia me enloquece, otra vez.

Sin retirar sus labios de los míos, se quita el pantalón y lo tira al suelo, solo se ha quedado con la ropa interior puesta.

-Ven aquí. -Me dice y yo obedezco inmediatamente-.

Sus brazos me alzan un poco para sentarme a horcajadas sobre su erección cubierta. Está tan duro, tan excitado... Sus manos ascienden por mi cintura, la aprieta, moviéndome encima de él. Su miembro está encajado en medio de mis labios, a lo largo. Me restriego sobre él, James echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Mi ritmo lento le atrapa, así que sus manos se ciñen aún más fuerte a mi alrededor, me clava a él hasta casi hacerme daño. Tengo ganas de liberar su miembro e introducirlo dentro, pero no puede ser, una locura así puede marcar tu vida.

Así que poco a poco me muevo con más insistencia encima suyo, concienzudamente. Su respiración se altera junto a la mía. De pronto, las cosquillas en el bajo vientre que propician un nuevo orgasmo se desatan, le abrazo, moviéndome un poco más fuerte hasta que vuelvo a correrme sobre él, pero no dejo que él también alcance el clímax, me aparto súbitamente para ponerme de rodillas en el suelo, mis manos se aferran a la goma de sus calzoncillos y los retiro de un movimiento rápido.

Libreo su palpitante erección y me maravillo al ver la perfección de su miembro: es grande, grueso, Suave, con la punta ligeramente rosada...

Le dedico una sonrisa que promete el infierno a cualquiera que caiga en la tentación, espero que él no crea en esas cosas y así pueda ceder al pecado al que estoy a punto de arrastrarle. Sin pensármelo más me agacho, pero antes de que pueda metérmelo en la boca él se aparta y dice:

-No hace falta que lo hagas...

Sonríó ante su inesperado comentario.

-Quiero hacerlo.

Sus ojos se agrandan, Me muerdo el labio inferior con diversión mientras desciendo y me introduzco poco a poco su exultante pene en la

boca. Mi lengua se desliza suavemente sobre la punta guiándose por el volumen de sus jadeos. James se retuerce debajo de mí, está a punto y no es para menos, después de lo que ha aguantado.

Percibo sus grandes manos sujetando mi cabeza mientras su miembro alcanza más profundidad en mi garganta. Gustosa le complazco hasta que no puedo más, mientras me muevo con la demanda que él me exige.

-Voy a correrme... –Anuncia con la voz ronca mientras intenta apartarme. Pero yo no cedo ante su empeño.-

Deslizo los labios de arriba abajo con mayor insistencia hasta que un gemido gutural brota de su garganta al tiempo que un espasmo le sacude. Su eyaculación caliente desciende por mi garganta rápidamente y como no sé qué hacer con ella, la trago sin más. En cuanto se desprende de la última gota, limpio su pene con mi lengua muy despacio.

Tiene un gusto interesante, entre dulce y salado, no está tan mal.

-¡Joder Anna! esto ha sido...

Se me escapa la risa. Su cara de satisfacción me colma por dentro.

No le dejo descansar mucho tiempo, en cuanto logramos acompasar nuestra respiración siento la necesidad de quitarme el pegajoso sudor y el resto de nuestros jugos que han quedado esparcidos por nuestros cuerpos.

-Ven. -Tiro de su mano para que se levante de la cama y me acompañe al baño-.

Le suelto y abro el grifo del agua caliente de la glamurosa ducha de suelo de piedra que ocupa una gran superficie de la habitación.

-¿Vamos a ducharnos juntos?

Le miro. Su rostro me confunde. ¿A qué viene esa pregunta?

-Por supuesto que sí.

-Pero... ¿no quieres tu momento de intimidad?

Me giro con la confusión dibujada en mi rostro. No entiendo muy bien donde pretende llegar con todo esto.

-Mira James, -Me alzo para encararle, pongo las manos sobre mi desnuda cintura a modo de jarra- si no te apetece ducharte conmigo no te excuses en mí. Dime directamente que no quieres, no pasa nada.

Su mandíbula se descuelga, camina hacia a mí y cuando me tiene justo enfrente abarca mi barbilla con su mano.

-¡Pues claro que quiero! ¿cómo no voy a querer?

Su respuesta me tranquiliza, aunque solo un poco. Se acerca para besarme en los labios, le correspondo con un beso rápido mientras le acompaño hasta la ducha. En silencio nos metemos bajo el incesante chorro de agua tibia y alzamos el rostro, dejando que las gotas resbalen por él hasta cubrir la totalidad de nuestros cuerpos.

James coge una esponja natural que descansa sobre una repisa de cristal, le pone unas gotas de gel aframbuesado que yo he traído específicamente desde Barcelona.

-Voy a lavarte, date la vuelta.

Sonrío con picardía y cierro los ojos obedeciendo a su deseo.

La esponja se desliza suavemente por mis hombros, la espuma blanca los cubre como un manto y ese olor embriagador... pone en jaque a todos mis sentidos.

Decidido, desciende hasta mis pechos, los embadurna con delicadeza, tan suavemente que sus movimientos me producen un inconmensurable placer. Mis pechos se yerguen en respuesta, se ponen tersos y excitados mientras los acaricia con esa devoción. Se acerca lo suficiente como para sentir su cuerpo bloqueando mi espalda, el calor que me produce se expande, concentrándose en zonas inimaginables de mi anatomía. Su cercanía me permite relajarme llevando mi cabeza hacia atrás, recostándola sobre su duro pecho mientras él me abraza. Sus manos descienden ahora por mi estómago dejando un espumoso rastro de jabón, como reacción a su última maniobra, mi cuerpo se estremece prediciendo cuál será su siguiente movimiento. No me decepciona, la esponja se detiene justo en mi monte de Venus. Lo enjabona suavemente y cuando considera que ya es suficiente, cambia la esponja de mano para introducir uno de sus dedos en mi interior. Gimo, James se acerca a mi cuello sin dejar de masajearme y lo besa. Estoy a punto de deshacerme en sus brazos otra vez, sabe exactamente dónde tocar para desestabilizar todo mi mundo.

Me muerde el lóbulo de la oreja, sin querer, emito un bajo grito de placer. Vuelvo a tener ganas de él, realmente soy insaciable.

Su dedo se introduce aún más hondo en mi interior al tiempo que su palma me presiona el clítoris, moviéndola suavemente mientras su respiración se acelera.

-No te haces una idea de lo tremenda que estás... me vuelves loco.

Su contundencia me hace retorcerme sobre su mano que me alza

levemente. Gimo, disfruto, deseo... impulsada por las mágicas sensaciones que me hace sentir, me muevo lentamente para ver esos expresivos ojos azules. Su erección ha vuelto a resurgir de la nada con todo su esplendor. Sonrío. Me doy la vuelta con sensualidad y se la cojo con cuidado. La muevo primero despacio de arriba abajo, sus ojos se cierran. Es increíble como el deseo por lo prohibido se desata continuamente, me basta ser consciente de que no puede penetrarme para que mi cuerpo lo desee todavía más.

Mi mano enjabonada se aprieta fuerte sobre su duro miembro, mientras lo muevo cada vez más deprisa. Terriblemente excitado por mi dedicación, gruñe, abre sus ojos dilatados y una de sus manos agarra fuerte mi nalga, la acaricia hasta llegar al agujero de mi vagina e introducir nuevamente un dedo en mí.

Nuestros movimientos se acompañan. Nuestras bocas se enredan mientras nos damos placer mutuamente. En esos momentos ambos pensamos que es el otro quien nos posee, que no son nuestras manos, sino nuestros ávidos cuerpos los que nos dan ese placer.

-No aguanto más... -Susurro y él me mira enloquecido. Me agarra con la mano que le queda libre, apretándome más fuertemente contra él para jadear junto a mi oreja:

-Yo tampoco.

Entre gritos desesperados nos movemos. Sus manos aceleran el ritmo en mi interior, yo simplemente le imito, entonces, la presión de su duro y semicurvado pene se clava en mi barriga y percibo la calidez de su fluido que resbala por mi pierna hasta perderse entre los chorros de agua.

Ambos hemos llegado a la vez. Ha sido increíble nuestra compenetración sin estar dentro el uno del otro. Nos retiramos un poco, el agua vuelve a deslizarse por nuestros cuerpos, relajándonos después de este nuevo esfuerzo.

-¿Ves por qué no puedo ducharme contigo? si por mí fuera no me despegaría de ti ni por un segundo.

Sostengo su rostro entre mis manos, le miro, es tan guapo que me derrito. Inmensamente feliz le beso, le beso con una pasión desmedida, agradecida, contenta... Me corresponde complacido. A estas alturas ya me ha quedado claro que si de algo este hombre no va a cansarse es de mis besos. Al parecer han dejado huella en él, desde el primer momento en que, por una astuta maniobra del destino, le besé, no se lo ha podido quitar de la

cabeza. Palabras textuales.

Volvemos a separarnos. Esta vez procuramos contenernos, al menos para poder acabar de ducharnos.

Nos envolvemos en unas gruesas y suaves toallas blancas de hotel. Estoy a punto de regresar a la habitación cuando él me lo impide.

-No pensarás ir a la cama con el pelo mojado, ¿no?

Me encojo de hombros.

-¿Qué pasa?

Su rostro serio me escruta atónito.

-Pues que puedes enfermar. Eso pasa.

Rebusca entre los cajones del baño hasta encontrar mi secador. Pongo los ojos en blanco y se lo arrebató de las manos.

-Está bien pesaaaaado, ahora me lo seco.

Me mira. Me arranca el secador de las manos y lo enchufa.

-Siéntate en la pica. Voy a secártelo yo.

-¿Pero qué dices?

-Lo que oyes. Haz lo que te pido.

-Oye guapo, te advierto que con ese tonito no vas a conseguir nada de mí. Además, ahora mismo no soy tu secretaria. -Le recuerdo-

Su carcajada me deja sin palabras, sin más argumentos que ofrecerle.

-Bueno, a estas alturas ya ha quedado claro que no solo eres mi secretaria.

Frunzo el ceño porque no entiendo exactamente qué pretende decir con eso. Pero él parece no captarlo. Me coge de la cintura, me alza sin esfuerzo y me sienta sobre el mármol.

Como una niña pequeña empiezo a rechistar, pero él me silencia encendiendo el secador a la máxima potencia. Entonces el ruido envolvente de la máquina bloquea todos los demás sonidos. Lo mueve muy despacio por la longitud de mi melena, de vez en cuando le miro, retándole, pero él se limita a sonreír y no le da la menor importancia a mis reacciones.

Le dejo salirse con la suya, no es que haya podido conmigo, que no se equivoque, es solo que me gusta ese calorillo que me da el secador en el cuero cabelludo y como sus largos dedos me masajean dulcemente.

Continúa así un buen rato, hasta que lo deja a su gusto. Solo entonces, lo desenchufa y me hace un gesto con la mano para que camine delante de él.

-Ahora ya puedes ir a la cama.

Me miro fugazmente en el espejo. Parezco una leona, pero si a él no le importa, a mí tampoco.

Me meto en la cama revuelta y observo como él se pone los calzoncillos delante de mí. Como se atreva a irse a su habitación se la corto.

Coge sus vaqueros del suelo y mis peores sospechas se confirman. Las mejillas me arden y la rabia me sacude desde adentro hacia afuera.

-¿Te vas?

Sus ojos se encuentran con los míos. Se sorprende al ver que mi expresión ha cambiado y no se esconde ni un ápice de humor en mi rostro.

-Sí... -Contesta dudoso-

-¿Por qué?

Y más le vale escoger cuidadosamente los motivos, porque como diga algo como: “aquí ya he acabado”, no solo se la corto, además lo mato.

-¿Quieres más sexo?

Uy. Ya está. La ha cagado. Ese comentario es igual o peor que el que yo había imaginado. Estoy literalmente ardiendo en este momento y no precisamente por la excitación.

-Antes de irte no te olvides dejar 500 euros en la mesita. -Le reto con la mirada. Mi comentario le deja contrariado-.

-No te entiendo Anna, ¿es sarcasmo?

-No. Son 500 euros. -Vuelvo a repetir segura-.

Sus ojos me estudian detenidamente. Ya puedes hacerlo maldito cabrón, eso de hacerme el amor e irte no me convierte más que en una puta, así que si eso es lo que quieres de mí, al menos, pienso salirte cara.

-Anna...

-¿Sí, James?

-¿Te ocurre algo? ¿He hecho algo que...?

-No. Tú no has hecho nada de nada. -Le corto enfadada-.

Su boca se abre como para rebatir algo, pero no lo hace. En su lugar levanta las palmas de las manos a modo de rendición. Se enfunda rápidamente una de ellas en el pantalón y saca la cartera de su bolsillo trasero. ¿Qué coño va a hacer? le miro asustada, no será capaz...

¡Y ya ves si lo es! el muy estúpido saca un billete de 500 euros

de su cartera. Yo no sé si se trata de una broma. Tiene que serlo, no es posible que vaya a pagarme en serio y mucho menos que no entienda el motivo de mi enfado. Pero eso parece, porque sin mirarme a la cara deposita el dinero que le he pedido en la mesita y se va.

¡¡¡SE VA!!!

Mi respiración sale acelerada de mis fosas nasales, parezco un búfalo a punto de investir. Estoy cabreada, confundida, me siento humillada, utilizada y por encima de todo le odio. ¡Uffffff! no es poco todo lo que me inspira ahora mismo...

Pienso en irme de allí sin dar explicaciones, coger un vuelo directo a Barcelona, necesito a mis amigos cerca, pero es tan tarde... ¡son las cuatro de la madrugada! Respiro: una, dos, tres veces... cierro los ojos y sigo respirando pausadamente, pero esto no se queda así, ¡vamos, hasta ahí podíamos llegar! ¡Por muy jefe mío que sea no ha nacido hombre que se atreva a tratarme así!

Cojo mi cartera, la abro y meto el billete dentro. Estoy desnuda, vuelvo a recoger la toalla que se ha caído al suelo para ponérmela de mala gana, no doy importancia a mi pelo de animal electrocutado. Estoy tan sumamente enfadada que todos esos detalles, ahora mismo, me importan un bledo.

Salgo de mi habitación hecha una furia y corro por el pasillo. Entro en el ascensor, bajo hasta la primera planta. En cuanto se abren las puertas algunos trabajadores del hotel se me quedan mirando, no es para menos...

Corro hacia el bar, pero antes de llegar, una voz a mi espalda me interrumpe.

-Perdone señorita, ¿puedo ayudarla?

Miro a ese hombre joven, vestido con un impecable traje granate, Su rostro es comedido y prudente, posiblemente cree que me ha pasado algún percance.

-En realidad sí puede ayudarme.

-Usted dirá señorita.

-Necesito un preservativo. -Le suelto sin tapujos. Mi ira es la que me envalentona. El hombre tose para enmascarar una carcajada. No me importa. Yo también me reiría si estuviese en su situación-.

-Dígame su habitación y enseguida se lo subo.

-Gracias. Estoy en la 202.

-De acuerdo. Por cierto, en otra ocasión no dude en llamar a recepción. Le facilitaremos cuanto necesite.

-Claro...

Ahora me entra la vergüenza, soy tan impulsiva que no había contemplado esa factible posibilidad. En fin... ya tienen una anécdota para reírse con sus compañeros durante semanas.

Regreso a mi habitación, camino frenética en todas direcciones. Espero y espero hasta que llaman a la puerta.

-Aquí tiene señorita, lo que me ha pedido.

Me entrega dos sobres unidos por el centro. Los cojo.

-¿Cuánto es?

-Nada. Buenas noches.

Me despido y cierro la puerta. Espero a que se haya marchado y entonces vuelvo a abrirla. Con la cartera en la mano, llamo insistentemente a la puerta de la habitación de James hasta que abre.

-¡Anna! -Parece sorprendido- ¿Ocurre algo?

Entro como un huracán furioso en su habitación, su rostro se desencaja. Sin más me abalanzo sobre él, le salto encima como un babuino en celo y empiezo a besarle insistentemente. Al principio se resiste, me rechaza, pero mi insistencia y perseverancia le puede.

Regreso al suelo, mi toalla se resbala hasta caer. Me agarro a la goma de sus pantalones de pijama y los bajo enérgicamente.

-¿Qué haces? -Intenta alejarse, pero vuelvo a retenerle.-

En cuanto le tengo desnudo le empujo violentamente sobre la cama. Me mira extrañado pero no hace nada por intentar defenderse de mi ataque, prácticamente ni reacciona.

Toco su pene mientras me encuentro con su boca. Me corresponde aunque algo más prudente que yo. Poco a poco percibo como su miembro va creciendo en mi mano, se expande mientras yo continúo con el esmerado masaje. En cuanto lo tengo a punto, desciendo los besos por su mandíbula, su cuello hasta alcanzar el lóbulo de la oreja y morderlo, tal vez con demasiada fuerza. Grita pero no se mueve.

Sus manos me acarician la espalda siguiendo la curva de mi columna, entonces me retiro. Cojo el paquetito plateado, lo abro con los dientes frente a su mirada desconcertada y se lo enfundo con maestría.

No espero más, por extraño que parezca he vuelto a excitarme, entonces me pongo a horcajadas sobre él y con cuidado, lo introduzco



lentamente dentro de mí. Jadeo mientras descendo sintiendo como su dilatado miembro se desliza suavemente por las paredes de mi estrecha vagina, adaptándose a la perfección a mí, encaja tan bien que me da miedo. ¡Vaya mierda, incluso en eso también tiene que ser perfecto! pero no me permito pensar más en ello, solo quiero disfrutar de él. ¡Me lo merezco por lo que he tenido que aguantar!

Me muevo despacio. Él se arquea hundiéndose más en mí y yo chilló cuando llega más profundamente de lo que había imaginado. Sus manos me retienen las caderas apretándome. ¡Madre mía como me gusta sentirle!

-¡Joder Anna! me ciñes de una manera que me vuelves loco...

Sus palabras despiertan aún más mis ganas de poseerle. Ascendo un poco y vuelvo a caer entorno a él más bruscamente, los gemidos que escapan de su garganta me animan a seguir con ese movimiento fuerte y posesivo, clavándome a él varias veces, disfrutando al máximo de su perfecto cuerpo.

La sensación me atrapa, me contraigo y él nota esa leve presión en su pene. Gruñe en respuesta. Una, dos, tres, diez... fuertes sacudidas más hasta que los dos liberamos un orgasmo devastador, explotando en mil pedazos.

Quiero continuar sintiéndole en mi interior un rato más, incluso después de haber culminado, estoy muy a gusto, pero mis ganas de devolvérsela pueden más.

Me levanto rápidamente, enrosco la toalla en mi cuerpo y cojo la cartera que he dejado en el suelo. Saco el billete de 500 euros, se lo dejo en la mesita y como recochineo adicional, abro el apartado de las monedas y añado un mísero euro a esa cantidad.

-¿Qué estás haciendo Anna?

-Pagar tus honorarios. -Espeto aún dolida por el recuerdo- Te lo has ganado.

Con la cabeza alta me encamino hacia la puerta.

-¡Espera un momento!

Le ignoro, estoy a punto de salir cuando él corre y se apresura a cerrar la puerta que he conseguido entreabrir.

-No lo entiendo, así que más vale que me lo expliques. ¿Qué quieres?

-¿Tan idiota eres que tienes que preguntarlo?

-Pues sí. -Admite sin dudarlo- Lo soy. No entiendo a qué ha venido todo esto.

Bufo frustrada.

-¿Te parece bonito hacerme el amor y luego marcharte como si no fuera más que una puta?

Sus cejas se arquean, parece encajar mis palabras y el alivio invade su rostro justo en ese momento.

-¿Por eso has venido aquí y has hecho lo que has hecho? ¿Para hacerme sentir tal y como tú te has sentido antes?

-Bueno... -vacilo- En realidad solo quería venir a cortártela, pero luego he pensado que sería un gran desperdicio hacer eso. Así que he optado por vengarme.

Tuerce el gesto, escondiendo de mí una sonrisa que lucha por salir a toda costa.

-¿Y ahora te sientes satisfecha? ¿Ya has culminado tu venganza?

-En realidad no. Esto ha sido solo el principio.

Hago ademán de marcharme pero su mano vuelve a sujetarme desviándome de mi objetivo.

-Y dime, ¿toda esta locura tuya se debe únicamente a que no me he quedado a dormir contigo?

-Eso sumado a que has dejado un billete de 500 euros sobre mi mesita. Sin duda tu frialdad inglesa dice mucho de ti...

-¿Y por qué no me lo dijiste?

-¿Y por qué no te diste cuenta?

-Pero... -gira su rostro contrariado- Me pediste dinero. -Confirma y yo pongo los ojos en blanco-

-Desde luego, además de frío e insensible no eres capaz de captar las indirectas. ¡Menuda joya hicieron contigo en Oxford!

Sonríe.

-No estudié en Oxford.

-Eso es lo de menos ahora.

Suspira, relaja la presión de su mano en mi brazo y añade:

-Creí que querías utilizar el hecho de que yo me había acostado contigo para chantajearme, no sé, al principio pensé que lo del dinero era una de tus bromas, pero luego te vi tan seria que... hice mal, perdóname. No era mi intención ofenderte y mucho menos hacerte sentir de esa manera, porque para mí no eres una puta. Así que por favor, no vuelvas a

decirlo. Me ofende.

Niego con la cabeza. Soy una blanda, estoy a punto de perdonarle, pero ahora mismo mi cabeza está dividida en dos mitades: la locura y la cordura.

-¿Con qué clase de mujeres estás acostumbrado a tratar? ¿no tienes ni pizca de sutileza!

Se echa a reír, pero su risa tiene un matiz de tensión que capto en el acto. Parece haberle entristecido mi comentario, por lo tanto deduzco que he dado en el blanco con la primera flecha.

-Sin duda nunca había estado con una mujer como tú. Me descolocas Anna, no haces nunca nada de lo que espero, no puedo preverte y eso me resulta fascinante.

¡Ves! ¡Ya lo ha conseguido! me pica la nariz, sus palabras me conmueven. Si es que no sirvo para las venganzas largas.

-Por favor... perdóname y ven a mi cama. -Sonríe con malicia- Solo para dormir. -Matiza y yo empiezo a reír-.

-Solo para dormir. -Le confirmo con un dedo acusador y tiro la toalla que me cubre al suelo antes de saltar sobre su cama y meterme entre las sábanas-.

Su sonrisa se expande. Se mete en la cama junto a mí, permaneciendo quietecito en su lado, concediéndome mi espacio. Sin pensármelo dos veces, ahora más segura, recuesto la cabeza en su duro pecho y le abrazo. Al principio no reacciona, pero luego una de sus manos me acoge la espalda acariciándome.

-Eres tan cariñosa... -susurra minutos después, cuando a punto estoy de dormirme-

-Siempre he necesitado el contacto humano. No puedo vivir sin él. Sin embargo tú eres un frío e insensible inglés ex-estudiante de Oxford...

Escucho su risita mientras me aprieta ligeramente. Inspiro profundamente, llenando mis pulmones de su embriagador perfume.

-Pero hay una cosa que no me cuadra...

Arrugo la frente. Cada vez me encuentro más y más cansada, pero él parece la mar de despierto... en cuanto a sentimientos, jamás vamos a poder encajar por lo que veo.

-¿El qué? -susurro sin demasiadas ganas-

-¿De dónde has sacado el preservativo?

Sonríe con los ojos cerrados.

-Bajé al vestíbulo y se lo pedí a unos trabajadores del hotel.

Su respiración se paraliza.

-¿Bajaste con la toalla puesta pidiendo un preservativo?

-Sí. Exactamente es así como ocurrió.

Su risa se desata haciéndome botar sobre su torso desnudo.

-Eres realmente única Anna. Hazme un favor y no cambies nunca...

Sonríó, me ladeo débilmente y le planto un besito inocente en el pectoral.

-No lo haré. ¿Y ahora puedes dejar de hablar para que pueda dormir un poco, por favor?

Percibo nuevamente su risa. Esta vez se inclina para besar la espesa maraña de pelo negro que hay en mi cabeza. Me entra un fugaz escalofrío.

-¿Eso ha sido un beso?

-Eso creo, al menos lo pretendía. -Intuyo su encantadora sonrisa de nuevo aunque no puedo verla-.

-Pues tenga cuidado señor Orwell, corre usted el riesgo de convertirse en un ser más cálido.

Su carcajada vuelve a moverme. Pero esta vez se calla, no añade nada y deja que me duerma sobre su pétreo cuerpo que parece estar cincelado en piedra, el calor que me transmite y su característico aroma me facilitan el camino hacia un sueño profundo.



A la mañana siguiente, me encuentro algo revuelta. El vivo recuerdo de lo acontecido la noche anterior campa a sus anchas por mi mente, estremeciéndome. Abro los ojos. James sigue aquí a mi lado, duerme como un bebé. Parece tan inocente con su boquita entreabierta emitiendo un casi imperceptible ronquido... sonrío mientras me deshago despacito del nudo que sus brazos han formado a mi alrededor. Me quedo muy quieta cuando él se mueve ladeándose en dirección opuesta. Sigue dormido.

Me levanto, cojo la toalla para cubrir mi desnudez y salgo de su habitación intentando hacer el menor ruido. Aunque antes, cojo la tarjeta que descansa sobre el mueble de mármol que hay junto a la puerta.

¡Por Dios parezco la bruja de *blair*! ¡menudos pelajos!

Tras tomar mis vitaminas, me meto en la ducha, me lavo a conciencia. En cuanto termino dedico el tiempo necesario a mi cabello. La plancha me ayuda a dominarlo, dejándolo liso, suave y excepcionalmente brillante. Paso los dedos por el cuero cabelludo varias veces, para desapelmazarlo, luego, me maquillo un poco y me pongo mi conjunto preferido de *Desigual*, un vestidito con cuello de pico y falda con vuelo, repleto de colores vivos.

Me calzo unos zapatos de tacón alto, una chaqueta y me cruzo el bolso sobre el pecho.

Abro su habitación con la tarjeta. Me centro nuevamente en James. Desde que me fui no ha vuelto a moverse. Dan unas ganas locas de comérselo ahora mismo, pero no, en su lugar pienso darle un susto de muerte, es más mi estilo.

Me acerco sigilosa hacia él, como una pantera tanteando a su presa antes de investirla. En cuanto estoy cerca emito un fuerte chillido, me lanzo sobre él y empiezo un ataque frenético de besos por todas las partes de su cuerpo a las que llego. Él se incorpora extrañado dando un respingo, su desconcierto me hace reír mientras sigo empeñada en atacarle de esa forma tan peculiar. En cuanto recobra el aliento empieza a reír, me abraza fuerte haciéndome girar hasta tenerme debajo de él.

-¿Siempre tienes esta energía por las mañanas?

-¡Incuso más! -Espeto risueña-

-Vaya. Te has arreglado y todo.

-Sí. Ha sido un acto de consideración hacia ti, si me llegas a ver un poco antes, del susto que te pegas sí que te quedas tieso en el sitio.

Se ríe y me planta un besito rápido en el cuello.

-¿Qué hora es?

-La una del mediodía.

-¿La una? ¿Has desayunado?

Pongo los ojos en blanco sin dejar de reír. Él y sus horarios para todo.

Creo que nos hemos saltado el desayuno.

-¡Ufff! -Rueda hacia un lado y se sujeta la cabeza.- No recuerdo haber dormido hasta esta hora en toda mi vida.

-Anoche nos acostamos tarde. ¿Qué más da? no tenemos nada que hacer.

Se gira para mirarme.

-Aún así. No me gusta dormir hasta tan tarde.

Se levanta, me mira y se rasca la cabeza. Está desorientado. Yo observo desde la cama ese imponente cuerpo desnudo mientras camina hacia el mueble que hay junto a la puerta y coge su teléfono móvil.

Lo enciende, abre algunos mensajes, escribe rápidamente con el pulgar antes de darle a la tecla de envío y luego lo vuelve a depositar sobre el mueble.

-Iré a cambiarme, es hora de comer.

-¿Comer a la una del mediodía? -Me mira extrañado por mi reacción.- ¿También tomaremos el té a las cinco de la tarde? -Sonrío con recochineo y él me dedica media sonrisa pícaro-.

-Pues mira, no estaría mal. Echo de menos el té. -Confirma mientras se mete en el cuarto de baño-.

Escucho el agua correr en el cuarto de baño, miro hacia el techo y empiezo a jugar con los dedos sobre la cama. Me aburro.

-¿Te importa si pongo algo de música? -Chillo desde mi posición para que pueda oírme-.

-No. ¡Adelante!

Me levanto de la cama y enciendo la enorme televisión de plasma. Sintonizo la MTV. Lo primero que veo es un videoclip de *Avicii, wake my up*. Sonrío y me quito los zapatos para botar una y otra vez sobre el

mullido colchón como una loca al ritmo de la música. Se me escapa la risa, ¡estoy como una cabra! Sigo botando incansablemente al tiempo que doy vueltas antes de que termine la canción. En una de mis piruetas completas descubro a James a medio secar, con la toalla aún en la mano, no me quita ojo bajo su imperturbable rostro de consabida seriedad. Me freno en seco en la cama y sin querer la inercia del ajetreo me tambalea hacia delante, pierdo el equilibrio y aterrizo bruscamente en el suelo.

-¡Anna! -Su tono emana preocupación. Se acerca a mí con la canción de Manuel Carrasco y Malú de fondo: *Que nadie*.-

*Empezaron los problemas, se enganchó a la pena  
se aferró a la soledad, ya no mira las estrellas  
mira sus ojeras, cansadas de pelear  
Olvidándose de todo, busca de algún modo, encontrar su libertad...*

Me echo a reír. Me tapo la boca y cuando tiende la mano en mi dirección para ayudarme a levantar tiro de él con fuerza para que caiga a mi lado. En cuanto descubre mis intenciones sonrío, me sujeta con fuerza y me alza hasta depositarme nuevamente sobre su cama. Miro la mesita de noche. Todavía queda el segundo preservativo que me dio el botones. ¿Por qué no?

Su risa aumenta cuando capta mi diálogo interno y sin previo aviso, sus labios calientes, suaves y entregados se posan sobre los míos. Los muevo con delicadeza, paso mi mano por su pelo mojado, desciendo hasta la espalda y con la uña de mi pulgar rasgo su columna curvada. Su entrega es total ahora, incluso respira de forma acelerada. Aprovecho esa circunstancia para meter mi lengua en su boca, palpo su interior que sabe a dentífrico mentolado.

*Que nadie calle tu verdad, que nadie te ahogue tu razón  
que nadie te haga más llorar, volviéndote en silencio  
que nadie te obligue a morir, cortando tus alas al volar  
que vuelvan tus ganas de vivir...*

Agarrándole con fuerza le obligo a tumbarse a mi lado para poder ponerme yo encima, sin abandonar sus labios, varío el ritmo, me muevo sobre su cuerpo desnudo mientras muerdo su barbilla con auténtica devoción. Desciendo para centrarme en su cuello, emite un gemido gutural mientras lo ladea, rindiéndose a mí. Paso mi lengua por su nuez y la mordisqueo con cuidado, luego regreso a sus labios, que me reciben con



urgencia. Sobre él, puedo percibir los incesantes latidos de su corazón: me desea. Entonces un espasmo le asalta. Coge mi cintura y bruscamente vuelve a dejarme caer sobre la cama, aprisionándome entre su cuerpo y el colchón.

Se separa solo unos centímetros, sus ojos me miran con adoración mientras su mano acaricia muy despacio mi rostro. He perdido la percepción del resto de mis sentidos, que ahora mismo no responden, no capto la música ni siento el calor, solo me concentro en él, en sus caricias y en cómo me hace sentir sin apenas moverse. Su mano pasa ahora por mi cuello mientras sus ojos siguen centrados en los míos. Siente un deseo desmedido por mí, eso sí puedo notarlo, pero en esta ocasión se resiste, como si quisiera prolongar al máximo el momento. Me estudia, me palpa, me siente lentamente sin hacer nada más. Me hipnotiza.

Su mano vuelve a dirigirse hacia mi rostro, me apresa el labio inferior con el pulgar, estirándolo en su recorrido. Ahora se inclina sobre mí y cambia el dedo por sus anhelantes labios. Se mueve muy despacio, saboreándolos. Pero no se queda ahí, empeñado en trazar su particular circuito por mi cuerpo, acaricia con los labios la base de mi mandíbula, el cuello... enrosca mi vestido con las manos desde abajo y me lo retira por la cabeza. Sus labios continúan perfilando mi contorno en el mismo punto donde lo había dejado. Roza mis pechos. Yo oriento las manos hacia mi espalda para desabrocharme el sostén, cuando lo retiro ese sensual roce se centra en mis senos desnudos. La caricia es superficial, pero no por ello menos excitante. Desciende por mi estómago, el ombligo, la parte baja de mi vientre... siento el calor que emana su aliento, además de unas ganas locas porque termine ya con esta agonizante tortura y me toque de verdad.

Sus dedos retiran poco a poco mis sencillas braguitas de algodón, entonces sus labios continúan el camino sobre mi monte de Venus. Estoy a punto de desmallarme, quiero que continúe, que se desate toda esa urgencia como la noche anterior, pero por otra lado, todo este mimo y cuidado es algo distinto.

Cierro los ojos.

Sus manos han recogido uno de mis pies y lo masajea con rotaciones del pulgar sobre la planta, el masaje se eterniza, pero me encanta. Sostiene mi tobillo girándolo varias veces, luego se dedica al otro pie. Emito un suspiro de satisfacción en cuanto termina, creo que su única intención es volverme loca y como siga así lo va a conseguir...

Ahora recorre mis piernas, cada centímetro de mi piel ardiente proporcionándome una presión fuerte con las yemas de los dedos, para que pueda sentirle bien. Es increíble como mi cuerpo reacciona a su contacto, se relaja e incluso se mueve de forma involuntaria invitándolo a que continúe, a que palpe cada parte de él como si fuera un valle ignoto que hubiera que mapear palmo a palmo.

-Me gusta como brilla tu piel morena, es tan tersa y suave...

Sus palabras me hacen gemir y me estremecen produciéndome un escalofrío. En cuanto sus caricias llegan al vértice de unión entre mis muslos, aguanto la respiración, sus manos se hunden en mí y me besa de forma delicada, pero solo de pasada, pues su camino no se detiene. Dirige sus manos hacia mi pecho y lo acaricia con mucha suavidad, luego, se abren para abarcar los hombros y los retiene un rato. Progresivamente se van cerrando sus palmas sobre mi cuerpo hasta rodearme el cuello, de ahí se colocan tras mi nuca mientras sus dedos tiran ligeramente del cabello para alzarme el rostro. Abro los ojos y me encuentro con los suyos, son tan azules que me desconciertan, jamás había visto un azul tan nítido.

Vuelve a besarme, pero esta vez sin prisa. Finalmente me resigno a acompañar su marcha lenta. Él se inclina sin despegarse de mí para alcanzar el preservativo de la mesita. Lo coge, rasga el envoltorio con los dedos y se lo pone sin mirar.

Abro mis piernas esperando sentirle. Pero decide hacerme sufrir un poco más. Sus manos se ciñen a mis mejillas impidiéndome el movimiento, quiere seguir mirándome a los ojos. Mi respiración empieza a descompasarse en perspectiva de lo que está a punto de hacer, es más, se podría decir que me siento tan nerviosa como si esta fuera mi primera vez.

Zambulléndose en mis ojos negros, su dura erección entra despacio en mi interior. Intento moverme pero él vuelve a impedírmelo, sigue pendiente de cada una de mis reacciones. Entonces emito un ronco jadeo, en cuanto su miembro ha entrado completamente en mi interior, en ese momento, se afana por poseer mi boca con la suya, aprovechando que ha quedado ligeramente entreabierta. Su beso es suave pero decisivo, me lo da sin abandonar el ritmo lento de su torturadora marcha. Entonces su cuerpo le traiciona, su cabeza se mueve, cae sobre mi hombro y lo muerde tiernamente mientras me enviste algo más fuerte de como ha empezado. Acaricio su espalda y él vuelve a moverse, aunque intenta refrenar sus fuertes impulsos. Me arqueo al sentir un precipitado espasmo en mi

interior, gimo, sostengo su prieto trasero contra mí y sin poder refrenarlo me dejo ir. Su boca regresa a la mía para absorber mi desmedido jadeo. Me muerde el labio mientras me enviste dulcemente una y otra vez. He perdido la cuenta de las veces que entra y sale sin descanso de mi interior. Finalmente, sus manos se colocan bajo mi cadera, me aprietan para dejarse ir él también mientras entierra la cabeza en mi cuello y emite un sonido gutural que me reaviva al instante. Me muevo como puedo debajo de él, su gemido se intensifica y me abraza, tan fuerte que a punto está de dejarme sin aire.

No nos hace falta hablar. Los dos somos conscientes de que ha sido increíble. Permanecemos largo rato abrazados, desnudos, mientras volvemos poco a poco a la normalidad. Nos acariciamos el cuerpo, él sigue encima de mí con la cabeza enterrada en mi cuello, me aplasta con su pesado cuerpo, pero no me quejo. En toda mi vida he estado más a gusto. Entonces mis ojos se llenan inesperadamente de lágrimas. Tengo miedo de este sentimiento, miedo de todo lo que me hace sentir. Curiosamente, es el único que en la cama consigue dejarme sin palabras. Puede que yo sea imprevisible para él en el día a día, pero él lo es para mí en el terreno íntimo, no hace nada de lo que espero, además, me mira de una forma que... ¿por qué lo hace? no es necesario, ¡es solo sexo! me hubiese conformado con un polvo rapidito y salvaje, pero esto... esto es demasiado.

Cuando por fin levanta la cabeza para mirarme, yo me obligo a recomponer rápidamente mi expresión y sonrío.

-¡Te estoy ahogando!

James se separa rápidamente permitiendo a mis pulmones coger una enorme bocanada de aire. Por suerte ha interpretado mis ojos vidriosos como un evidente signo de ahogamiento, nada más. ¡Fiiiu! mi integridad sigue a salvo.

Me incorporo y recojo con parsimonia mi ropa que ha quedado esparcida por ahí.

-Anna, ¿estás bien?

Vuelvo a sonreír, ay James si tú supieras como estoy ahora...

-¡Claro, con ganas de aprovechar el domingo!

Me dedica una sonrisa de oreja a oreja y se pone en pie de un salto. Corre a vestirse y yo me permito unos segundos para pensar en todo lo que acaba de ocurrir. Me niego a admitir que esto haya sido solo sexo.

Acabo de vestirme, me recoloco el pelo y el maquillaje antes de

que James reaparezca frente a mí impecable.

-¿Sabes qué es lo que vamos a hacer hoy?

Niego con la cabeza. Por su desmedida sonrisa seguro que su propuesta me sorprende.

-Vamos a ir a un centro comercial. Me han dicho que hay uno aquí cerca que abren los festivos. Ya no tengo excusa para obsequiar a mi armario con un traje nuevo, recuerdo de Madrid.

Aplaudo emocionada su iniciativa mientras que como una tonta, empiezo a dar saltitos. ¡Me encanta su propuesta!

Después de comer un enorme y delicioso plato de pasta italiana con una jugosa salsa de setas y parmesano, decidimos sacrificar la hora del té para ir a indagar las tiendas del centro comercial. Es enorme y está abarrotado de gente. Pero no nos importa, no tenemos prisa y nos detenemos frente a los escaparates acristalados mirándolo todo.

Los lustrosos suelos de mármol blanco con dibujos en verde, junto a la clásica decoración nos trasladan a otra época. Caminamos de la mano, reímos y bromeamos mientras nos adentramos en la sección de caballero de una gran firma americana. Ya no hay lugar para las risas. Me pongo seria y empiezo a caminar con decisión por los pasillos.

Miro a James de arriba abajo y cojo todo aquello que sé que le va a quedar espectacular. La marca G-star ofrece una gran variedad de ropa, eso sí, toda carísima, pero él bien puede permitírselo después de tantos años privándose y rehuyendo de la moda.

Le empujo literalmente hacia el probador. El pobre solo sonrío y no abre la boca ni para dar su opinión. No importa, visto lo visto más vale que se deje guiar por mí.

Cada conjunto que se prueba le queda mejor que el anterior. Una de las dependientas que se ha ofrecido a hacer los cambios en las tallas que lo requieran, se queda tan impresionada como yo cuando ve a James. No solo está guapísimo, parece un modelo de calendario. Él no hace más que reír de nuestras caras de asombro.

Finalmente llegamos a la caja con unas cuantas prendas. La dependienta nos comunica el precio: 501 euros.

Ambos estallamos en carcajadas.

-Mira tú por dónde, en esto voy a invertir mis honorarios.

Salimos de la tienda cargados con las bolsas de ropa. Pero no he acabado ahí, lo conduzco hacia una tienda de trajes, donde yo y el dependiente joven nos entendemos a la perfección. Miramos a James, que parece un maniquí y empezamos a opinar en cuanto a corte, colores...

Le hacemos ponerse un traje que le sienta como un guante, de esos que se entallan en la cintura. Es de color azul marino, el dependiente

le pone una camisa blanca y le enseña una corbata estrecha azul eléctrica.

Él me mira y yo asiento con rotundidad. Sonríe y se la pone delante de mí.

Se me descuelga la mandíbula al verlo completamente vestido. Me acerco a él y teniendo cuidado de que nadie nos oiga susurro:

-Quítatelo, creo que acabo de correrme.

Estalla en carcajadas.

El dependiente le ofrece otro en color negro y uno más en un tono gris oscuro. Se los va a llevar todos. Con la percha que tiene y hasta ahora me llevaba esos trajes tan poco atractivos...

Saliendo un poco de lo habitual, escoge unas cuantas camisas de colores, lo cual me sorprende bastante, pero yo le animo. A mí los colores me chiflan. Lo mismo pasa con las corbatas de corte moderno, escoge unas de rayas, texturas y colores que no van mucho con su personalidad, no sé si lo hace por complacerme a mí, pero lo cierto es que cuando le vean en la oficina, todo el mundo se dará cuenta de que yo tengo algo que ver en su cambio de look.

Cuando por fin salimos. No le dejo descansar. Es el momento de ir a una zapatería. Elegimos un calzado formal para combinar con sus trajes y algo más casual, además de unas de esas funcionales bambas que sirven para todo. Jamás le había visto así, pero parece disfrutar con sus nuevas adquisiciones, como un niño el día de Navidad.

Entonces me mira, me sonrío y tira de mí.

-Ahora te toca a ti.

-¿Qué? ¡No! -me echo a reír- este mes no puedo gastar nada más, por muy tentada que esté.

Me mira extrañado.

-Tú no vas a gastar nada.

-No. -Me cuadro enérgica frente a él- No puedo, ni quiero, ni pienso aceptarlo.

Vuelve a reír.

-No te he pedido permiso.

Me coge con fuerza de la mano y me conduce a toda velocidad a una tienda con unos vestidos que quitan el hipo. Leo algo como: Dolce & Gabbana y mi cuerpo se torna inmediatamente rígido.

-¡Ni de coña! -Espeto alterada. Pero James no cede. Me obliga a entrar en la tienda.-

Una dependienta monísima vestida con un elegante traje de chaqueta negro se acerca a nosotros.

-¿En qué puedo ayudarles?

James habla por mí. Yo soy incapaz de hacerlo en este preciso momento.

-Buscamos un vestido para ella.

-¿Habíais pensado en algo?

-Ni muy clásico ni muy moderno, algo entremedio.

La dependienta asiente.

-Nos acaban de llegar unos vestidos que de seguro os van a encantar, todavía no los hemos puesto en nuestros maniqués.

Coge una percha y pone sobre el mostrador un vestido precioso verde esmeralda.

-Con ese tono de piel tan bonito este vestido le quedará perfecto. James me mira.

-Estoy convencido de ello. Vamos, pruébate.

Trago saliva. Me dirijo exclusivamente a la dependienta, que me anima detrás del mostrador.

-¿Qué precio tiene esto?

-Novecientos euros.

Mi cara se congela en una extraña mueca, James empieza a reír.

-James, por favor, escúchame, no hace falta que...

-Estoy esperando a que te lo pruebes.

-No quiero.

-¿Me vas a privar de ver cómo te queda antes de comprártelo?

Miro a la dependienta. Luego a James. Otra vez a la dependienta... entonces niego con la cabeza y salgo apresurada de la tienda. Como imaginaba James no tarda en seguirme.

-¿Qué te pasa? -Me pregunta confundido-.

-No quiero ese vestido. No lo necesito.

-Pero yo quiero comprarte algo...

-Créeme, con cualquier otra cosa yo sería igual de feliz. -Le corto-

-¿No te ha gustado?

-¡Claro que sí! ¿cómo no va a gustarme? es precioso.

-Pero...

-Pero tirar el dinero de ese modo me parece absurdo.

-Bueno Anna, yo con mi dinero hago lo que quiero.

-Estoy de acuerdo. Pero no quiero que gastes nada en mí.

-¿Por qué?

Suspiro.

-¿Por qué quieres hacer semejante estupidez?

Se encoge de hombros.

-Porque puedo.

Le miro perpleja. Vale, ahí me ha dado.

-No es suficiente... -Parpadeo varias veces aturdida mientras me giro de forma brusca en dirección opuesta, él corre detrás de mí hasta detenerme-.

-¿Por qué te enfadas tanto? Solo es un regalo, Anna.

-Puedes ahorrártelo, no es mi cumpleaños. Además, deja de insistir, ya te he dicho que no lo quiero, deja de intentar comprarme porque no lo vas a conseguir.

-¿Eso es lo que crees, que intento comprarte?

-Pues ya me dirás tú qué interés tienes en regalarle un vestido así a tu secretaria.

Suspira. Parece que mi último comentario ha acabado por fatigarle.

-Está bien. Como quieras. ¿Te apetece hacer algo más o regresamos al hotel?

-Regresemos.

Asiente con un movimiento de cabeza y juntos nos encaminamos hacia el parquin. Cogemos el coche de alquiler que nos han facilitado para ir de nuevo a la seguridad e intimidad de nuestro hotel.

Esa noche no quedamos para cenar. Cada uno cena en la soledad de su habitación. Ha sido un día largo, parecía ir bien, hasta que todo se ha estropeado. Ahora me ha quedado un ligero regusto amargo. Igual me he excedido, pero me gustaría que “míster millonetis” se pudiera poner también en mi lugar. Las chicas “pobres” no necesitamos que nos digan a todo lo que no podemos aspirar sin su ayuda. Soy feliz con lo que tengo. ¡Maldita sea, mira que ese vestido era bonito! en fin, la realidad es que yo nunca hubiese podido permitírmelo, así que por eso no lo quiero, ni lo necesito.

Suspiro y me tumbo sobre la cama. La televisión me ofrece algo de mundana distracción. Un programa donde la gente canta sometiéndose a



las duras críticas de un jurado exigente. Nunca entenderé la pasión de España por hacer tantos programas del mismo estilo. Deben de gustar mucho, a mí, sin embargo, me resultan pesados.

Mi tranquilidad se desvanece cuando unos nudillos llaman a mi puerta. Miro rápidamente el reloj, son las doce. Me levanto insegura y voy hacia la puerta para abrirla.

Me quedo petrificada cuando veo a James, únicamente vestido con su pantalón de pijama a cuadros, ese que le queda bajo de las caderas y le hace tan sumamente sexy.

-Perdóname. -Sus ojos parecen sinceros- Creo que he entendido por qué te has puesto así. No era mi intención ofenderte ni ahora ni nunca, aunque por lo que se ve, no puedo dejar de hacerlo... ¿me perdonas?

Se me escapa una risilla. Tampoco hacía falta que se lo tomara tan a pecho, pero me alegra ver que se arrepiente de su error.

-Estás perdonado.

Suspira y me mira divertido.

-¡Qué alivio! ¿Puedo pasar?

Me separo de la puerta, él entra enseguida. Se sienta sobre la cama y me mira.

-¿Dormimos juntos?

Su timidez delata que hay intenciones mucho más profundas que esas. Escondo una sonrisa y corro hacia la cama para ponerme a su lado.

Su cuerpo me recibe con agrado: Es cálido, duro, definido, apetecible... le beso tiernamente el torso que sabe a colonia. Sigo besando despacito su esternón, siguiendo por su vientre plano. Entorno la mirada y descubro unos ojos depredadores centrados exclusivamente en cada uno de mis movimientos. Me incorporo y me lanzo a por su boca. ¡Está buenísimo! me vuelve loca y no sé lo que va a pasar cuando regresemos a la realidad y ambos debamos desprendernos de este largo y placentero sueño.

Sus manos se colocan a lado y lado de mi cara, la aprieta mientras me besa de esa forma suya... con tanta necesidad. Es como si llevara años sin hacerlo, aunque tan solo hace una cuantas horas.

Desciendo mi mano y le acaricio a través del pantalón. Me río para mí en cuanto descubro su enorme erección. Tiene una facilidad increíble para ponerse a tono.

Me quita la camiseta, luego, se lanza ávidamente a besarme.

-Oh, qué maravilla... -Susurra junto a mis senos-

Lame mis pezones y yo jadeo. Le deseo más que nunca, esta sensación es enfermiza, pero no puedo contenerla.

Enredo las manos en su cabello revuelto, lo estiro hacia atrás arrancándole un gemido. Aprovecho la nueva forma en la que su garganta queda expuesta para besársela.

No tarda en regresar a mí con más fuerza, sus labios me buscan con desesperación y yo simplemente se los entrego para que juegue con ellos.

-Ojalá pudiéramos hacer el amor... -Susurro en su boca, al recordar que ya no disponemos de más preservativos-

Él se retira ligeramente. Me mira largo rato sin decir nada. Yo le imito extrañada.

-No quiero que te enfades conmigo, por favor, no pienses mal...

Me separo. Abro unos ojos como platos mientras espero impaciente a que continúe.

No dice nada. Mete la mano en su bolsillo y saca una caja entera de preservativos. Parpadeo aturdida por no haberme dado cuenta antes.

-¿Y esto?

-He ido a comprar...

Traga saliva. Está nervioso. Por dentro yo me estoy partiendo el culo de risa. Tengo unas ganas enormes de asustarlo, de fingir indignación, pero eso le cortaría el rollo y estoy tan caliente que paso.

Me lanzo, ahora más segura a por un beso salvaje. Mi respuesta le sorprende por lo que tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hace... ¡Oh Dios, es increíble!

Tras desvestirme con premura, me levanta de la cama sin esfuerzo. Enredo las piernas a sus caderas mientras él me conduce hasta la pared, me aprisiona contra ella y con firmes y contundentes estacadas me hace suya una y otra vez. Dentro, fuera, dentro, fuera... así bailamos la danza más primitiva del mundo, y la más perfecta.

Yo grito, me retuerzo, me abro todavía más para recibirle... su sed de mí le hace perder toda la delicadeza de esta mañana. Me posee con una desbordante pasión y yo simplemente me siento plenamente feliz. Me gusta el James loco, salvaje y terriblemente excitado.

Mientras sus manos aprisionan mis muslos sin abandonar sus deliciosas penetraciones, sus labios desesperados me buscan. Se los

entrego y ambos nos comemos la boca como si no hubiera un mañana, como si solo existiera el presente.

Esa noche damos rienda suelta a nuestra imaginación. Pierdo el número de veces que lo hacemos. Tiene una enorme capacidad para recomponerse y poseerme sin compasión. Sorprendida descubro que no puedo saciarme de él, con cada leve roce mi urgencia se convierte en un eco de la suya. Así que cuando finalmente nos quedamos dormidos, ninguno de los dos se explica cómo ni cuándo ha sido.

-Despierta dormilona... tenemos trabajo.

Emito un gruñido involuntario que me despierta en el acto.

-¿Qué hora es? -Pregunto desesperada-

-Tranquila, aún tenemos un par de horas.

Sin perder tiempo me pongo en pie.

-Ay...

Vuelvo a sentarme en la cama, con cuidado coloco mis manos en la vagina.

-¿Qué pasa? -Me pregunta James alarmado por mi expresión-

-Anoche nos pasamos un poco. Creo que cada vez que me siente hoy voy a acordarme de ti.

Se ríe. Se acerca a mí para besarme el cuello por detrás.

-Si te sirve de algo... a mí también me duele.

-Me giro para mirarle. Su pene está algo irritado todavía, y es que tanto sexo salvaje es lo que tiene. Es todo un placer practicarlo, pero nadie te advierte de lo que pasa después.

Sonrío a James mientras se ladea el miembro flácido de lado a lado. Examinádoselo.

Me acerco despacito, me inclino y le doy un fugaz besito en la punta.

-Eso no ayuda mucho para calmar el escozor, más bien lo aviva.

Se me escapa una sonora risotada.

-Es bonita. -digo mirándola desde muy cerca- ¿Cómo la llamas?

Hace una extraña mueca escondiendo la risa.

-No tengo por costumbre llamarla de ningún modo.

-¿A no? -finjo sorpresa- Pues debemos remediar eso enseguida, hay que buscarle un nombre.

Ahora sí empieza a reír de verdad.

-Está bien, -asiente divertido- ¡sorpréndeme!

Acepto el desafío. Me muerdo el labio inferior mientras la miro. La recuerdo exultante, erecta y juguetona y entonces el nombre viene

prácticamente solo.

-¿Qué te parece Manolo cara bolo?

Sus carcajadas hacen eco en la habitación mientras se cubre ambos ojos con la mano. Su cuerpo se retuerce de risa, al igual que el mío. Cuando retira la mano de su cara, se lleva un par de lágrimas, se acerca para besarme y añade:

-No te voy a decir que ese nombre me gusta. Pero he de reconocer que ha tenido su gracia. ¿Qué tal si buscamos uno para lo tuyo?

-¿Para mi chichirín? ¿Tienes algo en mente?

Empieza a reír mientras niega con la cabeza. Se lo piensa, lo mira descaradamente y arquea las cejas cuando cree que ha encontrado algo.

-Ya que te gustan tanto las comidas extranjeras... ¿Qué te parece quesadilla?

Le miro seria unos segundos. Luego escupo la risa contenida y él aprovecha mi indefensión para hacerme cosquillas sin descanso. Me retuerzo, me ladeo y cuando estoy a punto de morir por un ataque de risa, se levanta de un salto y ocupa el baño.

¡Cabrón, lo ha hecho adrede!

Hoy tenemos reunión con los directivos de *Logona*. Empresa que potencia los productos ecológicos para la cara y el cuerpo.

Nos enseñan sus amplias y luminosas instalaciones antes de iniciar la reunión en una enorme sala acristalada. Me gusta su filosofía de empresa, como utilizan las materias primas que les ofrecen los vegetales para elaborar sus productos de forma natural, sin agentes químicos de ningún tipo. Además, está en contra de las pruebas en animales, financia programas de ayuda para la conservación del medio ambiente y todos sus productos son envasados con materiales reciclados. Están muy concienciados con lo que hacen.

James, en esta ocasión toma asiento a mi lado frente a la gran mesa. Yo abro mi ordenador portátil dispuesta para tomar acta de todo cuanto se trate en la reunión.

Mi jefe procede con su explicación, enseña nuestros estudios de mercado: “la ley de la oferta y la demanda”, su idea, la colaboración con *Naertura*. Están gratamente sorprendidos con nuestra propuesta. Se ven interesados puesto que supone una inversión pequeña en caso de que no de resultado, pero muy beneficiosa si los cálculos de James no fallan.

Naturalmente ha exagerado un poco el pronóstico de éxito del producto, le interesa financiarlo y para ello necesita la ayuda y el respaldo de otras firmas.

Entonces llega la eterna pregunta. Por qué una marca con tanta experiencia y reputación, necesita la ayuda de terceros para poner en marcha este innovador proyecto ampliando la gama de sus productos.

A lo que James, sin titubear responde:

-Queremos iniciarnos en un sector en el que no tenemos demasiada experiencia. Buscamos potenciar, a partir de nuestra firma y las que se asocien, una gama de cosmética ecológica. Pensamos que es el futuro. Para ello nos gustaría contar con los mejores expertos en la materia.

El grupo, que previamente ya recibió la propuesta de James por e-mail y la estudió en profundidad, parecen tener una decisión tomada.

-Supongo que es un poco arriesgado, tal y como están las cosas, abrir una nueva línea de mercado, bajo una marca desconocida para el consumidor... no nos da demasiadas garantías, pese a que nuestros nombres figuren de manera indirecta. -Hacen una breve pausa- Es una decisión que no podemos tomar a la ligera. Me temo que no hemos tenido demasiado tiempo para estudiarla en profundidad.

James asiente. Precisamente esa era su táctica, como buen calculador sabe que demasiado tiempo para pensar, hace que la gente ponga más inconvenientes a su proyecto. Lo suyo es pillarlos en caliente, hacerles ver las enormes ventajas y conseguir que firmen un compromiso enseguida.

El grupo sigue debatiendo, preguntando, estudiando en voz alta. Mi jefe les presta su atención bajo su consabido gesto de circunstancias. Su mano izquierda se masajea el mentón mientras escucha, pero la derecha... Doy un respingo cuando se coge a mi rodilla con firmeza.

Trago saliva, me recompongo como puedo y sigo tecleando. Pero mi concentración se ha desviado por completo. Miro de reojo a James pero él me ignora. Su mano asciende un poco más, filtrándose por debajo de mi falda. Me pongo roja y rápidamente me muevo, diciéndole con el distanciamiento de mi cuerpo que pare. Pero él simplemente pasa mis reacciones por alto. Su mano sube un poco más. Miro a mi alrededor pero nadie advierte nada, siguen enfrascados en la conversación y la mesa no les deja ver aquello que se está produciendo bajo ella.

Me va a dar algo. El calor que asciende por mi cuerpo en forma de

lava líquida no me deja concentrarme en la reunión. Creo que he perdido el hilo.

Incansable su mano asciende hasta rozar la fina tela de mi ropa interior. James parece no tener límites. Bien. Pues yo tampoco. Empiezo a teclear frenéticamente la última frase que ha dicho el directivo mientras abro mis piernas disimuladamente, invitándole a entrar.

Entonces sus dedos se mueven rápidos, apartan la tela de mi tanga y me roza con suavidad el clítoris. Mi respiración se agita levemente. Toso un par de veces tapándome la boca, intentado contener mi propia excitación.

Vuelvo a centrarme en la pantalla de mi ordenador. Pero simplemente no soy capaz de leer lo que acabo de escribir, seguramente no tiene ningún sentido.

Uno de los dedos que me acaricia y se hunde en mi interior. Estoy a punto de gritar, pero debo recordar donde estoy. Madre mía, me da tanto morbo lo prohibido...

Su cuerpo se recuesta en la silla. Adopta una posición más cercana a mí, por lo que con su último movimiento, su dedo se ha hundido aún más en mí. Me sorprende ver como sigue hablando, incluso gesticula con la mano que le queda libre sin salir ni un segundo de mi interior. Me pone cachonda su endereza, así que separo un poco más las piernas. Su dedo entra y sale de mí, incapaz de resistirme, me relajo y le dejo hacer.

La conversación sigue y yo estoy a punto de explotar. En cuanto su discurso se detiene para dejar a la otra empresa manifestar su opinión sobre su última aportación, su dedo se mueve con más insistencia. Estoy tan húmeda que entra con facilidad. Se mueve, se curva en mi interior y yo me muevo con cuidado, buscando una posición más natural para que él pueda seguir poseyéndome de esa forma...

El orgasmo está a punto de llegar. Me pongo algo más rígida y continúo con el incesante tecleo, pero mis frases son incoherentes e inconexas. Mi mente está ahora mismo en otro lugar. Para mayor vergüenza, se me escapa un ligero suspiro, a lo que doy un respingo en mi asiento. Dos de los directivos que están sentados delante de mí me miran. Pero enseguida desvían la mirada para prestar toda su atención a James, que ha retomado su discurso reclamando la atención momentáneamente perdida. Sin poder refrenar lo que esta situación me inspira, me corro. Aguanto la respiración y dejo que los músculos de mi vagina se contraigan

succionando su dedo, buscando más placer. Cuando sus yemas detectan más humedad de la habitual se retira con delicadeza. Mis piernas se cierran automáticamente y siento como poco a poco, la normalidad regresa a mí. Aunque tengo un colorcillo delator en las mejillas, espero que nadie salvo él sepa identificar por qué.

Lo que sí me deja realmente patidifusa, es como en un gesto que parece casual, mi jefe se lleva ese mismo dedo que ha estado segundos antes dentro de mí, a la boca. Se lo chupa rápidamente, en un movimiento veloz. Solo yo advierto lo que acaba de hacer y mi cuerpo entero se estremece.

¡Menudo pervertido está hecho! ¡Pero hay que ver cómo me gusta!

La reunión parece no tener fin. Finalmente concluye sin haber obtenido una implicación clara por parte de *Logona*. Necesitan más tiempo para pensárselo, es comprensible al fin y al cabo.

Así que tras prometernos que antes de una semana se pondrán en contacto con nosotros para darnos una respuesta firme en cuanto a nuestra propuesta, nos despedimos educadamente y nos marchamos.

No puedo dejar de sonreír a James. Que me contempla de forma pícaro en cuanto entramos en el coche.

-Me debes un orgasmo señorita.

Su sonrisa se expande. Abro mucho los ojos.

-¿Cómo te has atrevido a hacer algo así? ¡Estábamos en mitad de una reunión importante!

-¡Oh vamos! no te hagas la inocente ahora, tampoco has puesto mucha resistencia... además, la culpa es solo tuya, -Me desafía con la mirada- es verte y entrarme ganas de cometer locuras. No sé que tienes Anna, pero me vuelves loco.

Sus palabras hacen revolotear las mariposas de mi estómago. ¡Toma ya! ¡Y todo eso se lo provocho yo!

Su rostro se gira al frente dando por concluida la conversación. La concentración que emplea en la carretera me hace gracia. No es temerario, no sobrepasa un punto el límite de velocidad pese a que hay varios carriles y tiene espacio suficiente para hacerlo. Además, el hotel le ha alquilado un impresionante *Mercedes* deportivo que corre como si fuera por raíles.

Los demás vehículos nos adelantan incansablemente para dejarnos atrás, la pasividad del conductor es más que evidente.



-Dime una cosa... -Empiezo y me giro en su dirección- Te gustan los coches deportivos, de eso no me cabe ninguna duda, pero no les sacas partido. ¿Es necesario ir a sesenta kilómetros hora por la autovía?

Se ríe, me mira un fugaz segundo antes de devolver la atención a la carretera.

-Me encanta correr. -Responde con contundencia-.

-¿Enserio? ¿Entonces por qué vas a paso de tortuga?

Me muestra su habitual hilera de dientes blancos. ¡Pero qué guapo es, madre!

-Porque no voy solo. -Y me mira-.

Su respuesta me descoloca por completo. Me giro al frente con el ceño fruncido. Seguro que he entendido mal su argumento, aunque lo cierto es que su manera de decirlo me ha producido un extraño escalofrío.

No tardo en volver en mí y plantar cara a la situación. Sonrío con malicia. Desabrocho mi cinturón de seguridad al tiempo que me ladeo en el asiento acercándome un poco.

-¿Qué haces? ¡Ponte el cinturón ahora mismo!

Disminuye todavía más la velocidad, a mí se me escapa la risa.

-Me parece que no...

-Esto no es un juego Anna. Por favor, ponte el cinturón.

Me muerdo el labio inferior y me acerco más y más a su cuerpo rígido. Le acaricio la nuca con los dedos, él se estremece bajo mi contacto.

-Anna...

-Tranquilízate James... -Le susurro junto a la oreja y antes de retirarme jugueteo un poco con mi lengua. Él se encoge, me mira con severidad mientras se aparta todo lo posible de mí-.

-Estate quieta, vas a provocar un accidente.

-Seguro que no. Tú no dejarás que eso suceda, ¿a qué no?

Su rostro confuso me mira de arriba abajo. Pasamos por un túnel, él enciende las luces un poco tarde y mira rápidamente por el espejo retrovisor. Nervioso.

-Como no te pongas el cinturón pienso parar en el arcén y abrochártelo yo mismo.

Su amenaza no me intimida lo más mínimo.

-James... te debo un orgasmo en situaciones difíciles. ¿Recuerdas?

Su mirada asustada se centra en mí.

-Ahora no.

¡Y un churro! ¡La de antes me la pagas!

Ignoro sus palabras y me lanzo a por su cuello, se lo beso, lo lamo y saboreo. Su respiración se agita. Está muy, pero muy nervioso.

Su cuerpo se retuerce cuando con mi mano palpa su erección. Le acaricio con cuidado hasta que consigo que poco a poco se vaya relajando.

-Eres temeraria...

Suelto una risita mientras me inclino sobre él y desciendo hasta colocar mi boca justo encima de su erección. Se la muerdo a través de la tela del pantalón. Gime, suspira y la velocidad del vehículo descende un poco más. ¡Él y su seguridad!

Con cuidado le desabrocho primero el botón, luego bajo la cremallera de su pantalón. Coloco mis manos en la goma de sus calzoncillos y susurro:

-Ayúdame...

Suspira. Está debatiéndose consigo mismo, pero cuando vuelvo a palpar su miembro, sus caderas se alzan, facilitándome que baje sus calzoncillos junto al pantalón hasta los muslos.

En cuanto lo tengo delante, expuesto ante mí, le rozo la punta con mi lengua. Su gemido brota desde el fondo de sus entrañas. Me lo meto despacito en la boca y succiono, primero acompasando los movimientos con la mano muy despacio, luego tan solo con mi boca. Un movimiento ascendente por su parte, hace que su miembro se hunda más en mi garganta, lo aprieto con los labios subiendo y bajando la cabeza cada vez más rápido, hasta que jadea, sisea algo entre dientes que no logro descifrar y comprendo que está a punto de alcanzar el clímax. Entonces me muevo con más insistencia para saciar su urgencia de mí en este momento.

Sus espasmos se intensifican cuando no puede contener más la eyaculación, finalmente se vacía dentro de mí. Vuelvo a saborear sus fluidos espesos. El sabor del semen no es algo que me guste especialmente, pero en él es diferente, la excitación que me produce verle hace que me cueste menos ingerirlo. Eso es curioso porque hasta ahora nunca lo había hecho con nadie. Solo con él.

Desprendo las últimas gotas con un contundente golpe de mano y regreso a mi asiento para sacar de mi bolso un paquete de clínex.

Entorna la mirada en mí dirección, tiene la cabeza recostada contra el respaldo y parece haberse quitado un gran peso de encima.

-¿Te ha gustado?

Sonríe mientras mueve ligeramente la cabeza para mirar a la carretera.

-¡Joder! ¡Ha sido genial!

-Ahora estamos en paz. -Le recuerdo después de haber limpiado hasta la última gota de mis labios-

Vuelvo a inclinarme para subir sus pantalones.

-Realmente no sé qué voy a hacer contigo... eres todo un peligro.

-A ti te gusta el peligro. -Añado convencida dedicándole mi mejor sonrisa de medio lado-

Se queda pensativo un buen rato.

-Últimamente ni yo mismo me reconozco.

Llegamos al hotel para la hora de comer. Como de costumbre se nos ha hecho un poco tarde, pero no tenemos ninguna prisa.

Después de una gratificante comida, vamos a su habitación y acabamos desde allí el trabajo. Hemos contactado con nuestros compañeros en Barcelona, todo marcha bien. Aprovecho que James se ha ido a la habitación contigua para realizar una llamada personal para hacer yo lo mismo.

Busco a Lore en mi agenda y presiono el botón de llamada. Espero impaciente escuchar su voz al otro lado.

-¡Reina!

Se me escapa una risotada.

-¡Hola! ¿Cómo estáis?

-Uffff... esto va cada vez peor. ¿Mañana regresas verdad?

-Sí. ¿Pero qué pasa?

-No hay quien aguante a Elena. Está nerviosísima con ese rollo de la conferencia de medicina. ¡¡¡Te necesitamos cariño!!!

-Me lo imagino, ahora que ve que se acerca el día debe estar que se sube por las paredes... ¿y cómo está Mónica?

-Se ha vuelto a presentar aquí su alumno preferido.

Estallo en carcajadas.

-¿Enserio?

-Venía a proponerle ir a jugar al billar, alegando que las matemáticas y la estadística tiene mucho que ver en el juego. Quería

enseñarle algunos trucos.

-¡Vaya!

-Sí, hay que reconocer que el muchachito los tiene bien puestos, pero con nuestra amiga no hay nada que hacer... le ha vuelto a dar con las puertas en las narices y está de lo más irritante últimamente.

-¡Jo! ¡Pues sí que me he perdido cosas! Y eso que solo llevo tres días fuera.

-Los suficientes para que te echemos de menos. ¿Qué tal tú por Madrid? ¿Te estarás portando bien, no?

Silencio.

-¿Hola? ¿Anna?

-¡Sí! -Me obligo a responder rápidamente- Cuando dices portarte bien... ¿a qué te refieres exactamente?

-¡No me jodas!

-¿¿¿Qué??? -Digo sin parar de reír-

-¡¿Te has acostado con él?!

No puedo refrenar la fuerza de mis carcajadas.

-Ay Lore... ¡en menuda me he metido!

-¡Ni que lo digas mi reina! La has liado pero bien. ¿En qué demonios estás pensando?

Suspiro. Lo cierto es que ahora estoy empezando a sudar y todo.

-No lo sé... ¿esto va a salirme caro, verdad?

Se le escapa un bufido. Me pongo más y más nerviosa.

-Esperemos que no, en fin, ya no hay vuelta atrás.

Me muerdo las uñas. No puedo añadir nada más, me he bloqueado.

-Anna... -Su voz al otro lado me hace reaccionar-

-¿Qué?

-No te preocupes, ¿sabes que es lo que tienes que hacer ahora?

-No...

-Pues fóllatelo, -Se echa a reír- De todas las formas posibles e inimaginables, ya que no puedes borrar lo que ocurrió ahora disfrútalo hasta el último día y que sea lo que tenga que ser.

Su comentario me hace gracia.

-¿Sabes Lore? has dicho justamente lo que quería oír.

-Lo sé. -Escucho como sonrío- Tú solo pásatelo bien. Por cierto, ¿qué tal es?

-Lore... es absolutamente maravilloso; tan cálido, detallista, entregado... no tengo palabras. Te aseguro que nadie me ha hecho sentir todo esto, es, es...

-¡Calla! ¡que me pones malo! -Se ríe- me alegro mucho que lo disfrutes, pero ten cuidado, ¿vale?

Pongo los ojos en blanco. A veces me trata como si fuera una niña.

-No te preocupes. Está todo controlado.

-Mejor.

-¿Y tú qué? ¿Alguna novedad?

-¡Qué va! como siempre. Además ahora estoy muy liado, tengo un caso importante y prácticamente no paro.

-Ya.

-Debes saber que me estoy reservando para cuando regreses, tenemos una fiesta pendiente.

Me río.

-¡Lo estoy deseando!

-En cuanto regreses. -Promete-

-Vale. -Acepto gustosa- Bueno Lore, tengo que dejarte. Voy a llamar también a mis padres.

-Muy bien. Un besito reina.

-Hasta pronto.

En cuanto cuelgo mi corazón da un vuelco. Les echo de menos, mis amigos son el motorcillo que da cuerda a mi vida, es increíble como mi carácter mejora en cuanto hablo con ellos.

No lo demoro más y aprovecho que James aún no ha vuelto para llamar a mis padres.

Mi madre es quien coge el teléfono, sus saltitos de alegría son perceptibles incluso desde aquí. Me hace mil preguntas en un segundo, me afano por contestárselas todas con la misma rapidez que ella las formula. Mi padre de fondo recrimina que no vaya a verles más a menudo, tiene razón. Pero es que entre el trabajo y demás el poco tiempo que me queda libre me apetece pasarlo con mis amigos, desconectar... pero tras su incansable insistencia les prometo ir a verles pronto y más aún, estoy animada así que deseo hacer feliz a mi madre, le digo que este año pasaré las navidades enteras con ellos. Sus locos chillidos hacen que me retire el teléfono de la cara.

-¡Ay xiquilla, qué felí me hases! -Repite mi madre una y otra vez con su tan arraigado acento andaluz.-

Mi padre le roba el teléfono.

-¿No es broma oi? Ho dic perque ja la tenim amb ta mare, si al final no vens no hi haurà qui la soporti.

Echaba de menos el escepticismo de mi padre, escucharle me encanta. Encuentro tan graciosa la manera en la que se dirige a mi madre... realmente mis padres no podían ser más distintos. Puro fuego y vitalidad andaluza frente a un cerrado, tranquilón y siempre malhumorado catalán. Es increíble que hayan permanecido juntos tantos años, no tienen nada en común. Pero se quieren, se quieren tanto que no hay cultura ni ideología en el mundo que pueda separarles. Me gustaría encontrar algo así para mí también, al fin y al cabo a ellos les ha ido muy bien. Se respetan, aunque a veces han tenido discusiones de dimensiones épicas por sus enormes diferencias, al final siempre encuentran la forma de superar cada pequeño obstáculo que se les presenta sin renunciar a tenerse el uno al otro.

-No et preocupis pare, ho he dit de debó.

En cuanto cuelgo sonrío. Me siento tan feliz...

James sale de la pequeña habitación contigua. Parece que su conversación no ha sido tan amena y discernida como la mía. Está serio, rígido y en sus ojos veo algo. No sé bien si es pena o rabia, pero su expresión me escama. Me levanto de la silla, camino hacia él, pongo mi mano en alto y le acaricio el rostro.

-¿Estás bien?

Reacciona dando un pequeño bote tras ese contacto con el que claramente no contaba, en cuanto reacciona, detiene mi mano a mitad de caricia retirándola de su mejilla. Nuestras miradas se encuentran y él sonrío fugazmente antes de besar la palma de mi mano con delicadeza. Entonces me atrae súbitamente para abrazarme con fuerza, en ese momento la que se queda completamente paralizada soy yo.

-Ahora sí. -Susurra junto a mi cuello haciéndome cosquillas.-

-¿Qué ha pasado?

-Nada.

-No me trates como una tonta James, tu actitud ha cambiado.

-No es nada, de verdad. Asuntos familiares. Nada más.

-¿Y no vas a decirme de qué tratan?

Suspira y se separa de mí.

-No. No es relevante.

Frunzo el ceño. Nada ha cambiado entre nosotros, aunque yo pensaba que sí. Sigue siendo el mismo hombre reservado y opaco de siempre. Le observo en la distancia sin mover un solo músculo, intentando adivinar por sus movimientos aquello que claramente sé que me oculta. De repente, se gira en mi dirección, extrañado tras ver que no me he movido aún.

-¡Por favor no me mires así! hay cosas de las que no me apetece hablar. Eso es todo. -Tiende una mano en mi dirección- ¿Me acompañas?

Dice cerca de la puerta. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? resignada avanzo los metros que nos separan y le acompaño sin decir nada más. Demostrándole que estoy molesta con él por su silencio y falta de confianza.

Tras la cena, todo acontece a cámara rápida.

Nos sentimos raros. No es para menos. Hacemos el equipaje y con él todos los mágicos momentos vividos entre los dos, los guardamos en uno de los compartimentos de nuestra abultada maleta. No sabemos cómo serán las cosas a partir de ahora, qué pasará al regresar a la oficina, volver a las rutinas... me gustaría seguir teniendo contacto con él, creo que ya me he encariñado un poco, no lo puedo remediar, soy una tonta. Eso es lo que me quería decir Lore cuando me advertía que tuviese cuidado. Me conoce mejor que nadie y sabe lo fácil que me resulta arriesgar sin tener garantías.

Esa noche, él acude a mi habitación. Parece abatido, pero mi intuición dice que no es momento para preguntas. No puedo presionarle si no quiere contarme aquello que le inquieta.

Es la primera vez que dormimos juntos en la misma cama sin hacer nada. Simplemente nos abrazamos. No tenemos el cuerpo para nada más, y mientras nos obsequiamos con tiernas caricias encontramos la tranquilidad y la paz que ambos necesitamos. No nos importa que pasará mañana, ya estamos acostumbrados a que »el ahora« sea lo que cuente en nuestra relación y en este momento, lo único que tenemos realmente claro es que queremos pasar este presente juntos.

Por la mañana aprovechamos para ir a una recomendada empresa de envases de plástico en Madrid: *Geca*. James quiere comparar los precios a la que tenemos en Barcelona, la también conocida empresa *Arcas*.

Nos enseñan los distintos departamentos y luego nos acompañan a una sala para enseñarnos sus propuestas de envases para las cremas que pretendemos comercializar. James busca un envasado sencillo, pero quiere se sea atractivo a la vista. Los modelos que nos exponen son muy variados, en cuanto a forma, grosor y tamaños. Tocamos los distintos recipientes, palpamos sus texturas granuladas, lisas o con pequeños dibujos en relieve.

De forma inesperada se vuelve hacia a mí para mirarme.

-¿Qué te parece?

Asiento con la cabeza.

-Bien, -Me encojo de hombros- Aunque yo no creo que sea tan importante la forma como el color.

James asiente convencido.

-Cierto.-Dirige su atención al grupo- Me gustaría un recipiente básico, pero de colores vistosos como turquesa, lila, amarillo... dependiendo del aroma que otorguemos a la crema así debería ser el color del envase.

-No habría ningún problema. -Se afanan en responder- Tenemos una gama de colores muy amplia.

Nos muestra un conjunto de tarjetas unidas por un extremo a modo de catálogo. Los colores son fantásticos, hay de todos los que me pueda imaginar. James sonríe al ver mis pupilas dilatadas por la emoción. Pasa pausadamente las láminas y de tanto en tanto se detiene, dejándome señalar aquellos que más han llamado mi atención.

En cuanto tenemos más o menos una idea clara, les pedimos un presupuesto. Han acordado enviárnoslo por e-mail en breve, barajando todas nuestras opciones.

Aún nos queda comparar esos presupuestos con los de Barcelona, tenemos que elegir bien la mejor oferta, pues el dinero no es precisamente algo que nos sobre.

Llegamos de vuelta al hotel hacia la una del mediodía, comemos y recogemos nuestras maletas para dirigirnos al aeropuerto. Ya es hora de



regresar a casa.

Respiro hondo en cuanto vuelvo a entrar en ese avión tan lujoso, tal vez sea la última vez que vaya a subir en primera clase. La azafata me lleva hasta mi asiento, la sigo por el amplio pasillo hasta llegar a mi lugar, James va detrás.

-¿Tienes ganas de llegar a casa? -Me pregunta solo para distraerme, sabe lo nerviosa que me pongo justo antes del despegue-.

-Pese al haber estado trabajando, no me lo he pasado nada mal. - Le sonrío- se me ha hecho corto y todo.

Se ha dibujado una sonrisa perpetua en su rostro blanco. Con cuidado, extiende el brazo izquierdo y me envuelve ambos hombros atrayéndome a él.

Suspiro, me recuesto en su torso mientras sostengo la mano que cuelga delante de mí hombro y la masajeo un buen rato. Entorno mi mirada hacia arriba y veo que ahora es él quien ha cerrado los ojos, relajándose por fin. Me acurruco un poco más en su costado, sintiendo como su calor me reconforta. Casi puedo olvidarme que estoy dentro de un maldito avión.

No tardo en escuchar el pitido que precede un mensaje en su teléfono móvil y abro los ojos como platos.

-¿Qué haces con el teléfono encendido dentro del avión? -Le reprendo-

Sonríe.

-Aún no se han cerrado las puertas, tranquilízate. -Sigue riendo mientras se lo saca del bolsillo y empieza a trastearlo con una mano-.

Tras su argumento, decido copiarle. Tal vez eso me relaje. Me ladeo para sacar mi móvil del bolsillo y lo enciendo.

Tengo un mensaje en la bandeja de entrada. Lo abro.

»Hola Anna, soy Sofía, ex-trabajadora de *Naetura*, bueno, supongo que ya sabes lo que significa ese “ex” he decidido perseguir mi sueño. Si puedes hacer algo por mí...«

Río mientras niego con la cabeza. Madre mía que loca está, ¡me encanta!

»GUAPAAA anda que ya te vale, de cabeza a la piscina ¿eh? Jeje. Bueno, mándame tu currículum por e-mail, vamos a probar suerte. Aunque no conozco a nadie en Madrid.«

Su respuesta es inmediata.

»¡Hola! No te preocupes, lo cierto es que un cambio de aires no

me vendría mal.«

Otro mensaje. Lo abro. ¡Qué rápida es! Acabo de recibir su currículum por correo.

»Ahora mismo reenvío tu currículum a una amiga de Barcelona, no puedo prometerte nada.«

»Muchas gracias, te debo una. ¿Tienes por ahí otra falda que arreglar?«

Empiezo a reír. ¡Qué cabrona!

-¿Qué pasa? –Me pregunta James volviendo a guardar su teléfono en el bolsillo-.

-¿Te acuerdas de Sofía?

-Mmmm... no. ¿Quién es?

-Es la chica de *Naetura*. La que me arregló la falda.

-¡Ah sí!

-Me ha escrito un mensaje. Ha dejado el trabajo.

-¿Por qué?

-Porque estaba poco valorada, además, ahí no hacía lo que le gustaba.

-¿Y ha dejado el trabajo sin más? ¿Sin tener nada más?

-No sé qué ha pasado exactamente, pero eso parece.

-¡Qué insensata!

Me ladeo para mirare.

-No lo es. Solo ha decidido apostar por lo que realmente quiere.

-No Anna, ha renunciado a una nomina segura a cambio de nada.

No me parece la opción más acertada.

-¿Sabes James? Aunque no te lo creas, lo más importante en esta vida no es el dinero.

-Lo más importante no, pero puede que sí sea lo segundo más importante.

Vuelvo a mirarle. Permanece tranquilo, naturalmente los motivos de Sofía le dan exactamente igual.

-Pues muy triste debe de ser tu vida para que tu segunda prioridad sea el dinero.

-¿Para ti no lo es?

Se me escapa una carcajada.

-Ni por asomo.

-Está bien listilla, ilústreme. ¿Cuáles son tus prioridades?

Lo pienso durante un rato. No demasiado, lo justo para poner un orden.

-¿Alguna vez has llegado a casa después de un día agotador y has sentido un alivio inmenso al encontrar en ella a gente que te hace olvidar todas tus preocupaciones? ¿Has sentido ese dolor punzante en el costado y la rigidez en los músculos de la cara porque llevas demasiadas horas riendo sin parar? ¿Has respirado el fresco aire de la mañana y has percibido como tus pulmones se oxigenan de optimismo para empezar un nuevo día? Saber que la gente más importante para ti te quiere y siempre estará ahí, para abrazarte en el momento oportuno. ¿Has sentido esa angustia en el estómago al final del día, cuando te das cuenta de que no te bastan las horas para seguir haciendo aquello que te gusta? ¿Y qué me dices de ese subidón de adrenalina ante un acontecimiento inesperado? La vida siempre te ofrece muchas posibilidades y sorpresas, no hay mayor felicidad que saber disfrutar las cosas sencillas, porque esas, a diferencia del dinero, no te van a faltar nunca. ¡Además son gratis! Si todo eso no son prioridades, ya me dirás tú.

Su largo silencio me hace moverme buscando el consuelo de su mirada perdida. Está serio, tal vez reflexionando todo lo que acabo de decirle.

-¿Todo bien por ahí arriba?

Mi pregunta le devuelve a la realidad de inmediato. Sonríe, se inclina para besarme mientras me obliga a volver a recostarme sobre su cuerpo inmóvil, tal y como estaba antes.

-¡Menuda hippie estás echa! –Responde al fin y yo estallo en sonoras carcajadas- Y ahora sí que es el momento de desconectar nuestros teléfonos, vamos a despegar. -Me recuerda-

Alzo mi teléfono y reenvío el currículum de Sofía a mi amiga publicista Claudia. El mensaje lo encabezo con un: “Favor personal”. Claudia no tarda en contestarme, dice que estudiará el currículum y a ver qué puede hacer, se lo agradezco de forma rápida antes de apagar mi teléfono. Pobre chica, enseguida me di cuenta de que necesitaba que alguien le echara una mano, se veía muy amargada para lo joven que era.

No me da tiempo en ponerme en situación que James me sonrío con ternura, me coge de la mano y la aprieta mientras la máquina infernal empieza a correr por el asfalto. Las tripas se me revuelven, parece que quieren ascender hacia la boca y salir al exterior. Respiro profundamente,

cierro los ojos con fuerza mientras el avión toma altura. En cuanto escucho el pitido del pilotito que indica que podemos desabrochar los cinturones, mi respiración se torna más estable. Pese a que algo me he relajado, permanezco con los ojos cerrados y la mano izquierda sosteniendo fuertemente la de James. Me desabrocho el cinturón con el brazo que me queda libre.

-Deja ya de mirarme. -Susurro sin necesidad de abrir los ojos todavía-

Se echa a reír.

-No estoy mirando sino admirando, ¿Y cómo sabes que lo estoy haciendo?

-Puedo sentir tu afilada mirada, como agujas clavándose en mí. Su cuerpo se agita por la risa.

-Lo siento pero no puedo dejar de hacerlo. Eres preciosa.

Abro los ojos, le miro y empiezo a reír. ¡Qué ñoñas se está volviendo!

Me acurruco nuevamente en su hombro sumida en un inquebrantable silencio, estoy muy a gusto con mi almohada de James y no pienso desaprovechar la oportunidad de tenerla tanto como dure este viaje.

Aterrizamos en el Prat de Barcelona.

Debe ser el cambio de aires, la contaminación o algún tipo de planta autóctona que desprende unas feromonas dañinas para el organismo pero James parece ahora otra persona. Su rostro se ha ensombrecido y la frialdad que estos días le ha abandonado, ha regresado a él con toda su fuerza. No me atrevo a decirle nada, tengo la sensación de que cualquier comentario mío sería ahora mal contestado y no quiero borrar el recuerdo maravilloso que he tenido de él durante estos días.

-Un taxi te llevará a casa. Mañana no tienes que venir a la oficina, te mereces el día libre para descansar, yo voy a hacer los mismo. Así que nos veremos el jueves.

-Vale.

Cojo mi maleta, giro sobre mis talones y me encamino hacia la puerta acristalada que lleva al puente de madera elevado.

No me doy cuenta de que va detrás de mí hasta que una de sus manos guía mi cintura con delicadeza.

-Gracias por regalarme estos días.

Freno en seco. Le miro con el ceño fruncido. Sus cambios de humor es algo que no llegaré a entender nunca. Es increíble que una sola persona me tenga tan confundida, todavía no sé quién es él en realidad, si el enorme bloque de hielo que hay plantado frente a mí o el chico atento y entrañable que descubrí en Madrid.

-No te he regalado nada. –Espeto confundida-  
Sonríe con nostalgia.

-Créeme, para mí estos días han sido como un regalo. Nunca me había sentido tan vital y... –suspira- me transmites tu felicidad y las ganas de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, como dices tú. Contigo el día a día es diferente.

¿Se está despidiendo de mí? ¿Pero qué le pasa?

-Será mejor que me vaya ya. –Le digo en tono tajante, con todo mi orgullo- Lo cierto es que estoy cansada.

-Claro. -Se afana en responder- Nos vemos el jueves.

-Hasta el jueves.

Acelero el paso hasta separarme completamente de él. Ahora sin su compañía me siento extrañamente vacía. Entro en uno de los ascensores que hay al final del camino, nos separamos. Al llegar abajo estoy sola, no hay rastro de James, pero como me había dicho, hay un taxi esperándome, lleva mi nombre escrito en un cartel así que solo puede ser para mí. Me acerco a él y dejo que me lleve a casa.

El recibimiento en mi pequeño apartamento es colosal. Mis amigos me abrazan, me levantan y me besan por todas partes, su desmesurada dosis de cariño vuelve a llenar mis depósitos vacíos temporalmente por la reciente frialdad de James.

Entre risas y empujones me llevan al comedor. Donde abro mi maleta y doy los regalos que tengo para ellos. Confieso que los he comprado en el aeropuerto a última hora, pero me encanta ver sus caras de felicidad cuando los desenvuelven y chillan como locas. A todas les he cogido algo de ropa, de colores cantones, como no.

-Queremos todos los detalles.

Suelta Elena con los ojos desmesuradamente abiertos.

Me tiro literalmente en el sofá. Plenamente consciente de que no tengo escapatoria, mis amigos están ávidos de cotilleos y ahora mismo yo tengo uno muy jugoso que ofrecerles. Les explico todo lo acontecido durante los últimos días, cada palabra, gesto, mirada... se lo cuento

absolutamente todo y ellos me escuchan, como si les estuviera revelando el final de un esperada trilogía.

Antes de irme a la cama, Elena se acerca a mí y pillándome a solas dice:

-¿Seguro que estás bien? A mí no me engañas Anna.

Me obligo a sonreírle. No quiero que nadie se preocupe por mí y menos ella, sé que está nerviosa.

Acercándome a ella, acaricio su fino rostro y me lanzo a por un abrazo, Elena lo acepta de buena gana.

-Estoy bien. Pero ahora creo que debo irme a dormir o mañana no podré dar mucho de mí en ese congreso de medicina.

Me mira sonriente.

-¿Entonces me acompañarás?

-Te dije que lo haría, ¿no?

-¡Oh Anna! –Me abraza con fuerza- Muchas gracias, de verdad, muchas gracias...

-Vamos... no me des la gracias todavía, aún puedo echarme atrás.

Sonríe mientras se separa.

-Te dejo dormir. Hasta mañana Anna.

-Buenas noches.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. Vuelvo a sentirme triste. Trago saliva, suspiro y miro mi pequeña cama vacía. Es como si me hubiese desprendido de algo, de algo importante. Me siento perdida.

Decido dejar de darle vueltas y enterrar en un profundo sueño esos pensamientos.



Ataviadas con nuestras mejores galas, Elena y yo nos cuadramos frente a un imponente Hilton. Desde aquí el sol nos impide ver toda su altura, pero a la vista está que es un edificio impresionante, compuesto de un bloque rectangular ladeado encima de otro de iguales proporciones en vertical. Elena me entrega el pase de acompañante que ha conseguido para mí. Me lo coloco enseguida, parece tan profesional... ¡qué emocionante!

Me anudo fuertemente el abrigo al cuerpo, porque aunque es un día soleado, hace un frío que pela, es lo que tiene el final del otoño.

-Bueno. ¿Preparada?

Me mira, está tan asustada que no sabe disimularlo.

-Espera Anna, es pronto.

-¡Se me están congelando los pies! –Protesto-.

-Tengo un nudo en el pecho que no me deja ni respirar.

Pongo los ojos en blanco.

-¡Tonterías! Vamos. –Emprendo la marcha y ella me sigue dos pasos por detrás.-

-¡Anna espera!

-¿Todo esto es por ese tal Carlos? ¿Te da vergüenza verlo o qué?

-Es que... no sé... ¿Estoy bien? Creo que este vestido es demasiado...

-Estás estupenda cielo. No te falta de nada. Estoy convencida de que cuando te vea ya no podrás apartar los ojos de ti. Si no lo hace es gay, entonces deberemos replantearnos presentárselo a Lore.

Se echa a reír y yo la sigo, juntas reanudamos el camino hacia las puertas del hotel.

-Anna... no puedo entrar.

-A ver, he venido a presenciar este tostón de reunión por ti. Ya que estamos aquí, vamos a pasar, y sería conveniente hacerlo antes de que se nos gangrene un pie y tengan que amputárnoslo, aunque no te lo creas, tengo cierto aprecio a mis pies y a todos sus deditos. Así que vamos.

Tiro de ella con fuerza, conduciéndola hasta el lujoso vestíbulo. Todo brilla, hasta las paredes, que están revestidas con un finísimo mármol blanco con toques negros.

Llegamos a una impresionante sala de reuniones, tan grande que



acojona.

El hombre que hay en la puerta mira los pases que cuelgan de nuestro cuello y nos deja entrar. Un segundo hombre nos ayuda a quitarnos los abrigos. Llevo un vestido azul eléctrico con escote palabra de honor precioso. Elena se ha puesto uno color ciruela que yo le he dejado, se anuda justo debajo del pecho y cae con vuelo hacia abajo, le queda perfecto.

-¡Válgame el cielo! ¡Qué maravilla! ¡Mira Elena, tienen una barra de bar! ¡Vamos! Necesitamos una copa.

-¿Qué dices? Yo no puedo beber ahora.

-Lo necesitas, quieras o no.

La obligo a acompañarme. Cojo una rebosante copa de champan francés que hay en unas bandejas plateadas y le entrego una a mi amiga. La necesita más que yo, a la vista está.

Se la bebe prácticamente del tirón. Me echo a reír. No, si al final se va a emborrachar.

Hay gente bien vestida por todas partes, todos médicos, la mitad más viejos que matusalén. Doy un sorbito al champan mientras intento poner una pose más sofisticada: Me yergo, cruzo los brazos sobre el pecho mientras dejo mi copa al descubierto apuntando hacia arriba. Muy bien Anna, puedes pasar por uno de estos estirados, nadie advertirá la diferencia jamás, si es que ya lo decía mi madre: voy para actriz. Alzo mi cabeza al tiempo que frunzo los labios y miro a todo lo que se mueve por encima del hombro.

-¿Qué estás haciendo? –Cuchichea Elena cerca de mí oído-

-Déjame, estoy metiéndome en el papel. ¿No lo ves?

-¡Estás haciendo el ridículo!

-¡Qué va! Escucha esto: *Eubacterium aerofaciens*.

Pongo voz de sabelotodo mientras alzo las cejas dejando descender sutilmente los párpados. La expresión de Elena me hace gracia, pero me contengo.

-Buenas tardes Elena.

-Ah, hola Franco. –Elena estrecha la mano del chico, lo cual me sorprende. ¿Que ha sido de los dos besos de toda la vida?- Te presento a Anna, mi amiga. Anna, este es Franco, compañero del hospital.

Franco me sonrío. Yo aún no he abandonado mi rostro serio de circunstancias. Él estira su mano hacia mí, yo inclino la cabeza y la estrecho con decisión.

- *Eubacterium aerofaciens*.

El chico me mira confuso. Elena se cubre el rostro con la mano avergonzada mientras niega con la cabeza. Al final el tal Franco empieza a reír como un poseso.

-Disculpara, no tiene remedio. Ahora está haciéndose pasar por médico. –Me excusa Elena-.

-Encantado de conocerla *doctora* Anna. Solo por curiosidad, ¿Sabe el significado del término que ha empleado?

-Mmmm... –Lo pienso unos segundos- significa básicamente que estás muy, pero que muy jodido.

Su carcajada me hace dar un respingo. Elena vuelve a negar con la cabeza. Estoy avergonzándola, debo dejar ya toda esta estupidez por ella.

-Bueno, será mejor que vayamos a sentarnos, prometo comportarme como es debido a partir de ahora. –Le digo a mi amiga para que cambie su expresión, pero ni con esas-.

Los tres nos dirigimos hacia las sillas acolchadas que hay justo delante de un tarima de madera con un amplio proyector detrás.

Estudio con detenimiento a Franco. Es un chico argentino, no demasiado alto, pero se ve fuerte. Tiene rasgos muy latinos, como ese pelo tan negro, su piel morena y esos ojos impenetrablemente oscuros. Por cierto no está nada mal, es muy, pero que muy mono.

Me coloco a su lado. Sigue hablando con Elena pero no tengo idea de qué. En cuanto se quedan callados aprovecho.

-Por cierto, aún no me has dicho que significa *Eubacterium aerofaciens*. –Le recuerdo y él vuelve a reír- Ahora tengo curiosidad.

-Es una especie aislada de varias infecciones como la pleuresía, heridas post-operatorias infectadas, peritonitis y forúnculos. Pero lo que más me ha extrañado es que conozcas el término, no se suele utilizar.

-Ah. Lo habré leído por ahí, ¡a saber!

Me siento en una silla con Elena a mi lado. Creo que Franco va a dar la vuelta para sentarse al lado de ella, pero no lo hace. Se coloca junto a mí y sigue hablando. Cada vez que inicia la conversación tengo la sensación de que en cualquier momento va a soltar algo como: “*¡che boludo...!*”.

-¿Sabes de qué va el congreso?

-No tengo ni idea.

-Todo lo que nos van a explicar hoy tiene que ver con el genoma

humano. Supongo que ya habrás oído hablar de él tiempo atrás.

-Sí claro.

-¿Y qué es?

Sonrío. ¡Jo qué angustia de tío, parece que esté examinándome!

- *Eubacterium aerofaciens*. –Respondo automáticamente y él vuelve a reír-

-Fue un proyecto de investigación científica con el objetivo fundamental de determinar la secuencia de pares de bases químicas que componen el ADN e identificar y cartografiar los aproximadamente 20.000 a 25.000 genes del genoma humano desde un punto de vista físico y funcional.

-Sí. Ya decía yo que este congreso era muy importante...

Se ríe a mandíbula batiente, sin querer acabo contagiándome yo también.

-No has entendido nada, ¿no?

-Verás, en realidad yo solo he venido por la comida. ¿Cuándo se come?

Se vuelve a reír, tiene una sonrisa preciosa, me recuerda a Chayanne, ¡qué gracia!

-Creo que todavía falta. ¿Quieres que intente explicártelo?

-¡Adelante! Pero te lo advierto, soy mala alumna.

-No hay malos alumnos, sino malos profesores, así que si no te enteras de nada quien va a tener que replanteárselo soy yo.

Sonrío.

-Venga va, explícamelo.

Se incorpora un poco más en su silla. Se ve a leguas que está emocionadísimo con este tema.

-Verás, nuestra cadena de ADN contiene toda la información de nosotros, desde los rasgos físicos, a todas las enfermedades que padeceremos en un futuro. Se podría decir que desde nuestro nacimiento están ya programadas y eso tiene que ver con la carga genética que heredamos de nuestros padres. Pues ahora imagina que los científicos han encontrado un método para aislar ciertos genes y modificar nuestro ADN para que no padezcamos una de esas dolencias que está ya programada.

-¿Eso se puede hacer?

-De eso va el congreso. Creen haber encontrado una medicación preventiva para neutralizar la distrofia muscular en pacientes que tienen la

predisposición genética a padecer este problema. Pero de momento es todo experimental, solo es una teoría que aún tienen que seguir investigando. Así que también nos mostrarán algunas firmas de fármacos que trabajan con ellos, para recaudar fondos y seguir con su investigación.

-Vaya... ¿Es que vosotros podéis escoger la marca de los fármacos que administráis a vuestros pacientes?

-Sí. Es el hospital el que se pone de acuerdo y establece qué marca utilizará. Normalmente quien más nos hace la pelota es el ganador.

Se echa a reír. Yo me quedo boquiabierto mirándole.

-Es todo una mafia.

-A ver, no es tanto como eso. Pero ten en cuenta que la empresa farmacéutica no deja de ser un sector muy competitivo. Además, a los pacientes tanto les da una marca que otra, siempre que el resultado sea el mismo.

-Siempre y cuando vuestra decisión no les afecte más a su bolsillo...

Se encoge de hombros.

-Los preciosos para el usuario generalmente están estipulados. Esto es más a un nivel interno.

-Entiendo.

Empieza la exposición. Un grupo de personas se colocan en la tarima. Hablan sin parar, nos muestran vídeos y diapositivas. Es un coñazo increíble. No entiendo como todo el mundo puede estar tan atento sin bostezar.

Dos horas y media después, me encuentro con un hambre que me muero y con la cabeza como un bombo tras intentar entender la dichosa exposición. Lo único que me ha resultado curioso y he entendido ha sido parte de la introducción inicial, cuando han dicho que los seres humanos somos idénticos en un 99% y solo nos diferencia un 1%, en ese uno por ciento va la parte genética que nos dice cómo debemos ser desde que nacemos hasta que morimos. Qué curiosos somos los seres humanos, parecemos tan diferentes... sin embargo a nivel científico somos prácticamente iguales.

Nos levantamos y caminamos hacia el impresionante bufet que los camareros de uniforme con pajarita acaban de servir. Es un catering impresionante, hay desde marisco pelado y perfectamente ornamentado hasta taquitos de carne escrupulosamente cortados y pinchados en palitos a

modo de pinchos. Embutidos, fritos de todas clases, combinaciones agrídulces con frutas exóticas, vegetales con formas imposibles... realmente se han rascado el bolsillo los organizadores para ofrecernos semejante manjar.

-El jamón está de muerte. –Le digo a Elena, pero está a años luz de aquí ahora mismo-.

Me giro en la dirección en la que ella mira. ¡Madre mía pedazo de tío!: alto, tremendamente atractivo, moreno, ojazos verdes, nariz perfecta, boca sensual y esa barbita de dos días que lo hacen tan condenadamente guapo. Parece un ángel.

-No me jodas que ese es Carlos.

Elena da un respingo tras escuchar su nombre, detecto el miedo en su mirada de chocolate.

-Sí, es él.

-¡Por Dios Elena, tú o el Everest o nada! No me extraña que te guste, está buenísimo.

Se pone roja como un tomate.

-Ya lo sé. Es ridículo que él pueda fijarse en mí, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

-No es eso. ¡Claro que puede fijarse en ti! ¿no has estado atenta a la exposición? Solo un 1% le hace diferente al resto. Si te paras a pensar, no es tanto...

Sonrío, pero eso no acabo de creérmelo ni yo. Ese como mínimo se diferencia un 80% al resto de los mortales, es perfecto. Ni una, pero ni una sola pega.

Franco se acerca a nosotras, percibe nuestro revuelo e intrigado, viene a cotillear.

-¿Qué *hacés* señoritas?

-Nada. –Se apresura a responder Elena, pero yo le dedico una mirada severa-.

-A ver Franco, ¿tú puedes presentarnos a ese hombre de ahí?

Señalo en la dirección del ángel.

-¡Anna! –chilla Elena dándome un codazo-.

-Hemos venido a esto, ¿no? –cuchicheo cerca de su oído- Pues eso.

-¿A quién? –Pregunta Franco- ¿Carlos?

-Sí.

-Pero si Elena lo conoce...

-Bueno, pero Elena no se atreve y yo no tengo el placer de conocerle.

-Te gusta Carlos. –Confirma con cierta aspereza- Natural, todas están igual.

Elena se ha girado para coger una copa de vino. Aprovecho y me acerco mucho más a Franco para susurrarle en voz baja.

-Es a Elena a quien le gusta. Pero no se atreve a decirle nada, me preguntaba si tú podrías encontrar la forma de juntarnos para ver si entre ellos pueden saltar chispas. ¡O qué se yo! Si esperamos a que ella se lance, lo tenemos francamente mal.

Su sonrisa es enorme. Me enseña otra vez esos dientes blancos como la leche y yo siento como si me derritiera. Este chico tiene un punto interesante.

-Entonces no es a vos quien le gusta.

-A ver Franco, hay que reconocer que guapo es un rato, pero ten por seguro que jamás va a gustarme un chico que lo es todo para una amiga.

-Eso dice mucho de vos.

-Quizás sea un defecto pero mis amigos están por encima de cualquier hombre.

Se echa a reír.

-En ese caso iré a buscarlo, espera un toque.

Se gira. Lo observo desde la distancia. Elena no le quita ojo, parece asustada tras percibir lo que está a punto de pasar. Franco se ha acercado a Carlos. Se dan la mano y empiezan a hablar. Yo obligo a Elena a ponerse de espaldas y simular que estamos manteniendo una animada conversación, yo soy la única que con disimulo, les sigue con la mirada estudiando cada movimiento. Ambos se ríen, miran en nuestra dirección, Elena habla de cosas incoherentes, pobrecilla no sabe ni lo que dice. Entonces interrumpo su discurso y mirándola atentamente a los ojos le digo:

-Vienen hacia aquí.

-¡No jodas Anna! ¡Por Dios qué hago!

Sonríó tras la palabrota que ha soltado, no es su estilo.

-Ríete, habla y se natural. Lo demás vendrá solo.

-¡ES QUE NO SÉ QUÉ DECIR!

-Shhhhh –Le hago un gesto de advertencia con la mirada. Ella

enmudece en el acto-.

-Buenas noches señoritas. ¿Cómo van? –Empieza Franco, muy sonriente-.

-Divinamente. –Me apresuro a responder- Yo soy Anna. –Me presento enérgicamente, Carlos va a tenderme la mano y me apresuro a darle unos besos en las mejillas, así abro el camino para que Elena se anime a hacer lo mismo-.

Carlos sonrío, se queda impresionado, seguramente por mi falta de modales. No me importa.

-Y bueno, supongo que ya conoces a Elena. –Me retiro y le dejo vía libre-.

Me quedo a cuadros cuando ella le sonrío como una hiena y en lugar de darle dos besos extiende una mano trémula. Él se queda cortado, se había acercado lo suficiente como para besar sus mejillas pero la muy tonta pone la mano en medio así que los dos se quedan a mitad de camino, en una extraña postura forzada. Cojo aire y empujo descaradamente a mi amiga, que cae encima de él y ambos se afanan para darse dos besos y separarse rápidamente. Madre mía... menudo plan llevamos...

Franco es el único que se ha dado cuenta de mi poca sutileza y se ha girado disimuladamente para reírse a gusto sin ser visto.

-¿Qué tal Elena, cómo lo llevas?

-Bien... –Elena suelta una risita estúpida. Me imagino que una de esas bigas de los dibujos animados ha caído del cielo a mi cabeza aplastándome. ¿Pero qué demonios le pasa? ¡Parece sumida en un profundo coma!-.

-¡Oye! -Empiezo aprovechando el incómodo silencio que se ha creado- ¿No hay zona de baile ni nada de eso en esta fiesta?

Todos se ríen, yo no entiendo el por qué.

-No es una fiesta, es una convención de medicina.

-¿Y? ¿Es que los médicos no bailáis? –Se vuelven a reír- Pues es una lástima, yo os lo recomiendo, es muy beneficioso para la salud.

-Por desgracia somos así de aburridos. –Comenta Carlos. Se acerca a la barra, coge un canapé y una copa antes de volverse de nuevo hacia nosotros-.

-Pues yo opino que deberíamos hacer algo para animar este tostón.

-¿Qué propones? –Pregunta Carlos interesado-

Arrugo el entrecejo, lo cierto es que no me gusta un pelo como se

está centrando en mí en lugar de Elena. ¡Pero es que ella no habla!

-Oh, yo no tengo ninguna habilidad especial. Pero Elena hace unas cosas increíbles con cinco mandarinas.

-¡Anna qué dices! –Se pone roja- ¡No digas tonterías!

-No. Quiero ver qué haces con cinco mandarinas.

Yo sonrío, arqueo las cejas mientras le animo a hacer aquello que tantas veces ha hecho en nuestra casa.

Franco sonrío, se acerca a la enorme pila de frutas que únicamente sirven de decoración de la mesa y de ella extrae cinco mandarinas, con cuidado de no desmontar la impresionante pirámide.

-Toma.

Elena suspira, apura su copa y le arrebató las cinco mandarinas de la mano. Coge dos y el resto las pone sobre la mesa.

-¡Vamos! Demuéstrales lo que eres capaz de hacer. –Le animo-.

Todos la miramos. Empieza a mover las dos mandarinas de forma circular sobre su cabeza, da varias vueltas. Luego coge una tercera mientras las otras siguen en movimiento. El juego de malabares continúa ahora con tres mandarinas, volando rápido sobre su cabeza. Estira el brazo, coge una cuarta y la une al grupo. Carlos se queda boquiabierto, mira a Franco alucinado. Luego Elena coge la quinta, la incorpora, pero con tan mala suerte que en el ascenso chocan dos y todas caen al suelo.

Oh no... se ha puesto nerviosa, porque ella puede hacerlo, no es su primera vez.

Su decepción es palpable. Se ha quedado callada, tímida y ellos no saben qué decir.

-¡Uy! Necesito ir al baño.

Cojo a Elena del brazo y a paso ligero la llevo hacia los lujosos servicios.

-¿Se puede saber qué coño te pasa? ¡Tienes que reaccionar! ¿me oyes? O cualquier tiparraca de la sala vendrá y te quitará a Carlos de encima en un segundo.

-¿Y qué quieres que haga? –Se agarra bruscamente a la pica, parece a punto de desplomarse como una baraja de naipes-.

Suspiro. Me obligo a calmarme y le cojo de las manos.

-No es tarde. Aún podemos arreglarlo, pero quiero que esta vez te implique, quiero que hables con él de lo que sea. Solo prométeme una cosa: no digas nada relacionado con el trabajo, es aburridísimo.



-¿Entonces de qué le hablo?

-¡No lo sé! Háblale de ti. Vives en una casa con tres personas más, tienes miles de anécdotas que contarle, así preservas un poco más tu intimidad si te da vergüenza darte a conocer, háblale de nosotros.

Se lo piensa unos segundos, valorando mi propuesta. Finalmente accede con un asentimiento de cabeza, pero antes entra en el baño. La espero fuera, en cuanto sale, las dos regresamos al mismo lugar de antes, aunque hay unas ligeras modificaciones. Tal y como sospechaba, Carlos no pasa desapercibido, por lo que una escultural pelirroja ya se ha puesto justo en medio. Nos mira con escepticismo mientras se acerca aún más a Carlos. Pufff... solo le falta mearse encima de él para dejarnos completamente claro que le pertenece. Pero está muy equivocada si se piensa que nos vamos a dar por vencidas.

Nos colocamos en frente, intentando seguir la conversación que se ha iniciado.

Todos son términos médicos, palabras raras, pacientes extraños... ¡qué aburridos que son! Menos mal que Elena sonrío y asiente a los comentarios, al menos ella sabe lo que significa todo eso, yo ya me rindo de intentar entenderles.

Franco me mira. Sus ojos negros me recorren divertidos, se acerca para ofrecerme una copa y yo la acepto gustosa.

-No he podido mantener alejadas a las lapas.

Me encojo de hombros.

-No te preocupes, supongo que eso debe ser natural para él.

-Es el poder que tienen los ojos verdes.

-¡Tonterías! No es el color lo que cuenta, si no la forma de mirar.

Arquea las cejas.

-Eso es verdad. Por ejemplo vos, no *tenés* los ojos verdes pero vuestra forma de mirar es completamente adictiva, tan despierta, vivaracha...

Se me escapa una sonora carcajada.

-¿Estás tratando de ligar conmigo Franco? –Bebo un sorbito de mi copa mientras le miro por encima del fino cristal-

-Es justo de lo que estábamos hablando el gallego y yo cuando se han ido al baño.

-¿Hablabais de mí? –Pregunto alarmada-

-De las dos. -Aclara- Creo que te interesará saber que Carlos vio

con buenos ojos a Elena.

-¿Enserio? –Mi felicidad ahora mismo es desbordante. Le cojo de la mano para acercarle más a mí. Mi movimiento le ha pillado desprevenido y se ha puesto algo nervioso, pero enseguida logra recomponerse-.

-¡Cuéntame más boludo! –Le animo ávida por conocer todos los detalles-.

Él empieza a reír, pero antes de que pueda abrir la boca para seguir con un interesante discurso escucho unas risitas que provienen de la pelirroja que hay junto a Carlos. Me giro y veo que Elena está depositando su copa vacía sobre la larga mesa blanca que hay a pocos metros de nosotros. Pero el aliento se atranca en mi garganta cuando veo que mi amiga, se ha pillado el vestido con las bragas después de salir del baño. Lleva medio culo fuera y absolutamente nadie ha tenido la decencia de decirle nada. Eso es algo que una mujer nunca quiere que le pase y menos delante del chico que le gusta.

Las risas de esa arpía me están poniendo histérica. Me acerco rápidamente a Elena, Carlos se ha quedado petrificado, sin poder apartar los ojos de ella. Sonríe al grupo y me levanto rápidamente mi vestido y les enseño yo también el culo, con tanga incluido. Elena me mira sin entender, las carcajadas de los demás se incrementan y yo simplemente las sigo mientras me afano a bajar su falda y la mía al mismo tiempo.

-Desde luego Elena, si no llega a ser por nosotras que animamos estas veladas tan aburridas... –Digo en voz alta para que todos me oigan- ¡Ala! Ahora que ya os hemos dado motivos para tener un plácido y poco relajante sueño esta noche, nos vamos.

Carlos niega divertido con la cabeza. Franco sencillamente se descojona con mi comentario mientras Elena y yo salimos del Hilton a toda prisa.

-¡Oh Dios mío qué vergüenza!

Ella llora, sin más las lágrimas se desbordan por sus ojos invadiendo las mejillas. La vergüenza la abrasa literalmente, su tez se vuelve de todos los colores mientras intenta ocultarse tras las palmas de las manos.

-Cálmate...

-¡No me pidas que me calme! ¡No después de lo que me ha pasado!

-Ha sido una anécdota graciosa de la que mañana puedes reír en el trabajo.

-¡No Anna! –Sus chillidos son desesperados, le cuesta incluso respirar mientras llora incansablemente- Voy a ser el hazmerreír del trabajo, Eva no dudará en recordármelo solo para burlarse de mí.

-Eva es la pelirroja.

-¡Sí!

Muevo la cabeza. Esa estúpida no dudará en hacer leña del árbol caído.

-Eso es verdad. Esa pajarraca intentará dejarte mal, incluso esperará el momento para hacerlo delante de Carlos ¿y sabes por qué? Porque ella sabe que él te gusta.

-¡Esto es horrible! ¿Qué voy a hacer ahora?

-Tú eres más lista. Sabes cuál será el próximo movimiento de esa arpía y vas a estar preparada. Vas a sacar fuerzas de donde no tienes porque te voy a confesar un secreto. –Ella entorna la mirada para toparse conmigo, desea que la alivie, que le diga algo positivo que le devuelva la confianza en sí misma, estoy dispuesta a hacerlo.- Franco me ha dicho que cuando nos fuimos al baño él habló de ti. No le eres indiferente nena. Por desgracia no he podido enterarme de más, he tenido que dejar a Franco a medio discurso para ir a bajarte la falda.

Hace un esfuerzo por sonreír.

-Eso lo dices solo para animarme. –Espeta entre pucheros-

-Quiero animarte, cierto. Pero nunca te mentiría en algo así, algo que es tan importante para ti y lo sabes.

Se relaja y yo respiro aliviada.

-¿Cuál es tu plan ahora? ¿cómo hago mañana en el trabajo?

Sonríó al ver que su humor ha cambiado ligeramente.

-Solo puedes hacer una cosa, aunque no te será fácil.

-¿Qué?

-Ríete con ellos. –Hace una mueca de disgusto- Debes reconocer que ha sido gracioso, y cuando esa tía diga algún comentario desdeñoso de los que estoy segura que hará, tú te ríes y le dices: “¿Tanto te ha impresionado mi culo que no puedes quitártelo de la cabeza? ¡y eso que estamos acostumbrados a ver culos!”

Por fin empieza a reír.

-Todavía no me creo lo que acabas de hacer ahí dentro... ¡Y estás

tan tranquila! ¿Es que no te da vergüenza?

Mis carcajadas resuenan en la calle.

-Ay cariño... yo perdí la vergüenza en el último bar.

Y entre risas y pequeños cuchicheos acerca de los vestidos, el maquillaje o los peinados de algunas de las mujeres que hemos visto en el salón, regresamos a nuestro hogar. El mejor refugio. Por hoy ya hemos tenido más que suficiente.



Estiro los brazos intentando alcanzar el techo. Suspiro feliz. Tengo ganas de ir al trabajo solo para ver de qué humor estará hoy James.

Salto de la cama y me encamino hacia el baño bailando salsa. Pasito para adelante, contoneo de caderas, pasito para atrás. Abro la ducha y me desnudo lentamente, haciendo caer mi pijama de ositos pirata al suelo. Saco un pie del pantalón, luego el otro, entro en la ducha y dejo que el agua caiga directamente sobre mi cara.

Hoy es un día especial, revuelvo mi armario hasta encontrar el pantalón perfecto: unos vaqueros negros y una camiseta con un escote de vértigo de color lila. La combino con un sujetador que sé que realza mi pecho.

Para el pelo lo tengo decidido: hoy me lo voy a dejar completamente liso con la raya a un lado, he descubierto que así es mucho más fácil metérmelo detrás de las orejas cuando empieza a molestarme.

En cuanto estoy perfectamente maquillada, perfumada y enjoyada. Voy a la cocina, tomo mis cápsulas de vitaminas y hago mi café.

Estoy caminando hacia la boca del metro cuando el teléfono, que llevo en el bolsillo de mi abrigo vibra. Un mensaje de *whatsapp*. ¿Tan temprano?

»"¡Buenos días! solo te escribo para preguntar por el estado de salud de tu culo, o como yo lo llamo *la cola*. Me preocupó que se hubiera resfriado teniendo en cuenta que la última vez la expuso a la intemperie."«

Se me escapa una carcajada. ¡*Boludo* cabrón! me afo en contestar.

»"Pues no tienes por qué preocuparte, mi *cola* está divinamente. Le va bien que de tanto en tanto le dé el aire.« Pongo carita con gafas de sol y le doy a la tecla de enviar.

»"Mmmm... dudo que su diagnóstico sea certero, ¿no preferiría la opinión de un profesional?"«

¡Pero bueno!

»"¿Eres un especialista de *colas*? a todo esto... ¿cómo has conseguido mi número?"«

»"Fui persuasivo con Elena, no la culpe, al final se descuidó el

teléfono en la mesa, no pude refrenar la tentación, además estaba muy preocupado por su *cola*"«

Envío carita que parece *el grito de Munch*.

Él me envía carita con aureola y añade:

»"Me gustaría llevar a su *cola* a cenar esta noche para que recupere fuerzas y algo de peso también, no le vendrían mal unos gramillos"«

¡¿Cómo?! Me detengo antes de entrar en el túnel del metro porque si no voy a quedarme sin cobertura. Quiero escribirle algo antes. Me muerdo el labio inferior, apuro mi café y tiro el vaso a la papelera. No puedo dejar de sonreír desde que me he levantado, ¡me encanta esta sensación!

»"Mi *cola* agradece su consideración, pero no piensa que le falta nada, es más, unos gramos adicionales desestabilizarían su perfecta proporción, así que muy a su pesar, rechaza su invitación."« Pongo sevillana haciendo olé y envío.

Entro a paso ligero en el túnel de metro, cojo mi tren y guardo el móvil. Sonrío para mí recordando los mensajes. Este hombre está incluso peor que yo y mira que eso ya es difícil.

Camino hacia la oficina y miro el móvil. Acaba de llegarme otro mensaje al haber recobrado la cobertura.

»"En ese caso, se lo propondré a la segunda opción. ¿Tiene algo que hacer esta noche Anna?"«

Reprimo una sonora carcajada. ¡No se rinde!

»"Jajajajaja... Me solidarizo con mi *cola* y prefiero pasar la tarde juntas, planchándola contra el sofá mientras veo una peli. ¡¡¡Pero gracias!!!"«

-Buenos días Pol, no hace falta que me lo digas. A la vista está que esta noche he tenido un polvo increíble.

Se ríe con ganas girándose para verme pasar veloz delante de él antes de meterme en el ascensor.

-¡Ni que lo digas amorcito! pero tal y como te veo hoy no solo has tenido un polvo increíble, tal vez unos cuantos...

Le guiño un ojo cómplice mientras las puertas se cierran y asciendo al cielo.

-Bueno, cuéntame Vane. ¿Qué tal todo por aquí?

Se gira sobresaltada por mi comentario.

-¡Anna! -Me abraza con tanta fuerza que a punto estoy por quedarme sin aire- Te he echado tanto de menos... ¿Cómo te lo has pasado en Madrid?

-Bien... -sonrío de medio lado. No le quiero revelar todo el pastel ahora, con lo impresionable que es seguro que le da algo.- ¿Pero y tú? ¿Te has manejado bien sin mí?

Suspira.

-Esto es un caos... no han parado de llamar desde Londres. ¡Qué pesados!

-Me lo imagino... no le dan ni un segundo de tregua a James.

-¿James?

-Quiero decir, al señor Orwell. -Sonrío y corro a mi silla antes de que empiece a olerse algo, aunque me parece que es demasiado tarde.-

-Todavía no ha venido.

-¿Quién?

-El señor Orwell.

-Ah.

Frunce el ceño.

-¿Estás bien?

-Sí. ¿Por?

-Te noto algo acalorada.

-¿Acalorada yo? ¡No me hagas reír Vane!

Vuelve a su sitio, aunque no parece muy conforme. Empezamos a trabajar, ordeno ese jaleo de papeles que han invadido mi escritorio durante los días que he permanecido fuera. Necesito hacer unas copias antes de archivarlas. Cojo todo cuanto necesito y voy a la sala de máquinas.

Sin darme cuenta empiezo a cantar la nueva canción de Antonio Orozco que no hace más que sonar en la radio: *Llegará.*

*El sol vuelve a salir sin preguntar  
Verás como al final empezarás,  
Siempre te refugias cuando piensas que no hay más  
Donde se reencuentra lo que fue y lo que será  
De aquel lugar de paz debes saber,*

Coloco las hojas en la bandeja de la fotocopidora y le doy a la



tecla verde que inicia la impresión.

*Los abrazos que hablan,  
Momentos que marcan,  
La vida, la calma y yo estaré  
Muy cerca de tus pasos,  
Para que no te caigas,  
Muy cerca y muy callado,  
Y así me vas contando...*

Emito un pequeño chillido al percibir unas manos masculinas adhiriéndose a mi cintura desde atrás, pero mi susto no dura mucho, solo el tiempo que tardo en reconocerle.

Su cuerpo duro y alto se acopla a mi espalda mientras me envuelve con sus fuertes brazos. Quiero girarme, pero tan amarrada me tiene que apenas puedo ladearme un ápice.

Su cabeza se inclina para enterrarse en mi cuello. Lo besa, acariciándolo suavemente con los labios mientras mi piel se torna de gallina.

-Bésame. -Su palabra me hace sonreír, él vuelve a acariciarme el cuello con los labios y yo me inclino dándole la bienvenida a mi cuerpo.- Te he echado tanto de menos...

En cuanto siento que la presión alrededor de mi cuerpo desciende me vuelvo para hacerle frente. Está guapísimo con su traje negro entallado y esa corbata azul brillante que compró en Madrid. Parece otro, mucho más joven e irremediabilmente sexy.

Sin pensármelo dos veces me abalanzo sobre él. Se tambalea hacia atrás mientras me sostiene, permitiendo que mi boca se encuentre con la suya y la devore. La magia vuelve a desatarse entre nosotros. Empiezo poco a poco, palpando primero la suavidad de sus perfectos labios, los perfilo con mi lengua, saboreándolos mientras le miro a sus ardientes ojos azules. En cuanto me lanzo indiscriminadamente a por él, su necesidad de mí se desata. Me alza y me sienta sobre la fotocopidora para poder besarme sin necesidad de agacharse. Abro mis piernas, James se encaja entre ellas, aferrándose a mis muslos mientras me besa con auténtica devoción.

Emite un ronco jadeo, lo atrapo con la boca y hurgo en su interior

con mi lengua. Estoy a punto de perder el sentido cuando me retiro con cuidado.

-Alguien podría vernos... -Le digo apretando una sonrisa-

Coloca su frente caliente sobre la mía. Suspira.

-¿Qué me has hecho Anna?

-¿Yo?

-Sí. Tú. ¿Qué me has hecho para que no pueda apartarte ni un momento de mi pensamiento, para que necesite besarte a cada instante?

-Bueno, ya sabes lo que dicen...

-No. ¿El qué?

-Cuando la española besa... besa de verdad.

Sonríe tiernamente y se inclina para darme un discreto beso en la boca.

-No me cabe ninguna duda respecto a eso.

Se separa de mí. Me ayuda a volver a tocar con los pies en el suelo y me mira.

Me pone nerviosa cuando hace eso. Mi teléfono móvil vibra bajo el bolsillo de mi pantalón. Pero ahora es como si James fuese mi única prioridad, mientras esté con él todo lo demás sobra.

Se aproxima a la puerta, la entreabre y comprueba que no haya nadie en el pasillo.

-Podemos salir. -Anuncia sonriente- no nos han pillado.

Le devuelvo la sonrisa y salgo detrás de él. Ralentiza su marcha para acompañar mis pasos.

No nos atrevemos a hablar. Pero las miradas que nos lanzamos sí hablan por nosotros, en ellas se trasluce nuestro deseo agazapado, nuestras ganas de entregarnos el uno al otro, porque ha pasado poco tiempo, pero parece toda una eternidad.

James mueve su mano indicándome que vaya delante de él. Le hago caso y antes de entrar en la gran sala donde se encuentran todos nuestros compañeros, me da una pequeña palmadita en el trasero. Me giro sobresaltada, con los ojos abiertos como platos, su sonrisa se expande y yo no puedo más que corresponder su osadía.

Me siento en mi silla, apilo los papeles mientras observo como James entra en su despacho y cierra la puerta.

Suspiro. Me abanico con el fajo de papeles. Vanessa sonríe por lo bajo, disimula, pero lo hace tan mal que enseguida me percato que la muy

bicha se huele que siento más hacia este hombre de lo que debería.

Pasado el sofoco inicial, me centro en mi trabajo.

Reviso el informe económico de la empresa. Ha habido un descenso respecto al mes pasado. Está a punto de convertirse en una situación insostenible a menos que las nuevas cremas den el resultado que todos esperamos.

Abro mi correo y ahí hay un mensaje de *Logona*. Me apresuro a abrirlo.

No quepo en mí de ilusión al ver que al final la empresa ha decidido invertir en nuestro proyecto, solo un 10% pero es más de lo que esperaba, ya que me temía que no quisieran colaborar. Imprimo el contrato que ellos nos envían para estudiarlo, pero estoy tan contenta que corro hacia el despacho de James para mostrárselo.

Me sonrío desde su sillón de orejas en cuanto irrumpo en la habitación. Está hablando por teléfono, pero me hace pasar igualmente, indicándome con un movimiento de mano que cierre la puerta. Hago lo que me pide y espero impaciente, con el papel en la mano, a que termine de hablar.

-Sí. Exacto.

Hace una pausa y prosigue.

-Queremos esos, en recipiente pequeño.

Se levanta de su silla, aún con el teléfono inalámbrico en la mano se acerca a mí.

Me pongo tensa cuando uno de sus dedos se posa sobre mis labios y desciende lentamente por la barbilla, el cuello, mi escote... hasta detenerse en el canalillo que une mis pechos.

-Me parece estupendo, pero quiero que me envíen muestras. Sí. Con una de cada será suficiente. Gracias. Adiós.

Cuelga, arroja el teléfono a la mesa y con la mano que me queda libre acerca mi rostro al suyo para besarlo. Me encanta esta espontaneidad que está adoptando, le correspondo con la misma pasión que él emplea hasta que la cordura vuelve a llamar a mi puerta.

-James... he venido a enseñarte esto.

Me separo un poco. Él suspira y se cuadra frente a mí, otorgándome mi espacio.

-¿Qué es?

-*Logona* nos envía un acuerdo, quieren unirse a nuestro proyecto.

-¿Enserio?

Sonrío tras ver su alegría.

-Aquí está el contrato.

-Muy bien. Lo estudiaré detenidamente.

Asiento. Ya no tengo que hacer nada más aquí, me separo, pero él agarra mi mano para volver a acercarme.

-Me gustaría quedar contigo después del trabajo. ¿Cuándo te vendría bien?

Su pregunta me sorprende. ¡Por mí hoy mismo! cualquier momento, día, hora... me vendría bien.

-Normalmente no tengo nada que hacer por las tardes, -me encojo de hombros- así que...

Vuelve a sonreír.

-Pues me gustaría solucionar eso.

Su beso impacta en mí estremeciéndome de nuevo. ¡Tengo unas ganas locas de hacerlo mío! ¡Madre mía, estoy en celo!

-Eres una mala influencia para mí, ¿te das cuenta, no?

Se me escapa una risita aniñada. Él tampoco es que sea demasiado bueno para mí...

Su teléfono vuelve a sonar en el momento justo. Pone los ojos en blanco.

-Pero ahora seguimos trabajando... -Dice con pesar mientras se dirige de nuevo hacia su mesa- No te vayas muy lejos, luego quiero hablar contigo.

Me dedica una de esas irresistibles sonrisas de medio lado y mi espíritu adolescente da saltitos de alegría en mí pecho bajo la sutileza de su dulce amenaza.

Decidida, salgo de su despacho y cierro la puerta. Vuelvo a mis quehaceres. Vane me ha informado que le ha pasado una llamada de Londres, esos jefazos tan estirados son duros de roer.

Cuando se acerca la hora del desayuno, Vanessa y yo acudimos a nuestro bar de siempre. Mónica ojea el diario sin percatarse de nuestra llegada.

-Buenos días ratón de biblioteca...

Sonríe, retira su diario para centrarse en nosotras.

-Buenos días, ¿qué tal todo? ¿Igual que siempre?

El camarero se acerca con nuestra bandeja y la deposita

cuidadosamente sobre nuestra mesa. Le damos las gracias y las tres atacamos a la vez nuestra tostada junto al café.

-Es un día de locos... parece que no pero tras pasar unos días fuera es como si me costara el doble volver a empezar.

-¡Ni que lo digas! –Confirma Mónica con la boca llena-

-Pero bueno, el trabajo es trabajo. Ahora creo que tú tienes algo que contarnos...

Vanessa se incorpora en su silla para prestar toda su atención a Mónica.

-No sé por qué dices eso...

Emito un bufido.

-¿Qué pasa entre tú y el muchachito?

-¡Anna pon favor! ¡Ni me lo nombres!

Se cubre la frente con la mano abierta. Me muero de la risa.

-¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? Desde mi punto de vista el chico está muy bien.

-Ese chico tiene diecisiete años.

-¡Ya estamos otra vez!

-Cuando yo iba al instituto estaba enamorada de mi profesor de economía. –Confiesa Vane y yo la miro sorprendida-

-¿Y qué pasó?

-Nada. –Se encoje de hombros- Nunca lo supo, no deja de ser más que un amor platónico, algo inalcanzable.

-Pues al parecer mi alumno no piensa lo mismo, se ha empeñado en atosigarme a base de propuestas absurdas.

-¡No son absurdas! –Discrepo- deberías darle una oportunidad.

Las dos me miran como si estuviera confesando un atroz pecado. Decido resignarme. Suspirar y escuchar sus divagaciones sobre lo que moralmente es correcto. Paso de gastar saliva intentando convencerlas de lo contrario.

Me aílo de la conversación y saco mi teléfono del bolsillo. Tengo un mensaje de Franco, la sonrisa me sale sola.

»"No acepto un *no* por respuesta. Cenar tendrá que cenar de todos modos, así que ¿por qué no lo hace conmigo?"« Luego me envía una serie de dibujitos que ha encontrado en el *Whatsapp*, todos relacionados con comida.

¡Pero qué pesado llega a ser este tío!

»"Me temo que hoy estoy a régimen riguroso, no puedo caer en las tentaciones..."«

Su respuesta no tarda en parpadear en la pantalla de mi teléfono.

»"Una ensalada pues, ¿a qué hora voy a recogerla y dónde?"«

»"Jajajaja ¡ensalada para los conejos!"«

Me río de mi comentario, esa expresión es muy de mi padre... Franco contesta automáticamente. No salgo de mi asombro. ¡Qué rápido es!

»"Soy paciente. Puedo estar insistiendo todo el día..."«

»"¿No trabajas?"«

»"Sí, pero entre paciente y paciente vos *llenás* mis huecos"«

»"Oh...es lo más bonito que me han dicho en la vida"«

»"Y vos sos lo más bonito que yo he visto en la mía. ¿Quedamos?"«

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a guardar mi teléfono móvil.

-¿Quién era? -Pregunta Mónica advirtiendo mi sonrisa-

-Nadie especial...

-Uy... que andarás tramando...

-Nada Vane. Pero mira la hora que es, como no nos apresuremos en regresar a la oficina...

Su rostro cambia en el acto esfumándose su sonrisa.

Una vez en el despacho, volvemos al trabajo. Cojo el móvil, tengo tres mensajes más de Franco, pero decido no leerlos todavía, no quiero entretenerme contestándolos.

Sigo tecleando en mi ordenador de un modo frenético, intentando ir lo más deprisa que puedo para acabar antes mis tareas. Estoy tan concentrada, que apenas me percató que una mujer lleva un rato plantada frente a mí, esperando a que alce el rostro.

La miro sorprendida. Es una mujer joven, rubia de ojos claros. Tras ver que he centrado mi interés en ella, se recoloca su media melena con los dedos, luego, se acerca a mí con paso vacilante. De cerca me percató de que es muy alta. Tiene el típico cuerpo espigado, como un espárrago y esos rasgos tan propios de los extranjeros que visitan cada año nuestro país: pelo tan rubio que es prácticamente blanco. Tez blanca inmaculada, ahora algo roja por el acecho del sol del mediterráneo.

-Buenas tardes. -Me saluda ofreciéndome una fría sonrisa. Su

acento inglés me hace ponerme en pie de un salto. ¿Es una de nuestras jefas de Londres?-

-Buenas tardes señorita...

-Alexa -Se apresura a responder- Alexa Williams.

-Encantada de conocerla señorita Williams ¿qué desea?

-He venido a ver al señor Orwell.

-¿Tenía cita con él?

Sonríe.

-No.

-Está bien, veré si puede recibirle. ¿Quién le digo que desea verle?

-Dígale que ha venido Alexa, su prometida.

Mi sonrisa amigable se congela, mi mente se queda en blanco e incluso siento que he dejado de respirar. ¿He escuchado bien? ¿Ha dicho PROMETIDA?

-Señorita...

-Suárez. Anna Suárez. -Me afano en contestar para no ponerme más en evidencia-

-Señorita Suárez, veré, ¿puede darse algo de prisa, por favor? he tenido un largo vuelo y la verdad, no dispongo de todo el día.

Parpadeo varias veces, intentando despertar de mi ensoñación transitoria. Sin decir nada más, me encamino hacia el despacho de mi jefe. Llamo a la puerta, él contesta y yo entro. En cuanto lo hago le miro con ojos desconcertados, no acabo de creerme lo que ha dicho esa mujer. Su rostro se alza, se ilumina al verme y abandona todos sus quehaceres mientras me indica con un gesto de su mano que cierre la puerta. Lo pienso durante unos segundos, al final cedo.

Se levanta de su silla para acercarse a mí, no ha perdido la sonrisa en todo el camino, de hecho parece no advertir mi rostro descompuesto.

-Me has leído el pensamiento, necesitaba verte.

Lo tengo justo delante y me pongo nerviosa.

Sus manos se aferran a mis brazos, los masajea de arriba abajo para acabar tirando de ellos haciéndome topar con su duro y pétreo cuerpo duro como una piedra. Intenta besarme, pero me retiro sutilmente. Deshago el nudo de sus brazos a mi alrededor y recobro la compostura.

-¿Qué pasa? -Pregunta extrañado-

Pero yo no puedo hablar. Solo mirarle hasta desengañarme de él por completo. ¿Cómo he podido estar tan ciega, cómo no me he dado

cuenta antes?

-Tienes una visita. -Le respondo al fin. Intento controlar las lágrimas que amenazan con evidenciarme delante de él-.

-¿Tenía programada una cita hoy? -Pregunta extrañado-.

-No. Se ha presentado por sorpresa.

Frunce el ceño, sé que es porque mi seriedad le descuadra.

-Entonces dile que concierte una cita. No pienso recibir a nadie por sorpresa.

-No puedo hacer eso.

Da un paso en mi dirección. Yo retrocedo hasta percibir el pomo de la puerta clavándose en mi espalda. Respiro hondo, trago saliva y me obligo a contener los nervios. La decepción que siento por dentro es aplastante, me está dejando KO por momentos.

-¿No puedes hacer qué?

Avanza un paso más en mi dirección yo me apresuro a poner una mano en su trayectoria, impidiéndole tocarme.

-¿Le digo a su prometida que entre ya?

Tengo el enorme privilegio de ver como sus pupilas se dilatan por la sorpresa. Incluso su rostro empalidece.

-¿Mi prometida? -Pregunta confuso-

-Sí. La señorita Alexa Williams está aquí. Quiere verle.

Traga saliva nervioso, se pasa la mano por el pelo lacio dejándolo algo descolocado.

-Anna... déjame que te lo explique...

Bien. Acabo de confirmar que lo que dice esa mujer es cierto. Él está prometido y yo no soy más que una tonta por no haberme dado cuenta.

-No quiero que me explique nada señor Orwell, es su vida...

Me doy media vuelta y desaparezco de su vista. Salgo al exterior y fingiendo una sonrisa amistosa y desinteresada digo a Alexa que puede entrar en el despacho.

Vuelvo a mi puesto de trabajo, torturándome al ver como esa mujer entra y cierra la puerta tras de sí.

Llevo un rato concentrada en mi monitor, simulando estar leyendo algo, aunque la verdad es que no puedo más que permanecer impasible, como abducida. Miro distraída el reloj que cuelga de la pared, todavía quedan dos horas para plegar, se me va a hacer larguísimo.

Ni siquiera sé el tiempo que ha pasado realmente cuando la puerta



del despacho de James vuelve a abrirse. Sale Alexa exhibiendo una sonrisa triunfal, sin embargo ahora es James quien parece descompuesto. Me mira una décima de segundo antes de que logre desviar mi mirada.

No sé qué está pasando, me pongo de los nervios, encima desde aquí no puedo escuchar su conversación. Haciendo acopio de un gran valor me atrevo a mirarles de soslayo. Ella le dice algo y alza sus manos para desabrocharle la corbata azul eléctrico que lleva, se la mete en el bolso, rebusca un poco y a continuación saca otra para ponérsela. Es de cuadros marrones, más horrible, imposible. Se la anuda con decisión, él simplemente se deja hacer sin oponer resistencia. En cuanto esa tía se siente satisfecha con el resultado patético de su novio, le da un rápido besito en los labios, se despide y se va.

¿Eso es todo? ¿Están prometidos, no se han visto durante mucho tiempo y se dan un besito que bien podría dármelo yo con Lore? ¿Pero qué clase de relación tienen?

Cojo los expedientes que tengo sobre mi mesa y me encamino a paso ligero al cuartito de la fotocopidora. Espero a que despejen la máquina, en cuanto se queda vacía me pongo yo.

El ruido de la puerta al cerrarse a mi espalda me hace girarme enérgicamente.

-Anna...

James se acerca y me pongo tensa. Doy un paso hacia el lado hasta topar con la pared.

-No te acerques. -Le advierto-

-Tengo que explicártelo, no me quedaré tranquilo hasta que lo haga.

-No hace falta. De verdad. No quiero escucharlo.

-Anna, no estás siendo razonable...

Se me abren las aletas de la nariz. En otra ocasión le hubiera atinado una paliza ante ese comentario, pero estoy en el trabajo y hasta de aquí media hora él es mi jefe. Eso, al menos, lo tengo claro.

-Así que no soy razonable.

-¿Por qué estás así? ¿tan afectada?

No salgo de mi asombro. ¡Será capullo! ¿Qué espera que haga después de enterarme que tiene prometida, que haga como si nada?

-¡No estoy afectada! -Espeto con brusquedad- Creo que decepcionada se ajusta más.

-¿Decepcionada? -Su ceño se frunce por la incomprensión- ¿Decepcionada por qué? Hemos tenido buen sexo. ¿Eso es lo que buscabas, no? tú misma lo dijiste en el bar: " Ahora nosotras vamos a acostarnos con todo aquél que despierte nuestro instinto sexual y vamos a probar todo aquello que nos da morbo. ¡Utilicemos a los hombres para disfrutar!" - ¡Coño! no creí que este insensible inglés de mierda pudiera ser tan estúpido- ¿Eso es lo que hemos hecho, no? hemos jugado los dos y lo hemos disfrutado.

Cierro los ojos, negando confusa con la cabeza antes de volver a abrirlos. La rabia se ha apoderado de mí y en mi garganta se arremolina un nudo de emociones que pugnan por salir. Expiro fuerte por la nariz , cojo las fotocopias que ya se han hecho y le esquivo.

-Sé lo que dije. Y lo mantengo. -Le aclaro severamente-

-¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

-El problema es que tú no me has dejado elegir. No me dijiste que tenías pareja y te acostaste conmigo sin ningún tipo de contemplación o miramiento. Yo no tuve la oportunidad de decidir si quería o no interponerme en una relación.

-¿Y qué más da eso? ¿De haberlo sabido no te hubieras acostado conmigo?

-Bueno, -vacilo- ahora nunca lo sabremos, ¿verdad?, en cualquier caso me encontraría mucho mejor porque sabría a lo que me atenía estando contigo.

Se queda callado. Lo que acabo de decirle le encaja. Me vuelvo hacia la puerta, antes de que pueda alcanzar el pomo él me detiene.

-Perdóname. Tienes razón. No lo había visto así...

Me encojo de hombros, pero no deja que me vaya, vuelve a interponerse en mi camino.

-Queda conmigo esta tarde. Necesito hablar contigo en otro lugar.

-No. Esta tarde no puedo.

-¿No puedes? te recuerdo que hace un momento me dijiste que no solías hacer nada por las tardes.

-Pues lo siento pero para esta tarde ya tengo planes.

-¿A sí? -Sonríe sardónicamente, piensa que le estoy poniendo una excusa- ¿Qué vas a hacer?

-¿Te importa?

-Sí. Me importa. -Se reafirma-

Alzo las cejas mostrando indiferencia.

-Ya he quedado.

Me dedica media sonrisa escéptica.

-No me hagas reír Anna, no has quedado con nadie.

Se me escapa la risa. ¿De qué coño va este pedazo de gilipollas?

-Piensa lo que quieras. No pretendo convencerte de nada.

Vuelvo a girarme, su mano aprieta mi brazo con fuerza para detenerme.

-¿Con quién has quedado?

-No tengo por qué darte explicaciones, además, tú lo has dicho antes, ha sido solo sexo: un juego del que los dos hemos disfrutado. Pues bien, resulta que hoy me apetece jugar con otro.

Me suelta del brazo, pero sus facciones no se han relajado.

-Sabes tan bien como yo que lo que dices no es cierto. ¿Por qué lo haces? ¿qué pretendes?

-¿Perdona? ¿Es que ahora tengo que hacerte un parte de todo lo que haga o diga? ¿Pero quién coño te crees que eres?

-No digas palabrotas, por favor. Puedes hacer lo que quieras.

-¡Exacto! y eso es justo lo que voy a hacer. ¡Coño! -Remarco la palabrota porque sé que le disgusta oírlo-.

Abro la puerta, salgo a paso ligero, cabreada como una mona, hasta llegar a mi mesa. Me siento en la silla y vuelvo al trabajo. No sin antes abrir los mensajes de Franco y leerlos rápidamente. Sigue insistiendo, quiere que nos veamos hoy porque según dice, mañana empezará un turno de noche que le dejará molido. Rápidamente acepto. Salir es justamente lo que me apetece, lo necesito. Quedarme en casa un día como hoy sería un gran error, acabaría llorando y llorar por un hombre es lo más bajo que puedo hacer, más teniendo en cuenta el hombre en cuestión que me inspira estos sentimientos.

Su respuesta es inmediata. Está ilusionado, ver que alguien se muere por quedar conmigo me anima. Le respondo dándole la dirección de mi empresa y la hora a la que termino para que venga a recogerme.

Ahora reanudo mi faena, aunque consciente de que no estoy rindiendo al cien por cien.

Mi teléfono vibra sobre la mesa a la hora en punto. Es un mensaje de Franco, ya ha llegado.

Apago mi ordenador, me pongo el abrigo y cojo mi bolso.

-¡Anna!

Su voz tan cerca me hace dar un respingo.

-¿Qué?

Casi se ha ido todo el mundo, la oficina se ha quedado prácticamente desierta y por primera vez en mi vida tengo miedo, miedo de quedarme a solas con James. El único hombre desde hace mucho tiempo que tiene el poder de hacerme daño.

-¿Puedes quedarte un rato, por favor?

-hoy no. -Contesto secamente- He quedado.

-¿Hasta cuándo va a durar esta tontería?

-¿Qué no entiendes James? he quedado con otra persona. De hecho ahora está esperándome ahí fuera.

Él arruga el entrecejo, se dirige enérgico a la ventana y mueve la cortina para mirar al exterior.

-¿Quién es? -Me pregunta en tono severo-

-Mi cita de esta tarde, así que si no te importa ahora tengo que irme...

-Anna, por favor, solucionemos esto, quédate...

-No hay nada que solucionar. Hasta mañana señor Orwell.

Antes de irme corre hacia mí.

-Deja a ese tío. Vente conmigo.

-Mmmm... -hago que lo pienso, pero en realidad no hay nada que pensar.- tentador, pero no, gracias.

Llego al ascensor, se cierran las puertas y desciendo hacia el vestíbulo. Corro por el pasillo, en cuanto salgo al exterior me tiro literalmente encima de Franco. Le abrazo fuerte y él empieza a reír a carcajada limpia. Me gusta el sonido de su risa.

En cuanto me separa dulcemente de su lado miro hacia arriba disimuladamente, James nos observa desde las alturas. ¡Que se joda!

Me subo en el coche de Franco, un utilitario Seat blanco y me dejo guiar por él. Elija el lugar que elija me vendrá bien.

-Primera parada: el parque de la ciudadela. -Anuncia deteniendo su vehículo a escasos metros del perímetro del parque-

-Uaaauuuu un destino muy romántico para una primera cita, ¿no crees?

-Estoy jugando con todas mis cartas como puedes apreciar.

Me echo a reír. Dejamos a nuestra derecha el museo de ciencias

naturales y avanzaos por un amplio camino de tierra delimitado por jardines bien cuidados. En los bancos hay sentadas parejas adolescentes, algunas incluso están tumbadas sobre el césped, tocando la guitarra o merendando.

-Me encanta este lugar y lo curioso es que apenas vengo por aquí.

-A mí me pasa igual, nunca saco tiempo.

Un grupo de ciclistas nos obliga a apartarnos, por lo que quedamos más juntos. Nos miramos, esta vez decidimos avanzar sin abandonar nuestro repentino acercamiento.

La vida, el movimiento, la alegría de las personas que nos rodean, de las parejas que pasean y el tiempo, que para variar, hoy nos acompaña, consiguen que me relaje, que aleje los malos pensamientos y únicamente me concentre en disfrutar.

Hablamos de pequeños acontecimientos del día, nos reímos recordando algunas anécdotas del día en el hotel, pero sobre todo hablamos de Elena y su obsesiva fijación por el "buenorro" de Carlos.

El paseo y la animada conversación hace que estemos muy a gusto. Se necesita poco para eso, creo que la fórmula es elegir bien a la persona que quieres que te acompañe, el lugar es lo de menos, aunque en este caso, creo que también ayuda a distraerme.

Los dos nos detenemos frente al lago. Algunos jóvenes sobre las barcas reman con todas sus fuerzas, hacen una carrera.

Le miro achinando los ojos al percatarme del lugar al que no quita ojo. Contempla con detenimiento una de las barcas vacías, barajando la posibilidad de alquilarla para nosotros. Me echo a reír y tiro de él con fuerza en dirección opuesta. Yo y una barca es una mala combinación, seguramente haré algo y ambos caeremos al agua, una mala idea para finales de noviembre.

Escasos metros después, desembocamos en una extensa avenida, frente a la gran cascada del parque.

El conjunto arquitectónico presenta una estructura central en forma de arco triunfal con dos pabellones en sus costados y dos alas laterales con escalinatas, que acogen un estanque dividido en dos niveles. Dicen que la obra recuerda el palacio *Longchamo* de Marcella.

-Me encantan las esculturas talladas en piedra de la cascada. Todos son personajes mitológicos: Venus, Anfitrite, Neptuno... pero lo que más me impresiona son los grifos, los animales mitad león mitad águila.

¿te has fijado?

Asiento sin dejar de admirar esa impresionante arquitectura que hace tantos años que veo pero que nunca antes había contemplado como hasta ahora.

-¿Escuchaste eso? -Me dice despertándome de mi ensoñación transitoria. Me ladeo un poco, siguiendo el ritmo de esa música tan pegadiza que suena a mi izquierda-.

Bajo una carpa una orquesta ha empezado a tocar tango. Numerosas parejas, algunas vestidas con trajes para la ocasión, danzan animosos, con paso firme y decisivo de derecha a izquierda. Sus cabezas están altas, sus cuerpos erguidos. Un experto los anima a continuar, a algunos los corrige. Admiradores inesperados rodean la carpa hipnotizados por la perfección involuta de los bailarines más expertos.

Franco se acerca todo lo que puede. Su sonrisa se expande mientras me contempla con esa actitud risueña que tanto me gusta.

-Bailemos. -Dice y con súbita decisión coge mi mano, guiándome hacia el grupo.-

-Yo no sé bailar esto... -digo entre carcajadas pero no sirve de nada. La melodía de *Roxanne* empieza a sonar y Franco da un brusco estirón a mi brazo pegándome a él.-

Empieza a mover su cuerpo, colocándome con cada uno de sus movimientos. ¡Sabe bailar!

Se inclina y tras su último movimiento mi cuerpo cede hacia atrás, se arquea hasta que él vuelve a alzarme rápidamente y choco otra vez contra su pecho duro. Se retira, me separa con brusquedad sin soltar mi mano, desde la distancia mueve el brazo haciéndome dar una vuelta, antes de volver a acercarme con uno de esos rápidos y decisivos movimientos suyos. Se me escapa la risa. Ahora damos vueltas los dos a la vez, me maravilla la forma en la que se mueven sus pies facilitando mi movimiento.

El profesor está a mi espalda. Coloca las dos manos en mi cintura acompañándome al ritmo que marca Franco. Luego estira mi cabeza hacia arriba y me obliga a flexionar los brazos, en forma de "L". Estando mi cuerpo rígido es mucho más fácil de llevar. Pero mis pies siguen yendo por libre. De soslayo contemplo a una de las parejas que, para ser sinceros, lo hace genial. Decido imitarla. Me detengo mirando atentamente a Franco a los ojos. Muevo una pierna, deslizando el pie delante de él en forma de

medio círculo. Él sonrío, está claro que le hago gracia. No obstante no ceso en mi empeño de hacerlo lo mejor que puedo. Muevo la cintura cruzando los pies por delante, mientras mantengo el cuerpo erguido, Franco me acompaña con sus pies, me lleva hacia atrás, luego hacia delante y damos vueltas y más vueltas hasta que vuelve a colocarse sobre mí, haciéndome ceder. La pegadiza melodía está a punto de concluir, así que damos unas cuantas vueltas rápidas, sus pies se cruzan, me lleva enérgico hacia una punta de la carpa, luego hacia otra, media vuelta más y vuelve a inclinarse sobre mí, esta vez me sostiene más tiempo, espera a los últimos acordes de la canción y antes de levantarme me besa el cuello. En cuanto me alza mis ojos desorbitados le contemplan. ¿Qué diablos ha sido eso?

-¿Viste?, sabes bailar tango. Te has desenvuelto muy bien para ser la primera vez.

-¿Cómo es que tú sabes bailar tan bien?

Estalla en sonoras carcajadas.

-¿Enserio le preguntas eso a un Argentino?

-Tienes razón. -Reconozco entre risas-.

-El baile me ha abierto el apetito. ¿Cenamos?

-¡Por supuesto! -Respondo animada- ¿Dónde me vas a llevar ahora?

-Hay un japonés buenísimo aquí cerca. Tienen cosas increíbles.

-Ah.

Debo haber hecho una mueca extraña, porque él suelta una risotada y añade:

-¿No te gusta el pescado crudo? -Vuelvo a reproducir esa mueca de angustia. Su risa se hace más fuerte.- Antes de poner esas caras deberías probarlo. Te aseguro que hay pocas personas a las que no le guste.

-Está bien. Vamos a probar. -Acepto, aunque no muy convencida-.

-Así me gusta. Sos una mujer valiente.

-Según como se mire.

Me lleva a un lujoso restaurante donde solo se sirve pescado y como mucho un salteado de verduras a la plancha. Miro la carta pero la mitad de los pescados que la componen no sé qué son.

Franco se adelanta a mí y pide por los dos.

-Pensaba que a los argentinos les gustaba más la carne.

Se echa a reír.

-En realidad yo soy un argentino atípico.

-Mira qué bien, si al final mi madre va a tener razón: siempre salgo con los hombres más raros.

-Será que *tenés* un imán para atraer las rarezas.

-Debe de ser eso.

El camarero viene hacia nuestra mesa, deja sobre ella dos enormes bandejas repletas de cosas extrañísimas junto a una botella de vino blanco. Nos llena las copas y se va.

Miro todos los platos: ostras, tostadas con caviar, sushi, ensalada y unas finísimas lonchas de pescado con salsa verde.

-Tú primera. -Me anima-.

No sé qué coger pero me decanto por las ostras, es lo que parece más normal.

Cojo una con cuidado.

-Espera. -Franco me arrebató la ostra y rompió su cáscara en dos, luego me da la que contiene el bicho. ¡Está vivo!-.

-Cómetela. Solo debes recordar masticarla bien antes de tragarla.

Cojo aire, lo expulso lentamente y luego me centro otra vez en ese bichito indefenso que se retuerce levemente. Me la llevo a la boca, lo mastico y detecto su peculiar sabor a mar. No está mal, entra prácticamente sola, pero su viscosidad me repugna.

Para quitar el sabor doy un sorbo a mi copa, luego cojo una tostada con caviar. Está demasiado salado, tampoco me gusta.

Pruebo cada una de las cosas que hay sobre la mesa. Mientras hablamos y hablamos, sobre aspectos del pasado para conocernos mejor ¡Qué diferente es esta conversación a las que solía tener con James! él prácticamente no mencionaba aspectos familiares ni me preguntaba nada personal. Era obvio que solo le interesaba cierta cosa de mí. Realmente soy estúpida... En cambio Franco sí me hace un cuestionario acerca mis padres, si tengo hermanos, me pregunta por mis amigos, incluso por mis mascotas, le interesa todo lo que pueda contarle y al mismo tiempo yo también pregunto. Ahora sé que solo tiene madre, su padre murió cuando él era pequeño. Es el menor de tres hermanos y el único que vive en el extranjero. Tiene numerosas anécdotas que contar y yo las escucho mientras como, pese a que nada de lo que hay en la mesa me gusta, tengo hambre, como siempre.

-Me encantaría conocer a tus padres. -Dice riéndose de una escena



que le he narrado sobre ellos- sin duda deben de ser muy agradecidos, viéndola a vos no me cabe ninguna duda.

Río de su comentario.

-Yo jamás podría llevarte a mi casa.

-¿Por qué? -Me pregunta extrañado-

-Si entro en casa a alguien que se llama Franco a mi padre le da algo.

Me río solo de pensarlo, él acompaña mis risas.

-Pues entonces para ellos seré Francisco. ¿Mejor así?

Niego divertida con la cabeza. Hay que ver como echo de menos a mis padres, cada vez que hablo de ellos se me encoge el corazón y más en momentos como estos, en los que estoy más sensible.

Después de un par de horas nos levantamos. Franco paga la cuenta y yo se lo permito, me niego a poner un solo euro por una mierda de comida, aunque obviamente ese comentario queda únicamente para mí.

Cuando salimos del restaurante, insiste para que vayamos a un pub, pero estoy cansada, ha sido un día con demasiadas emociones, además, yo madrugo.

Entiende perfectamente mi negativa y me acompaña a casa sin poner objeción.

-Muchas gracias por la salida de hoy Franco, he tenido un día difícil en la oficina y tu compañía me ha venido bien.

-De nada. Para mí también ha sido un placer. ¿Podemos vernos el viernes que viene?

-¡Claro! -Respondo sin dudarlo-

Sonríe. Me acerco a él, le doy dos besos en las mejillas y cuando estoy a punto de retirarme él se mueve para besarme en los labios. Me quedo quieta unos segundos, no sé cómo reaccionar, lo cierto es que no me lo esperaba. ¿Estaré perdiendo facultades?

En lugar de retirarme, permanezco unida a él unos segundos, cierro los ojos y le correspondo. Su beso es suave, va con mucho cuidado, aún y así siento como ese delicado contacto me alivia.

Cuando por fin me retiro, advierto en sus dilatados ojos negros que quiere más, sin embargo hoy yo no estoy de humor y el sexo por caridad no es mi estilo.

Guiño un ojo, abro la puerta de su vehículo y salgo. Apresuradamente me encamino hacia mi edificio sin mirar atrás.

En casa están todos muy animados. Mis amigos están viciados a un juego de la X-Box. Cantan con los micros y hasta hacen duelos. Sonríe nada más verlos en pijama y zapatillas mientras se esfuerzan por entonar una pegadiza canción de Amaral.

-¡Reina únete a nosotros!

*Solo queda una vela encendida en medio de la tarta y se quiere consumir,  
ya se van los invitados tú y yo nos miramos sin saber bien qué decir,  
nada que descubra lo que siento que este día fue perfecto y parezco tan  
feliz,*

*nada como que hace mucho tiempo que me cuesta sonreír:  
quiero vivir, quiero gritar, quiero sentir el universo sobre mí  
quiero correr en libertad, quiero encontrar mí sitio...*

Y sin venir a cuento, mis ojos se llenan de lágrimas, se desbordan incapaz de controlar el llanto. La música suena pero esta vez mis amigos no le ponen la voz a la melodía. Dejan los micros sobre la mesita que hay frente al sofá y vienen a mi encuentro. Me separo, no es justo aguarles la fiesta, no se lo merecen, pero simplemente es algo que no puedo controlar.

Elena se coloca a mi lado y me pasa los brazos por los hombros para reconfortarme, me aprieta mientras me mueve la cabeza para besarla. Lore está petrificado, sus ojos me estudian con detenimiento y no sabe qué decir. Creo que es la primera vez que me ven llorar, me da rabia hacerlo, ser tan débil... ¡Tengo que acabar con esto ahora mismo!

Me separo de Elena, hago un esfuerzo por sonreír mientras me enjuago las lágrimas.

-Estoy bien. -Dejo claro antes de que pregunten-.

-¿Qué ha pasado? -Interviene Mónica ajustándose las gafas a la nariz con el dedo índice-.

-Nada que tenga importancia. ¡Vamos, dadme un micro!

Voy a cogerlo pero Lore lo retira rápidamente de mi alcance.

-No hasta que nos digas lo que te ha ocurrido.

-Que soy tonta, eso es lo único que ha pasado.

-¿Franco ha intentado propasarse contigo? -Pregunta Elena alterada, sin duda sabe que hemos quedado, posiblemente él le ha puesto al tanto antes de venir a recogerme-.

-¡No! Franco se ha portado muy bien, gracias a él he estado

entretenida y sin darle demasiadas vueltas al coco, pero al llegar a casa... es como si todo ese peso hubiese caído bruscamente sobre mí.

-¡Quieres decirnos ya qué pasa! -Mónica se altera, apenas muestra sus sentimientos, es reservada en extremo, pero tal vez sea la más sentimental del grupo en su interior, todo le afecta sobre manera-

-Teníais razón. Razón en todo. Liarme con mi jefe ha sido un error imperdonable por mi parte...

-¿Qué ha hecho ese hijo de puta? -Lore se enciende por segundos-

Tuerzo el gesto. Me cuesta reconocerlo en voz alta, pero debo hacerlo, así acabo de creérmelo de una vez por todas.

-Está prometido, a punto de casarse.

No hay reacción por parte de mis amigos. Así que continúo hablando.

-Hoy me he enterado, su novia a venido a la oficina. No me había dicho nada y debo confesar que me había ilusionado un poco... no sé, -Me encojo de hombros- los días que pasamos en Madrid fueron perfectos, él me hizo sentir tanto... tuve la sensación de que no fue solo sexo. Sin embargo para él sí. Hoy mismo, tras ver mi reacción ha venido a verme, quería hablar conmigo y me ha dicho que no entendía por qué estaba así, entre nosotros había habido buen sexo, lo pasamos bien y fue genial... encima el muy cabrón hizo referencia al día que me escuchó hablar en el bar, citando mis ideas liberales sobre el sexo... ¡Oh Dios! me sentí tan mal...

-Ese tío es un imbécil.

-Ya. Pero a mí me gustaba ese imbécil, -vacilo- solo un poco.

-Bueno cielo, si es por eso el mundo está lleno de imbéciles.

Sonrío, aunque la sonrisa no llega a mis ojos.

-En fin... ya está. Entre nosotros ya ha quedado todo claro. No os preocupéis, ahora tengo uno de esos momentos de bajón pero esto solo durará como mucho un par de horas más. No pienso dejar que esto me afecte. ¡De ningún modo! ese tío no se merece ni una sola de mis lágrimas.

-¡Claro que no! -Lore se acerca y me abraza con fuerza- Más va a llorar él cuando se dé cuenta de lo que ha perdido. Ahora, eso sí, como se atreva a acercarse a ti de forma diferente a la de un jefe con su secretaria le meto una hostia que estas navidades en lugar de morder el turrón va a tener que chuparlo.

Su comentario me hace reír. Mónica y Elena me acompañan

mientras me abrazan, transmitiéndome todo su cariño.

-Gracias chicos y perdonad que esté así... de verdad.

-¡No nos des las gracias por eso! ¿Te apetece cantar un poquito?

Vuelvo a reír tras su cambio de actitud. Lo cierto es que no me apetece pero sé que eso me animará, así que acepto el micro que él me lanza y me encamino hacia el sofá. ¡A cantar se ha dicho!

y entre canciones y bailoteos frente al televisor, dejo atrás un recuerdo amargo de una historia reciente, una historia que desde hoy mismo queda escrita su final.



Me muevo inquieta en la cama. Me levanto torpemente y me dirijo hacia el baño. Me duele el estómago a rabiar, es una presión desgarradora que asciende por mi esófago dándome náuseas. Intento vomitar, pero soy incapaz, es algo que siempre me ha costado muchísimo. Me lavo la cara, tengo las ojeras marcadas y estoy sudando. Toco mi frente y la percibo caliente. Esto no pinta bien... ¡maldito pescado crudo!

Regreso a mi dormitorio para encerrarme en él. Las arcadas vuelven a sacudirme violentamente desde dentro. Me encojo apretándome el vientre intentando calmar las convulsiones.

No puedo dormir, me ladeo, me aprieto, me tapo con las sábanas, me destapo... en cuanto escucho que Elena se ha despertado salgo de mi habitación y voy a su encuentro. Nada más verme su expresión cambia.

-¿Te encuentras mal?

-Me duele mucho la barriga...

Me toca la frente y sus ojos se abren desmesuradamente.

-Tienes fiebre. ¿Qué cenaste anoche?

-Pescado crudo.

Suspira.

-No te ha sentado bien.

-No hace falta que lo jures. No puedo vomitar y tengo un nudo en el estómago... además me duele muchísimo la cabeza.

-¿Has podido ir al baño? ¿Tienes diarrea?

-No...

-Te voy a dar un medicamento, posiblemente te provocará el vómito. De todas formas hoy deberías quedarte en casa.

Me entra un escalofrío. Mis dientes castañean y me cubro el cuerpo con los brazos, el dolor de barriga se intensifica, siento que voy a morir...

-Métete en la cama ahora mismo. Tápate, también te daré algo para la fiebre. -Vuelve a tocarme- ¡Estás ardiendo cariño! -Percibo como el sudor perla mi frente, pero tengo mucho frío.- Te has intoxicado. Este malestar durará como mucho un par de días, no se puede hacer nada, solo controlar los síntomas y esperar a que tu organismo deseche todo lo que no necesita.

-Pero yo tengo trabajo y...

-¡De eso nada! voy a hacerte la baja y la enviaré por fax a tu empresa en cuanto llegue al ambulatorio. Necesitas estar en casa.

Obedeciendo a Elena regreso a mi cama. Me siento débil, no tengo fuerzas. Empiezo a quedarme dormida cuando percibo que entra en mi cuarto cargada con una palangana y un vaso de agua en la mano. Me ofrece el vaso, obligándome a beber hasta la última gota. Sabe fatal, hago una mueca y vuelto caer bruscamente contra la almohada. Ella me coloca un termómetro bajo el sobaco. Lo retira poco después.

-Estás a cuarenta de fiebre. -Coloca una tableta de pastillas sobre la mesita-. Quiero que te tomes una de estas cada seis horas. -Me da la primera, la trago con un poco de agua que vierte en mi vaso-. Intenta descansar, aún tiene que pasar lo peor.

-¿Lo peor? -Pregunto con un hilillo de voz-

-Me temo que esto empeorará a medida que los medicamentos surjan efecto.

-No me digas eso...

Me da un beso en la frente antes de irse.

-Te llamaré para recordarte lo de los medicamentos y preguntarte cómo estás. ¡Menuda intoxicación que has cogido cariño! o es eso o tienes una gran intolerancia a alguno de los alimentos que ingeriste anoche.

-¡Qué asco! es pensar en las ostras y se me revuelve el cuerpo entero...

Sonríe. Se levanta y me tapa con la sábana.

-Pasaré, no te preocupes.

Me quedo sola otra vez.

Mi estómago no me da tregua. Me retuerzo de dolor cada vez que me asalta uno de esos retortijones. ¡Hasta cuándo va a durar este dolor!

Mónica entra en mi habitación, me ha escuchado quejarme y le extraña que aún esté en la cama cuando empiezo a trabajar antes que ella.

Tras ver en qué situación me encuentro me acerca la jarra del agua y un vaso limpio a la habitación.

Es agradable ver como todos se vuelcan en ayudarte, a veces pienso que no somos solo amigos, más bien una pequeña familia que se quiere y se cuida.

El último en salir de casa es Lore. Entra en mi cuarto con su traje azul oscuro impecable, el maletín de cuero negro en una mano y un trapo

doblado en la otra. Huele de maravilla, su perfume me inunda las fosas nasales mientras camina con decisión, se sienta a mi lado y coloca el paño húmedo sobre mi frente. Siento el alivio que produce en mi frente el frescor del agua, me relajo y él repite el proceso varias veces. El calor de mi cabeza desciende, casi y solo casi puedo dejarme llevar en un sueño profundo.

Entonces escuchamos el timbre de nuestro apartamento.

-Vaya... -dice Lore poniéndose en pie- Voy a ver quién llama ahora, como quieran venderme algo...

Sale de la habitación. Me ladeo en la cama, girándome hacia la puerta, esperando a que regrese.

No tardo en escuchar su voz alterada. Es como si estuviera discutiendo con alguien, lo cual me extraña porque Lore suele ser pacífico.

Me siento en el colchón, alcanzo la bata y me la coloco con cuidado. Quiero saber qué está pasando. Nada más moverme mi estómago vuelve a retorcerse, las ganas de vomitar me sacuden, así que me apoyo en la pared, me deslizo sobre ella por el pasillo y me quedo escondida, justo antes de entrar en el comedor.

-Voy a entrar. Me da igual lo que digas.

Esa voz... me tapo la boca con la mano y sigo escuchando, como una cobarde no me atrevo a dar la cara.

-Pon un pie en esta casa y te denuncio por allanamiento. ¡No tienes ningún derecho a estar aquí! esto es una propiedad privada. ¿Pero qué coño haces?

Escucho un forcejeo. Luego la voz de James, aún más cerca.

-He recibido esto a primera hora de la mañana, si Anna está enferma debería estar aquí. Quiero verla.

-¡Esto es surrealista! ¡No puedes acosarla de este modo maldito cabrón!

El forcejeo vuelve a producirse, escucho cacharros que se caen.

-¡Tendrás que sacarme por la fuerza! ¡No pienso moverme de aquí!

-Con que esas tenemos...

Miro un poco, escondiéndome tras el marco de la puerta.

Lore tiene a James cogido por las solapas de su traje. Éste no se inmuta, tiene las manos hacia atrás, fuertemente aferradas al borde de la mesa.



Son igual de altos, dos titanes enfrentados, retándose por mí. Es extraño estar presenciando esto y más que mi jefe haya venido a comprobar que realmente esté enferma.

Las cosas se ponen peor cuando Lore lo arranca bruscamente de la mesa donde está aferrado y lo empotra contra la pared. Forma un puño con la mano, a punto está de atizarle cuando decido acabar de una vez con esto y entro en el salón.

-¡Qué está pasando aquí! -Protesto cruzando la bata sobre mi pecho, el frío no me abandona y empiezo a tiritar de nuevo-.

-¡Anna! -James se deshace de Lore y corre a mi encuentro. Mi amigo viene tras él, pero esta vez no le coge.- Realmente estás enferma... - Arrugo el entrecejo, ¿qué creía?- ¿qué te ha pasado?

-¿No ha recibido mi baja esta mañana?

Agacha la cabeza.

-Creí que se trataba de una excusa...

Él y las excusas. ¡Pero qué retorcidos motivos podía tener yo para inventar algo así!

-Pues ahora que ves que no lo es ya puedes irte. -Interviene Lore-.

-¿Y tú quién eres?

A Lore se le hincha la vena de la frente, está a punto de estallar. Se cuadra frente a él, saca pecho y le hace retroceder con su intimidante mirada.

-¿Qué cojones te importa? te voy a decir lo que vas a hacer: vas a salir de mi casa ahora mismo si no quieres que llame a la policía. Te aseguro señorito que puedo convertir tu vida en un auténtico infierno por lo que estás haciendo hoy.

-No me voy.

Su terquedad me deja impresionada. Mi boca se abre por la incompreensión.

Lore vuelve a sujetarle de las solapas. Esta vez yo me interpongo.

-¡Déjalo ya Lore! que haga lo que quiera...

-¿Cómo dices? -Me pregunta confuso-

-Él verá lo que hace, yo no tengo nada qué ocultarle, si quiere quedarse y asegurarse que realmente estoy enferma antes de regresar a la oficina que lo haga. Me da igual.

-¿Me sueltas ya? -Espeta James a Lore, que aún permanece aferrado a las solapas de su traje-.

Lore cede. Parpadea un par de veces mientras recoloca su ropa.

-Tengo que irme a trabajar Anna, llego tarde, y no me hace ninguna gracia dejarte sola con este individuo.

-Vete al trabajo. No te preocupes por nada, sé lo que hago.

-Eso espero.

Suspira, camina hacia mi habitación para recoger su maletín. James y yo nos miramos. Soy consciente de mi aspecto descuidado, el sudor en mi frente y mi mal aliento. Pero es demasiado tarde para intentar adecentarme un poco, además no tengo fuerzas.

Lore reaparece en la habitación. Me acerca a él para darme un rápido beso en la mejilla y se retira de nosotros mientras va hacia la puerta con actitud crispada. Antes de abrir se gira:

-Te llamaré. Y en cuanto a ti, -Dice dirigiendo un dedo acusador hacia James- recuerda que sé quién eres. Estoy harto de poner demandas a tipejos como tú, que utilizan su poder para intimidar a sus trabajadores. Que sepas que no pierdo jamás un solo caso.

James permanece callado. No reaviva el fuego y yo se lo agradezco. Cuando Lore cierra la puerta del piso de un portazo y me quedo a solas con él, mi malestar invade mi cuerpo entero. Las nauseas ascienden. Me tapo la boca y corro hacia el baño. Abro la puerta de un empujón y hundo mi cabeza en el retrete. Las convulsiones de mi estómago me hacen vomitar, por fin...

Aún no he acabado cuando percibo sus manos sosteniendo firmemente mi cabeza mientras me sujeta el pelo hacia atrás, evitando que lo manche de mi propio vómito.

¡Madre mía qué vergüenza!

Hago un gesto con la mano, indicándole que me deje sola, pero parece no entenderlo.

-¡Vete! no es necesario que veas esto...

Se aparta. Coge la toalla del baño y la moja bajo en grifo, luego se acerca, levanta mi cara y me limpia un poco con pequeños toquecitos suaves.

-¿Mejor? -Pregunta preocupado-

-Sí. Gracias. ¿Puedes irte ya?

-Mmmmm.... tentador, pero no. -Sonríe tras reproducir las mismas palabras que le dediqué yo el día anterior.- Y ahora señorita vas derechita a la cama.

Emito un angustioso chillido cuando me alza como si no fuese más que una pluma y me lleva en volandas a mi habitación.

-¿Qué haces?

-¿No lo ves? voy a cuidar de ti. ¿Dónde está tu cuarto? -Se para frente a la puerta de Mónica. Niego con la cabeza y él avanza. Decido indicarle con la mano cuál es mi habitación. Entra y con mucho cuidado me deposita sobre la cama-.

-No entiendo a qué viene todo esto, la verdad...

Me refugio entre las sábanas buscando el calor que me falta. Mi cuerpo no deja de estremecerse de frío.

-Hago todo esto porque me importas.

Cierro los ojos derrotados. No tengo ganas de aguantar sus tonterías ahora.

-¿Y qué hay de tu prometida? ¿Ve con buenos ojos que tú estés aquí cuidándome?

Suspira. Escucho un ruido seco y abro los ojos de nuevo. Se acaba de quitar los zapatos, pero lo más inquietante es que se ha desprendido de su americana y camisa, quedándose únicamente con los pantalones del traje puestos.

-Sinceramente, me importa poco lo que piense Alexa.

Se acerca hacia mí, abriendo un lado de la cama.

-¿Qué vas a hacer?

-voy a acostarme contigo. ¿Me dejas sitio?

-¡No! -Protesto colocando mi mano en el colchón para impedirle el acceso-

Él retira mi mano sin esfuerzo y se mete dentro ignorando mi negativa, me muevo todo lo posible hacia un lado, pero él me agarra, me empuja apretándome contra él mientras sus brazos me rodean el cuerpo. Apenas puedo moverme, quiero hacerlo, pero su calor recorre mi cuerpo entero y es tan agradable esa sensación...

-Un día me dijiste que necesitas el contacto humano a todas horas.

-Sí, pero no de ti. -Espeto enfadada, él sonrío.-

-Relájate, estás muy tensa además de congelada.

Él gana. Me acurruco en su pecho, dejándome envolver por sus fuertes brazos, esto no debería ser así, pero no puedo ocultar que me siento de maravilla.

Sin saber muy bien cómo, al final, me quedo dormida. No sé

cuánto tiempo llevo en este estado, solo soy consciente de que me despierta el ruido del teléfono que hay sobre mi mesita. Lo coge James, ese gesto debería molestarme porque es una invasión clara de mi intimidad, aunque lo cierto es que eso ahora me da igual.

-Buenos días, aquí el enfermero particular de la señorita Anna Suárez. ¿Con quién hablo?

Sonrío tras lo que acaba de decir.

-Sí, ahora está dormida. Exacto. ¿Qué puedo darle de comer? sí, ha vomitado esta mañana. ¿Cómo? sí, espera que ahora se lo pregunto. -Me mira, yo parpadeo algo aturdida todavía- Dice si hoy has tenido diarrea.

-¿Qué? -Me llevo una mano a la cabeza, me duele a rabiar-.

-Si has tenido diarrea. -Repite y yo me río débilmente, no puedo creer que mi jefe esté preguntándome acerca de mis defecaciones-.

-No. -Contesto y él vuelve a acercarse el teléfono a la oreja-.

-Ha dicho que no. -Repite- Bien. Se lo haré ahora mismo. ¿Y cuántas pastillas le doy? vale. Gracias Elena. Adiós.

Cuelga y me mira.

-Voy a prepararte la comida. -Anuncia, yo le miro extrañada- Puesto que no sé cocinar tendremos que reconsiderar el plan B.

-El plan B. -Repito, aunque no entiendo a qué se refiere- No tengo hambre James, te lo aseguro.

-Lo sé. Pero Elena insiste en que debes comer y beber mucha agua.

Suspiro y vuelvo a refugiarme entre las sábanas. Él se levanta y se va.

Mis pesados párpados vuelven a cerrarse, no recuerdo haber estado tan cansada en la vida.

-Despierta dormilona...

Hay un olor extraño en mi habitación. Abro los ojos y parpadeo para que la imagen deje de resultarme borrosa. James me contempla desde las alturas, sosteniendo una bandeja. La deposita con cuidado sobre la mesa, apartando todas las cosas para hacerle sitio.

-¿Qué es eso?

-Sopa de pollo casera. La he encargado especialmente para ti.

Se sienta a mi lado, espera a que me incorpore y me acerca el cuenco con la sopa caliente. El olor tan fuerte de la comida me produce una nueva arcada, pero esta vez mi estómago está vacío.

-No quiero...

-Eso da igual, tienes que comer.

Coge la cuchara, la llena de sopa y la acerca a mi boca. Me hace sentir como un bebé, no lo soporto.

-He dicho que no quiero. Gracias.

-Vas a comer Anna, ¿quieres que vaya a por un embudo?

Le miro con rabia. No me gusta que nadie me hable así.

-Vamos... -Dice y vuelve a enseñarme la cuchara acercándola a mi boca, ladeo rápidamente el rostro mientras él persigue mi boca cuchara en mano. Vamos, que solo le falta hacer el ruido del helicóptero.- Sabes que al final vas a acabar comiendo, ¿por qué lo pones tan difícil?

Suspiro, estoy cansada. Agotada. No tengo fuerzas para buscar pelea. Cesó en mi empeño y decido abrir la boca. El sabor de la sopa caliente no está mal, reconforta mi organismo, además de momento mi estómago no protesta.

Le arrebató la cuchara, ¡puedo comer yo sola por el amor de Dios! El sonrío mientras me acabo todo el cuenco, hasta la última gota, además le doy el capricho y no protesto mientras me da mis medicinas. ¡Este hombre es insufrible!

Vuelvo a tumbarme sobre la cama y él hace lo mismo. Me abraza, envolviéndome con sus fuertes brazos, transmitiéndome su reconfortante calor. Me encuentro tan bien que ya apenas me duele nada. Sin más, vuelvo a caer en un sueño profundo hasta que mi teléfono vuelve a sonar. James lo coge, contesta y tras un par de palabras poco cordiales me lo entrega.

-Hola... -respondo sin saber quién es-

-¿Cómo te encuentras?

Sonrío. Lore está muy serio, no es natural escucharle así.

-Bien.

-¿Qué hace todavía ahí ese capullo?

-Pues me ha hecho la comida y me ha dado mis medicinas... no puedo decirte nada más, he estado durmiendo la mayor parte del tiempo.

-No me gusta esto. ¿Necesitas que vaya? hoy puedo llegar antes.

-No hace falta, estoy bien, de verdad.

-Bueno... no dudes en llamarme si necesitas algo.

-De acuerdo, lo haré. -Sonrío-

Cuando cuelgo le devuelvo el teléfono a James. Lo coge y vuelve a depositarlo sobre la mesita, yo siento en la cama, mientras busco las zapatillas con los pies.

-¿Qué haces?

-Necesito ir al baño.

Encuentro las zapatillas, me las enfundo y me levanto.

-Te acompaño. -Dice y yo me freno en seco-.

-¡Ni hablar!

-Todavía estás muy débil Anna.

-Aún y así, necesito hacer mis cosas y sobre todo darme una ducha.

-No es buena idea que...

-Shhhh -Le hago callar- ni una sola palabra. Soy adulta y sé bien lo que me conviene.

-Pero...

-Si te quedas más tranquilo el baño no tiene pestillo, así que si me oyes chillar entra.

Se echa a reír. Me levanto, cojo un chándal limpio del armario y voy hacia el cuarto de baño.

Es increíble lo bien que se encuentra uno cuando vuelve a recuperar todas sus facultades. La ducha es el mejor invento que hay, siento como si todos los males se fueran por el sumidero a medida que el agua corre por mi abatido cuerpo.

En cuanto llego a la habitación miro a James, se ha vuelto a poner la ropa y además, por el colorcillo que enmarcan sus ojos, me doy cuenta de que él también está cansado.

-¿Mejor? -Me pregunta haciendo serios esfuerzos por no reír de mi vestimenta-

-Mucho mejor.

-Me alegro. ¿Puedo ir yo al servicio?

-¡Claro! está por ahí. -Digo señalando hacia el pasillo-

Observo como James se aleja indeciso, intentando descubrir cuál es la puerta que le conducirá al baño.

Aprovecho a estirar un poco las sábanas de la cama y en una de las sacudidas escucho el golpe seco de algo al colisionar contra el suelo.

Miro hacia donde se ha caído el objeto y descubro el i-phone de James. Me apresuro a recogerlo y asegurarme que no se ha rato. Eso parece...

Antes de depositarlo sobre la mesita presiono sin querer uno de los botones laterales y el teléfono se desbloquea, para mi sorpresa, hay un

mensaje abierto.

Me muerdo el labio inferior.

Sé que no debería, es una violación clara a su intimidad pero la tentación es demasiado fuerte, por lo que miro rápidamente hacia el pasillo y al percatarme de que James aún no ha salido, vuelvo a centrarme en la pantalla de su móvil. Me odio a mí misma por hacer esto, pero me consuelo rápido pensando en que él se lo ha buscado por estar aquí, en contra de mi voluntad y la de mis amigos.

El idioma no me impide descifrar el contenido de ese mensaje y mientras lo leo, siento como si una bola de fuego recorriese por dentro mi cuerpo entero, es el miedo al ser descubierta.

»¿Qué pretendes decir con eso? ¿Te recuerdo lo que hay en juego? yo sí tengo las cosas claras, así que reconsidera las cosas porque el único que tiene algo que perder eres tú.«

En ese momento escucho la puerta del baño que se abre y deposito rápidamente el teléfono en la mesita antes de correr hacia la otra punta. Miro con nerviosismo el teléfono, la pantalla sigue iluminada y las pisadas de James aproximándose me están poniendo cada vez más nerviosa. En cuanto él traspasa el umbral de la habitación, la luz de la pantalla se apaga como por arte de magia, yo cierro los ojos y suspiro. No puedo creer que haya tenido tanta suerte, ha faltado poco.

-¿Te ayudo?

Me pregunta en tono cordial. Asiento con un movimiento de cabeza y dejo que se ponga en el otro lado mientras los dos estiramos la sábana y la colcha, eliminando todas las arrugas. No puedo evitar mirarle cuando no me ve, mientras me pregunto de quién era ese mensaje. Lástima que no me haya dado tiempo a ver el remitente. ¿Y qué tiene James que perder? ¿le debe algo a alguien? esas y muchas preguntas más pugnan por salir. Tengo ganas de confesarle mi fechoría y preguntarle acerca de ese mensaje que he leído sin querer. Pensándolo bien, tampoco he cometido un crimen, debería decirle lo que he visto y presionarle hasta saciar todas mis dudas.

Mientras barajo esa posibilidad, Mónica y Elena entran en casa desviando toda la atención de mi objetivo. Me llaman a gritos desde el pasillo, ni siquiera piden permiso para entrar en mi habitación. Se quedan paradas en cuanto ven a James de pie junto a la cama.

-Hemos venido lo más pronto que hemos podido. ¿Qué tal estás?

Elena se acerca con decisión, ignorando a mi jefe para tocarme la frente, percibiendo que ahora no hay rastro alguno de fiebre.

-¿Te has tomado la medicación?

-Sí.

-¿Has vuelto a tener vómitos o diarreas?

-No.

-¿Has comido?

Suspiro.

-¡Por favor! ¿Qué es esto un interrogatorio? sí, he comido, sopa de pollo. Además he bebido muuuuucha agua.

-Bien. Ahora tumbate sobre la cama.

Pongo los ojos en blanco, pero hago lo que me pide. Cuando se pone en plan médico es insoportable.

Me palpa la barriga desde diferentes ángulos.

-¿Te duele? -Me pregunta haciendo presión en determinados puntos-.

-Me molesta un poco.

-Tienes un poco de inflamación en el bazo. Nada grave. Seguramente originado por las náuseas.

-Bien doctora ¿y qué me recomienda?

-Descanso, dieta sana y continuar con la medicación, al menos durante el fin de semana. Seguramente el lunes estarás mejor y podré darte el alta.

Asiento risueña.

Mónica se acerca a nosotros, hasta ahora ha permanecido en un segundo plano.

-Ahora ya estamos en casa. -Dice dirigiéndose exclusivamente a James.- Ya puede irse.

James arquea las cejas, parece sorprendido de que todos mis amigos quieran deshacerse de él, a estas alturas debe saber que para ellos no tengo secretos y que conocen cada uno de los detalles de nuestra rocambolesca historia.

-Si no es molestia, esta noche preferiría quedarme.

Lo miro sorprendida. Mónica boquea un par de veces como un pez, quiere añadir algo pero Elena se le adelanta.

-¿Enserio? -Sonríe como una tonta y a punto está de dar saltitos de emoción la muy ingenua. Apuesto a que James la ha encandilado cuando



hablaron esta mañana por teléfono.- Puedes quedarte, no nos importa...

-¡Elena! -Protesta Mónica-

-¿Qué? me parece tan romántico...

-¡¡¡Elena!!! -Gritamos Mónica y yo al unísono. No me puedo creer lo que acaba de decir, James se cubre los labios con un dedo reprimiendo la risa-

La puerta del apartamento se cierra emitiendo un golpe seco. Ahora viene Lore y me pongo en guardia, sé que se va a armar de verdad.

En cuanto aparece por la puerta de mi habitación, James se levanta.

-Largo. -Le dice sin mediar más palabra que esa-

-No me da la gana.

Y ya la tenemos otra vez, dos titanes enfrentados. Compitiendo a ver quién mea más lejos.

-Lore... cálmate.

-¿Me pides que me calme Anna? ¿Qué demonios te pasa? ¿Unas horas juntos y vuelves a caer en sus redes?

-No es eso... por favor, tranquilízate.

-¡No me tranquilizo! ¿Y sabes por qué? porque no quiero a este tío bajo el mismo techo y me duele que sea el único que piense así, porque al parecer ya te has ganado el corazón de todas las mujeres de esta casa.

-No Lore. Yo estoy contigo. -Le secunda Mónica, colocándose junto a él-

-¡Menos mal, al menos hay una sensata!

James que ha contemplado la escena en relativo silencio ya no lo aguanta más y salta:

-¿Cuál es tu problema?

-Mi problema eres tú.

Sonríe con malicia, da dos pasos en su dirección y yo me apresuro para pegarme a su espalda. No quiero que entren en una tonta pelea por mi culpa.

-Pues te jodes.

Nos quedamos petrificados al escuchar esa expresión tan española de la boca de James.

-¿Cómo dices? -Lore se cuadra, se acerca tanto a él que parece incluso que vayan a darse un beso, en su defecto, arrancarse la cara a mordiscos.-

-¿Tienes algo con ella? ¿Por eso te fastidia que yo esté aquí? en cualquier caso es Anna quien tiene la última palabra, ¿no crees?

Elena, Mónica y yo nos miramos segundos antes de estallar en incontrolables carcajadas. La tensión del grupo disminuye y hasta Lore que intentaba permanecer serio frente a su contrincante, arruga los labios reprimiendo la risa.

El pobre de James se queda paralizado, no sabe a qué viene nuestra reacción y eso aumenta el volumen de nuestras carcajadas. Lore da un paso hacia atrás, se aprieta el puente de la nariz mientras sonrío por lo bajo.

-¡Ay! ¡Pero qué mono eres!

Miro a Elena sorprendida por esas confianzas que se toma. James continua ausente en el centro de la habitación, sin entender absolutamente nada de lo que está pasando.

-Lore es gay. -Desvela Mónica, el rostro descompuesto de mi jefe cambia automáticamente-

Lore niega divertido con la cabeza, aparentemente su cabreo se ha esfumado.

-Me llamo Lorenzo Falcó, Lore para los amigos, soy gay y eso no cambia el hecho de que me caigas mal.

James se relaja. Sonríe también por lo bajo y añade:

-Y yo soy James Orwell, y ahora tú me caes un poquito mejor a mí.

Volvemos a reír, esta vez Lore y James se unen a nuestras carcajadas.

-Me gustaría pasar esta noche con Anna, me quedaría mucho más tranquilo.

-¿Tú qué dices Anna? -Pregunta Lore centrando su dura mirada en mí, ha descendido su nivel de rabia pero aún no las tiene todas consigo- ¿Vas a darme el gusto de darle una patada en el culo para que se largue o no?

Sonríó. Ahora mismo no sé qué hacer, me ha puesto entre la espada en la pared, estoy a punto de acceder a que se quede cuando la sombra de un recuerdo aún reciente se interpone, nublando mis sentidos.

-Creo que deberías volver a casa con tu prometida. Gracias por preocuparte pero yo ya me encuentro mucho mejor.

Su penetrante mirada azul busca en mis ojos cualquier atisbo de

duda en mi decisión para insistir de nuevo. Pero a medida que recuerdo a esa mujer alta y espigada más me autoconvenzo de que esto no es lo que quiero, acabaría sufriendo y es algo que no puedo consentir. Él asiente con un movimiento decidido de cabeza, se despide de mis amigos, incluso de Lore, con un fuerte apretón de manos y nos deja solos en mi habitación mientras se esfuma como una cortina de humo. Me invade una sensación de vacío indescriptible, pero Lore está ahí para darme una palmadita en la espalda y decir que he hecho lo correcto.

La noche acontece sin sobresaltos, duermo como un lirón, tranquila tras los incesantes cuidados de mis compañeros.

El fin de semana es relajante. Nos sentamos los cuatro en el sofá y nos ponemos al día de series, vemos un capítulo tras otro de *breaking bad*. Casi no hablamos pendientes de cada detalle. Esta serie nos roba el aliento, nos deja tontos frente al televisor pero no nos importa, lo estamos disfrutando al máximo.



Es lunes por la mañana y mi cara luce mejor aspecto que nunca. Entro como un huracán en el edificio de las oficinas de *Soltan*. Pol se alegra de verme, me refiere el polvo del jueves, que me ha tenido en cama un día entero, y yo le devuelvo la broma con mi habitual alegría. Suspiro una vez encerrada en el ascensor, todo sigue como siempre. La vida continúa.

Vanessa corre a mi encuentro, me pregunta cómo estoy y seguidamente me pone la cabeza como un bombo contándome las últimas novedades. Al parecer James está muy ocupado, le han llamado de la agencia de publicidad, tiene reunión en un par de horas para ir a ver el sketch publicitario de nuestro producto.

Me siento en mi silla, enciendo mi ordenador y me pongo al día con el correo atrasado. Efectivamente Claudia me ha enviado varios e-mails para ponerme al tanto, pero como el jueves estuve tan distraída y el viernes no fui a trabajar, no los he visto.

Me levanto para guardar unos papeles en el archivo, pero no llego a salir de detrás de mi escritorio cuando veo que la prometida de James sale del ascensor. Lleva varios sobres en la mano y su aspecto es impecable. Estirada y con su habitual prepotencia se detiene frente a mi mesa, me mira de arriba abajo y reproduce una sonrisa forzada.

-Anúnciame. He venido a ver al señor Orwell.

Asiento automáticamente y me muevo dejándola a un lado. Llamo al despacho de mi jefe y espero su respuesta al otro lado.

-Buenos días señor Orwell.

-¿Cómo estás Anna? ¿Te encuentras bien?

-Perfectamente. Su prometida le espero fuera, ¿la hago pasar?

Su rostro se ensombrece, bufa y me indica con un gesto de su mano que la haga pasar. Obedezco. No dejo que esto me afecte. Ya no.

Su prometida entra, aún no ha traspasado el umbral cuando dice bien alto y claro, tal vez para que toda la oficina se entere:

-Traigo las invitaciones de boda, tal y como quedamos ayer, así podremos escoger de una vez por todas cuál es la que nos gusta para llevarlas a la imprenta lo antes posible.

Les dejo a solas. Las palabras de esa tía han sido como un mazazo

en pleno corazón abierto. Cojo aire, me encamino hacia mi mesa y sigo trabajando. Poco después la puerta del despacho de mi jefe se abre, miro sin querer, no puedo apartar mis ojos de ellos.

Ella se inclina, le da un frío beso en los labios y se marcha con la cabeza bien alta. La mirada de James se encuentra con la mía, parece angustiado aunque soy incapaz de adivinar el por qué. Seguidamente pasa su mano por su espesa cabellera rubia y regresa a su guarida, a esconder la cabeza como las avestruces.

Cuando por fin llega la hora del desayuno, Vanessa y yo nos ponemos en pie y cogemos nuestras cosas. Antes de entrar en el ascensor James me llama. Las dos nos giramos en el acto.

-Señorita Suárez me temo que deberá sacrificar su hora del desayuno, lo haremos en la agencia de publicidad, tenemos cita para ir a ver la campaña que han hecho a nuestro producto.

No entiendo por qué quiere que vaya, pero no puedo negarme. Me acerco a él y me despido de Vanessa.

Mientras nos dirigimos hacia el parquin, James rebusca en su bolsillo del pantalón y saca su i-phone que está vibrando.

-Buenos días.

Reproduce en un inglés perfecto aunque un tanto frío. Poco a poco ralentiza su paso hasta colocarse a mi espalda, sin duda, no quiere que me percate de la conversación.

-Sí. Bien. No te preocupes.

Silencio.

-Te mantendré informado, descuida.

Se para en seco a un par de metros de su vehículo y yo hago lo mismo. Aunque disimulo mirando en dirección opuesta, tengo toda mi atención puesta en su conversación. Hay que ser cotilla hasta el final.

-No. No puedo.

Se pasa las mano por el pelo y suspira.

-De verdad papá, no insistas, no podemos estar juntos y lo sabes.

Se produce otra breve pausa.

-Me temo que este año será imposible, sabes que no quiere verte y por nuestra parte ya tenemos planes, pero gracias.

Vuelve a suspirar.

-Vale, adiós y... felices fiestas, nos vemos en cuatro meses lo más tarde. Sí, para comentar los resultados de la campaña. Bien. Adiós.

Cuelga y se apresura a abrirme la puerta de su BMW. Entro sin quitarle ojo esperando a que me dé algún tipo de explicación, ¿Qué le pasa con su padre? Por qué se comporta siempre de forma tan arisca con él? No entiendo cómo pueden disimular sus diferencias estando juntos teniendo en cuenta la relación tan tirante que mantienen.

Muy fiel a su conducta opta por ignorar mis reacciones. Bien, con que esas tenemos...

Miro al frente y me concentro en la carretera, aunque no puedo dejar de pensar en mi antiguo jefe, siempre me ha dado algo de pena, pues nunca pareció completamente feliz y tras conocer a su hijo, pude intuir el por qué. Sin embargo, no creo que no puedan solucionar las cosas, después de todo, algo me dice que no estaría aquí de no ser por su padre.

Como siempre hay muchas cosas respecto a mi jefe que se me han pasado por alto, en parte por lo reservado y hermético que es. Me molesta que ponga tanto esmero en mantener al margen su vida privada, eso solo denota que tiene cosas que ocultar. En otra circunstancia le hubiese preguntado al respecto, no me tiembla la voz para eso, pero justo ahora, estoy demasiado enfada con él. Tal vez sea la visita de su prometida que me ha enervado sobre manera. Cada vez que la veo se me forma un nudo en el estómago que... ¡Dios! ¡Qué rabia tener que ser muda y ciega en esta vida! debo confesar que este es un papel que no me va mucho.

Escuchar mi nombre hace que salga inmediatamente de la burbuja donde encierro mis venenosos pensamientos y vuelva a mirar a James, que parece estar algo inquieto.

-Anna... me gustaría contarte algo...

Le presto toda mi atención, deseosa por desvelar esas dudas que, tanto el mensaje del día anterior como su extraña conversación de hace un momento, han suscitado en mí.

- Se trata de mi relación con Alexa. Necesito que lo entiendas.

Totas mis expectativas se caen como una baraja de naipes. ¿Por qué insiste en hablarme de esa mujer? ¿No se da cuenta de que de todos los temas que podríamos hablar ahora mismo este es el único que no tengo ningún interés en conocer?

Saco a relucir toda mi altivez y ladeo el rostro incómoda, dirigiendo nuevamente la vista a la carretera.

-Limitémonos a hablar de trabajo, por favor James, lo necesito.

-Pero...

-¡No!, -Espeto alzando la voz- a partir de ahora quiero ser solo una secretaria, porque es lo que soy, ¿no?. No quiero que vengas a verme cuando estoy enferma, ni que te preocupes por mí, no quiero privilegios de ningún tipo por haber tenido algo contigo, no quiero nada James. Tú no te das cuenta, pero cada vez que te acercas a mí de ese modo o hablando de tu mujer me haces daño.

Aprieta los labios mientras se concentra en la carretera por fin. No vuelve a dirigirse a mí durante todo el trayecto, parece que al fin lo ha entendido.

Llegamos a las oficinas de la empresa publicitaria *Taos*, en la calle Muntaner. Claudia es la primera que nos recibe tras una amigable sonrisa. Nos contemplamos con complicidad y nos detenemos más tiempo de lo estipulado en los besos de bienvenida, como si fuéramos amigas de toda la vida.

Claudia habla sin parar, le sigue un equipo de gente joven que también ha participado en la campaña. En cuanto llegamos a la gran sala, toda revestida de madera, una señora entra con un carrito, deposita unas tazas de café junto a unos bollos sobre la mesa.

James coge uno al tiempo que me ofrece la bandeja para que yo haga lo mismo. No lo dudo, pese a que mi estómago está algo delicado aún, tengo tanta hambre que me comería un hipopótamo.

Lo devoro junto al café mientras Claudia, muy animada, saca la cajita rectangular que le han enviado y pone sobre la mesa nuestro lote de cinco cremas. ¡Es muy bonito! yo no había tenido el placer de verlo hasta ahora. Hay cinco recipientes redondos, cada uno de un color: lila, turquesa, marrón, rosa y dorado. Cada color pertenece a un aroma determinado, lo sé porque en la tapa hay el dibujo de aquello a lo que supuestamente debe oler: Moras, marino, café, fresa y vainilla. Me muero de ganas de olerlas, deben ser una pasada.

Claudia hace un gesto con la cabeza a uno de sus compañeros, este se levanta e inserta una diminuta memoria externa en el reproductor.

Empieza una música sugerente, solo instrumental. En la pantalla aparece un entorno natural, se ve el agua cristalina, las plantas exóticas se mecen ligeramente con el viento, la panorámica se extiende por el mágico paisaje hasta que se detiene en una chica semidesnuda que se mueve sutilmente encima de un prado recién cortado. Las margaritas le tapan las



partes más comprometidas de su anatomía mientras ladea su rostro perfecto hacia la cámara. Su pelo rubio brilla con fuerza bajo los rayos del sol, sus ojos azules parece que nos miran directamente a nosotros hipnotizándonos con su belleza, entonces sus sonrosados labios se separan y con una voz sensual añade: "*Me gusta sentir la naturaleza sobre mí piel*" La chica vuelve a girarse mientras sonrío mirando al sol, la música desciende y entonces aparecen las letras de nuestro producto en grande: Anna's line. Cosmética natural para el cuerpo.

Me giro sorprendida. Miro a James pero él parece ausente ahora mismo. ¿Cómo puede haber puesto mi nombre a uno de nuestros productos? ¡Encima sin mi consentimiento!

-¿Por qué se llama así? -Pregunto alucinada.- Nadie me ha dicho nada.

-Se suponía que era una sorpresa. -Espeta James con su habitual seriedad- Es justo que nuestro producto lleve el nombre de la persona que ha tenido la idea de su creación. -Le miro sin atreverme si quiera a parpadear- Pero sin embargo debo añadir que este anuncio es decepcionante. -Mira severamente a Claudia, yo quiero intervenir, pero soy consciente de que quedaría raro que una secretaria serenara a su jefe, así que agacho la cabeza y cierro el pico.- Cuando dije que quería que fuese un anuncio que transmitiera naturalidad y frescura no me refería a esto. ¡¿Pero en qué cabeza cabe que una modelo rubia y maquillada sea natural?! ¿Y por qué está desnuda en mitad de un prado? no tiene sentido, ¡este no es un anuncio de colonias y me temo que habéis entendido mal el concepto!

-Lo sentimos mucho señor Orwell. Si no es de su agrado podemos presentarle otras ideas y...

-¡Por supuesto que no es de mi agrado! ¡Es una bazofia!

Suspiro, alzo el rostro y entonces, a través de la cristalera que da al pasillo veo a Sofía, ¡La chica de *Naertura*! al final le han dado un trabajillo. Sonrío, ella me saluda fugazmente y entonces hago caso a un impulso irrefrenable. Me levanto al tiempo que me disculpo y dejo la reunión a medias para ir a saludarla.

-¡Nenaaa! -Me lanzo a sus brazos, ella me corresponde soltando una risotada en mi oreja- ¡Pero qué guapa estás! a la vista está que los aires de Barcelona te sientan de maravilla...

-¡Ni que lo digas! Al día siguiente de que hablara contigo me llamaron para una entrevista y bueno... aquí estoy. Hoy es mi segundo día.

Sabía que venías y por eso me he acercado para verte.

-¿Por qué no me has dicho que te han cogido?

-Solo estoy a prueba. No se lo he dicho prácticamente a nadie porque no quiero lanzar las campanas al vuelo. Pero que conste que eres la primera en saberlo, ni siquiera se lo he dicho aún a mi familia.

-Lo entiendo. Yo tampoco soy de las que alardean demasiado pronto. Pero bueno, ¿cómo te va?

-No me quejo. Estoy aprendiendo un montón, me tienen de ayudante de fotografía. ¡Me encanta la fotografía!

-Jolines, me alegro un montón.

-¿Y tú qué? ¿Cómo lo llevas?

Hago una mueca.

-Pues no demasiado bien, mi jefe está que echa humo. No le ha gustado la campaña publicitaria.

Se echa a reír.

-Pues será el único hombre al que no le ha gustado, porque no veas como estaban aquí de revolucionados con la llegada de la modelo.

-Sí, son hombres...

Miro sutilmente hacia el interior de la sala. Desde aquí no se oye nada pero sí percibo como James chilla, señala con el dedo la pantalla y se pone completamente rojo por el esfuerzo. Suspiro.

-Creo que tengo que entrar.

Veo como mi jefe señala hacia nosotras, moviendo sus manos con frenesí y yo me apresuro a sumarme nuevamente a la reunión.

-Si no sois capaces de hacer lo que os pido, no hace falta que os molestéis. Buscaremos otra empresa. -Claudica y yo me quedo boquiabierta- ¡Vámonos! espero que cuando vuelvan a llamarnos sea porque han captado la esencia de lo que pretendemos transmitir.

Sale enloquecido de la sala, yo me retraso un poco para hablar con Claudia.

-¿Qué ha pasado ahí dentro?

-Ay Anna... creo que hemos metido la pata. ¿Podemos quedar esta tarde, tomamos algo y te cuento?

-Claro. A las cinco salgo.

-Vale. A las cinco paso a recogerte.

Nos despedimos apresuradamente, luego corro hacia la salida para alcanzar a James. No veas como corre cuando quiere...

Entro en el coche cerrando la puerta tras de mí y no puedo evitarlo, tengo que hablar:

-Sinceramente no sé por qué te has alterado tanto, con decirles que no te gusta hubiese bastado, no hacía falta que te montaras en cólera.

Me fulmina con su mirada penetrante. Automáticamente me pongo tensa.

-Debería dirigirse a mí con más respeto señorita Suarez. ¿No hemos acordado que a partir de ahora seríamos solo jefe y secretaria? además, le recuerdo que el dinero que está en juego con todo esto es el mío y si una cosa no me gusta tengo el derecho de decirlo de la forma que yo crea conveniente. ¿Le ha quedado claro?

-¡Sí señor Orwell, muy claro!

-¡Bien!

Aprieto los labios. ¡Dios qué ganas de atizarle en esa cocorota! ¡Qué rabia que tenga el poder de callarme la boca, dejándome sin argumentos para protestar!

Regresamos a la oficina. No volvemos a vernos. Cada uno permanece en su lugar, de hecho, cuando considero que necesito comunicarle algo de interés le digo a Vanessa que lo haga por mí. Cuanto menos nos veamos, mejor.

Pasa el tiempo volando, a las cinco de la tarde Claudia está esperándome como habíamos acordado. Lo mejor de todo es que no viene sola, le acompaña Sofía. Corro ilusionada hacia ellas y las beso con cariño transmitiéndoles toda mi felicidad por verlas.

-¡Genial! una tarde de chicas, no sabéis como lo necesito...

Entramos en un bar de copas. La iluminación es escasa, pero hay buen ambiente y el servicio es impecable. Portándome bien, pido que me traigan únicamente un zumo. No quiero que mi estómago se resienta.

Hablamos, hablamos y hablamos. Nos reímos. Es increíble lo bien que conectamos y en cuestión de segundos nos hacemos confesiones íntimas.

-¿Sabes una cosa curiosa Anna?

Niego con la cabeza mientras doy otro sorbo a mi segundo zumo de piña. ¡Qué aburrido es esto de no poder beber!

-Cuando te ausentaste en la reunión, el señor Orwell no solo se le fue la pinza y empezó a gritar como un loco, dijo algo que me dejó un poco descuadrada, la verdad.

-¿Qué dijo? -Alzo el rostro, tengo la sensación de que he empalidecido de repente-

-Empezó a señalarte con el dedo y dijo que quería "eso", tu naturalidad, tu vitalidad y autenticidad plasmada en ese anuncio. Dijo que si no podíamos conseguir algo así, ya podríamos olvidarnos.

No sé qué decir. Mis ojos son incapaces de cerrarse.

-Eso nos ha hecho pensar... Sofía ha tenido una idea.

-¿Una idea? -Pregunto desconcertada, ellas sonríen por lo bajo, me siento desnuda ante sus miradas que dicen que saben más de lo que revelan-

-Las cremas llevan tú nombre. -Empieza Sofía mirándome con picardía- Además, el señor Orwell opina que tú reúnes todas las cualidades dignas de encarnar el anuncio que él espera, así que...

-No. -Digo dedicándoles media sonrisa torcida- No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación...

-Anna, esta es una campaña muy importante para nosotros. -Añade Claudia tocándome la mano para hacerme reaccionar- Y no únicamente eso, he decidido jugármela y poner al frente de este gran proyecto a Sofía. Creo que es una buena oportunidad para ella, si sale bien dará el salto y los jefazos la tendrán en cuenta para otros trabajos de mayor responsabilidad.

-No me podéis hacer eso... yo...yo... -Tartamudeo, soy incapaz de pensar, me han bloqueado-

-Anna, sé que te debo mucho, posiblemente el resto de mis días estaré en deuda contigo, pero por favor, esta es la oportunidad de mi vida. Si sale bien supondrá un gran cambio para mí, si sale mal a ti no te perjudicará en nada, únicamente yo sufriré las consecuencias ¿pero sabes qué? al menos tendré la satisfacción de haberlo arriesgado todo por realizar un sueño.

-Me pones en un compromiso Sofía... no sé qué decir...

-Di que sí. Por favor Anna...

Suspiro. Yo modelo publicitario. Insólito. Estoy segura que mañana me arrepentiré de esto, pero hoy me han convencido. Asiento y ellas estallan en carcajadas, me abrazan y me hacen la pelota, más les vale después de lo que estoy a punto de hacer, entonces se ponen en pie de un salto. No quieren esperar a que me arrepienta, hacen bien, ni yo misma puedo garantizar que eso no vaya a ocurrir.

Las sigo hacia el coche, me meto en él y dejo que me lleven a los

estudios.

El edificio está a oscuras, a estas horas ya no hay nadie. Mejor que sea así, o de lo contrario no sé si me atrevería.

Entramos en una especie de almacén enorme, está todo un poco revuelto. Miro todos los rincones: larguísimos colgadores de ropa, mesas con estuches de maquillaje, focos, pantallas, cámaras...

¡Me estoy estresando!

Claudia parece intuirlo, me acaricia el brazo y me susurra:

-Ponte algo de ropa.

-¿Qué me pongo?

-¡Lo que quieras! -Dice Sofía mientras calibra los focos frente a un fondo de palmeras caribeñas-

Sonrío por lo bajo. Ha dicho lo que quiera, se arrepentirá de haberme dejado vía libre.

Miro con atención toda la ropa. Necesito algo con lo que sentirme cómoda y sobre todo, no pienso enseñar nada. Mi cuerpo es únicamente para mí y para quien yo quiera.

Separo una a una las perchas del colgador y examino a conciencia cada prenda: ajustado, pequeño, grande, enseña mucho, soso, muy chillón, demasiadas lentejuelas... ¡Este!

Descuelgo un jersey ancho de angorina color blanco. Es suavísimo, muy ochentero, ¡me encanta!

Empiezo a desvestirme, me quedo solo en ropa interior y me coloco el jersey, lo hago con gracia, dejando el hombro derecho al descubierto, me miro en uno de los espejos y me veo fabulosa. Es algo corto, pero queda bien. Mi pelo es el que no me convence. Me quito la coleta y lo sacudo un poco. Está ondulado, cae en cascada por los hombros, me doy cuenta de que lo tengo demasiado largo ya. Me lo coloco hacia un lado y lo estiro un poco con los dedos. Cojo un poco de maquillaje sutil: colorete, un brillo rosa para los labios y me remarco la línea negra del ojo, acentuándolos más.

Salgo de mi escondrijo y me muestro extendiendo los brazos.

-¡Bualá! ¿qué os parece?

-¡Genial! Es muy tú.

Sonrío.

-¿Bueno y qué se supone que tengo que hacer?

-Cuando estés preparada siéntate en el centro de la tarima, delante del fondo de las palmeras. Te he preparado las cremas. Solo pretendo coger algunos planos preliminares con la cámara, así que te haré preguntas y tú contestas. Solo eso.

-¡Ah genial! es solo una prueba, ¿no?

-Sí. Así que no te pongas nerviosa.

-Vale. Fácil. ¿Entro ya?

-Cuando quieras.

Suspiro y me encamino hacia la tarima, subo el pequeño escalón dando un salto y me siento en el centro, con mucho cuidado de no enseñar mis braguitas de topos rojos.

-Vaya... no las había cogido hasta ahora. ¿Son alucinantes no crees? -Digo enseñándole una de las cremas que hay frente a mí. Sofía está concentrada colocando la cámara-

Abro el pequeño tarrito y me lo llevo a la nariz.

-Huelen de maravilla.

-¿A qué huelen?

-Mora, fresa, vainilla, café y fragancia del mar.

-¿Qué te parecen Anna?

-¡Una pasada! nunca había visto una crema con olor a café. Además son cinco, supongo que lo han hecho así pensando en los cinco días laborales de la semana. Para llegar al trabajo acompañada cada día de un aroma diferente.

Destapo la de olor marino, me la llevo a la nariz y cierro los ojos al aspirar su reconfortante perfume. Cojo una pequeña porción de crema para untarla en el dorso de mi mano.

-¿Sabes qué es lo mejor?

-¿Qué? -Me contesta Sofía algo ausente, mientras toca diversas teclas de la cámara-

-Que son cien por cien ecológicas. Sinceramente creo que ese es el futuro.

-Estoy completamente de acuerdo.

Sonrío, entorno la mirada y casi me quedo ciega por mirar fijamente un foco.

-¿Has acabado ya? -Pregunto llevándome una mano a los ojos a modo de visera-

-Sí. -Ya puedes levantarte-

Me pongo en pie de un salto, lo hago con tanta energía que estoy a punto de caer de nuevo, me muevo rápidamente para encontrar el equilibrio.

-Uy... ha faltado poco. -Me echo a reír- Por cierto estas cremas me las llevo a casa. -Me agacho las cojo del suelo y despejo el plano-.

-Muy bien Anna, -Sofía detiene la cámara y apaga los focos-. Ya puedes cambiarte, hemos terminado.

-¿Ya? -Dice Claudia acerándose a nosotras con el rostro desenchajado-.

-Ya hemos terminado. -Repite Sofía y yo dedico una mirada desorbitada a Claudia, que parece preocupada-.

Voy a cambiarme. En cuanto termino guardo las cremas en mi bolso y me dirijo a ellas, que siguen hablando de algo que se me escapa.

-¿Qué pasa?

Sofía me dedica una enorme sonrisa, guarda la cámara en su maletín y se lo cuelga en el hombro.

-Ahora solo queda faena de montaje en el ordenador.

-¡Pues qué rapidez! ¿No me irás a poner unas tetazas ni nada parecido, no?

Empieza a reír.

-¡Qué va! creo que no te hacen falta más tetas...

-¡Oye!

-Has empezado tú. -Se excusa y yo me echo a reír-





Sí, esta minifalda no me queda bien, sino lo siguiente. Me miro en el espejo el culo desde todos los ángulos. Luego, me subo los leotardos y recoloco mis botas. Sonrío animada frente al espejo, estoy contenta. Regreso a mi mesa y veo que Vanessa me sonrío de oreja a oreja.

-Ha llegado eso para ti.

Levanta un impresionante centro de frutas, exquisitamente cortadas y listas para comer. Hay kiwis, fresas bañadas en chocolate, taquitos de piña, uvas... de todas salen palitos para poder cogerlas y comerlas.

-¿Qué es eso?

Estoy tan ilusionada que cojo el centro y lo dejo sobre mi mesa. Desclavo un palillo con una fresa y me lo llevo a la boca. El chocolate está crujiente y realza el mágico sabor de la fruta.

-¡Coge una Vane! esto está buenísimo.

Ella arranca una diminuta uvita. Me echo a reír, se que le sabe mal destrozar la elaborada construcción de tres pisos, pero si no se come se pudrirá y eso sí que es una pena.

Cojo la tarjeta que acompaña el centro. La baro.

»El lunes me enteré de tu indigestión, así que como médico te recomiendo una dieta ligera y saludable los próximos días. ¿Nos vemos el viernes? nada de pescado crudo, lo prometo.«

Sonrío como una tonta. ¡Este Franco es todo un amor!

Le dejo leer a Vane la tarjeta, en cuanto termina me mira. Nos abrazamos y empezamos a dar saltitos frenéticos. Nos detenemos en seco cuando James se acerca a nosotras con semblante serio. ¡Qué habilidad tiene para estropear los buenos momentos! parece que tenga un radar de felicidad y enseguida se persona para aguaros la fiesta.

-¿Perdiendo el tiempo señorita Suarez?

Agacho la cabeza. Vane interviene por mí, lo cual me impresiona.

-Solo ha sido un momento señor Orwell. Es que Anna ha recibido un regalo y...

-¿Un regalo? -Mira hacia mi mesa, ve el centro y la vena de su cuello se dilata-

-Coja sus cosas. Tenemos una cita en Taos en veinte minutos.

Espero que esta vez hayan hecho un trabajo que valga la pena o de lo contrario van a lamentar hacerme perder el tiempo de esta manera.

Trago saliva. Está muy, pero que muy enfadado. Sin embargo yo no puedo dejar de pensar en el dichoso anuncio. Estoy nerviosa y solo es porque sé que como mínimo un primer plano mío se va a haber en él. No creo que eso mejore el humor de James, puede incluso desprender humo por las orejas cuando se entere. Además, también me preocupa que no ha osado girarse en mi dirección ni una sola vez y mucho menos dirigirme la palabra desde que hemos entrado en su coche. ¿Será que por fin ha decidido hacerme caso y poner más distancia entre nosotros?

Tras pasamos las puertas giratorias de la empresa de publicidad. Claudia reaparece muy animada, me sonrío y entonces comprendo que todo ha ido bien. Sofía se añade al grupo poco después. James la mira extrañado, sabe que la conoce de algo aunque no recuerda de qué. Nos cogemos del brazo dándonos apoyo mientras entramos en la enorme sala insonorizada. Ella me suelta, suspira y me mira. Vuelve a sonreír intentando tranquilizarme, es irónico que precisamente ella, en su situación, intente tranquilizarme a mí.

Cogemos nuestras tazas de café, esta vez sin un solo bollo. James apenas ha abierto la boca desde que hemos llegado, su cabreo es palpable quilómetros a la redonda, por lo que desde el principio sé que, enseñen lo que nos enseñen hoy, no va a ser de su agrado.

Sofía espera a que Claudia le de la señal. Se encamina hacia el reproductor e inserta una pequeña tarjeta. Una vez en la mesa, con un mando a distancia dan al *play*.

Me pongo completamente tensa al reconocer ese escenario.

Se ve la pantalla de palmeras, pero el plano es lo suficientemente abierto y se percibe con claridad que es un decorado. Entonces, se ven mis pies descalzos correteando por el suelo, salto y me subo a la pequeña tarima de madera. Sonrío automáticamente mientras estiro el mini jersey hacia abajo para poder sentarme sin que se vea nada.

-Vaya... no las había cogido hasta ahora. ¿Son alucinantes no crees?

Miro distraída hacia la cámara, confiada en que Sofía aún no me está grabando.

Entonces atrapo con los dedos un mechón rebelde de pelo y lo coloco detrás de la oreja. No me acordaba de ese movimiento, de hecho por

lo cómoda y relajada que se me ve, bien podría estar en el comedor de mi casa.

Abro la crema de vainilla. La huelo.

¡Jo qué vergüenza! no puedo apartar mis ojos de la pantalla pero al mismo tiempo me voy escurriendo en la silla, escondiéndome todo lo que puedo.

-Huelen de maravilla.

-¿A qué huelen? -Pregunta Sofía detrás de la cámara-

-Mora, fresa, vainilla, café y fragancia del mar.

-¿Qué te parecen Anna?

-¡Una pasada! -Reconozco sonriente, no era consciente de que sonreía tanto y por todo- nunca había visto una crema con olor a café. Además son cinco, supongo que lo han hecho así pensando en los cinco días laborales de la semana. Para llegar al trabajo acompañada cada día de un aroma diferente.

Destapo otra crema, esta vez la del tarro azul turquesa, me la llevo a la nariz y cierro los ojos como una tonta. No contenta con eso, me pongo un pegotito de crema en el dorso de la mano y la extiendo.

-¿Sabes qué es lo mejor? -Digo sin mirar a cámara-

-¿Qué?

-Que son cien por cien ecológicas. Sinceramente creo que ese es el futuro.

-Estoy completamente de acuerdo.

Sonrío, miro distraída hacia la luz y hago una embarazosa mueca mientras intento protegerme del resplandor.

-¿Has acabado ya?

-Sí. Ya puedes levantarte.

Me pongo en pie de un salto, como un pequeño cervatillo, y para mayor humillación estoy a punto de caer.

-Uy... ha faltado poco. -Me echo a reír- Por cierto estas cremas me las llevo a casa.

Las recojo del suelo y salgo apresuradamente de la lente de la cámara mientras unas letras en blanco invaden la pantalla: *Anna's line. Cosmética natural para el cuerpo.*

Termina el anuncio. Mis mejillas son ahora de un rojo intenso. ¡No ha cambiado absolutamente nada! ha grabado el anuncio tal cual, sin guión, sin nada... no me lo puedo creer.

Obviamente todas las miradas están pendientes de mi jefe. Sus pupilas se han dilatado, se ha quedado petrificado frente a la pantalla. Ni se mueve.

Después de un rato angustioso en el que todos los presentes hemos dejado de respirar temiendo su desproporcionada reacción, él se echa a reír, dejándonos a cuadros. Sus carcajadas van en aumento a cada segundo, incluso se cubre los ojos con una mano sin dejar de agitarse convulsivamente como un loco.

-Quiero volver a verlo. -Dice y Sofía se adelanta, coge el mando y vuelve a poner el video, yo solo quiero que la tierra se me trague...-

Esta vez James se inclina hacia delante en su silla, coloca los codos sobre las rodillas y sostiene su barbilla con las palmas de las manos extendidas. Esta vez sonrío cuando salto a la tarima de improviso y esa misma sonrisa le acompaña los casi treinta segundos que dura el anuncio.

-¿Este spot se acerca más a sus expectativas señor Orwell? -  
Pregunta Claudia sin dejar de mirarle-.

-No se acerca. -Contenemos el aliento- Las supera. -Suspiros de relajación salen de las bocas de algunos de los presentes- Es una pena que hayamos pactado un presupuesto previo.

-¿Por qué? -Pregunta Claudia por curiosidad-.

-Porque por un anuncio como este hubiese estado dispuesto a pagar el doble.

A Sofía se le llenan los ojos de lágrimas, no solo su revolucionaria idea de hacer un anuncio al descubierto, sin planificar y con pocos recursos a nivel estético ha llamado la atención de mi jefe, sino además, ha dejado a todos los presentes boquiabiertos. Es sin duda un nuevo concepto de publicidad, donde no se intenta maquillar la realidad, se muestra tal cual es, con sus defectos, sin adornos ni engaños. Muestra la transparencia que James buscaba, mi ingenuidad y espontaneidad hace el resto.

-¿Entonces hay acuerdo? -Quiere asegurarse Claudia-

-Por supuesto. -Estrecha la mano de ella con fuerza- Compro este anuncio así como toda la campaña de publicidad fotográfica que haréis con la misma modelo del anuncio.

-¿Qué? -Ya no lo aguanto más y salto.- Con mis debidos respetos señor Orwell creo que yo tendré algo que decir al respecto.

Se gira para mirarme, es la primera vez que lo hace desde que hemos entrado en la sala. Respiro aliviada cuando veo en sus ojos cierto

aire divertido.

-Usted ha iniciado esta campaña, ha puesto su imagen al producto, no podemos cambiar de modelo en las fotos.

-Pues mira por donde yo creo que sí se puede. No pienso prestarme a una sesión fotográfica. Eso es demasiado incluso para mí. - Pongo los brazos en jarras, James se acerca sonriente, le divierte mi expresión indignada. Nos miramos largo rato, ninguno de los dos piensa ceder-.

¡Joder! mejor no preguntéis.

No sé cómo coño he acabado con el jersey de angorina blanco otra vez, sentada en una envejecida silla de madera plegable sosteniendo las cremas en mis manos mientras me hacen fotos desde diferentes perspectivas.

"Que si sonrío un poco más, que si un poco menos, colócate el pelo, mira hacia un lado..."

Solo tengo ganas de gritar. Pero cuando estoy a punto de abandonar miro a Sofía y me enternezco, parece brillar como una estrella. Claudia confía en ella, la deja hacer sin poner objeción alguna a su creatividad e ideas.

Maldigo a James varias veces mientras mi amiga me obliga a cambiar de postura: de pie, tumbada, de costado, flexionando un codo, dando un salto... sería divertido saber que esas fotos van a quedarse para siempre en el fondo de un cajón, pero siendo plenamente consciente que en algún momento van a publicarse, me hace ponerme de mala leche. ¡No quiero que me reconozcan, ni que me señalen con el dedo! no quiero verme en la televisión, en las revistas o donde quiera mi jefe colocarme. Es toda una faena.

Mis amigos no dan crédito cuando les explico las últimas novedades, están ilusionadísimos por ver el dichoso anuncio. Hoy me he enterado que mi jefe ha sellado una clausula millonaria para poner su primera emisión justo después de las doce campanadas que dan la bienvenida al dos mil catorce. Sabe que llega tarde para la campaña navideña así que como idea descabellada va a abrir el año con nuestro producto, eso es lo mismo que decir que va a lanzarse a una piscina de lava sin ropa ignífuga. Su dinero puede estar en juego, pero mi imagen también, si esto sale mal no sé a qué me expongo exactamente.

En la oficina todo sigue igual que siempre. Nadie sabe que soy la imagen de las nuevas cremas, salvo Vanessa, para ella no hay secretos.

La semana pasa volando. Entre la campaña publicitaria y el trabajo prácticamente no me queda tiempo para nada más. Pero por mucho trabajo que tenga, no me olvido de Franco. Tenemos una cita pendiente y ante la perspectiva a de un día inolvidable con un chico original, no dejo de sonreír durante toda la tarde.

Me he puesto un vestidito de rayas verticales de diversos colores que estiliza un montón. Retoco un poco el maquillaje frente al espejo del baño y salgo al vestíbulo con las mejillas encendidas.

Voy a coger el ascensor. Las puertas se abren, entro y me quedo parada cuando James lo hace conmigo. Además no va solo. Su prometida tiene el brazo entrelazado en su codo ligeramente flexionado. Trago saliva. No podía presenciar una situación más incómoda.

-¿Por qué no me llevas a cenar a ese restaurante selecto al que fuimos la primera vez que vinimos a Barcelona? -Empieza Alexa en tono zalamero con su cuidado acento inglés-

-No me apetece, tengo ganas de otro tipo de comida hoy.

-¿De qué?

-Me apetece comida mexicana. ¿Qué te parecen unas quesadillas?

-¿Cómo?

¡Cabrón! trago saliva nerviosa, con tan mala suerte que se me va hacia otro lado y empiezo a toser como una posesa. ¿A qué juega este estúpido? ¿Por qué dice eso en mi presencia sabiendo lo que eso significa para nosotros?

Sigo tosiendo mientras la estirada me mira de arriba abajo conteniendo una mueca de asco infinito.

-¿Se encuentra bien señorita Suarez? -Pregunta el capullo de mi jefe escondiendo una apretada sonrisa-

Asiento en cuanto me recompongo. Se abren las puertas del ascensor y antes de salir se la devuelvo. Miro mi reloj con rapidez y añado:

-¡Uy! ¡llego tarde a mi partida de bolos con Franco!

Corro por el pasillo dándoles la espalda, ni siquiera me despido, tampoco miro hacia atrás, únicamente le demuestro que puedo defenderme. Tal vez sea esta la forma que tiene de enviarme mensajes en clave, de decirme que se acuerda de mí... pero sinceramente, hoy por hoy ese comentario me parece de muy mal gusto.

Salgo del edificio con el ceño fruncido y los labios prietos. Miro a mi alrededor, entonces lo veo. Franco estaciona su Seat león blanco frente a mí y yo corro a abrir la puerta para refugiarme dentro.

-Buenas tardes.

-¡Pero qué guapa sos!

-¿Has visto? Pretendía impresionarte. ¿Lo he conseguido?

-Sin lugar a dudas. -Sonríó- ¿Pero por qué querrías impresionarme?

-Bueno eso te lo revelaré después de cenar, eso sí, esta vez escojo yo si no es mucho pedir... -se echa a reír- Me apetece una pizza. ¿Te apuntas?

Hace una mueca.

-Lo cierto es que no tengo demasiada hambre, ¿vamos directamente al postre?

Le doy un cariñoso guantazo en el brazo.

-¡Ni pensarlo! como médico debería saber que no es bueno hacer deporte con el estómago vacío...

-Hacer deporte ¿eh? tienes mucha razón. -Hace un cambio de sentido rápido, las ruedas chirrían en el asfalto- Acabo de recordar que hay una pizzería a pocos metros de mi casa.

Reímos sin parar. Me gustan sus indirectas, su forma de hacerme sentir tan deseable, como busca siempre el doble sentido a mis palabras, sus adulaciones sinceras, su cariñoso acento... ¡todo! a estas alturas me gusta todo de Franco, bueno eso y que para qué negarlo, llevo días falta de sexo y saber que James lo estará haciendo a todas horas con su novia, no hace más que incrementar mi necesidad de buscarme un sustituto que me haga olvidarles.

Llegamos al restaurante: *La dolce vita*. Es italiano. ¡Bien! seguro sé que nada de lo que coma aquí va a sentarme mal.

Nos sentamos en una de esas mesitas redondas muy monas, con su mantelito de cuadros rojo y todo.

El camarero, un italiano imponente se acerca para tomarnos nota. Noto como me mira, obviamente, Franco no se da cuenta. Le sonrío fugazmente por la gracia que me hace su descaro, desde hoy constato que el mito del italiano seductor es cierto.

Pedimos una ensalada de la casa con queso de cabra de primero y una pizza cuatro estaciones para compartir de segundo.

Como no podría ser de otra manera, la comida está buenísima.

Franco no deja de hacerme reír desde que nos hemos sentado. Después de darle a entender que esta noche habría tema no hace más que hacer referencia a eso, ¡hombres! qué fácil es tenerlos entretenidos.

-Del uno al diez ¿cuántas ganas *tenés* de sexo?

Ingiero el último trozo que tengo en la boca y estallo en sonoras carcajadas.

-¿El tope es el diez? -Pregunto risueña-

Franco traga el último pedazo de pizza que queda en su plato y levanta la mano enérgicamente.

-¡Camarero! -Grita y de su garganta brota un estridente gallo que nos hace reír todavía más-.

Paga la cuenta mientras tira de mí pegándome todo lo posible a él, está como una cabra. Tropieza por el camino y a punto está de caerse. Me detengo porque simplemente no puedo dejar de reír, me inclino hacia delante intentando llenar de aire mis pulmones para poder continuar, pero Franco no me concede ese privilegio, me despega del suelo cargándome sobre su hombro, como si fuera un saco de patatas y sube las escaleras de su edificio conmigo a cuestas. La sangre se concentra en mi cabeza, colgada boca abajo mientras doy pequeños golpecitos en su espalda, pero no me hace caso. En mi vida había reído tanto.

En cuanto llegamos al interior de su apartamento me suelta. Intento recolocar mi melena alborotada.

Él se aleja, va hacia la cocina americana que tiene en medio del salón, abre la nevera y saca una botella de champan. La descorcha dejando que el tapón estalle y rebote contra el techo. Llena dos copas, me entrega una.

Doy un pequeño sorbo y cierro los ojos, está bueno, muy suave, además de fresquito, entra de maravilla.

-Bueno... -carraspea forzosamente- me tienes cardiaco. -Hace que se toma el pulso y me mira- Más de cien pulsaciones por minuto, necesito descender el ritmo para evitar un infarto. ¿Se te ocurre algo?

-No lo sé, no soy médico... me pregunto qué me diría un experto.

Se acerca lentamente, me retira la copa de las manos y la deposita sobre la mesa que hay al lado.

-Un experto te diría que antes de que se produzca eso necesitas liberar tensión. -Su mano roza mi rostro con suavidad, descendiendo por



mi cuello. Mi piel se vuelve de gallina porque me hace cosquillas-.

Imitando su último movimiento acaricio también la piel suave y tersa de su mejilla morena, lo atraigo hacia mí y junto mis labios con los suyos. Sabe a champan, abro más mi boca, hasta abarcar la totalidad de la suya. Introduzco mi lengua lentamente, le acaricio y él me devuelve la caricia, aunque con excesiva saliva para mi gusto.

¡Bueno ya estoy poniéndole pegas! ¡Esta noche ni hablar! no me permito ni una sola queja.

Vuelvo a concentrarme en el beso, me retiro un poco para morder su labio inferior, es tan carnoso... Sonríe, se lo lamo y vuelvo a asaltar su boca con vehemencia. Me animo, me caliento y le empujo mientras me muevo con decisión sobre él. Suspira en mi boca, le he dejado extasiado, aprieta mi cintura unos segundos, luego baja las manos y las pasea por mis muslos subiendo mi falda. Va demasiado rápido, pero por otro lado, yo también tengo muchas ganas. Sus manos se pegan a mis nalgas, las aprieta mientras camina llevándome de espaldas hasta su habitación. En cuanto percibo su cama tras mis rodillas me siento. Le guiño un ojo cómplice y me desabrocho la cremallera de las botas muy despacio. Me quito los leotardos y espero a que él deje al fin de mirarme y se disponga a desnudarse también. Enseguida capta mis pensamientos y se desabrocha los pantalones. Sigue quitándose prendas de ropa hasta quedarse completamente desnudo, yo hago lo mismo sin retirar ni por un segundo mis ojos de él.

Me tumba sobre el mullido colchón y él se coloca encima. Me besa los pechos, los estruja hasta casi hacerme daño. Escondo una mueca y vuelvo a concentrarme en sus manos, que ahora recorren mi cintura hasta detenerse en mis caderas. No deja de besarme en los labios mientras me palpa.

En ese momento alarga la mano, saca un preservativo del cajón de la mesita y lo desfunda para colocárselo. Me quedo con la boca abierta, ¿ya piensa ir al grano?

Y sí, ahogo un chillido cuando su duro y erecto miembro entra en mí sin previo aviso. No se detiene en las embestidas. Intento relajarme para que deje de dolerme, la verdad es que su forma de hacer el amor es un tanto... ¿cómo lo diría delicadamente? rústica. Se mueve de delante hacia atrás, jadea en mi oreja y al mismo tiempo, una de sus manos presiona uno de mis pezones con el dedo índice y pulgar. ¡Por Dios!, ¿es que pretende

sacar leche? ¿Qué coño hace? miro al techo mientras me dejo vapulear, como mucho veinte segundos más, hasta que él me proporciona un par de sacudidas fuertes y se corre. La saca enseguida, rueda hacia un lado y me mira sonriente. Yo todavía no puedo cerrar la boca debido al shock.

La imagen animada de Bugs Bunny diciendo eso de: "¡eso es to- eso es to- eso es todo amigos!" se infiltra en mi mente. Lo peor de esta situación es mirarle y comprobar que encima el tío está satisfecho. Madre mía... se me ha caído las expectativas del argentino caliente a los pies, ahora solo puedo pensar en el italiano del restaurante, seguro que al menos era mejor amante.

-Ha sido genial... -Dice y me coge de la mano, ¡oh Dios qué repelús!-

-Sí... -Miento para no destrozar su ego masculino, aunque por otro lado pienso que es cruel no decirle a la cara que no sabe cómo hacer el amor a una mujer, alguien debería decírselo, en cierto modo eso nos hace un favor a todas-.

Veo el cariño en sus ojos. Me mira como diciendo: "quiero echar muchos más de esos contigo" pero yo no tengo ninguna duda de que conmigo no será. ¡Vamos! puede que esté desesperada, pero no por ello voy a conformarme.

Me quedo un rato más en su cama. Desnuda y sin perder del vista el blanco techo. No quiero irme demasiado pronto aunque por dentro no hago más que desear salir corriendo de ahí. ¡Qué decepción más grande! pero claro, si comparo este sexo al que he tenido con James... ¡NO! ¡PARA! ¡no vuelvas a pensar eso en la vida! James está o debe estar fuera de tu cabeza para siempre. ¡Pero vaya mierda! ¿Por qué tendría que ser tan bueno en el sexo? ¡Maldita sea! ¡es que ni tan solo era normalito, sino sensacional! ¿Y si a partir de ahora jamás vuelvo a disfrutar del sexo? ¿Y si ese inglés me ha condicionado para siempre?

No quiero pensar eso... pero lo cierto es que no dejo de darle vueltas. ¡Jo! ¡echo de menos a Manolo cara bolo!

Cuando tengo la endereza necesaria me yergo en la cama. Cojo mi ropa y empiezo a vestirme, Franco me mira confundido.

-¿No te quedas?

-Verás, mañana tengo muchas cosas que hacer y... lo entiendes, ¿verdad?

Él se levanta, se viste también. Me siento culpable, soy un ser

perverso, pero quedarme avivaría sus ganas de querer repetir conmigo, le daría a entender que quiero continuar con esto y lo cierto es que no. Lo siento Franco pero no me atraes tanto como para que el sexo sea algo secundario en nuestra relación.

-El domingo libro. -Dice albergando la esperanza de volver a vernos-.

-Mmmm... mira hacemos una cosa: seguimos en contacto, pero no hace falta que nos veamos cada día, ni cada fin de semana, ¿vale? tengo la sensación de que vamos demasiado rápido.

Me mira extrañado.

-Pero has sido tú la que querías...

-Sí. -Reconozco y le miro con cariño- Ha estado bien, pero ahora siento que hemos sobrepasado un límite sin estar realmente preparados ninguno de los dos.

-Anna... ¿intentas decirme algo? ¿quieres que dejemos de vernos?

Suspiro. Qué difícil me resulta esto. No quiero hacerle sentir mal pero no puedo disimular y fingir que todo está bien porque no es así.

-Sí. -Admito sin alargar más esta agonía- Necesito un poco más de espacio.

Asiente, pero veo la tristeza reflejada en sus ojos, esa expresión en su rostro me hace sentir como la mala de la película.

-¿Podré llamarte alguna vez?

Me encojo de hombros. Lo cierto es que estoy tan decepcionada que no quiero que lo haga. Al menos durante un tiempo.

-Está bien Anna. -Ataja- Lo entiendo. No te ha gustado.

-¡No es eso! -Miento y eso me hace sentir todavía peor- es que ahora me arrepiento de que todo haya ido tan rápido, pero es culpa mía, de verdad, tú no has hecho nada.

Y entonces le dedico una sonrisa fugaz, en esta ocasión he sido sincera: realmente él no ha hecho nada, nada de nada, ha sido el polvo másroso de toda mi vida.

Cojo mi bolso que con las prisas se ha quedado tirado por ahí y me marchó. Cojo un taxi. Permanezco "*hipnosapo*" durante todo el trayecto. Todavía no doy crédito. En los momentos de mayor flaqueza, intento justificarle: igual ha tenido un mal día, estaba nervioso, su necesidad le ha jugado una mala pasada... ¡pero qué va! la única realidad es que es malo de cojones.

En cuanto logro esquivar las preguntas de mis amigos y encerrarme en mi cuarto me dejo caer de espaldas sobre la cama con los brazos y piernas extendidas.

No sé por qué, justo entonces una canción escuchada hasta la saciedad durante mi adolescencia me envuelve como un huracán, de la mano de Laura Pausini:

*Se fue, se fue, el perfume de sus cabellos,  
se fue el murmullo de sus silencios,  
se fue su sonrisa de fabula,  
se fue la dulce miel que probé en sus labios,  
se fue me quedó solo su veneno  
se fue y mi amor se cubrió de hielo...*

Decido seguir torturándome un poco más con estrofas significativas de esa misma canción, en el fondo estoy hecha toda una masoquista:

*...En esta vida oscura, absurda sin él, siento que  
se ha convertido en centro y fin de todo mi universo  
Si tiene límite el amor lo pasaría por él  
Y en el vacío inmenso de mis noches yo le siento...*

James... ¿qué me has hecho?

Suspiro. Cierro los ojos, obligándome a olvidar. Esto solo es una etapa, una fase que pasará como tantas otras. Este hombre no es para mí, no lo es porque de lo contrario ahora estaría aquí conmigo en lugar de saciar los antojos de un sofisticado insecto palo inglés.



Las semanas pasan a una velocidad vertiginosa. Intento dar todo de mí en el trabajo, pretendo dejar las cosas bien atadas para no tener que preocuparme de nada durante las vacaciones de navidad. Hago un sinfín de horas extra, a veces trabajo como si esta maldita empresa fuese mía. Entonces Sofía me envía un e-mail, en él me adjunta parte de las fotos que pondrá en la campaña publicitaria de *Anna's line*.

Descuelgo la mandíbula en cuanto abro el correo, su trabajo es muy bueno. Son fotos naturales, pero muy cuidadas. Sonríó al verme posando de esa guisa, salta a mi vista mi poca experiencia y en algunas fotos se me ve algo rígida, pero ahora lo entiendo, es justo esa esencia la que quería captar en mí: mi total inexperiencia. No puedo decir más que lo ha conseguido, se me ve pizpireta, con esa mirada negra y brillante, como chocolate líquido, a juego con mi pelo largo, ondulado y puesto de cualquier manera. Si no fuese porque esas fotos son mías, diría que me gusta su idea: como es capaz de plasmar la sencillez.

Las miro durante largo rato, analizando cada detalle. Está todo estudiado, nada ha sido puesto ahí al azar: ni el fondo mal colocado que hay a mi espalda, la silla desgastada o la posición del jersey, que a punto está de escurrirse de mi hombro dejándome un pecho al aire.

-Un buen trabajo.

Doy un bote en mi asiento, mientras me cubro el pecho con la mano, girándome hacia atrás al mismo tiempo. ¡Menudo susto!

Cierro rápidamente la pantalla muerta de vergüenza, James sonrío, se coloca a mi derecha y casi susurrando dice:

-Te confieso que no he dejado de mirarlas desde que las he recibido. Tengo encargada una en grande para colocar en el vestíbulo de la empresa tan pronto como hagamos público el anuncio.

¿Puede avergonzarme todavía más? La respuesta es sí. Sí puede.

-¿Aquí, en la oficina? -Pregunto elevando el tono, presa del pánico-.

-Sí.

-No creo que sea una buena idea, los cotilleos de la gente y los comentarios malintencionados...

-Anna, te verán de todas formas en la publicidad.

-Ya, pero no es lo mismo...

Sonríe, su rostro dulce me deja tonta. Me levantaría ahora mismo y le besaría sin importarme las consecuencias, haría tantas cosas si supiera que él puede corresponderme libremente... pero no es el caso, así que más vale que alce un sólido muro infranqueable a mí alrededor para que él no pueda entrar e invadir lo poco que ha quedado de mí tras su marcha.

Quiere añadir algo, pero antes de que logre articular palabra el insecto palo inglés se aproxima con movimientos lentos y vacilantes a nosotros, flexionando ligeramente los codos y tirando los brazos hacia delante mientras sus manos se unen en el centro para frotarse. Ahora me recuerda todavía más a un insecto.

-¿Te queda mucho aquí amor mío? -Le envuelve con sus largos tentáculos desplegados, mientras el cuerpo de James se torna rígido en respuesta.- Tenemos que terminar nuestra lista de boda, ayer la dejamos a medias...

Él cierra los ojos, como intentando mantener la serenidad.

-Está bien Alexa, nos vamos ya.

¡Cabrón! ¡Le odio! ¿Cómo puede dejarse llevar de esta manera? ¡En lugar de sangre tiene horchata! su actitud sumisa solo me da ganas de cogerle fuertemente de las solapas de tu traje para zarandearle mientras chillo "¡REACCIONA!" a vivo pulmón.

En cuanto logro recomponerme de mi exaltación, sigo trabajando media hora más antes de irme yo también.

-¿Qué es todo esto? -digo no bien llego a mi apartamento. Está todo lleno, inundado de flores de colores, no cabe ni una más-.

-¿Qué te parece? -Pregunta Lore poniendo los ojos en blanco-  
Alguien intenta llamar la atención de Mónica.

-¿El jovencito?

-Eso parece.

Sonrío. Desprendo una flor del ramo y me la llevo a nariz. ¡Qué bonito!

Llaman al timbre. Lore empieza a reír, se gira y grita:

-¡¡¡Mónica!!!

Ella sale malhumorada de la habitación, dando un portazo. Ni siquiera me dice "hola" cuando me ve. Abre la puerta de entrada con

brusquedad cuadrándose ante ella como una guerrera.

-¿Qué?

-Traigo este ramo para Mónica Rodríguez.

-Soy yo.

-Si es tan amable de firmarme aquí...

Ella firma y cierra la puerta en sus narices. Tira el ramo en la mesa, yo lo recojo con cuidado y le hago sitio en el jarrón.

-¿Cuánto tiempo llevas así?

-Toda la tarde. -Contesta algo brusca- ¿Te lo puedes creer? ¡Me está mandando flores desde todas las floristerías de la ciudad! ¡Es que esto no tiene fin! ¿Hasta cuándo va a durar?

Se me escapa una risilla traviesa.

-A alguien le importas y mucho.

-¡Pues ya se puede ir olvidando! No deja de ser mi alumno por más flores que insista en enviarme.

Llaman al timbre otra vez.

-¡joder! -Grita desesperada y se lleva las manos a la cabeza-

-Yo sé cómo parar con esto... -aventuro a riesgo de jugármela-

-¿Cómo? -Pregunta esperanzada-

-Queda con él. Aunque solo sea para tomar un café, porque me da que no va a dejar de enviar flores hasta lo hagas.

Vuelven a llamar. Mónica suspira y vuelve a abrir la puerta.

Miro a Lore y ambos reímos en silencio.

Mónica reaparece poco después. Vuelve a tirar el ramo, esta vez de rosas rojas sobre la mesa.

-¡Está bien! Ese gilipollas se va a enterar.

coge una, de las decenas de tarjetas que acompañan a las flores, teclea de mala manera el número que hay escrito en ellas.

-¿Se puede saber qué coño te pasa? haz en favor de dejar de enviarme flores, ¿Es que quieres originar un caos medioambiental o qué?

Reprimo la risa y me siento en el sofá junto a Lore, sin perder de vista a mi amiga.

-¡No quiero ni una más! ¿Te queda claro?

Empieza a caminar nerviosa por toda la habitación.

-¡Ni en un millón de años! -Claudica y cuelga. Mejor no decirle nada cuando está así, es capaz de escupir fuego por la boca-

Vuelven a llamar al timbre. Ella grita. Saca otra vez el móvil del



bolsillo y llama de nuevo.

-¿Qué quieres, volverme loca?

Se sienta en la silla bruscamente, mientras da un puñetazo contra la mesa.

-Está bien. En cinco minutos estoy ahí, más te vale acabar ya con esto.

Se levanta de la silla de un salto. Nos mira.

-Voy a cantarle las cuarenta. -Dice y se dirige al perchero de la entrada para descolgar su abrigo.- No quiero ninguna sonrisa ni comentario con segundas por vuestra parte. -Nos señala con el dedo acusador y los dos levantamos las manos a la vez, en son de paz-.

-Que te vaya bien tu cita... -Añade Lore, a lo que Mónica le fulmina con la mirada.-

-No es una cita. Y te lo advierto, cualquier comentario desdeñoso y haré que te comas tus palabras.

Aguantamos la risa hasta que sale del piso envuelta en una oleada de rabia e ira, antes de empezar a reír como posesos. Ese pobre chico se acaba de convertir en mi nuevo ídolo.

Mi humor varía como una veleta durante los próximos días. A veces soy la chica radiante, dicharachera y vital de siempre, aquella que todo el mundo conoce. Otras, parezco la sombra de un ser inanimado. Incluso Pol se ha dado cuenta. Sé quién tiene la culpa de todos esos cambios bruscos de humor: no es más ni menos que James. Es verlo y asaltarme una rabia inmensa. He pasado de las ganas de tenerle, al odio más profundo. Me pongo mala cuando me cruzo con él, por lo que intento esquivarle todo lo posible, aún y así, hay momentos en que tengo que encontrarme con él forzosamente. Pero entonces adopto una expresión taciturna, ocultando al máximo cualquier tipo de emoción o sentimiento.

Por suerte él ha optado por mantener las distancias. Ya no acude a mí, ya no hay encuentros casuales ni extrañas conversaciones. Desde que su prometida frecuenta diariamente nuestra empresa intentando robarle momentos, él se muestra de lo más prudente. Ni siquiera me mira. Eso debería alegrarme, al fin y al cabo es lo que quería. Sin embargo no me siento satisfecha, me duele su indiferencia casi tanto o más que el hecho de que vaya a casarse. Pero es que no tuvimos solo sexo aquellos días en Madrid, estoy convencida de que hubo algo más, aunque ahora solo quede

un lejano eco. Cada día me cuesta más recordar si todo aquello sucedió en realidad o no es más que una visión distorsionada de lo que realmente ocurrió entre nosotros.

Suspiro resignándome, convencida de que todo esto pasará en cuanto encuentre un hombre que me haga el amor como es debido. Después de todo, dicen que un clavo saca otro clavo y yo no podría estar más de acuerdo con ese dicho.

De Franco no sé nada, menos mal. Se ha dado por aludido y me concede mi espacio, tal y como le pedí. Lo cierto es que mi cerebro ha bloqueado el hecho de que nos hemos acostado juntos, es como si nunca hubiese ocurrido, ese polvo sencillamente no cuenta.

Por otra parte, no estoy sola en el campo de las desilusiones, Elena no ha conseguido nada con Carlos, ni siquiera después de acudir a hablar con él en un par de ocasiones. Es algo que hasta ahora no había hecho nunca, por primera vez, se ha lanzado, pero no ha obtenido los resultados deseados, así que el humor que se gasta últimamente es un tanto áspero. Por suerte llegan pronto las vacaciones, este año tiene planeado ir a ver a su hermana a Ámsterdam. Viajar le va a venir de lujo. Yo ya le he recomendado un porro para calmar esos nervios, aunque dudo que me haga caso.

Me siento en mi silla después de haber acabado de hacer las últimas fotocopias. Abro mi bandeja de entrada y me encuentro un correo interno. Un estremecimiento fugaz me recorre el cuerpo al pensar que se trata de un mensaje de James. Pero como no, cuando lo abro me doy cuenta que no es él quien me escribe.

"Este viernes veintiuno de diciembre celebramos un pequeño cóctel de empresa en el hotel CR de Barcelona con motivo de las vacaciones de Navidad. Os esperamos a todos a las 19:30. Atentamente Marcos Torres, jefe de personal".

Lo pienso durante unos segundos. Me giro hacia Vane.

-¿Vas a ir al cóctel de empresa este viernes?

Ella hace una mueca.

-Mi hijo tiene una representación en el colegio, le hace mucha ilusión que vaya a verle.

-Entiendo...

-Además, sabes que ese tipo de fiestas no me van mucho.

-Ya.

Intento no mostrar mi decepción. No quería ir sola. En fin... puede que ni siquiera vaya.

Cierro mi ordenador, despejo mi mesa y me voy a casa.

Último día antes de vacaciones.

Al final no he encontrado un pretexto lo suficientemente fuerte para negarme a acudir a la invitación de empresa.

La gente no puede estar más contenta, así que aunque solo sea por eso, no me arrepiento de haber venido y verlos a todos reunidos, después de haber superado unos momentos tan difíciles.

Con mi vestido azul verdoso de gasa, ese que tiene una fina rejilla transparente que cubre mi espalda con unas florecillas y hojas bordadas de forma sensual, entro en la recepción del hotel con la cabeza bien alta. Enseguida me saluda Marcos que, como yo, acaba de llegar.

-¿Qué tal Anna? ¡estás muy guapa!

-Gracias. Es una ocasión especial, ¿no?

-Supongo. Ya puedes aprovechar ya, no sé cómo se le ocurre al jefazo organizar algo así cuando la empresa a duras penas se sostiene en pie...

- Ya sabes, las extravagancias de estos ricachones... no saben ser pobres.

-La gente como ellos jamás será pobre, al menos este tiene la decencia de compartir un poco de su fortuna con nosotros, no recuerdo que el otro nos invitara a nada.

En eso tiene razón. Inclino la cabeza sorprendida por su argumento.

-¿No ha venido Vanessa? -Dice al darse cuenta de que voy sola cuando siempre estamos las dos juntas-

-No. Su hijo tenía una representación en el colegio.

-Es comprensible, cuando tienes hijos tu tiempo de ocio no es que se reduzca a la mitad, simplemente deja de existir.

Me echo a reír.

-¿Lo dices por experiencia?

-Sí. Aunque las mías ya están crecidas, la pequeña tiene diez.

-Vaya... ¡pues sí que has corrido! ¿cuántos años tienes?

Sonríe.

-43. El ecuador de mi vida.

-Está bien eso.

Nos colocamos en el centro de la sala mientras seguimos conversando. Marcos es un hombre bueno, se le nota a leguas aunque se empeñe en mostrar frialdad, distanciamiento y excesiva profesionalidad en el trabajo. En momentos como estos, en los que logra relajarse y se esfuerza por relacionarse con todos sin distinción, es cuando verdaderamente te das cuenta.

Se respira un buen ambiente entre los compañeros, es la primera reunión extra laboral que tenemos, al menos desde que yo empecé a trabajar aquí. Jamás habíamos hecho una cena de empresa, ni una quedada a gran escala y es que aunque seamos pocos, no tenemos mucho contacto los unos con los otros.

Mientras esperamos a que James nos dedique unas palabras, me atrevo a observarle; ha vuelto a sus trajes sueltos, sin forma ni gusto. Es obvio que le viste su novia, lo que no entiendo es por qué quiere esconderle entre esas prendas de ropa que bien podría usar mi padre de aquí cincuenta años.

Transcurridos unos segundos, cuando el grupo ha empezado a callar progresivamente, nos dedica un pequeño discurso. Con esto queda inaugurada una nueva etapa en la empresa, en la que él va a estar al mando. Nos anima diciendo que se acercan momentos de cambios, de novedades. Menciona el dichoso anuncio que se estrena después de las campanadas en antena tres. Le pone incluso algo de emoción al decir que nos sorprenderá a todos. Me pongo como un tomate solo de pensar en la reacción de mis compañeros al ver que la chica que aparece en la publicidad soy yo.

Por último nos desea unas felices fiestas y una buena entrada en un año repleto de cambios positivos para todos, espera.

Pero nos quedamos de piedra cuando tras su discurso nos señala con la mano una mesa repleta de botellas de vino con lazos rojos y nos invita a coger una antes de marcharnos. Es un gran detalle.

Tomamos un ligero tentempié, bebemos, reímos y algunos incluso bailan contoneándose al ritmo de una música *chill out*. Yo sigo en el centro de mi circulito, hablando con todo aquél que se presta. De tanto en tanto, para torturarme un poquito, miro de reojo a James, siempre acompañado de su monísima novia larguirucha. Madre mía, si ese es el tipo de mujer que le gusta no sé que hacía conmigo, no me parezco absolutamente en nada a ella.

De la mano de la esfinge rubia se detiene un momento en los distintos grupos, una cosa hay que reconocerle a mi jefe, está intentando relacionarse con cada una de las personas que trabaja para él. Eso le honra.

Mientras sigo la conversación de aquellos que me rodean, no le quito ojo. Cuando intuyo que el próximo grupo que le queda por visitar es el nuestro, me escabullo. Busco con la mirada una salida y la encuentro. Presiono la palanca de la puerta de emergencia y salgo a una de las terrazas traseras del hotel, utilizo una piedra para bloquearla y que no se cierre del todo.

Uno de los camareros tose y escampa con la mano el humo del cigarrillo que se estaba fumando.

-Disculpe señorita. -Aplasta la colilla con el pie sobre el asfalto y está a punto de volver a la sala, pero le interrumpo.-

-Por mí no lo hagas. No se lo diré a nadie. -Le guiño un ojito con complicidad- ¿Tienes uno?

Él asiente devolviéndome la sonrisa, me entrega un cigarrillo, lo sostengo con dos dedos y me acerco a él para que me lo encienda.

Me lo llevo a la boca y tomo una gran calada. No suelo fumar, lo dejé a los veinte, dando por concluida una etapa rebelde de mi vida, pero hoy me apetece.

-Yo tengo que entrar señorita. Me temo que no puedo escaquearme más. ¿Quiere que le traiga algo?

-No. Gracias. Me has dado justo lo que necesitaba. -Le digo exhibiendo el cigarrillo entre mis dedos-.

El chico asiente con una gran sonrisa, abre la puerta bloqueada con cuidado de que la piedra no se mueva y regresa a su trabajo.

Yo me recuesto contra la pared, llevando mi cabeza hacia atrás y dando otra calada a ese cigarrillo que me está sentando de maravilla. Expulso el humo lentamente, incluso cierro los ojos durante el proceso. Todo está tranquilo ahora, en calma, nada me altera.

Pero el ruido chirriante de la puerta al abrirse me hace abrir los ojos de golpe. Sale James y se cierra la puerta. ¡Será imbécil! su cara se sorprende tras verme ahí parada, quieta, sin mover un solo músculo. No me cabe ninguna duda de que no esperaba encontrar a nadie aquí.

-¡Anna!

-James... -Le digo y regreso la mirada al frente mientras doy otra calada-.

-¿Tienes uno?

-No. -Digo en tono seco- No fumo.

Se ríe. Yo no puedo evitar sonreír también. Entonces suspiro y le entrego el cigarrillo.

-Gracias.

Se lo lleva a la boca, da una calada y exhala el humo lentamente.

-No sabía que fumabas. -Dice volviéndome a entregar el cigarro-

-Y no fumo. Solo en los momentos de enorme estrés y tensión.

Doy una profunda calada y se lo paso de nuevo. Él lo acepta.

-Igual que yo. Lo que no entiendo es por qué estás estresada y en tensión. Hoy coges las vacaciones.

Me encojo de hombros.

-Bueno... -vacilo- por cosas que ahora no vienen a cuento. ¿Y tú? - Me apresuro en preguntar antes de que se le ocurra indagar más-

Suspira mientras me devuelve el cigarrillo.

-¿Sabes esos momentos en los que parece que eres un tren en marcha al que le fallan los frenos? pues así me siento yo últimamente, incapaz de detenerme, corriendo a toda velocidad por una vía de sentido único.

Le entrego el cigarrillo al que apenas le quedan dos caladas.

-Toma, a la vista está que lo necesitas más que yo.

Se echa a reír y lo acepta.

-Gracias. ¿Qué vas a hacer estas fiestas?

Insiste en seguir conversando mientras da una calada más, vuelvo a recostarme contra la pared.

-Voy a casa de mis padres.

-¿Todas las navidades?

-Sí.

Asiente.

-Son fechas para pasar en familia, supongo.

-¿Qué harás tú? -quiero saber-

-Regreso a Londres, mañana cojo el avión. También pasaremos unos días con mi madre.

-¿Y tu padre?

Hace una mueca. Sé que entre él y su padre pasa algo, pero no me atrevo a preguntar directamente así que intento deducirlo con "desinteresadas" preguntas aisladas.

-Mi padre lleva años sin ir a Londres. Vive aquí.

-Ah.

Típico caso de padres divorciados: el niño se queda con la madre y pasa el resto de sus días odiando a su padre por lo que hizo, o lo que cree que hizo. Solo es una teoría, pero seguro que van por ahí los tiros.

-Bueno, creo que deberíamos entrar ya, alguien podría notar nuestra ausencia.

Me dirijo hacia la puerta de emergencia, entonces me acuerdo de que se ha cerrado y ahora no podemos entrar. ¡Mierda! tendremos que ir por la entrada principal.

Rodeo la terraza, él me sigue, aunque dos pasos por detrás. Bordeamos prácticamente toda la manzana hasta subir la amplia escalinata del hotel. Reaparecemos en la sala, prácticamente juntos, corro hacia la barra de bebidas y pido un Martini con limón suave.

Me lo bebo rápido, hablo un poco más con algunos compañeros y luego decido regresar a casa, pero antes cojo dos botellas de vino: la mía y la de Vanessa.





Ya se han ido mis amigos, entre lágrimas y achuchones han regresado a sus casas, a pasar las fiestas o parte de ellas con la familia. Yo me dispongo a hacer lo mismo, pero soy la última en abandonar el piso, mis padres viven aquí al lado. En Gerona.

Lore se va a Córdoba, Elena a Ámsterdam y Mónica a Valencia. Ahora que pienso... no ha vuelto a mencionar nada de ese muchachito que le enviaba flores, como siempre, suele callarse las cosas más interesantes, aunque apuesto a que le ha gustado la experiencia, pese a que nunca lo admitirá.

Acabo de cerrar mi maleta. Para un par de semanas llevo un montón de cosas, como siempre todo por si acaso. También me acuerdo de incluir los regalos para mis padres, las entradas de teatro para ir a Madrid a ver el musical del rey león. No paraba de verlo anunciado en todas partes y generaba una gran expectación así que en cuanto regresé de mi viaje, saqué las entradas con toda mi ilusión por internet. Seguro que les va a encantar.

Voy al baño para coger mi neceser, es lo último que me queda por incluir en la maleta. Me aseguro de llevar mi maquillaje preferido, mis colonias, gomas para el pelo, cepillos, cremas... ¡perfecto! No me dejo nada importante.

Antes de que logre llegar a la habitación llaman al timbre. Automáticamente miro el reloj, no sé quién puede ser a estas horas.

Maldigo los viejos apartamentos que no tienen portero automático y no puedes dar esquinazo a la gente sin necesidad de que suban a tu casa.

Abro la puerta, estoy algo distraída, pero cuando reconozco la persona que hay al otro lado intento cerrar de nuevo.

Su mano se interpone en la grieta, le empujo pero no hay manera.

-¡Vete! –Digo enfadada por su insistencia-

-Necesito hablar contigo Anna, por favor...

-No tenemos nada de qué hablar. Como no pares llamaré a la policía, ¡juro que lo haré!

Suspira.

-Solo te pido que me escuches, necesito que lo entiendas.

-¡Lo entiendo todo perfectamente! Vete.

Se retira lo suficiente como para que yo pueda cerrar la puerta.

Respiro aliviada mientras recuesto mi espalda contra el marco de madera.

-Algún día tendrás que salir, -Me recuerda con toda su tranquilidad- te estaré esperando Anna. No pararé hasta que escuches lo que tengo que decirte.

¡Maldita sea! Me muerdo el labio inferior confusa. ¿Qué puedo hacer? ¿Llamo a Lore? Pero a estas alturas ya debe estar cerca de Córdoba. ¿A la policía? Eso me resulta un tanto excesivo. Suspiro, me muerdo los nudillos con decisión. Trascurridos unos minutos me recompongo, alzo un sólido muro de indiferencia y abro la puerta para dejarle entrar.

-Gracias. -Susurra. Mis pupilas se dilatan al verlo entrar con una maleta. Ha dejado a un lado su habitual traje antiguo, me gusta su ropa informal: el polo de rayas grises que lleva, su cazadora de cuero marrón G-Star y esos tejanos de cintura baja que tan bien le quedan-

-¿Qué haces que no estás en Londres? -Espeto a la defensiva-

-He cambiado de opinión en el último momento, al final me quedo aquí.

-Ah.

Él toma asiento en el sofá, pero yo me mantengo erguida como un faro, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión más fría que puedo mostrar. Quiero que se sienta incómodo para que se vaya antes.

-Alexa se ha ido en el vuelo de las siete. -Emite una triste sonrisa- Se ha enfadado muchísimo cuando le he dicho que no subía justo antes de embarcar.

-¿Por qué lo has hecho?

-Le he dicho que tenía cosas urgentes que acabar aquí y si me iba no estaría tranquilo.

-Bueno. -Frunzo el ceño- ¿Y a mí qué me cuentas? Me da exactamente igual lo que os traigáis entre manos, es asunto vuestro.

-Anna... -Alarga mi nombre más de lo debido, se pasa las manos por la cabellera rubia antes de mirarme atentamente a los ojos- En realidad lo único que tenía que hacer aquí era hablar contigo.

-¿Conmigo?

-Sí. Por favor, ¿puedes sentarte unos minutos?

Le miro desde las alturas un rato, finalmente decido negarme y esperar paciente a que proceda, dado que no podré librarme de él hasta que lo haga.

-Está bien, te lo diré de todos modos. -Traga saliva, llena sus

pulmones de aire y continúa.- Mi situación no es fácil. Solo quiero que sepas que si las cosas no estuviesen tan sumamente enredadas por mi parte, hoy por hoy nuestra relación sería diferente. Si pudiera decidir, escoger lo que realmente quiero en lugar de lo que debo, estaría contigo.

Le miro atónita. ¡Qué coño se ha creído!

-Eso suponiendo que yo quisiera estar contigo. Sigue. -Le ordeno y él sonrío por lo bajo antes de continuar-

-Ojalá pudieras ponerte en mi lugar, es tan frustrante... yo solía ser una persona normal; Me levantaba cada mañana, hacía las mismas cosas, mis relaciones siempre han sido monótonas, básicamente por necesidad, implicándome lo justo hasta estar satisfecho y luego saltar de la cama para darme una ducha y dormir hasta el día siguiente. -Pongo los ojos como platos, ¿enserio está hablándome de esto?- Lo tenía todo controlado y creía que estaba bien. En cierto modo yo ya era feliz así, no conocía otra cosa. -Hace una breve pausa- Pero luego te conocí a ti: tan diferente, carismática... no solo me cautivaste desde el primer beso, me hiciste ser otra persona, otra que siempre ha estado ahí a la sombra, a penas se atrevía a salir hasta que tú te has encargado de tirar de ella hasta sacarla a la superficie. Todo lo que pensaba, lo que creía saber sobre las relaciones, en definitiva, todo mi mundo se vino abajo en el instante en que me di cuenta que estaba equivocado. No estaba viviendo una vida, sino sumido en un largo letargo del que tú me has hecho despertar. Lo peor de todo es que ahora solo puedo sentirme realmente bien cuando estoy contigo y no quiero dejarte escapar, pese a que soy consciente de que no puedo retenerte. -Alza su rostro para mirarme- Hasta aquí qué piensas.

Suspiro. Creo que sí debo tomar asiento después de todo. Me acerco al sofá, dejándome caer en la otra punta.

-Pienso que no sabes lo que dices. A mí no me conoces lo suficiente como para que te haga sentir todo eso. Creo más bien que se trata de un capricho pasajero.

-No lo es. Te aseguro que puedo prescindir de un capricho, pero no de ti. He deseado besarte cada segundo desde que te vi en el despacho de mi padre hablando con él la primera vez. Incluso tu sola presencia me provocaba pellizcos en el estómago y eso, que yo recuerde, no me ha pasado nunca con nadie, ni siquiera con Alexa. Así que no, no es un capricho. Por eso tampoco quise contarte que tenía novia, tenía miedo que la química que había entre nosotros en Madrid se esfumara si te enterabas.

Hice mal y te pido perdón por ello.

-Ahora ya no importa, he tenido tiempo de sobras para hacerme a la idea.

-¡Para mí sí importa! Porque te he perdido.

-Nunca me has tenido para perderme.

-Ya sabes a lo que me refiero...

Suspiro.

-¿Y qué es lo que quieres James? ¿Por qué vienes aquí y me cuentas todo esto? ¿Quieres formar una vida junto a esa rubia larguirucha, tener una familia, una casa, incluso un perro y yo quedarme con lo único que está claro que te interesa de mí, con el sexo? Dime, ¿quieres que sea tu amante?

-¡No! -Chilla, parece profundamente ofendido- ¡Para nada! ¡Maldita sea Anna! ¿Es que no has escuchado nada de lo que acabo de decirte? Cambiaría todo lo que tengo, todo lo que soy por poder estar contigo, te lo aseguro.

-Y bien, si eso es así, ¿Por qué continúas con todo esto? ¿Qué sentido tiene ya cuando tu prometida no te inspira esos sentimientos que dices que yo sí?

-No es tan sencillo. No puedo dejar las cosas sin más.

-Porque la quieres.

-No la quiero.

-Yo creo que sí.

-Pues te equivocas.

-Sería la primera vez.

-Anna por favor, -Suspira cansado- Alexa no me gusta en absoluto.

-¿Entonces? -Le presiono-

-Estoy con ella porque está esperando un hijo mío. Solo eso.

¡SOLO! encima dice ¡solo! ¡le parecerá poco al muy capullo! Hasta aquí he llegado y no puedo continuar escuchando ni una palabra más y seguir manteniendo toda mi endereza.

Percibo como mi mente se bloquea, cierro la boca y no puedo articular palabra alguna, pero él no cede en su empeño de seguir dándome explicaciones, hundiendo aún más si cabe el dedo en la yaga.

-Me enteré al poco de venir aquí de que estaba embarazada. Se me quedó la misma cara que tú tienes ahora, te aseguro que siempre hemos tenido mucho cuidado pero... supongo a veces estas cosas ocurren. Por eso

me resigné a hablar con mi padre, llevaba muchos años sin hacerlo y en ese momento de desesperación, pensé que él podría ayudarme dejando a un lado nuestras diferencias de los últimos años. Así que abandoné los estudios de aeronáutica que estaba cursando, lo principal era ponerme a trabajar. Entonces él me dijo que se jubilaba y necesitaba que alguien de confianza llevara su empresa en España, puesto que esta es su favorita. No lo pensé demasiado, tenía estudios de dirección y gestión de empresas así que lo vi como una oportunidad. Es lo único que se me ocurrió para abrirme camino.

-Entonces le pediste el trabajo a tu padre... -repito en voz baja, intentando extraer mis propias conclusiones.-

-Ya sé lo que estás pensando, y no te equivocas. Mi padre y yo nunca nos hemos llevado bien, supongo que eso no es ningún secreto, es... es complicado de explicar. Pero al menos debo reconocer que me ha ayudado cuando más le necesitaba, aunque eso no excuse tantos años de abandono y... -suspira- Eso es lo de menos ahora. -Responde tajante sin añadir más detalles.-

Esto está siendo más duro de lo que esperaba. Hay demasiada información escondida tras sus palabras como para poder asimilarla toda de una vez. James vuelve a pasar las manos por su cabeza, detecto cierto grado de nerviosismo y no es para menos.

-Lo peor de esta situación es que no puedo hacer nada para cambiarla.

-Pero James, estamos en pleno siglo XXI, no hace falta que te cases con una mujer si no la quieres solo porque está esperando un hijo, hay otras formas de hacerte cargo de esa criatura.

-¿Crees que no lo he intentado? no es la primera vez, incluso antes de venir a España intenté buscar alternativas pero... tú no conoces a Alexa. Ella quiere una familia y si no estoy dispuesto a hacerme cargo de ese crío de la forma que ella cree que es la mejor, me apartará de su vida para siempre. Me ha amenazado con hacerlo y sé que lo dice en serio, son demasiados años juntos. Por desgracia para estos asuntos la ley está de su parte y no le resultará difícil ocultar la paternidad de su bebé con tal de que yo no pueda acercarme a él. -Alza su rostro para encontrarse con el mío que permanece en estado de shock- Posiblemente no lo entiendas y es natural, pero no puedo abandonar a mi hijo Anna, eso no puedo. Más teniendo en cuenta que yo he vivido en primera persona lo que es quedarse

sin un padre, para mí fue una experiencia traumática por muchas razones... así que, aunque solo sea por él, debo hacer lo correcto.

-Vaya... -Inhalo una enorme bocanada de oxígeno y la exhalo con lentitud, es tan leal y responsable, tan desfasado y anticuado para cosa que hace...- no sé qué decir James, esto me sobrepasa: Alexa, tu hijo, tu padre...

Sonríe quedamente.

-Respecto a mi padre, ¿Quieres saber algo que me ha perturbado durante todo este tiempo? De hecho he tardado un tiempo en admitirlo, es como si mi mente se negara a ello.

No sé si quiero que me explique nada más, pero no tengo fuerzas para negarme.

-Mis padres se divorciaron cuando yo tenía dieciséis años. A nivel personal, por aquella época yo estaba atravesando una de esas etapas de confrontación con el mundo y lo de mis padres no hizo más que incrementar mi malestar. Antes de eso él lo era todo para mí, un sólido pilar en el que apoyarme, estábamos muy unidos y por eso me costó tanto superar su marcha. No entendía por qué nos hacía esto, por qué de repente mis padres se tenían tanto odio. Recuerdo que todo empezó cuando él decidió abrir esta nueva empresa en España. Aquí conoció a una española y lo abandonó todo sin pensárselo dos veces: familia, hijos, amigos... por eso mismo siempre le he odiado a él y a este país con todas mis fuerzas. - Hace una pausa- Hasta que yo mismo he vivido en mis propias carnes lo que es perder la cabeza por alguien. Realmente ahora puedo ponerme en la situación de mi padre y en cierta manera, entenderle. Resulta fácil dejarse llevar cuando lo tienes todo y sientes que no te falta nada más para ser feliz. Pero no puedo permitir que eso me pase a mí también. Si de algo me ha servido esta experiencia, es para no cometer los mismos errores que él cometió conmigo. De hecho, ni a mi peor enemigo le deseo todo por lo que yo he tenido que pasar...

-¿Realmente ha sido para tanto James?

Me mira sin asomo de duda en su mirada azul.

-Ni te lo imaginas. Aunque me temo que ahora no estoy mentalmente preparado para hablar de lo que supuso para mí todo aquello, aún hoy me resulta demasiado duro.

Trago saliva. Me revela fragmentos de su vida con cuentagotas pero al menos, ha dado un paso decisivo hoy, aunque con reservas, se ha abierto más de lo que esperaba, eso no puedo negárselo.

-Lo tienes todo decidido. -Afirmo con un aire de tristeza- Sabes perfectamente lo que debes hacer. ¿Entonces de qué sirve contarme precisamente a mí todo esto?

-Necesito que te pongas en mi lugar, que entiendas mis motivos y sobre todo, que nunca pienses que he pretendido aprovecharme de ti o hacerte daño de algún modo.

-¿Y qué más te da eso?

-Porque me importas Anna. Por eso.

Parpadeo un par de veces, mis ojos están a punto de quedarse secos tras no cerrarlos durante gran parte de su discurso. Entonces comprendo que, realmente, lo que espera de mí es mi perdón. Quedarse en paz conmigo para poder vivir la vida a su manera. Me armo de fuerza y de valor para decir aquello que sé que me va a doler, pero que a él va a quitarle un gran peso de encima.

-Está bien James. Lo entiendo, lo respeto y lo comparto. Gracias por sincerarte conmigo. Que sepas que por mi parte no te guardo ningún rencor, lo que ocurrió no se puede cambiar, pero te prometo que no saldrá nada de mis labios que pueda perjudicar tu relación con Alexa y ese hijo que esperas.

Su mirada se suaviza.

-Necesitaba oír eso. Gracias.

Asiento y me pongo en pie. Ahora tengo un largo trayecto en tren por delante para seguir dándole vueltas a todo lo que acaba de pasar. Hoy estaré muy entretenida, taciturna y tal vez algo más sentimental que de costumbre, pero ya se me pasará.

-No quiero echarte, de verdad, pero tengo que irme. Mi tren sale dentro de media hora.

Él asiente, levantándose también del sofá.

-Anna... sé que podrá parecerme raro y más tras esta enorme dosis de sinceridad, pero ¿puedo hacerte una propuesta?

-Creo que no.

-¡Pero si aún no la has escuchado!

Suspiro resignada.

-A ver, dime. Pero que sea rápido, no tengo mucho tiempo.

-¿Puedo llevarte en coche hasta casa de tus padres? -Bueno, su propuesta no me desagrada, después de todo seguro que por su culpa pierdo el tren.- Y...

-¿¿¿Y???

-Si no es mucha molestia... ¿podría ser un huésped en vuestra casa los próximos días?

-¡¿Cómo?!

-Un invitado... -sonríe- me gustaría ver la inauguración de la campaña publicitaria junto a ti. Además, estoy dispuesto a pagar todos los gastos que ocasione.

Niego con la cabeza aturdida. No doy crédito a lo que acabo de oír. ¿Pasar las navidades con mi familia? ¿Sabiendo todo lo que sé de él? ¡Y con los míos! Debe de ser una broma. Además, ¡él no sabe como es mi familia! Solo de pensar en el cabreo de papá al verle... sonrío para mí de forma perversa. Por otra parte no está mal pensado, seguro que mi padre le mete en vereda rápido y deja de seguir encaprichándose conmigo, que en el fondo es eso lo que le pasa.

-Bueno. –Acepto reprimiendo la risa y encogiéndome de hombros a la vez.- Tú verás lo que haces, te aseguro que mi familia no es nada convencional.

-Bien. Como tú entonces...

Ahora sí que no puedo dejar de reír.

-Peor, mucho peor, te lo aseguro.





Llegamos a mi ciudad natal, Gerona y no me pasa desapercibido el gesto que hace James a continuación: coge su teléfono móvil de la guantera, lo desconecta y vuelve a guardarlo cerrando la guantera de un golpe seco. Parece que va a optar por apartarse de todo lo que le recuerde a su antigua vida y ese pequeño gesto por su parte, me colma por dentro.

Sin mencionar nada de lo que acabo de ver, le indico el camino hasta llegar al pueblecito rural donde viven mis padres: San Martín de Liémana.

Todo son campos y un pequeñísimo pueblo con una iglesia y algunas casitas aisladas. No tendrá más de 600 habitantes, aquí tienes la sensación de que realmente estás aislado de todo. Es como si el tiempo se hubiese detenido en este lugar en concreto. Pero es acogedor, cercano y me gusta sentirme un pedacito de estas tierras.

Las bastas llanuras de cultivo de mis vecinos han sido mi terreno de juego y experimentación. Aún está la cabaña del árbol que mi abuelo me ayudó a construir en un viejo roble. Es increíble que todo esté siempre exactamente igual.

Miro de reojo a James, está algo sorprendido por todo cuanto ve, él que viene de la gran ciudad esto le parece un tanto rústico. Lo es.

-¿A qué se dedican tus padres? -Pregunta y yo sonrío, apuesto a que cree que son granjeros-.

-Mi madre es ama de casa, mi padre mosso de escuadra.

Me mira sorprendido unas décimas de segundo.

-Vale, para el coche, acabamos de llegar. -Digo sintiendo como una corriente de emoción infantil sacude todo mi cuerpo-.

La casa de mis padres es enorme. Está toda revestida de piedra. Es la típica casita rural de las montañas con unas vistas a un monte infinito donde predominan los colores marrón, amarillo y verde.

Nada más salir del coche el sol pincela mi rostro y una ligera brisa congelada me trae el típico aroma a tierra junto a hierba húmeda que tantos recuerdos me evoca. Sonrío al tiempo que cierro los ojos, sintiéndome más en casa que nunca. James contempla en silencio cada una de mis reacciones.

-Está bien, -Le digo sin necesidad de mirarle- Te quedas aquí. Voy

a avisar a mis padres de tu llegada, es mejor así.

Él asiente. Cruza los brazos sobre el pecho y se recuesta en el coche dispuesto a esperar lo que haga falta.

Corro por el césped, como tantas otras veces en mi adolescencia. Sonríó al llegar a la puerta y ver una placa de la bandera independentista junta a otra con una sevillana bailando con su traje rojo frente a un toro. ¡Qué les voy a hacer! así son mis padres...

Saco las llaves del bolsillo y abro la puerta.

-¿Mamá?

Cruzo el comedor corriendo. Mi madre sale de la cocina con su delantal de topos negros.

-¡Chochete!

Me tiro a ella y juntas nos fundimos en un sentimental abrazo. Me besa, me atosiga con sus mimos y como ya es habitual en mi madre, se le escapan unas lagrimillas.

-¡Oh mamá, ya estamos como siempre!

-Ay mi niña... déjame que te vea bien. -Me mira de arriba abajo- Estás más delgada...

Me echo a reír.

-Cada año me dices lo mismo...

-Porque cada año adelgazas más. ¿Comes bien cariño?

-¡Claro que sí! por cierto mamá, no me llames más "chochete" sabes que no lo soporto.

Se ríe y me coge la cara para apretarme las mejillas y dejarme boca de pez.

-¡Te quiero calamidad!

-Y yo a ti.

-*Home! Ja has arribat pepita?*

Mi padre aparece en la habitación. Corro hacia sus brazos extendidos y él me acuna como si aún fuera su bebé. Me hace sentir tan protegida...

-*Pare! on has deixat la panxa?*

Hace una mueca.

-*La culpa és de la gitana de ta mare, ara m'ha posat a règim, diu que estic gras. T'ho pots creure? em mata de gana!*

-¡Ea! otra vez igual. -Espeta mi madre alzando los brazos- Es el médico el que dijo que tenías colesterol.

*-Aquell mal parit... de segur que us heu posat d'acord per fer-me la vida impossible.*

-No empieces una guerra que no puedes terminar Juan, te lo advierto.

Estallo en carcajadas, extrañaba sus pequeñas rivalidades.

-¡Aissshhh! qué agradable es regresar a casa... os he echado tanto de menos...

*-I nosaltres a tu petita...*

-Pero hay una cosa que... -hago una mueca, no creo que lo que les voy a decir ahora les guste, al menos a mi padre, que siempre ha sido algo difícil-.

-¿Qué pasa cariño? ¿Ha ocurrido algo?

Mi padre con el ceño fruncido se acerca, se ha puesto en guardia enseguida.

-¡No! no es nada malo... -Les tranquilizo- es solo que este año no he venido sola.

Mi padre, asustado, mira hacia mi vientre y yo empiezo a reír como una loca por lo que está pensando.

-He venido con un amigo de la oficina. Es inglés y resulta que este año no podía ir a Londres y para que no pasara las navidades solo he pensado que podría venirse a casa, con nosotros...

*-Un amic?*

¿Cómo consigue que la palabra "amigo" suene tan mal de sus labios? sonrío y me acerco para coger su mano rígida y aprisionarla contra mi pecho.

*-Pare, seria molt demanar que et comportessis com l'home meravellós que se que en ocasions pots ser i no fossis massa dur amb ell? a més... se que possiblement és molt demanar però... podries parlar castellà en la seva presencia? és anglès i el castellà encara el domina però el català...*

Su cara es toda contradicción, miro a mi madre esperando su apoyo. No me decepciona.

-¡Vamos cariño! sabías que este día llegaría, tarde o temprano tu hija tendría que traer a alguien a esta casa.

-¡Mama! es solo un amigo, de verdad... no pienses cosas raras...

Ella niega con la cabeza como diciendo: "¡A tu madre vas a engañar!"

*-No se filla, canviar de llengua em toca l'ànima. Ja ho saps.*

*-Bueno, quan l'avi encara era viu no et tocava tant l'ànima canviar d'idioma...*

-¡Está bien! -Acepta a regañadientes- Haré un esfuerzo porque hace mucho que no te veo y no quiero discutir el primer día, pero que conste que ya me has puesto de mala leche. Entre tú y la gitana de tu madre vais a acabar conmigo.

Vuelvo a reír y le abrazo con fuerza. Le quiero tanto, tanto, tanto... es el mejor padre del mundo. Le miro con adoración y le planto un sonoro besazo en la mejilla.

-¡A qué esperas! ¡trae aquí ese inglés, tengo ganas de conocerle!

Sonrío. Su forzado castellano siempre me ha hecho mucha gracia, pero parece dispuesto al menos a ceder en eso, sinceramente es más de lo que esperaba.

Enérgica me encamino hacia la puerta. Hago un gesto con la mano indicándole a James que ya puede entrar. Él carga nuestras maletas, las deja en el comedor y se dirige hacia mi padre con la mano extendida. Mi padre le mira severamente, ya ha empezado el examen, pero al menos accede a estrechar su mano cortésmente.

-Buenas tardes señor Suárez.

-Buenas tardes. Puedes llamarme Joan.

Seguidamente extiende la mano en la dirección de mi madre. Ella le sonrío y se acerca con los ojos brillantes para darle uno de sus empalagosos abrazos. Lo estruja fuerte y antes de de separarse dice:

-¡Pero qué guapo es el *jodio!* -Besa su mejilla e incluso le revuelve el pelo. Yo no puedo dejar de reír por la cara de circunstancias que ha puestos James.- Llámame Carmen cariño.

-Él es James, James Orwell. -Le presento-

Entonces mi padre se pone a mi lado y en voz baja, para que nadie más lo escuche, añade:

*-Quins ous tens petita, has portat a un puto hooligan a casa meva!*

-Papá... -Le advierto apretando una sonrisa-

-¡Venga! sentaros a la mesa que he hecho un gazpacho que quita todos los sentidos.

Entro con mi madre a la cocina, para ayudarla a acabar de preparar la comida. Lo tiene prácticamente todo dispuesto. Destapo el paño que cubre un plato y mis pupilas se dilatan.

-¡Anda! jamón y todo. ¡Qué bueno!

Me llevo una loncha a la boca y lo saboreo. ¡Madre mía esto es increíble!

-¿Te gusta?

-¡Ya lo creo!

-He puesto poquito, tu padre lo tiene prohibido en su dieta.

Sonrío.

-Dudo que pueda resistirse.

-Yo también. -Ríe con complicidad-

Cojo un par de lonchas pequeñas más y me dirijo al comedor. Contengo la risa tras contemplar la situación: mi padre está en su butaca con las piernas cruzadas, estudiando a James como si fuera un criminal pero sin decirle nada. Es evidente que James se siente tan intimidado que el rojo intenso aún no ha abandonado sus mejillas. Incluso sus orejas están de ese mismo color.

Me acerco a ellos trotando por el camino, doy una loncha a mi padre que la acepta en el acto. Luego, para no ser mala, le doy la segunda a James. Él se queda paralizado, no sabe qué hacer y es que eso de comer algo sin cuchillo y tenedor no le va mucho. Animada, meto la loncha en su boca sin preguntar, luego me río por su reacción contrariada.

En cuanto empiezo a llevar platos al comedor, James se acerca para ayudarme, mi padre sigue cada uno de sus movimientos desde el sofá.

-Bueno, ¿qué te parece papá? -Le susurro por lo bajo-

-Creo que no le caigo demasiado bien...

Se me escapa una risilla.

-A mi padre nadie le cae demasiado bien, no te lo tomes como algo personal.

-¡Ay! Eso no cariño, -Mi madre le arrebató los platos a James de las manos- Tú ve a sentarte al comedor y no hagas nada, eres nuestro invitado.

-Si vete al comedor a conversar con papá... -Le digo con maldad, mi madre se tapa la boca para reír-

-¡No seas cruel, anda!

Acabamos de preparar las cosas entre nosotras dos. Le indico a James su sitio y tras valorarlo durante un buen rato, decido sentarme a su lado.

Mi madre nos sirve el gazpacho fresquito. Sé que no es la mejor

época del año para tomarlo, pero sabe que me gusta mucho y a penas tengo ocasiones de probarlo.

-Está muy bueno. -Dice James mirando a mi madre, ella le sonrío feliz, le emociona que alaben sus platos. Mi padre en cambio le mira con el ceño fruncido-

-Pásame la sal hooligan.

Miro a mi padre severamente, pero él no me presta la menor atención. Obviamente James se da por aludido, coge el tarro que hay junto a él y se lo entrega.

-¡De eso nada! -Espeta mi madre arrebatándole el tarro como si hubiera cazado una mosca al vuelo- El tuyo no tiene sal porque no puedes tomar.

-¡Pero es que te has empeñado en matarme! ¿eso es lo que quieres?

-No. Matarte te matarás tú solito como no te cortes un poco.

-¡Uno ya no tiene paz ni en su propia casa! -Grita-

Sonrío mientras me llevo otra cucharada de delicioso gazpacho a la boca. James está traspuesto, verlos discutir en vivo y en directo le afecta, es obvio que no los conoce y no sabe como yo, que de aquí diez minutos estarán haciendo las paces.

-¡Yo podría decir lo mismo!

-¿Es que siempre tienes que tener la última palabra mujer?

Mi madre suspira. Se levanta y le quita el plato de la mesa con brusquedad.

-Voy a traerte el segundo. -Dice y se encamina a paso ligero hacia la cocina, plato en mano-

Mi padre se ladea impaciente, esperándola. Sus ojos se dilatan cuando la ve regresar con un cuenco de espinacas y se lo pone delante de las narices.

-¡No pot ser!

-Estás a dieta. No quiero quedarme viuda así que pórtate bien y cómetelo todo.

-Viuda te vas a quedar como sigas con esto. -Mi padre alza el tenedor estirando unos hilillos de espinacas mientras su rostro se contrae con un asco inmenso.- ¡Esto no se lo comen ni los conejos!

Me echo a reír. James me mira alterado por mi falta de tacto. Pero él no sabe que eso, en mi familia, es normal.

-Come. -Insiste mi madre-

Mi padre hace de tripas corazón y se mete una palada de mejunje verde en la boca.

Ella no puede reprimir más la risa.

-¡Anda trae! -Le arrebató el plato y regresa a la cocina, aparece poco después con una bandeja repleta de jamón, queso, pinchos de tortilla, montaditos de chorizo con huevo frito, croquetas de cocido... ha hecho de todo-.

-¡Genial! -Exclamo y cojo una de sus deliciosas croquetas- Pruébala James, están increíbles.

Su rostro permanece serio, no entiende nada y eso me hace reír por dentro.

-¡Menuda gitana estás hecha!

James abre mucho los ojos ante ese comentario que él interpreta como despectivo.

Mi madre sonrío, acaricia el rostro de mi padre y lo acerca para darle un tierno beso.

-¿Cómo iba a dejarte comer espinacas con lo mucho que te gusta todo esto?

Mi padre le sonrío antes de devolverle el beso, pero él va un poco más allá y se lo da en la boca. Ella lo aparta con gracia mientras se ríe como una loca. Se ha puesto roja y todo.

-¡Tu descaro no tiene límites!

-Tu provocación tampoco.

Se ríen, James parece un poco más relajado, pero no lo suficiente, su timidez le impide comer y servirse como hacemos nosotros. Pero ahí está mi madre con su poderío andaluz para poner buen humor a la situación, coger su plato para llenárselo de todo ignorando cuando él intenta detenerla. Pero así es en España James, hay que comer hasta reventar.

-¿y qué tal en el trabajo? ¿cómo te va cariño?

-Pues bien... -digo sin mucho interés, más teniendo en cuenta que mi jefe está justo al lado-.

-¿Solo eso? ¡Antes siempre nos contabas un montón de cosas!

-Ya... bueno, -carraspeo- las cosas siguen igual.

-Bueno en realidad hay una novedad... -Interrumpe James con su habitual compostura- ¿Sabéis que Anna será la imagen de la nueva



campana publicitaria?

¡Cabrón! yo que quería decírselo en otro momento...

-¡Pero qué me dices! ¿Enserio? -Mi madre empieza a aplaudir emocionada-

-¿No será uno de esos anuncios provocativos que ahora están tan de moda, verdad?

-No papá.

-¿Pero cómo es eso? ¿Cómo una secretaria va y se convierte en la imagen de un producto para la empresa para la que trabaja?

-Bueno, seguro que James te lo explica mejor que yo.

Le miro, él sonríe sin amilanarse lo más mínimo y procede con su explicación:

-Anna tuvo la idea de asociar la empresa con una firma ecológica de cremas, así que los directivos decidieron poner su nombre y rostro al producto en honor a ella. El anuncio saldrá en antena tres, después de las campanadas.

-¡Ay cariño! tengo que avisar a todo el mundo, ¡mi niña en la tele! si es que ya lo decía yo: esta cosita tan linda no podría estar siempre escondida...

James se echa a reír. Mi padre le fulmina con la mirada, no se fía un pelo de él.

-Esto me huele mal. -Suelta de repente, haciendo descender el nivel de nuestra felicidad- ¿No habrás hecho ninguna tontería para que tu jefe quiera ponerte en su anuncio, no?

El instinto policial de mi padre, a veces, me acojona.

-Por favor papá...

-¡Qué por favor y qué leches! a ver tú, hooligan, dame el nombre del jefe de esa empresa, quiero indagar un poco.

Me levanto de un salto. Me está estresando por momentos.

-¡No necesitas ningún nombre papá! déjalo ya, ¿quieres? te recuerdo que tengo casi treinta años, así que suelta ya la cuerda...

-¡Como si tienes cincuenta! no por ello dejas de ser hija mía.

-Bueno calma. Juan, tu hija tiene razón, además, esto es algo bueno no lo estropees, por favor...

Él suspira.

-Está bien. Callaré por ahora, al menos esperaré a ver ese dichoso anuncio.

Mi madre le achucha y le da un enorme besazo, eso funciona, mi padre se relaja y la coge de la cintura, tira de ella obligándola a sentarse sobre sus rodillas.

-Mi gitana...

Ella sonrío le besa fugazmente en los labios y se escapa a por el postre.

-Bueno ahora que estamos solos, toma, -Mi padre le entrega un papel y un bolígrafo a James- Rellénalo.

-¡Papá! -grito-

-Sabes que lo he hecho siempre, no voy a cambiar ahora. -Mira a James que le contempla extrañado- Los campos que tienen asterisco son obligatorios. Miro hacia la hoja, ¡todos tienen un asterisco!-

El buenazo de James no pone resistencia. Rellena todos los apartados: nacionalidad, número de pasaporte, nombre de sus padres, residencia en Barcelona, en su ciudad natal, número de hermanos... se detiene en cuanto llega al apartado laboral. Me mira, yo niego lentamente con la cabeza para que oculte su verdadero cargo en la empresa, entonces él pone algo como jefe de personal y le devuelve la ficha a mi padre.

-Espera un momento. -No contento con ese mal trago que me está haciendo pasar, se dirige hacia un cajón y saca una cajita de tinta-. Tengo que tomar tus huellas. Pura rutina.

Suspiro, esto es de lo más embarazoso. Entonces mi padre alza su dedo índice lo embadurna de tinta para posteriormente plasmarlo sobre el cuadradito rectangular que hay en la ficha.

-Bien. Gracias por colaborar. Hemos empezado con buen pie, así que solo te diré una cosa: en mi casa hay dos normas inquebrantables. La primera es que únicamente yo puedo llamar "gitana" a mi mujer, es un pequeño capricho que me concedo después de haber estado aguantando durante tantos años ese carácter suyo tan del sur. Y dos, la puerta de tu cuarto estará permanentemente abierta y no se cerrará bajo ningún concepto. Si tienes que cambiarte lo harás en el baño. ¿Te ha quedado claro?

-Sí señor.

Mi padre asiente.

-Bien.

-Por cierto señor, estoy dispuesto a pagarles mi estancia aquí.

Mi padre se gira con los ojos desorbitados.

-¿Qué insinúas? ¿crees que mi sueldo no basta para mantener a mi familia y a un amigo de mi hija?

-No, yo no he dicho eso...

-¡Pues no vuelvas a insinuarlo jamás! tu dinero no tiene cabida en esta casa.

-Pero...

-¡Ni una palabra más! si eres un invitado, eres un invitado y te comportarás como tal.

-Está bien señor Suárez

-Joan. Me llamo Joan.

Suspiro, a veces no hay quien le aguante.

-¡Vamos a ver Juan! ¿Ya me estás asustando al muchacho con tus tonterías? -Espeta mi madre en cuanto se reúne con nosotros-

-¡No son tonterías! a ver si a ahora voy a estar tan loco de meter a un hombre en mi casa con las dos mujeres que más me importan en el mundo, alguien que no sé quién es. ¡Encima un hooligan!

-¡Papá! ¿Quieres parar ya con eso? ¡James no es un hooligan!

-¿Pero es inglés, no?

-Sí pero...

-¡Pues ya está! lo que decía: ¡un hooligan!

Pongo los ojos en blanco.

-Yo no sé qué es eso... -dice mi madre- ¿un hooli...qué?

-Uno de esos locos ingleses fanáticos del futbol que lo destrozan todo a su paso...

-¡Uy! no serás un *joligano* de esos, ¿no?

Me echo a reír.

-No señora, le aseguro que en toda mi vida he organizado o intervenido en un disturbio.

Mi madre respira tranquila.

-Eso te lo diré yo cuando revise tu ficha. -Concluye mi padre en tono amenazante-

Tras el postre, unas sabrosas natillas caseras, le enseño a James la casa. Se queda maravillado por la extensa bodega, todas son marcas del país y me sorprende ver que James reconoce algunas. Eso le hará ganar puntos con mi padre.

En cuanto le llevo a su habitación, él la examina con calma. Deja la maleta sobre la cama y coloca las manos sobre su cintura.

-Es perfecta.

Sonrío.

-Me alegra que te guste. Mira, te enseño la mía.

Le cojo de la mano y lo guío dos puertas más allá, abro mi habitación, aún con los pósters de mis grupos favoritos de adolescencia, se me escapa la risa al ver a los back street boys y westlife.

-¡Westlife! -Sonríe James mirándome con los ojos muy abiertos-  
Interesante...

-Sí, he sido la típica adolescente mojigata que se pintaba los nombres de sus ídolos en la cara y hacía las colas entre gritos e incesantes lloros por verles caminar del taxi al hotel.

Se echa a reír.

-Me gusta tu habitación... -dice mirando todos los dibujos que yo he pintado en las paredes, las pegatinas de mariposas del techo y la colcha de colores vivos sobre mi cama.- Creo que te define a la perfección.

-A ver, respecto a gustos he cambiado con el transcurso del tiempo, pero me gusta regresar cada año a esta casa y volverme a sentir niña con mis cosas.

-¡Ep! -mi padre nos interrumpe desde la puerta, James se torna pálido- Esta habitación también es zona infranqueable. -James asiente.- Ahora ven conmigo, te enseñaré una de mis estancias favoritas...

Sonrío con picardía, sé lo que viene a continuación y le cedo James a mi padre para que lo asuste un poco más.

Los sigo cuando creen que me he quedado atrás, quiero escuchar lo que se dicen porque sé seguro que me va a hacer reír.

Mi padre abre su habitación favorita, la única de la casa que cierra con llave.

James traspasa el umbral detrás de él. Me quedo muy cerca, procurando no ser vista.

-Todo lo que ves aquí es mi pequeña colección privada. ¿Qué te parece?

-Me-me parece fabulosa Joan. -Tartamudea el pobre-.

Presiono mi boca con las manos, ese "Joan" de sus labios ha sonado muy gracioso.

-¿Entiendes de armas?

-No.

-Bueno, esta es una Arcabuz, es una antigua arma larga de fuego

de avancanga, antecesor del mosquete. Su uso estuvo extendido en la infantería europea de los siglos XV al XVII. ¿Es bonita verdad?

-Sí. -Contesta James secamente-

-Esta de aquí es un mosquete. Se empleó del siglo XVI al XIX también es de avancarga.

-Ah.

-El trabuco tampoco está nada mal... es de grueso calibre, con un cañón corto y inusualmente acampanado. ¿Lo ves?

-Sí.

-Es toda una preciosidad. Aquí tengo también una ballesta de madera , tallada a mano. Y todo lo que ves en ese aparador de ahí son las armas más modernas, las que incluso hoy en día te puedes encontrar. ¿Sabes qué es lo mejor de todo? -Pregunta mi padre con un tonito que indica peligro- Todas funcionan y yo soy un experto tirador. -Escucho el golpe seco de unas palmaditas en la espalda- Piensa en ello muchacho.

Sonrío como una tonta e irrumpo en la sala de juguetitos de mi padre.

-¿Ya has terminado de traumatizar a James papá?

-Solo ha sido el principio pequeña, ya me conoces...

Sin más cojo la mano de James para llevarle lejos de ese antiguo museo. Su cara no tiene precio ahora mismo, está alucinando y no me extraña.

Aquella noche apenas puedo dormir sabiendo quién está a pocos metros, con la puerta abierta. Suspiro bruscamente, obligándome a odiarle. No se me va de la cabeza que está prometido y encima espera un hijo. Eso es algo que no puedo permitirme el lujo de olvidar, jamás.

Al día siguiente, tras una merecidísima ducha, bajo a la cocina, guiándome por el delicioso aroma que proviene de ella.

-¡Churros con chocolate! -Exclamo animada y corro hacia mi madre para abrazarla por detrás- vas a hacer que me ponga como una vaca...

Sonríe. Se gira y me apretuja las mejillas para besarme. James aparece por la puerta poco después, está vestido, seguramente desde hace tiempo y ha estado esperando a que yo saliera de mi habitación para hacerlo él también.

-¡Ven aquí mi niño! -Mi madre extiende los brazos, pero él

permanece parado sin saber exactamente qué es lo que tiene que hacer, entonces ella se acerca sin dejar de reír y lo apretuja con fuerza, obligándole a agachar la cabeza para darle un beso- Espero que te gusten los churros. Aunque mira...

Los ojos de mi madre brillan de entusiasmo mientras se encamina hacia la despensa y saca una caja de galletas de mantequilla: *Grandma wilds*.

-Me han dicho que tú las conocerías.

Me echo a reír. James la mira con ternura y esa expresión de cariño hacia ella me evoca un sentimiento que debería estar prohibido, dadas las circunstancias.

Los tres cogemos las tazas y los platos para llevarlos al comedor.

-Papá ha ido a trabajar, ¿no?

-Sí. Y nosotros nos vamos a dar un homenaje en su honor. -Sonríe-

Nos sentamos a la mesa. Mi madre pone la cafetera y el jarro de la leche en medio.

James espera a que las dos nos sirvamos para luego hacerlo él. Mi madre coge el paquete de galletas con toda su ilusión y las abre.

-Probaré una... -Comenta antes de cogerla. Se la mete en la boca, la mastica y acto seguido hace una mueca que nos hace reír a James y a mí- ¡Qué malo está esto *quillo!*

Deja el resto de la galleta sobre la mesa y coge un grasiento churro.

-No te preocupes cariño yo te enseñaré lo que es la comida de verdad...

James sonrío mientras nos imita cogiendo uno de los churros mojados en denso chocolate. Los tres a la vez hacemos un sonoro "mmmmmm" mientras lo degustamos. Acto seguido reímos sin parar. Las galletitas inglesas han quedado sin tocar sobre la mesa.

-¿Y qué vamos a hacer ahora? -Pegunto arqueando las cejas en dirección a mi madre, he tomado la firme decisión de ignorar a James todo lo posible, cuanto más lejos esté de él, menos daño me hará cuando lo vea en la oficina de la mano del insecto palo y su precioso hijo rubio en brazos-

-¿Por qué no vais James y tú al centro y le enseñas todo esto?

-¡Ni hablar! Quiero que hagamos algo juntas.

-Yo tengo que preparar la comida y limpiar un poco...

-¡De eso nada! -Espeta James dejándome anonadada- O salimos los tres o nos quedamos para hacer todas esas tareas.

Ya está. Se acaba de ganar a mi madre. ¡Cabrón astuto!

-Pero vosotros sois jóvenes, aprovechad...

-Mamá, ya lo has oído. Te vienes con nosotros.

Su sonrisa me conmueve. No pierde tiempo en quitarse el delantal y acompañarnos.

James lleva su flamante BMW por la ciudad, como han cambiado los tiempos, cuando yo era pequeña y me escondía detrás de los árboles para apedrear coches como estos, ahora ya no hay nadie que haga eso.

Mi madre está más animada que nunca y habla sin parar. Le gusta James, desde el primer momento en que lo vio, lo sé porque en lo que a gustos se refiere somos prácticamente iguales.

Paseamos por las rústicas calles adoquinadas, contemplamos sus edificios, las plazas, paseos y avenidas. Tomamos algo en una pequeña terracita junto al río. Mi madre no desaprovecha la oportunidad y empieza a contarle anécdotas mías: mi protesta contra las pieles de animales en la que recorrí esas mismas calles sin camiseta ni sujetador, el día en que por una apuesta me tiré al río y quedé atrapada en un fangal del que no podía salir, le cuenta incluso los sitios en los que me reunía con los chicos para tomar algo, como siempre escogía los clubes que tenían dos puertas para salir por la trasera cuando consideraba que las cosas empezaban a torcerse... me abochorna, pero los dos parecen disfrutar a mi costa y su compenetración es francamente increíble.

Aprovechando que mi padre no viene a comer, decidimos darnos el capricho y picar algo por ahí. Llevo a James a un tradicional restaurante de tapas donde, desde mi punto de vista, sirven lo mejor del país.

Quedamos saciados y el buen vino que él ha escogido para acompañar los platos, nos ha dejado más contentas de la cuenta.

También nos queda tiempo de entrar en algunas de las tiendas, solo para mirar. Me gusta especialmente esa que tiene jaboncitos de colores con pequeños objetos incrustados dentro, huele tan bien...

Unas cuantas vueltas y un helado más tarde, regresamos a casa.

-¡Menudo día el de hoy! hacía tanto que no lo pasaba tan bien... tu padre ya no me lleva a pasear por ahí.

-Pues díselo, estoy segura que si insistes un poco te sales con la tuya.

Mi padre llega una hora después a casa. Nos pregunta acerca de nuestro día y no se pone muy contento cuando le narramos todo lo ocurrido.

Tras la cena, nos relajamos en el sofá para ver un poco la tele. Mi padre abre su cartera y de ella saca una fotografía que quiere mostrarme.

-¿Quién es?

-Es Jordi, el hijo de Pep.

Miro la foto. Es un chico joven, está muy serio, pero lo que más llama mi atención es que lleva una gruesa rasta que cuelga delante de su pecho exhibiendo unos aros metálicos que se ciñen alrededor de ella.

-¿Te gusta? -Insiste mi padre- No me negarás que tiene un rostro que inspira confianza...

Y ya estamos otra vez. ¡Mi padre y sus rostros que inspiran confianza! seguramente será uno de esos catalanes extremistas con los que quiere emparejarme.

-Madre mía papá, no puedes tener peor gusto.

-¡Qué dices! es un buen chico pequeña, míralo bien.

Vuelvo a detenerme en la fotografía. No, definitivamente no me gusta.

Se la devuelvo sin hacer demasiado caso cuando empieza a hablar de que está estudiando derecho y bla, bla, bla, bla...

Tengo la satisfacción de mirar de reojo a James y ver su pálido rostro crispado. Por un momento estoy a punto de decir a mi padre que me concierte una cita con él, solo para provocarle, pero lo cierto es que el chico, por mucha confianza que a mi padre le transmita, a mí no me gusta en absoluto, así que dejo correr esa tentadora oportunidad.

Después de ver las noticias y los resúmenes deportivos, nos levantamos a la vez para irnos a la cama, mañana es noche buena. Siempre me ha gustado esa noche, no sé por qué, será por la sopa de *galets* y las gambas a la plancha que solo hace mi madre ese día. Lo cierto es que esas pequeñas costumbres las recuerdo con mucho cariño.

Y otra vez, casi sin darme cuenta, vuelvo a estar sola en la habitación. Miro mis pósters de adolescente, que fácil era todo entonces, cuando creía que podría comerme el mundo, cuando soñaba que si conseguía que alguno de mis ídolos me mirara acabaríamos siendo novios. Ahora me hace gracia mi ingenuidad de entonces, tal vez todavía quede



algo de todo aquello.

A la mañana siguiente, me levanto contentísima. Preparo mi vestido negro para esta noche, lo plancho y coloco los zapatos de tacón altos debajo de la silla. Corro escaleras abajo, el eco de las risas de mis padres resuenan en la cocina. Espero detrás de la puerta, ya sé que es una mala costumbre, pero qué le voy a hacer, no lo puedo evitar.

Él se acerca a ella y la besa en el cuello provocando su risa.

-¿Qué ocurre? -Dice James muy bajito a mi espalda.-

-Shhhh. -Le digo mientras continúo espiondo, ahora él me acompaña-.

*-Per què no desapareixem una estoneta?*

Mi madre se resiste, retira las manos de mi padre de su cintura y continúa preparando el desayuno.

-Vamos Juan, estate quieto.

*-Però què vols que faci si et desitjo com el primer dia!*

-Zalamero...

*-La mare que et va parir gitana encara em tornes boig!*

Decido interrumpir su momento, me da a mí que ahora mi padre no va a pillar cacho. Irrumpo en la cocina soltando un estridente: “¡Buuuu!” y ellos se vuelven automáticamente en mi dirección.

-¡Qué susto me has dado! -Exclama mi madre sin dejar de reír-

Beso a mis padres, James no se atreve a entrar todavía, lo hace poco después con el rostro encendido. Estas muestras de afecto le trastornan y más viniendo de mis padres, sin embargo a mí me encanta que sean así. Que todavía se quieran tanto. No debería haber edad para eso.

Pasamos una tarde tranquila jugando a cartas o al ajedrez. Mi madre no deja de mirar el reloj y nos sorprende a todos cuando a las cinco en punto de la tarde irrumpe en el salón con una tetera humeante y cuatro tazas.

-¿Qué es esto?

-Ya sabes cómo es tu madre... ha decidido establecer en casa la hora del té.

-¿Qué te parece James? ¿Te apetece una tacita?

-¡Por supuesto! -Exclama complacido-

Al final, todos nos animamos. Yo me decanto por el té de frutas del bosque, caliente entra muy bien. Y lo acompaño con una de esas

galletas rancias que ahora mamá se empeña en comprar para complacer a mi jefe, aunque ella no sabe que él es mi jefe.

Cuando terminamos de tomar el té y echarnos unas risas jugando a poner el dedo meñique en alto mientras conducimos la taza a nuestra boca, acudo a la cocina para ayudar a mamá con los preparativos para la cena.

Saca un montón de cosas de la nevera, ilusionadas por tener nuestro momentito a solas, nos ponemos manos a la obra. También hablamos de todo, le cuento cosas acerca de mis amigos, mis últimas travesuras y ella ríe sin parar. En cuanto pregunta sobre los chicos hago una mueca. Enseguida capta que es algo de lo que no quiero hablar.

-¿Qué me dices de James?

-¡Mamá! James es solo un amigo.

-¿Seguro cariño? la forma en la que te mira no es la de un amigo.

Me pongo roja. Se ha dado cuenta. A ella no le puede ocultar nada. Aún y así lo intento.

-Seguro. Es solo un amigo.

Me mira extrañada, ha captado mi decepción.

-¿Qué te frena cariño? es un chico guapo, atento, educado... encima ha venido aquí y no ha salido huyendo tras conocer a tu padre. - Sonríó- ¿Qué te lo impide?

Si ella supiera... tengo ganas de revelar su identidad, contarle lo que pasó en Madrid, lo de su prometida, su hijo... pero eso le sentaría mal, en cierto modo tiene a James idealizado. Además, es noche buena, hoy solo deberían haber buenas noticias.

-¡No! -Digo desviando la atención hacia los roscos de anís caseros que ha hecho- ¡Mis favoritos! ¡oh mamá no deberías cuidarme tanto!

Se echa a reír con ganas. Conoce cada una de mis debilidades. Miro los roscos con deleite, me muero por comer uno, pero falta poco para la cena y sería una mala idea.

Mientras ponemos unos hojaldres en el horno y esperamos a que se hagan, no puedo frenar la tentación de ir al comedor. Hace rato que los dos hombres están solos, tengo que ir a asegurarme que ambos siguen respirando. Como siempre, espero escondida tras la puerta, más cotilla no puedo ser.

-Y entonces cuando quieres despedirte de alguien tienes que decir: "deu" o "arreveure"

-Entiendo. Sería algo así como: "*Bona tarda!*" "*com va tot?*" y al

irse "arreveure!"

No salgo de mi asombro, ¿Papá está enseñando a hablar catalán a James?

-*Molt bé!* -Chocan las manos- *ets un hooligan interessant...*

¡Lo que faltaba!

Entro en el comedor. Mi padre vuelve a adoptar una postura distante, no quiere que me dé cuenta que nuestro invitado empieza a caerle medianamente bien. ¡No, si al final va a ganarse a toda mi familia! no estoy convencida de que eso me guste mucho, por lo que permanezco seria mientras me siento entre ambos, estropeando su momento.

Llega la hora de cambiarse para la cena. Me pongo mi vestido ajustado negro y mis zapatos de vértigo. Estoy increíble. Me pinto un poco y salgo de mi habitación. James también sale de la suya al mismo tiempo, en cuanto me ve se queda petrificado. Sonrío, su reacción confirma mi teoría.

Una vez abajo ponemos la televisión, es tradición ver el discurso del rey antes de cenar. Mi padre y James empiezan a hablar, papá es capaz de aferrarse a un clavo ardiendo con tal de desviar su atención del televisor en este momento.

Por otro lado la cena es copiosa. Todo está buenísimo. Tras alabar las manos de mi madre y su maestría en la cocina, procedemos a devorar todo cuanto hay en la mesa.

Como no, después de la comida viene el turrón y esos roscos de anís que tanto me gustan.

Hablamos, comemos, bebemos... hasta que, como cada año, me pongo en pie, me limpio los labios con la servilleta y digo:

-Bueno, no me esperéis despiertos, voy al pub de mis amigos.

Y como cada año mi padre hace una mueca de disgusto del todo previsible.

-Al menos este año no vas sola, de algo sirve tener al hooligan en casa.

Empiezo a reír.

-No papá, el hooligan se queda. -Espeto mientras me dirijo hacia el baño para los últimos retoques-.

-¿Cómo? ¡De eso nada jovencita! si sales vas con él que para eso lo has traído.

Miro a mi padre recriminando su comentario, ¡ni que se tratara de

un bolso!

-¡Por supuesto que voy Joan! por eso no se preocupe.

-¡Ves! solucionado. Gracias James.

Él me dedica una sonrisa ganadora de medio lado.

¡Increíble! ahora todos se han aliado contra mí.

Me dirijo enfurruñada al baño. ¡Maldita sea! en cuanto salgo, James me está mirando con esos ojos picarones que, justo ahora, hacen que me encienda todavía más.

Cojo mi bolso. Ni siquiera beso a mi padre cuando me voy, estoy enfada con él y quiero que lo note.

-*Arreveure!* -Dice James, encima con mamoneo-.

-¿A dónde vamos? -Pregunta en cuanto estamos fuera-.

-A ver, dime la verdad: ¿Te has propuesto joderme todas las vacaciones?

-No digas palabrotas, por favor.

-¡Las digo si me da la gana! ¡joder! -grito a la defensiva- ¿Por qué tienes que venir conmigo?

Suspira.

-¿Qué te pasa Anna? ¿Por qué no puedo acompañarte? ¿Qué vas a hacer?

-¿Te importa?

-Ya sabes que sí.

-Pues... básicamente quiero encontrar a uno de mis amigos de toda la vida, de esos con los que tengo tanta confianza como para acostarme con él. Ya sabes, pasar una nohecita agradable y luego regresar a casa por navidad. -Sonrío de mi pequeña broma sin despegar mis ojos de los suyos, que no han dejado de retarme-.

-No hablas en serio.

-Oh, -Sonrío. -Abro mi bolso, saco un preservativo de él y se lo muestro- ya lo creo que sí.

-Pues me temo que esta no va a ser una "nohecita agradable" para ti. -Cita las mismas palabras que yo he empleado antes- No pienso dejarte.

-¿Bromeas? ¿Por qué? ¡A ti qué más te da! te recuerdo que estás prometido, esperas un hijo, aún y así has sido infiel a tu novia y la has dejado plantada para pasar las navidades con la familia de tu secretaria. ¿Y te crees con derecho a impedirme hacer algo? yo sí soy libre James y con mi cuerpo hago lo que quiero. -Me miro de arriba abajo- Para que lo

disfruten los gusanos de aquí unos años lo disfruto yo ahora, ¿no te parece?

-No vas a hacer una cosa así en mi presencia ¿me oyes? como si tengo que sacarte a rastras de cualquier bar.

-Tú no eres quién para impedirme nada.

-Lo sé. Pero no será hoy cuando hagas algo de eso.

-¿Y por qué no hoy? -Me acerco lo suficiente hasta quedarme a pocos centímetros de él, prácticamente puedo sentir su aliento sobre mi rostro- Vamos... si me sigues el rollo incluso puede que te deje mirar.

Lo digo solo para provocarle todavía más y funciona. Su ira aumenta con cada una de mis palabras, la vena de su cuello se hincha, sonrío con malicia por haber tocado, al fin, una fibra sensible.

-Eres una descarada.

-¿Qué pasa James? ¿no te pone cachondo ver como otro hombre me toca, me acaricia los senos suavemente mientras entrelaza su lengua a la mía, bebe de mí y yo simplemente le dejo porque en ese momento le deseo?

-Sé lo que pretendes y no lo vas a conseguir.

-¿A no? ¿Y qué pretendo exactamente? tú que lo sabes todo, dímelo.

-Quieres enfadarme para que te deje sola y cumplir tu amenaza.

Río quedamente.

-Me da igual lo que digas o hagas. -Camino en dirección a la parada del autobús- Vente si quieres, pero que te quede claro que voy a hacer lo que me de la real gana.

Noto su mano en mi codo. Me gira con brusquedad hasta colocarme frente a él.

-Eso habrá que verlo. -Concluye y yo me enervo-

-En cuanto lleguemos al núcleo urbano te despistaré James. No pienso dejar que me acompañes y me fastidies la noche.

-No vamos a llegar al núcleo urbano, creo que lo mejor es que regresemos a tu casa. No estás en condiciones de salir hoy.

-¡Y una mierda! -Espeto sin dejar de reír con toda la ira que despierta en mí-

-No me gusta que digas palabrotas.

-Ni a mí que me digas lo que tengo que hacer.

Le empujo, él me agarra todavía más fuerte, nuestro rostros prácticamente pueden tocarse, entonces, cediendo a una fuerza superior nos

besamos. Sus labios calientes me desmontan, los dos nos entregamos a la pasión desenfadada, con rabia. Percibo sus manos aferrándose a mis mejillas con excesiva fuerza. Las mías se enredan tras su nuca, los dedos se filtran entre su cabello y estiro. Jadea en mi boca, me apresuro a interrumpirlo con el saqueo de mi lengua.

Su rudeza es apremiante, casi me hace daño por lo fuerte que me tiene retenida. No puedo negar que eso me excita, tengo ganas de que me acorrale contra cualquier pared y me envista salvajemente, que se desfogue conmigo como yo pienso hacerlo con él.

Pero no... no puedo dejarme llevar porque en teoría le odio. Así que muerdo su labio inferior mientras tiro con fuerza y no paro hasta percibir el regusto metálico de su sangre.

Chilla, se aparta y se lleva la mano al labio herido. Le he hecho un pequeño arañazo con los dientes. ¡Se lo merece!

-¡Me has mordido! -Exclama sorprendido-

-No quiero que vuelvas a besarme. ¿Te queda claro? -Le digo elevando el tono-

-Curioso que digas eso. Todavía no sé quién ha besado a quién.

Resoplo por la nariz, al final lo ha conseguido. Ha hecho que mi cabreo pueda más que mis ganas de divertirme. Así que dando enormes zancadas, me dirijo de nuevo hacia mi casa. Entro enfurecida, abriendo la puerta de mala gana. Mis padres me miran extrañados, pero no se atreven a preguntar, han advertido en mi cara que es mejor callar. James entra en casa poco después, cierra con cuidado la puerta y me excusa torpemente. Poco después sube las escaleras, yo cierro de un fuerte golpe la puerta de mi habitación para no verle.

Mañana de navidad.

Bajo las escaleras ilusionada. El cabreo de ayer se ha esfumado. Con ilusión infantil, coloco debajo del pesebre (montado exclusivamente por mi madre) mis sobres regalo para ellos. Empiezo a cantar *navidad dulce navidad* a viva voz hasta que acuden a mi llamamiento como abejas a la miel. Ellos también traen sus regalos y con cuidado los depositan bajo la mesa del pesebre.

Como es tradición nos sentamos en el suelo sobre la mullida alfombra. Es curioso no esperar a reyes para darnos los regalos pero es que mi familia es así de rara: hay pesebre en lugar de árbol y los regalos se

hacen en navidad en lugar de reyes.

En cuanto veo a James giro el rostro. No quiero saber nada de él y ya me está cansando tenerle siempre pegado como una garrapata.

-Bien, ¿quién va a ser el primero en abrir sus regalos? ¡vosotros! - les digo con desmedida ilusión a mis padres mientras les entrego un sobre a cada uno-.

-¿Qué será? -Pregunta mi padre sonriente-

Juntos abren el sobre. Mi madre tiene las entradas para ir a ver el musical del rey león y mi padre una reserva en un hotel de lujo y los billetes de ave para ir a Madrid.

-¡Vaya! -Exclama mi madre dando un bote de entusiasmo y gateando sobre la alfombra para abrazarme- ¡Es genial!

-Un fin de semana en Madrid... -Mi padre no parece muy contento- ¡en la capital!

-Papá... vamos, sabes que mamá se merece un poco de distracción. Además, es un hotel de cuatro estrellas, con jacuzzi, piscina climatizada...

Asiente y acude a por uno de mis besos.

-Tienes razón pequeña, nos viene bien una salida de vez en cuando. Muchas gracias.

Cruzo las manos ilusionada. Ahora me toca a mí.

-Toma cariño...

Mamá me entrega una caja envuelta en un papel de Bob esponja. Sonrío como una niña mientras lo desenvuelvo.

¡Es una colcha hecha por mi madre! pero lo más interesante es que ha enviado fotos nuestras a algún sitio donde las han imprimido sobre tela, luego ha cosido todos los fragmentos, formando cuadrículas del mismo tamaño para crear una colcha original, diferente, increíble...

Mis ojos se llenan de lágrimas. Es una colcha de recuerdos. Están todos los momentos más significativos de mi vida, desde mi nacimiento hasta mi graduación.

-¡Es precioso mamá! -Libero esas lágrimas y me lanzo a sus brazos, siempre consigue que sus regalos me emocionen-.

-Me alegra que te guste, he estado haciéndola durante mucho tiempo.

-¡Me encanta! muchas gracias, de verdad...

-Aquí hay otra cosa.

Me entrega otra cajita, esta vez sin envolver, la destapo y estallo

en carcajadas. Es una bandera independentista creada a partir de chuches. Me apasionan las gominolas y como no, mi padre siempre tiene que poner su toque especial.

Despego una tira de pica-pica de la bandera y la meto en la boca.

-Mmmmm está buenísimo. ¿Queréis?

Se echan a reír.

-Y ahora hay esto para ti James...

Mi madre le da un pequeño paquetito. Él se queda en estado de shock, no se lo esperaba, yo tampoco, pero mi madre es así, cumplidora con todo el mundo hasta el final.

Desenvuelve con cuidado el papel plateado hasta descubrir una bufanda gris, bonita, moderna y con buen gusto. Seguro que al estirado de James no le gusta.

-Muy bonita, gracias. Aunque no tenía por qué molestarse.

-¡Oh vamos cariño!, esto no serían unas navidades sin regalos.

Mi padre sonrío. Me quedo literalmente a cuadros cuando le entrega un diminuto paquetito, incluso James se queda petrificado ante ese gesto inesperado.

Lo abre, y saca un llavero, como no, independentista. Empiezo a reír.

-Gracias de verdad Joan, prometo llevarlo siempre.

-No esperaba menos.

-Y ahora si me disculpan...

Le miramos mientras se dirige hacia la puerta de entrada, la abre y aparece con una caja inmensa. Está llena de pegatinas, por lo que ha llegado por mensajería urgente.

-Como bien dice Carmen, estas no serían unas navidades sin regalos.

Quita el precinto a la caja, primero entrega un paquete liado con papel de periódico a mi padre. Él me mira, cree que yo estoy detrás de esto pero lo cierto es que no. No tengo ni idea de qué puede ser.

-*No és possible...*

Pocas veces he visto a mi padre con esa cara de asombro. Mira a James boquiabierto, luego me mira a mí y finalmente deposita el paquete con mucho cuidado sobre el suelo y saca una pistola negra. La alza como si fuera el cáliz divino y con los ojos abnegados en lágrimas dice:

-Luger 45 ACP. La pistola más cara del mundo, muy difícil de



encontrar...

James sonríe y se permite vacilar un poco y complementar la explicaci3n de mi padre.

-Es un arma semiautomática americana. Creada en el año 1900.

- C3mo has conseguido una cosa así?  es prácticamente imposible!

-Tengo un amigo entendido en el tema de las armas, él me ayud3 a conseguirla. Digamos que ahora estoy en deuda con él.

-Vaya muchacho, me has dejado de piedra, te lo aseguro.

- Le gusta?

- Bromeas? mañana mismo ordeno que le construyan un altar.

Reímos por la reacci3n de papá, es como si no existiera nada más. Sigue admirando esa pistola sosteniéndola como si fuese a romperse en cualquier momento.

Seguidamente James saca un enorme paquete de su caja. Se lo entrega a mi madre.

Ella se pone roja. S  lo que piensa ahora mismo, cree que se ha quedado corta comprándole solo una bufanda, pero es que lo que no sabe es que James tiene mucho, pero que mucho dinero.

Mi madre desenvuelve su paquete. Se lleva las manos a la boca por la alegría de ver un sofisticado robot de cocina capaz de hacer cualquier cosa. Además lleva un libro de recetas y hay de todo lo que te puedas imaginar. Justo lo que a ella le gusta. Mi padre a penas se fija en los demás regalos porque sigue contemplando su nuevo juguetito. Mi madre también se ha quedado en silencio y ojea su libro de recetas como si fuera el plano de un mapa que le conducirá a un gran tesoro.

-Y esto es para ti Anna.

Me entrega otra caja. Le miro. Aún no se me ha pasado el cabreo por lo de ayer.

-Gracias pero no lo quiero.

Cojo mi colcha y mi bandera de golosinas y me levanto del suelo.

- Anna! no deberías comportarte así. -Me reprocha mi madre-

-No, ella tiene raz3n. -Mi padre mira a James y vuelve a meter la pistola entre los papeles de peri3dico- No podemos aceptar todo esto, es demasiado.

Contemplo la desilusi3n en sus rostros. James se ha quedado paralizado y justo en ese momento me da pena.

-Me siento en deuda con ustedes, han permitido que me quede aquí pese a que no me conocían de nada, por favor, me sentiría muy honrado si aceptaran mis regalos, es lo mínimo que puedo hacer.

-Pero muchacho, tan solo este arma ha debido costarte un ojo de la cara...

-Eso es lo de menos ahora, por favor, acéptelo.

Mi madre también vuelve a meter su robot de cocina en la caja y entonces me doy cuenta que ellos no van a aceptar nada a menos que yo lo haga también. Suspiro, miro a James y vuelvo a sentarme sobre la alfombra de mala gana.

-Está bien. Dame el mío, aunque como ves, yo a ti no te he comprado nada.

-No hace falta Anna. Tengo todo cuanto necesito.

Arrugo el entrecejo. Él me entrega el ligero regalo, está envuelto en un sofisticado papel negro. Mis ojos se dilatan en cuanto intuyo lo que puede ser. Retiro rápidamente el envoltorio y alzo el vestido verde marino, ese D&G que vimos en Madrid y valía novecientos euros.

-¡Madre mía qué bonito es Anna!

Asiento a mi madre, que siguiendo un impulso irrefrenable se acerca para palpar la suave tela.

-¡Es seda! -Exclama sorprendida-

-Sí. Es precioso. -Admito y me giro hacia James- Gracias.

Él asiente. Parece feliz, al final se ha salido con la suya: nos ha comprado a todos con dinero. ¡Qué asco me doy!

Pasamos la tarde viendo películas antiguas y conversando sobre ellas, incluso tomamos el té, que ya se ha convertido en un hábito. Lo cierto es que no es algo tan descabellado, incluso si no fuera porque me recuerda a él, diría que hasta me gusta.

Estiro los brazos mientras bostezo. Últimamente tengo la sensación de que no hago más que comer y dormir todo el tiempo. Me asomo a la ventana y veo que hace un día soleado, no me hace falta nada más.

Abro mi armario, saco un viejo chándal de años atrás que curiosamente me sienta tan bien como antes. Me peino y voy hacia abajo para comentar mis planes a mis padres, pero no están en casa. Papá ha ido a trabajar y mamá ha dejado el desayuno sobre la mesa, junto a una nota

diciendo que va al supermercado.

Cojo un bollo del plato y lo mordisqueo mientras me dirijo a paso ligero al garaje.

¡Aquí está! mi bicicleta *mérida* de doble suspensión. Ideal para la montaña. Le quito un poco el polvo y pedaleo hacia la salida.

¡Va de maravilla!

abro la puerta del garaje y corro por las extensas llanuras hasta perderme entre los bosques montañosos y húmedos que hay detrás de mi casa. El camino lo conozco de memoria, es una cuesta difícil, además estoy algo desentrenada, pero eso no va a detenerme.

Estoy sudando una barbaridad, hago un pequeño esfuerzo más y... ¡genial! tengo que quemar todos los excesos de los últimos días.

Llego a la cima cojo aire y desciendo a toda velocidad gritando de emoción como una loca. La adrenalina se desata por todo mi cuerpo, esquivo las piedras, los árboles... el viento peina mi pelo hacia atrás. ¡Me siento libre! desciendo rápidamente, como tantas otras veces, pero en esta ocasión diviso una camioneta blanca destartalada, miro hacia ella, a pocos metros hay un hombre meando en un arbusto.

-¡Qué asco!

Giro el manillar, mi bicicleta corre el doble ahora, la empinada bajada se acentúa y mi velocidad aumenta. Presiono las palancas del freno y... ¡maldición! vuelvo a intentarlo pero estas no responden.

¡Joder!

Me pongo nerviosa, lo veo todo a cámara rápida, me la voy a pegar en cualquier momento y a esta velocidad eso no puede ser bueno. Grito al sentir como las piedras me hacen botar en el sillín. ¡Joder, joder, JODER!

No lo pienso más, hay una zarza a mi derecha me tiro sobre ella antes de estamparme contra un árbol o algo peor.

¡Mierda como duele!

¡Dios!

Estoy enredada en las zarcas de espinas, cada vez que intento moverme los arañazos rasgan mi piel. ¡Qué dolor!

Sollozo, protesto, estoy a punto de llorar cuando el rostro de un chico joven se interpone en mi campo visual. Emite un sonoro silbido mientras niega con la cabeza.

-¡Menudo leñazo!

-¡Soy un puto desastre! -Exclamo haciendo una mueca de angustioso dolor- No puedo moverme, este es mi final, lo sé.

Se echa a reír, yo le sigo pero me detengo enseguida porque al moverme las espinas se han clavado todavía más en mi piel.

El chico extiende sus manos en mi dirección, mi rostro se contrae.

-¿Te has lavado las manos después de mear?

Me mira alucinado, luego se echa a reír de nuevo.

-¡Por supuesto! además me he aplicado un jabón anti bacterias. - Dice en plan irónico-

-A bueno, si te has desinfectado la cosa cambia. Adelante, te dejo tocarme...

Vuelve a sonreír.

-Pero no sé por dónde, estás llena de sangre y espinas. ¿No tendrás algún tipo de enfermedad contagiosa, no?

-Sí. -Digo convencida- Estupiditis aguda. ¡¿Quieres sacarme ya de aquí?!

Emite una fuerte carcajada, se acerca, pone un brazo bajo mi cintura y el otro bajo el pliegue de mis rodillas.

-¡Coño! ¡esto duele de cojones! -Se queja mientras tira de mi hacia arriba y me desengancha de esas zarzas-

Grito en cuanto las espinas clavadas en mi piel han acabado de rasgarme. A continuación me deposita sobre el suelo y se mira los brazos. Han quedado llenos de arañazos tras haberme cogido.

-Madre mía... parecemos un par de *walking dead*.

Sonríe tras mi comentario.

-Espera, voy a por un poco de agua.

Se acerca a su camioneta, saca una botella de dos litros, sin pensárselo demasiado me tira un chorrito por los brazos, la cara, la espalda. Está fría, pero ese frescor me alivia.

Luego él hace lo mismo con sus brazos, los finos arañazos quedan limpios borrando con el agua las marcas de la sangre.

-¿Estás bien? -Pregunta devolviéndome la mirada-

-Bueno, me escuece un poco, pero contra todo pronóstico, creo que al final sobreviviré.

Sonríe.

-Te he salvado la vida, sin lugar a dudas.

-¡Ni que lo digas! sin ti hubiese muerto disecada entre esas zarzas.

Se acerca un poco más a mí. Sus ojos se detienen frente a los míos, yo retrocedo extrañada.

-Hay que joderse. -Dice y automáticamente brota de él una sonora carcajada- Eres Anna Suárez.

-¡Vaya! ¿Llevo mi nombre tatuado en la frente?

-Soy Marc Andreu. Del colegio.

-¡Ostia! -Exclamo sorprendida- ¡Marc! ¿Dónde has dejado tu mata de pelo cobrizo?

Ahora está prácticamente calvo.

-Bueno, digamos que huyó junto a los granos en la pubertad. A ti en cambio la pubertad te ha regalado cosas, no veas qué tetas te ha dejado ¿no?

Empiezo a reír como una loca.

-¿Tú crees? -digo sacando pecho frente a él-

-Ya te digo, -silba- muy bonitas.

Sigo riendo mientras me acerco a mi bici sin frenos, que sigue tendida en el suelo de cualquier manera.

-¡Menudo salido estás tú hecho!

-No bonita, eso no es ser salido. Salido es haberte dicho tras tu do de pecho que a mí también me ha dejado algún que otro regalito entre las piernas, pero no lo he hecho, con lo cual, queda constatado que no soy un salido.

No puedo dejar de reír. Él se acerca y me arrebató la bici de las manos. Bajo mi atenta mirada la carga en la parte trasera de su camioneta.

-Vamos anda, te llevo a casa *puto desastre*.

-Bueno, pero que conste que solo acepto porque no eres un salido.

-¿Princesa? -Dice con retintín mientras me abre la puerta de su vehículo, yo alzo el rostro y entro con toda mi elegancia en el asiento del copiloto, sucio como pocos he visto antes-

-¿Y bueno Marc, qué es de tu vida?

-Ya lo ves, trabajo en la carpintería de mi padre. Negocio familiar, ya sabes... ¿Y tú?

-Yo soy secretaria, de una empresa de Barcelona.

-Sí, sabía que te habías trasladado ahí. Nuestros padres todavía pescan juntos de tanto en tanto.

Asiento.

-Veo que las cosas no han cambiado mucho por aquí, ¿eh?

-No...

Diez minutos después llegamos a mi casa, no era consciente de que me había alejado tanto. Marc aparca la furgoneta y se acerca a la parte trasera para sacar mi bicicleta.

-Te invito a una cerveza. -Digo dedicándole la mejor de mis sonrisas-.

-Gracias pero no me quedaré, entraré un momento a saludar a tus padres y me voy, tengo trabajo.

-Vale.

Juntos caminamos por el césped recién cortado hasta llegar al portal. No me da tiempo a abrir la puerta, James nos ha escuchado y se ha apresurado a hacerlo por mí.

-¿Qué te ha pasado? -Su rostro se desencaja en cuando ve la multitud de arañazos que decoran mi cuerpo-.

-Se ha caído con la bici. -Contesta Marc sin quitarle ojo, normal, no sabe quién es-.

Los presento:

-Marc este es James un compañero de trabajo y Marc fue un compañero de colegio. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿veinte años? - Me giro hacia él-.

-Por ahí. -Me contesta, dirigiéndose únicamente a mí, ellos ni siquiera se saludan.- Si sirve de algo tú no has cambiado mucho, sigues teniendo la misma cara de *pilla* de siempre.

Me echo a reír.

-¡Menuda fama tengo!

-¡Oye! ¿no están tus padres?

-Creo que aún no han llegado. Mi madre tiene que estar al caer por eso...

-Bueno, pues dales recuerdos de mi parte. Aunque ahora que sé que estás por aquí tal vez me pase en otra ocasión así veo qué tal estas.

-Cuando quieras.

-Por cierto, ¿necesitas ayuda para desinfectar esas heridas?

James se cuadra. Se planta a mi lado con su habitual rostro de mala leche y contesta por mí.

-No necesita nada. Gracias. Ya estoy yo aquí para atenderla en lo que precise.

Marc frunce el ceño. No le gusta la prepotencia de James, salta a

la vista, son dos polos opuestos.

-No te preocupes Marc, no quiero que llegues tarde al trabajo por mi culpa, bastante has hecho ya.

-Bueno en realidad no llego tan tarde. -Mira el reloj de su muñeca, aunque sé que eso lo está diciendo únicamente por retar a James- Además hoy salgo a las seis, ¿quieres que vayamos a cenar por ahí y rememoremos viejos tiempos?

-Me parece que no es una buena idea... -Espeta James dejándome anonadada-.

-¿Por qué? -Le pregunto entornando la mirada en su dirección, ¡ya me está tocando lo que no suena con su control!-

-Porque tus padres cuentan contigo esta noche, han hecho planes.

-Planes. -Repito incrédula, su argumento no hay quién se lo trague-.

-Sí. Planes. -Confirma con contundencia-.

Marc se ríe, mete las manos en los bolsillos de su pantalón y se encoge de hombros.

-Bueno, yo ya lo he dicho, cuando quieras me llamas Anna. Tu padre tiene mi número.

-Vale. -Me acerco y le doy dos besos en las mejillas- Te llamaré.

-¡Eso espero! -Le dedica un movimiento de cabeza a James para despedirse y se va-.

En cuanto nos quedamos solos le fulmino con una mirada encolerizada.

-Antes de que te pongas como una fiera, déjame que te cure eso.

-¡No necesito nada de ti! Puedo yo sola.

Le esquivo, abro el mueble del comedor donde mi madre guarda el botiquín y lo llevo hacia la mesa.

No lo espero cuando James me sujeta por la cintura, me alza ignorando mi resistencia y me sienta sobre la mesa.

-¡Eres un gilipollas! -Le digo a punto de estallar-

-Tú una mal hablada.

Coge un pedazo de algodón y lo empapa en agua oxigenada, con cuidado, arrebatando uno de mis brazos y me lo aplica delicadamente sobre las heridas. Bufo. Me escuece un montón y me muevo inquieta mientras una espuma blanca borra las señales de sangre.

-Odio que seas tan controlador y dominante.

-Pues yo odio que seas tan chula y altiva.

Resoplo con rabia.

-No soporto que te inmiscuyas en mi vida.

-Y yo que me apartes de ella.

Doy un respingo ante su último comentario. ¿Qué pretende decir con eso?

Él no me devuelve la mirada, gira mi brazo y sigue presionando con el dichoso algodoncito.

-¿Quieres saber una cosa? -Su mirada azul se detiene unos segundos frente a la mía. Tal y como me mira ahora, él parece el fuego y yo el hielo.- Estos días contigo y tu familia he aprendido muchas cosas. ¿Sabes que tu padre cada mañana le lleva el desayuno a tu madre a la cama antes de irse?

Le miro extrañada. ¿Y qué importancia tiene eso? él asiente ante mi cara de estupefacción y continúa:

-Desde fuera puede parecer que ella se levanta primero y lo tiene todo a punto, pero no es así. Tu padre hace cosas por ella también. Me he fijado en cómo se miran, como pese a tener muchas cosas que hacer siempre sacan momentos para estar el uno con el otro. Como son capaces de hacer que todo lo que les rodea sobre y se centren en lo único que importa, que es el amor que se tienen. Eso, -Enfatiza mirándome fijamente- es lo que se necesita para traer un hijo al mundo, mírate a ti: eres así por los padres que has tenido.

-¿Y qué? -Pregunto sin entender-

-Pues que Alexa y yo no tenemos eso ni de lejos. Por mucho que ponga de mi parte, mi hijo jamás podrá parecerse a ti, porque su madre y yo jamás alcanzaremos el nivel de complicidad que tienen tus padres. - Alza la cabeza, sus ojos cristalinos brillan con fuerza, temo que empiece a llorar- No te haces una idea de lo afortunada que eres, Anna.

-¿Qué tiene que ver eso con que no me dejes hacer mi vida?

-¿Aún no te das cuenta que el hecho de haberte conocido ha cambiado las cosas?

¡Joder, mierda! mi corazón late enloquecido. Su forma de hablar, de hacerme sentir tan tremendamente especial está ablandándose. Él coge mi otro brazo y repite el mismo proceso que con el anterior.

Retira el algodón y coge otro limpio, se inclina hacia delante para aplicarle el agua oxigenada, su cuello queda expuesto ante mi boca y no lo



aguanto más. La entreabro, tengo muchísimas ganas de él. Recuerdo nuestros encuentros en Madrid y mi piel se vuelve de gallina. Ahora o nunca: salto al vacío o me quedo segura en la cima de la montaña.

Antes de que se retire, bajo la cabeza y rozo su cuello con los labios. Se ha quedado quieto. Libero mis dientes como un vampiro para presionar levemente su yugular y antes de despegar mi boca, le doy un húmedo beso.

Se retira despacio. Me mira. Muevo la cabeza y él hace lo mismo. Con nuestro último movimiento nuestras frentes se unen. Me inclino, ladeo el rostro en busca su boca, como no, él me corresponde en el acto. Con mucho cuidado sus manos rodean mi cintura mientras las mías se acoplan sobre sus hombros. Poco a poco, incrementamos la urgencia de nuestro beso. Mi lengua pincela sus labios, le muerdo el labio inferior, esta vez con delicadeza, aún no me creo el mordisco que le di la última vez, sonrío ante ese recuerdo y él se mueve aún más concienzudamente sobre mi boca, sin miedo.

Permanecemos así un buen rato, sabe tan bien como yo que no me cansaría nunca de besarle. Mi cuerpo se excita cuando sus manos me arrastran sobre la mesa hacia delante tirando de las pantorrillas. Abro más las piernas y él entra dentro, se pega a mí y puedo sentir su erección bajo el pantalón.

Jadeo cuando su lengua recorre mi cuello, dejando resbaladizas carreteras de saliva a su paso. Calor... siento mucha calor y no es por la desinfección de mis arañazos. Levanto un poco más las piernas y las enredo a su cintura, su erección me roza la vagina, se hunde en la grieta produciéndome ese cosquilleo tan familiar.

Él se mueve un poco, restregándose conmigo y emite un gruñido bajo, ese sonido... ¡Oh Dios, me vuelve loca!

Con desenfreno seguimos con nuestra alta dosis de morreos. A veces inclina la cabeza para seguir besándome desde otro ángulo y yo simplemente le sigo. Cada caricia, cada roce, me produce un placer inconmensurable. En ese momento no me importa lo enredada que está su vida, solo me importa él y cómo mi cuerpo reacciona ante su contacto. Posiblemente mañana me arrepentiré de esto, pero hoy no dejo que ningún mal pensamiento me contamine, ya lamentaré las consecuencias de mi locura luego.

Jadeante, me separo unos centímetros, me detengo en el lóbulo de

su oreja, lo mordisqueo con los dientes y susurro:

-Vamos a mí habitación.

Se separa.

-¿Estás segura?

No lo sé. Son muchas mis dudas, pero estoy tan caliente y hace tantísimo que no tengo un buen polvo que asiento sin dudarlo.

Sus manos me alzan como si no fuera más que un muñeco, se ciñen a mi culo y asciende las escaleras conmigo en brazos. Durante todo el camino yo no dejo de besarle, no quiero separarme un milímetro de él por si me enfrío.

Me tumba sobre mi cama y cierra la puerta con cuidado. Aprovecho ese espacio para gatear lentamente sobre la colcha hasta acercarme a él, en cuanto lo tengo delante desabrocho poco a poco sus pantalones, los bajo hasta los muslos junto a los calzoncillos y mi boca se lanza a por su miembro. Percibo el ligero gusto salado de su excitación, él suspira mientras se deja lamer por mí.

Sigo besándole la punta, la envuelvo con mi lengua y con cuidado voy introduciéndomela centímetro a centímetro en mi garganta. Se desliza suave hasta casi tocar la campanilla. Su gemido me excita. Empiezo a mover mi boca sobre su pene a un ritmo lento, enloquecedor. Sus manos retiran el pelo revuelto de mi cara y lo anudan hacia atrás para poder tirar de él moviéndome a su antojo. Su ritmo aumenta a medida que su miembro se hincha en mi boca hasta inundarla, entonces, antes de desatar su orgasmo, se inclina sobre mí, me besa y se recuesta en mi cama.

Se separa el tiempo suficiente para quitarse todas aquellas prendas de ropa que le molestan antes de volver a prestarme toda su atención. Le espero impaciente, he leído en sus ojos que hoy es el día en que va a hacerme disfrutar de verdad.

-No te muevas y déjate guiar por mí, ¿de acuerdo?

Asiento algo desesperada. Él sonrío.

Me despoja de mis ropas y su rostro cambia. Ha visto algunas heridas sin curar que han quedado cubiertas bajo la camiseta. Se inclina y las lame con exquisita lentitud. No le importa el sabor de la sangre, se afana por dejar los arañazos limpios antes de mover mi cuerpo, colocándose a cuatro patas frente a él.

Ahogo un jadeo cuando sus dedos expertos exploran mi sexo. Se deslizan hacia dentro y yo emito un gemido en respuesta. Me enloquece su

sutil penetración, sentir como las paredes de mi vagina se adaptan a su dedo y lo succionan.

Entonces, con cuidado se mueve hasta que su cara queda debajo de mi cuerpo y su cabeza sobre el colchón.

-Inclínate sobre mí Anna, déjame beber de ti.

El cosquilleo se expande por todo mi cuerpo, me da morbo la claridad con la que me habla. Ignorando el corte que me da hacer eso, cedo a cuanto me pide, me pongo de rodillas y desciendo hasta percibir su lengua entre los pliegues de mi vagina.

Me lame, me mordisquea el clítoris y yo simplemente me contraigo de placer con cada uno de sus movimientos. De forma inesperada, uno de sus dedos vuelve a hundirse en mi orificio mientras su lengua sigue arrancándome alaridos de placer.

Siento que voy a correrme, estoy a punto y él parece intuirlo.

Se retira, alcanza mi bolso que está sobre la mesita y rebusca sin error en el bolsillo donde he guardado un preservativo. Lo abre con los dientes y se lo enfunda rápidamente antes de incorporarse, guía mi cintura poniéndome nuevamente a cuatro patas sobre la cama

Ahora su miembro firme y duro me penetra, entrando muy despacio hasta alcanzar toda la profundidad que su longitud demanda.

Chillo de placer al percibir como se mueve mientras me sujeta la cintura con las manos. Sus embestidas son suaves pero profundas, con cada retirada su acometida es un poco más fuerte hasta que en cuestión de segundos, adquiere un ritmo devastador. Jadeamos, gemimos y ambos nos movemos, clavándonos más si cabe el uno en el otro. Escucho el repiqueteo de sus testículos al chocar incesantemente en mi vagina hasta que no puedo más y con una última penetración que llega hasta mi útero, alcanzo el clímax.

Él deja de moverse progresivamente, se aferra más fuertemente a mis caderas y me empuja bruscamente hacia él hasta que se corre desatando un profundo jadeo.

Los dos respiramos desacompasadamente mientras intentamos recomponernos del esfuerzo. Mi cuerpo, derrotado, cae de frente sobre la cama. Poco después, percibo a James junto a mí, arrojándose con las sábanas antes de tumbarse a mi lado y rodear mi cintura con su brazo.

-Debería estar prohibido desearte tanto. Sé que está mal, pero simplemente no puedo resistirme a ti.

Me ladeo hasta tener su rostro delante. Es tan guapo, tan masculino... es irremediable: quiero a este hombre para mí. Y mientras lo digo un latigazo de angustia me atiza el alma. ¿Qué voy a hacer? estoy completamente perdida, él me tiene en sus manos, sabe que cederé cada vez que me tienta porque estoy dentro de una espiral de sentimientos de la que no puedo salir.

Suspiro y vuelvo a concentrarme en el presente dejando a un lado esos pensamientos que enturbian mi falsa felicidad.

-¿Sabes? todavía me sorprende tu capacidad para librarte de los remordimientos, ¿cómo lo haces? ¿sigues la regla de los 300 quilómetros?

-¿Cómo dices?

-Ya sabes, si estás a más de 300 quilómetros no son cuernos.

Sus risas mueven el colchón de la cama, sin dejar de reír coge la almohada y empieza a dar a cualquier parte de mi cuerpo que le queda a tiro.

-¡Anda loca, calla!

¡Uy! Si se piensa que me va a ganar en una guerra de almohadas lo lleva claro este inglés relamido. Cojo el cojín rojo en forma de corazón que decora mi cama y le envisto con toda mi fuerza.

Estamos así un buen rato, jugando, esquivando, moviéndonos... él me está ganando, es mucho más fuerte y rápido, así que como mujer astuta que soy, me paro. Reproduzco una elaborada mueca de dolor y abarco uno de los arañazos de mi brazo con la mano.

-Perdona, ¿te he hecho daño?

Su cara emana preocupación por todos sus poros. Me encojo de hombros al tiempo que mis cejas se juntan para dar más lástima y credibilidad a mi actuación, entonces él deja su almohada a un lado y aprovechando esa extraordinaria circunstancia alzo mi cojín victorioso y le ataco sin compasión.

Y es que no hay juego que se me resista, con o sin trampas, ¡y menos con un inglés!



A partir de aquél momento, se desata la locura.

Miro el reloj, son las tres de la madrugada y sigo sin poder dormir. Salgo de puntillas al pasillo y me meto en el baño.

Me lavo la cara con agua fría. Con cuidado voy secándome los arañosos intentando que las costras no se desprendan.

Cuando termino me pongo de espaldas a la pica, mirando hacia la puerta. Suspiro. Ya han pasado dos días, dos días en los que es más evidente que a James y a mí no nos une solo una amistad. Cuando nadie nos ve, él se lanza a robar mis besos. Los dos disfrutamos jugando a eso del ratón y el gato con mis padres, aprovechamos sus ausencias o distracciones para acorralarnos en cualquier esquina y meternos mano. Pero no pasamos de ahí, en casa no se da la situación de que estemos completamente solos.

Solo de pensar en esos últimos contactos mis pezones se endurecen bajo la camiseta. Me acaricio los pechos, que no podrían estar más duros y a punto estoy de liberar un gemido cuando una idea descabellada pasa fugaz por mi mente.

Intentando no hacer ruido salgo del baño. Examino detenidamente el terreno:

Pasillo despejado. Habitación de mis padres cerrada 30 grados y la habitación de James abierta de par en par. Siguiendo las estrictas órdenes de papá.

Me muerdo el labio inferior y avanzo lentamente hacia la habitación abierta, aunque antes paso por la mía para coger una cosita.

¡Qué loca estoy!

Entro despacio, entorno la puerta pero sin cerrarla del todo, el ruido podía despertar a alguien y nos saldría muy caro, más si me pillan aquí.

Me acerco a tientas hacia la cama, aunque conozco el espacio a la perfección. Me inclino un poco y aspiro la respiración profunda de James, que está dormido.

Despacio me meto dentro de su cama, él todavía no se ha dado cuenta. Me acurruco y paso una mano por su pecho, descendiendo por el

estómago hasta detenerme en su entrepierna.

Mis ojos se abren sorprendidos. ¡Está empalmado! Me pregunto con qué estará soñando.

Divertida tras lo que acabo de palpar me acerco a su sensual boca entreabierta y le planto un tierno beso. Su cuerpo se agita nervioso, se mueve apartándose de mi lado, hasta que se da cuenta de que soy yo y su actitud cambia. Su hilera de dientes blancos resplandece en mitad de la noche.

Me pongo a horcajadas sobre él, le beso de esa forma únicamente nuestra, como si el mundo fuese a acabarse mañana.

Sus manos se enganchan a los bajos de mi camiseta y la sube gradualmente hasta quitármela por la cabeza, luego, me masajea los duros pechos mientras que la mano que le queda libre desciende hacia mi trasero para colocarme más certeramente sobre su erección. Se mueve despacito debajo mío pero yo estoy ansiosa.

Me abalanzo sobre él, haciéndole un traje de besos, mordiscos, lametones... mientras me muevo con una urgencia desmedida. Deseosa de sentirle.

-No podemos hacer ruido... -Susurro en su oreja. Él asiente y me estira hacia abajo para seguir besándome-.

Enloquecida por el morbo que me suscita la situación, me afano por quitar sus pantalones de pijama, liberando así su erección. Abro el paquetito plateado con los dientes, saco el preservativo y se lo coloco.

Entonces ya no hay nada que pueda frenarme: me siento sobre él, me muevo y poco a poco percibo como empieza a entrar el prepucio solo. Estoy muy excitada por lo que no le cuesta seguir presionando mi orificio abriéndose camino hasta encajarse completamente dentro de mí.

Me muerdo el labio inferior reprimiendo todos mis gemidos. Él inclina la cabeza hacia atrás y cierra fuertemente los ojos para contenerse.

Sigo moviéndome, cabalgando como una diosa encima de él. Arriba, abajo, arriba, abajo... así varias veces. Trazo circulitos con su pene en mi vagina mientras sigo con mi particular danza desenfundada. Sus manos me aprietan, palpan cada poro de mi piel y yo, gozosa, me muevo aún más insistente encima suyo.

Se echa un poco hacia atrás y su pulgar presiona mi clítoris justo en el momento en que había alcanzado la máxima excitación. Estoy a punto de chillar, pero entonces recuerdo que debo contenerme, así que me

tumbo sobre él, deslizo los pechos por su pectoral mientras me muevo salvajemente de norte a sur, sin dejar el menor hueco entre nuestros cuerpos desnudos y empleando toda nuestra fuerza en el refriego. Ambos nos perdemos en el cuello del otro, enterrándonos para bloquear los involuntarios sonidos hasta que, un par de minutos más tarde, nos dejamos ir en un liberador orgasmo.

Arrugo los dedos de los pies mientras me contraigo, prolongándolo un poco más el momento antes de caer derrotada sobre su cuerpo ligeramente sudado.

Él se encarga de sellar mi boca con un beso, recordándome que estoy respirando demasiado fuerte. Capto la indirecta, cierro la boca e intento respirar profundamente por la nariz hasta recobrar el aliento.

Sonríe, yo le devuelvo la sonrisa. Ahora todo es perfecto. El sexo lo ha curado todo.

Beso su pecho recubierto de fino vello. James pasa las uñas por mi espalda produciéndome cosquillas, pero no me aparta de encima suyo, le gusta sentirme como a mí apreciar su contacto.

Poco después, no sé cuánto tiempo ha pasado exactamente pero bien han podido ser horas, decido levantarme. Él me retiene, sujetándome de la mano para que no me vaya, pero no puedo quedarme. Le colmo de besos mientras me deshago de él. No nos decimos nada, sobran las palabras porque ahora únicamente hablan nuestro sentimientos compenetrados. Un par de achuchones más y me escurro hasta salir de su cama. Abro la puerta. Miro. No veo a nadie. Entonces regreso a mi habitación satisfecha. Me meto en la cama y espero impaciente a que amanezca un nuevo día.

Salgo de mi cuarto ya arreglada. Espero impaciente a que aparezca James. Ahí está. Me mira sonriente. ¡Pero qué guapo es madre! ¿dónde me lo voy a follar hoy?

Empiezo a reír como una loquilla. Últimamente no hago más que pensar en sexo, vamos, que parezco un tío...

Juntos caminamos por el pasillo y bajamos las escaleras que dan al comedor, lo bordeamos y entramos en la cocina.

Mis padres se dan un beso. Se despiden porque él va a trabajar. Lleva su impecable uniforme azul marino de mosso.

-Buenos días. -Digo y les doy un beso-

-*Bon día petita. Ens veiem aquesta nit.*



Vuelve a besarme y le da un fuerte apretón de manos a James.

-*Arreveure!* -Exclama James y mi padre complacido, le dedica un movimiento de cabeza que dice: "cada día me caes mejor hooligan"-.

Es sorprendente lo mucho que ha avanzado en estos días, mi padre dice pequeñas frases en catalán y no solo eso, además tiene la paciencia necesaria para intentar enseñarle. James, como buen estudiante de Oxford que está hecho, le presta toda su atención. Quiere aprender, aprender por complacerle ya que sabe que así tiene los puntos ganados con él.

Mi madre se acerca enérgica como cada mañana. Ella no saluda con un apretón de manos, se lanza a pellizcar su mejilla e inclina su cara hasta tenerla a tiro para darle un beso.

-¿Qué vais a hacer hoy? -Pregunta llevando la cafetera hacia la mesa-

-Todavía no lo hemos pensado. -Digo cogiendo una tostada con mantequilla y mermelada-.

-Pues hace un día estupendo, ¿por qué no aprovechas y le enseñas a James el pueblo?

Hago una mueca.

-Mamá aquí no hay nada que ver... -Y entonces caigo. No hay nada. Ni nadie. Solo campo, bosque... sonrío con malicia- Está bien, tienes razón, le enseñaré todo esto.

Mi madre asiente complacida, pobre ingenua.

Seguimos desayunando. Ella nos comunica que hoy tiene planeado hacer paella para comer. Alega que James no puede permanecer un día más sin probarla y yo me echo a reír cuando él corresponde al entusiasmo de mi madre diciendo que le haría mucha ilusión teniendo en cuenta lo bien que cocina. Es un experto camelador, el típico galán inglés desplegando todas sus artimañas, pero a mí me gusta eso y es que una mujer nunca recibe demasiados halagos.

Terminamos de comer, cojo una pequeña mochila con todo lo imprescindible y me llevo a James a rastras.

-Te voy a enseñar un sitio que es espectacular. Te va a encantar.

Me devuelve la sonrisa. Coge fuertemente mi mano y juntos avanzamos dirección al bosque. Por suerte él ha tenido la picardía de ponerse ropa deportiva, estos parajes no están hechos para ir en traje.

A medida que nos adentramos en la espesura del bosque, dejando a un lado los llanos campos de cultivo que bordean el pueblo, todo se va

haciendo más oscuro. Abundan los pinos, castaños y algunos robles.

Los árboles crecen exageradamente hacia arriba buscando incansablemente la luz del sol. Esta batalla por alcanzar un atisbo de claridad, hace que las ramas se entrelacen formando un enmarañado tejido, una capa espesa donde únicamente se infiltran pequeños destellos luminosos por la mañana.

La ausencia de sol reaviva al denso musgo que tapiza de verde los troncos y cubre el suelo. Pisarlo es como caminar sobre una gruesa alfombra de angora colocada encima de un terreno irregular.

El olor a humedad, a verdín, a naturaleza salvaje... me produce una sensación agradable, me traslada a un lugar lejano, antiguo, donde el hombre aún no ha hecho su devastadora aparición. Aquí no hay contaminación, no hay apenas coches, ni fábricas, ni gente adicta a las telecomunicaciones. Aquí solo hay paz, pajarillos y eso sí, muchos bichos.

-¿Qué te parece? -Digo no bien dejamos atrás la zona sombría y ascendemos la montaña hasta alcanzar un pequeño claro invadido por el sol. Hemos subido muchísimo, pero ha valido la pena porque desde aquí las vistas son inmejorables-.

James mira los extensos terrenos de cultivo. A lo lejos se puede intuir el pequeño pueblecito, donde la torre más alta es el campanario de la iglesia.

-¿Siempre has vivido aquí?

-Sí.

-Es precioso Anna. Y eso que a mí no me gusta el campo, pero contigo todo es diferente. Es como si me transmitieras tu alegría, me estás enseñando a apreciar cosas que hasta ahora simplemente ignoraba.

Me echo a reír. Descuelgo la mochila de mi hombro y saco la toalla que llevo dentro. La extiendo para que ambos podamos tomar asiento.

-¿Tienes frío? -Pregunto cuando ha acabado de sentarse junto a mí-.

Me mira extrañado.

-No. ¿Por qué?

-Porque voy a desnudarte.

Se echa a reír. El sonido de sus carcajadas hacen eco entre las montañas.

-¡Qué dices! ¿Aquí? ¿ahora?

Me encojo de hombros y confirmo:

-Sí. Aquí. Ahora.

Me lanzo a por un beso, sonrío. Sus labios se entrelazan con los míos, volvemos a estar a cien. Así que cediendo a nuestro deseo nos desnudamos con urgencia. Sus manos acarician mis curvas, ciñéndose a ellas.

-Me encanta tu cuerpo...

-Y a mí el tuyo, -Digo jadeante-

-Eres perfecta, Anna, la mujer perfecta.

Río en su cuello.

-Ahora sí que me queda claro que has conocido a pocas mujeres.

Sus carcajadas me mueven, me gusta este James risueño, feliz... tan diferente al de la oficina.

Entonces decidimos no esperar más. Con prisa me quita la ropa, las finas prendas de ropa interior, se pone el preservativo y sentándome encima de él, me penetra con súbita decisión. Chillo y me estremezco por su excitante brutalidad. En cuestión de segundos, ya estoy botando encima de sus piernas, mientras nos devoramos con mirada ardiente.

El camino de regreso lo iniciamos entre juegos, uno de los dos corre y espera a que el otro le atrape, tropezamos, nos reímos, nos besamos... somos una pareja más de enamorados, de esas tan empalagosas que se ven en la televisión, nadie diría en ese momento que nuestra unión está condenada al fracaso desde el minuto uno. Pero como estoy harta de repetir hasta la saciedad: todo esto ya lo lamentaré mañana, hoy es hoy y él está aquí conmigo. Con mi familia. No pienso desaprovechar ni uno más de nuestros días juntos.

Hambrientos devoramos la deliciosa paella que mi madre nos tiene preparada. James la felicita en innumerables ocasiones y ella se hincha cada vez más, tan satisfecha por sus alabanzas que temo que en cualquier momento vaya a estallar.

-¡Bien hoy es fin de año! una ocasión especial para estrenar el vestido que James me ha regalado.

Lo descuelgo de su percha. No puede ser más bonito. Hace una bolsa holgada en el pecho, se anuda a la cintura con una fina cadenita de brillantitos diminutos y luego libera una gran porción de tela, que cae hasta

los pies. La tela es tan suave y cómoda que se adapta a mi cuerpo como una segunda piel. Me miro en el espejo mientras extiendo la falda con las manos como si fuera una princesa de cuento.

Con la plancha he moldeado bucles en mi extensa melena, queda tremendamente sexy. Me maquillo un pelín dotando de un rojo intenso mis labios carnosos. Para terminar me subo a mis zapatos plateados de tiras, esos que se anudan en el tobillo. Los colores casan divinamente, estoy deseando que James me vea con su regalo puesto.

Me acerco trotando a su habitación y entro. Esto de tener siempre la puerta abierta tiene sus ventajas.

James está ajustándose el nudo de la corbata al cuello. Está espectacular. Incluso ha elegido una corbata roja, como marca la tradición.

-¡Joder Anna realmente ese vestido vale lo que cuesta! ¡estás increíble!

Sonrío, le beso fugazmente y automáticamente retiro un poco de carmín que ha quedado impreso en sus labios.

-Dicen que trae buena suerte llevar algo rojo para empezar el año. Pero tú te has vestido de verde.

Empiezo a reír. Me aparto y muy seximente voy levantando mi vestido hasta enseñarle mi minúsculo tanga rojo.

James suspira. Se acerca y sin contemplación alguna me planta un beso que a punto está de dejarme en coma.

-Vaya... veo que te ha gustado mi tanga...

-No tanto... -dice y vuelve a besarme con rudeza- tengo unas ganas enormes de arrancártelo.

Entonces sus manos invasivas se infiltran por debajo de mi vestido y rápidamente sus dedos se enredan entre las tiras de mi tanga.

-¿Puedo? -Pregunta desesperado y yo me echo a reír-

-¡No! -Digo e intento separarme, pero él estira aún más fuertemente de mi tanga-

-Te compraré cientos de tangas rojos, pero por favor... ¿me dejas?

Sus labios vuelven a apresar me, gimo mientras mi vagina empieza a humedecerse tras presenciar el duro contacto de sus nudillos contra el clítoris.

-Ni de coña... -Susurro junto a su boca, él libera un jadeo y vuelve a besarme con esa devoción que le caracteriza-

-Por favor Anna... por favor... -Su suplica debilita mi endereza.

Sus besos abandonan mis labios y se centran en mi cuello, buscando refugio para seguir insistiendo- Por favor, lo consideraré como un regalo anticipado de cumpleaños...

Empiezo a reír, está mal de la cabeza.

En ese instante uno de sus dedos me roza, me separa los labios vaginales y se hunde en mi interior sin esfuerzo. Me desarmo, me aprieto junto a él y dejo que me toque, primero con un dedo y luego con dos.

-Dámelo. -Me ordena mientras colma mi barbilla de diminutos besos-.

Estoy a punto de ceder, de decir que tome todo cuanto quiera de mí. Entonces lo consigue, su pulgar presiona mi clítoris mientras el índice sigue dentro de mi vagina.

-Vale... -Digo jadeante, rindiéndome a la maestría de sus largos dedos-.

-Vale qué...

¡Encima el muy perverso quiere escucharlo!

-Te doy mi tanga. -Cedo al fin- Arráncamelo. -Le incito-.

Percibo su sonrisa en mi cuello, me da un pequeño mordisco y susurra cerca de mi oreja:

-Será todo un placer...

Lo estira en un movimiento brusco, lo desgarró y me lo arranca sacándolo de debajo de mi vestido.

-¡Me encanta! -Exclama mirándolo desde muy cerca. Entonces hace uno de esos movimientos extraños, se lo lleva a la nariz y lo huele al tiempo que cierra los ojos satisfecho- Lo guardaré como un tesoro.

Sonrío, me pongo en jarras frente a él y divertida añado:

-¿Y ahora qué me pongo? No tengo más ropa interior roja.

-No te pongas nada. -Me sugiere como si tal cosa-.

Me echo a reír con ganas, este hombre es insufrible, sin embargo me tiene loca, tanto es así que cedo a su capricho y bajo al comedor sin nada que proteja la parte más vulnerable de todo mi ser. De tanto en tanto me sonrío, sabe que me siento rara por ir sin ropa interior y su retorcida mente ya está hallando fórmulas para meterme mano, sin obstáculos de por medio.

Durante la cena nos damos un festín a base de marisco. La última comilona del año, como siempre dice mi madre, debe ser especial.

En cuanto acabamos, mis padres se sientan frente al televisor.

Obviamente nuestro canal es antena tres. Estoy nerviosísima por el anuncio que nos espera. James me infunda tranquilidad cada vez que le miro y sonrío. Queda un único hueco en el sofá así que, gustosa, se lo cedo a él, a mí no me importa sentarme sobre la mullida alfombra que hay debajo de este y recostar mi espalda entre sus piernas.

Pero él no parece demasiado cómodo con esa postura, así que se escurre por el asiento, me empuja hacia delante y se sienta a mi espalda. Tengo sus piernas a mi alrededor y él roza levemente mis brazos desde atrás con las yemas de sus dedos. Miro de reajo a mi madre que sonrío por vernos así, es la primera muestra de afecto público que mostramos. Mi padre en cambio aprieta los labios pero no dice nada, que él sepa, James no se ha saltado ni una sola de sus normas.

Recuesto mi cabeza hacia atrás, James se inclina y pone su barbilla sobre mi coronilla. Cierro los ojos un momento. Apenas presto atención a Paula Vázquez y Ana Simón que hablan sin parar, recordando que antes de las campanadas vienen los cuartos.

James se prepara su cuenco de uvas, yo hago lo mismo y lo coloco sobre la falda.

Empiezan las campanadas.

Una. Mástico la primera uva. Dos. Tres. Cuatro...

Y damos la bienvenida entre fuegos artificiales y aplausos al 2014. La gente se abraza, las presentadoras toman champán dejando el reloj de la puerta del sol a su espalda y entonces, se abre el nuevo año con el primer anuncio.

No hay sonido. Solo el correteo de mis pies por la tarima de madera, me siento sonriente y empiezo a hablar yo sola, como una imbécil.

James acaricia mis brazos hasta alcanzar mis manos y entrelazarse a ellas, las aprieta y logra destensar esa rigidez de mis músculos.

En cuanto termina el bochornoso anuncio miro a mis padres. Su aprobación es lo que más me importa ahora.

Mi madre llora por la emoción mientras cubre su boca con la mano.

Su reacción es de esperar, se ha quedado sin habla, impresionada, pero se nota que le ha gustado.

Desvío la mirada hacia mi padre y su mandíbula se ha quedado entreabierta. Sigue mirando atentamente hacia la tele pese a que el anuncio ha terminado.

-¿Qué opinas papá? -Le digo temiendo su respuesta-  
Entonces sus ojos se encuentran con los míos y se dulcifican.

*-Tinc la filla més guapa del món!*

Me echo a reír y me levanto para abrazarles. El teléfono de mi casa empieza a sonar. Familiares que han visto el anuncio, lo sé porque mi madre lleva toda la semana llamando para avisarlos.

Ella se levanta desatando una sonora carcajada por en camino mientras va en busca del teléfono ansiosa.

-Ha sido espectacular. -Me susurra James al oído- No me cabe ninguna duda de que esta campaña va a arrasarse.

Y ahora es mi móvil el que suena como un poseso. Mis amigos van a comunicarme sus opiniones. Río y corro hacia una habitación para hablar tranquilamente con ellos en una conversación a cuatro.





Hoy es día uno. Uno del uno del dos mil catorce. Y también es el último día que estoy con mis padres. Mañana vuelvo al trabajo. Intento no pensar en eso ahora, apartarlo de mi mente todo lo posible, después de todo, no es algo que esté en mi mano solucionar. Pero para qué negarlo, no es la vuelta al trabajo lo que me tiene el vilo, sino el distanciamiento que se producirá entre James y yo cuando lo hagamos.

No soy la única que ha pensado en eso. La cara larga de James también habla por sí sola.

Mi madre nos observa, repiquetea nerviosa con el pie en el suelo, bufando de tanto en tanto, entonces ya no lo aguanta más, se levanta y se cuadra frente a nosotros. Incluso mi padre levanta la vista del periódico y se retira con cuidado las gafas.

-Bueno, ¿qué? ¿vamos a estar así todo el día? ¡Ojú qué fatiguita que me dais!

*-Ja comencem...*

Interviene mi padre mientras sonrío por lo bajo.

James y yo nos miramos extrañados. ¡A saber qué pretende hacer esta mujer ahora!

-¡Anna! vente conmigo, vamos a meter algo de vidilla a este par de muermos.

Estallo en carcajadas, salto del sofá y le acompaño escaleras arriba, ansiosa por lo que acaba de tramar en secreto. No sé lo que es, pero sea lo que sea yo participo.

Subimos a su habitación, emocionada abre el armario y saca su traje de Sevillana.

-El tuyo lo guardo en ese cajón. -Especifica señalándolo con el dedo-

Vuelvo a reír, la verdad es que ya no me acordaba de él, lo usé solo una vez, el año en que mi madre se empeñó en ir a la feria de Triana.

Sin esperar más me lo pongo. Primero el body negro que realza mi pecho redondeándolo y luego la falda roja de topos negros que me llega hasta los tobillos. Me pongo mis zapatos de tacón que se abotonan a un lado y corro risueña al baño. Me contemplo en el espejo. No me queda nada mal después de los años que han pasado. Peino mi espesa melena

negra y me unto los labios con carmín rojo antes de salir. También me hago la raya negra del ojo, hay que meterse en el papel. Tras comprobar los resultados corro hacia mi habitación. Sonrío con malicia cuando abro el cajón de mi mesita, cojo un preservativo, lo escondo entre mi pecho y el sostén antes de regresar junto a mi madre.

-Bueno cariño, ¿preparada? ¿vamos a enseñar a esos dos el poderío Español?

-Yo no sé bailar esto. -Digo sin dejar de reír por lo sería que se ha puesto-

-Eso no importa, eres hija mía así que algo habrás heredado.

Ladeo la cabeza.

-Demasiada confianza tienes en mí...

Ella coge mi cara entre sus manos, me acerca en un súbito movimiento y me besa con toda la fuerza de la que es capaz.

-¡Vamos allá!

Juntas descendemos las escaleras. Solo nos acompaña todo nuestro arte gitano y el sonido seco de los tacones al descender cada uno de los peldaños.

Los dos hombres de la casa se quedan a cuadros tras vernos aparecer de esa guisa. Mi madre me abandona unos segundos, pone un CD en el reproductor antes de regresar junto a mí de nuevo.

Los primeros acordes a guitarra hacen que mamá se mueva, yerga el cuello y sacuda su melena hacia atrás. Me tapo la boca para desatar una sonora carcajada, no puedo dejar de mirarla. Sus brazos se arquean hacia abajo, se ladea y entonces me busca para que la siga poniendo su cuerpo delante del mío mientras giramos al tiempo que rotamos las muñecas.

James se mueve hacia delante para obtener una mejor perspectiva de nosotras. Mi padre en cambio tiene el ceño fruncido y esa típica cara suya que no deja entrever ninguna emoción.

Pero yo solo me concentro en mi madre. Cedo a su deseo y me contoneo intentando imitarla. Ahora lleva sus manos encima de la cabeza, parece que quiere airear los sobacos, río con ganas y repito sus movimientos, uno tras otro. Media vuelta, repiqueteo de pies sobre el suelo, movimiento circular de muñecas y... ¡ole!

-¡Dale, cariño! que se note de dónde venimos.

Cogemos nuestra falda y empezamos a sacudirla con rabia mientras los pies siguen picando rítmicamente contra el suelo.

Una vuelta más en la que entrelazamos nuestros brazos y las dos les damos la espalda a la vez a esos enormes bloques de hielo que hay sobre el sofá. No dejamos de mover los brazos al tiempo que inclinamos poco a poco nuestras espaldas hacia atrás. Levantamos un pie, damos media vuelta, alzamos la mano derecha por encima de la cabeza y... ¡fin!

James empieza a aplaudir como un loco, incluso verbaliza un sonoro "¡Ole!" cuando terminamos. Pero es el único, el otro hombre de la casa permanece con la misma actitud impassible de antes.

-Bueno Juan, ¿qué te ha parecido?

Mi padre arruga la frente y vuelve a extender su periódico sobre la cara.

-Vulgar. -Espeta sin más-.

Se me escapa una risotada y me acerco a la butaca de James, para sentarme en sus rodillas, menos mal que a él si le ha gustado.

-¿Vulgar? -Mi madre le arrebató el periódico de mala gana y lo lanza lejos de su alcance-.

-Coi de dona! Què fas ara?

-Repítame eso a la cara.

Él sonríe.

-No me ha gustado en absoluto. Ya lo sabes.

Mi madre destensa la mandíbula. Eso le ha dolido, lleva más de quince años acudiendo semanalmente a clases de flamenco, es una experta y lo hace muy bien. Pero sus aletas de la nariz se dilatan cuando no contento con ello, mi padre añade:

-Hubiese preferido una sardana.

Lo siento pero ante ese comentario no he podido seguir disimulando y me he tenido que reír. James me pellizca la cintura recordándome que no es momento para eso, que la situación es delicada, ¿pero qué otra cosa puedo hacer?

-¿Y por qué si se puede saber? ¿por qué es mejor una sardana?

Se cruza de brazos, su nivel de enfurecimiento ha descendido un grado, al percatarse de la sonrisa implícita en los ojos de mi padre.

Él se levanta del sofá, se retira las gafas y las deja sobre la mesa.

-Creo que eso tenemos que discutirlo en otro lugar...

Mi madre da un paso hacia atrás y mi padre se apresura a recorrer esa distancia, se inclina, coge a mi madre de la cintura y la carga tras su espalda como si fuera un saco de patatas.

-¿Qué haces? ¡suéltame ahora mismo!

-¡Ni pensarlo! tenemos mucho que discutir y si no hay nada más que hacer aquí...

Mi padre se dirige hacia las escaleras con ella en brazos.

-¡Juan bájame! están ahí los chicos...

-Los chicos ya son mayorcitos, saben que los niños no vienen de París.

Sube los peldaños mientras ella se ríe, grita y le atiza en la espalda con los puños cerrados esperando a que la baje.

No puedo abandonar la sonrisa durante esa escena tan cotidiana. James en cambio me contempla perplejo.

-¿Qué?

-Se me hace extraño que tus padres estén ahora mismo en su habitación pasándolo bien y tú y yo aquí abajo.

Vuelvo a reír. Sigue sorprendiéndole que ellos tengan esa clase de relación todavía, a mí sin embargo me encanta.

-Eso sé cómo remediarlo...

Reproduce esa sonrisa de medio lado que tanto me gusta y se acerca despacito a mi cuello.

-A ver, sorpréndeme, ¿qué pasa por esa cabecita ahora mismo?

Me ladeo para que siga trazando ese excitante recorrido con sus labios sobre mi cuello.

-Nada bueno. -Susurro-.

Él se ríe sobre mi clavícula y me da un pequeño mordisco.

-Ven conmigo, nosotros somos jóvenes, no vamos a ir a una aburrida cama.

-¿A no?

Su sonrisa me aturde un par de segundos. Me pongo en pie y tiro de él para que me siga.

Le conduzco directamente al sótano, donde mi padre tiene su extensa colección de vinos con denominación de origen. Enciendo la luz tenue del techo y todo adquiere un matiz anaranjado muy oportuno.

Sin verlo venir, James me acorralla desde atrás. Sus manos me rodean la cintura y jadea en mi oreja, justo antes de morderla.

-Me encanta el lugar que has elegido. -Susurra y yo sonrío en respuesta-

Me doy la vuelta muy despacio llevando las manos hacia su

cuello. Sus labios se posan tiernamente sobre los míos para besarme. Nos movemos con extrema lentitud, hasta que nos vienen las prisas, como siempre, entonces los dos empezamos a descompasar la respiración y nos unimos fundiéndonos en un sentido abrazo.

Me lleva hacia atrás hasta que mi espalda topa con la pared repleta de botellas.

-Te deseo...

Suspiro en su boca y le muerdo el labio mientras sus manos se aferran a mis muslos y van subiendo poco a poco esos metros de tela y volantes tan horteras. Alzo una de mis piernas para enredarlas entorno a él. James deja de besarme para mirarme. Se centra en los movimientos enloquecidos de mi pecho mientras lucho por estabilizar la respiración.

-¡Joder Anna! -Exclama impresionado- Estás buenísima.

Sonrío y él me imita cuando con el vaivén de mi pecho empieza a despuntar el paquetito plateado que había guardado estratégicamente momentos antes.

Me lo arrebató con la boca sin dejar de mirarme. Yo lo cojo, ahora sin obstáculos, su boca vuelve a abalanzarse bruscamente sobre la mía, me devora mientras sus manos se aferran con fuerza a mis caderas debajo del vestido. Sin darme tregua, estira las gomas de mi tanga y lo destroza.

Estamos en la zona más fría de toda la casa, aún y así, yo siento mucho calor.

James retira una de sus manos para desabrochar los botones de su pantalón y bajárselos lo suficiente como para liberar su erección.

Me ha puesto muy cachonda ver lo excitado que está. Abro ansiosa el paquetito y moviéndome como lo haría un contorsionista se lo pongo deslizándolo rápidamente sobre su miembro empalmado.

Ahora sus manos me elevan separando al máximo mis piernas y con un certero empujón se mete dentro de mí. Grito al percibir en mi vagina la fuerza de su investida que llega hasta el útero, su cuerpo acelerado me sacude una y otra vez, clavándome sin descanso contra la pared al tiempo que sus manos se adhieren fuertemente a mis nalgas empalándome a él.

Gimo agarrándome fuerte a sus anchos hombros, deseosa porque no me suelte nunca.

-¿Te gusta que te folle así?

Esas palabras tan poco utilizadas en su léxico habitual, me

producen un cosquilleo inclasificable en el bajo vientre. Trago saliva, me recuesto sobre él y reproduzco un frágil "sí" junto a su oído.

-¿Estarías dispuesta a hacer cualquier cosa que yo te pidiera? ¿A realizar todas mis fantasías más íntimas?

-Sí... -Vuelvo a susurrar sin dudarle mientras siento que me voy sin poder refrenarlo.-

Grito, me contraigo y me aprieto succionando su miembro hasta que le arranco el orgasmo precedido de un sonido gutural que brota de su garganta.

Con cuidado, sale de dentro de mí y me coloca en el suelo.

Estoy algo mareada tras el movimiento, por lo que me recuesto contra la pared de botellas y no le quito ojo mientras se retira el preservativo, le hace un nudo y se lo mete en el bolsillo junto al envoltorio que ha quedado tirado en el suelo.

-¿Qué pasa? -Me pregunta al ver que sigo observándole-

-Eso que has dicho... acerca de tus fantasías...

Se echa a reír.

-Sí. ¿Quieres conocerlas?

-Por supuesto.

Vuele a reír.

-Te las mostraré algún día.

-¡De eso nada, quiero saberlas ahora!

Se acerca a mí, silencia mi curiosidad con un casto beso en los labios y se retira sin abandonar la diversión de sus ojos.

-Prefiero guardármelas para mí hasta hacerlas realidad contigo.

-Bueno, creo que yo tendré algo que decir, ¿no?

-Te recuerdo que has accedido sin preguntar nada más, ¿Es que vas a faltar a tu palabra?

Le miro perpleja. ¿Me he perdido algo? ¿De qué coño va todo esto?

Percibe el miedo que me asalta de forma inesperada y se acerca, abarca tiernamente mi mejilla con su mano para acariciarla.

-Únicamente te diré que para mí esto es algo nuevo, es mirarte y... no solo mi cuerpo se dispara, sino también mi imaginación y te aseguro Anna que tengo ganas de hacerte muchísimas cosas. Te deseo de mil maneras, solo a ti.

-No sé yo si ceder a tus caprichos me va a gustar mucho...

-El sexo es un juego. Tú misma lo dijiste. -Me recuerda, al parecer esa frase le quedó grabada a fuego.- ¿Acaso no quieres jugar?

-No será nada doloroso, ¿verdad? -Espeto con desconfianza-.

Sonríe nuevamente, sin embargo yo soy incapaz de hacerlo.

-¡Claro que no! A estas alturas ya deberías saber que lo que realmente me excita cuando hacemos el amor es verte disfrutar a ti: como tu cuerpo se estremece, tus músculos se contraen, escuchar tus gemidos, sentir tus suspiros... mira, -Dice cogiendo mi mano y llevándola hacia el claro bulto que vuelve a sobresalir de su pantalón. ¿Otra vez? increíble...- Solo de pensarlo.... ¡Uf! -suspira antes de retirar mi mano de encima suyo.- Únicamente pretendo llevar nuestro placer un poco más allá. ¿Confías en mí?

Suspiro. Lo cierto es que no me fío ni un pelo, pero en fin, ¡a jugar se ha dicho! tengo curiosidad por conocer sus fantasías y si puedo, hacerlas realidad. ¿Por qué no?





Después del melodrama protagonizado por mi madre, donde nos abraza entre sollozos sin descanso, es mi padre quien tiene que arrancar sus manos de nuestros rostros. Metemos el equipaje en el maletero del BMW y nos subimos para regresar nuevamente a la realidad de nuestras vidas.

James pone todo su empeño en intentar distraerme durante el trayecto, habla sin parar, pero mi mente está demasiado embotada como para hacerle caso. Quien iba a decir que estas Navidades junto a él serían tan entretenidas, yo, que solo quería llevarle a mi casa para que se asustara tras conocer a mi padre y saliera huyendo...

Cuando llegamos frente a la puerta de mi edificio y él detiene el coche me doy cuenta de que ha llegado el final.

-Agradezco todo lo que tu familia y tú habéis hecho por mí estos días. Me lo he pasado muy bien, de verdad.

-De nada. -Sonrío de forma forzada antes de estirar de la palanca que abre mi puerta-.

-Espera un momento Anna...

Suspiro. No quiero que siga hablando, pero en estos momentos soy incapaz de decir nada para acallarle.

-Sabes que eres importante para mí, ¿verdad? que todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido sentido...

Asiento. No quiero ponérselo aún más difícil, ni siquiera quiero preguntarle qué va a hacer ahora porque la situación ya es lo suficientemente complicada.

-¿No vas a hablarme?

-No tengo nada que decir James.

-¡Joder! -Da un fuerte golpe al volante y mi cuerpo bota sobresaltado- Ni te imaginas lo mucho que me duele dejarte aquí, ojalá... -suspira. Vuelve a golpear el volante y pasa sus manos por el pelo empleando muchísima fuerza.- Ojalá las cosas pudieran ser diferentes, pero estoy atado de pies y manos, no sé qué demonios hacer.

Trago saliva. Su sufrimiento se palpa hasta en el ambiente, pero esta es una consecuencia de la situación que ha creado él solito. Se ha empeñado en perseguirme, cometer locuras por mí, involucrarse de tal forma que ahora le resulta imposible desprenderse y yo... bueno yo no soy

más que una tonta, demasiado loca y pasional como para obedecer a mi intuición y mantenerme al margen de todo esto, después de todo, no estoy hecha de piedra y no soy yo la que hace algo malo. Pero verle así, derrumbado frente a mí me puede, soy una blanda, eso ya está oficialmente constatado, así que cojo aire intentando recobrar las fuerzas, me acerco a él y me engancho a su cuello atrayéndolo hacia mí. Le abrazo con fuerza y me siento llena. A veces un abrazo es justo lo que necesitas para recargar las pilas, en esos momentos, su abrazo me transmite mucho más que sus palabras; Me sostiene con fuerza, apretándome todo lo posible a él mientras entierra el rostro en mi cuello y aspira, intentando retener mi aroma. De algún modo, sé que me aprecia, al menos eso es lo que dicen sus actos y aunque para mí eso no sea suficiente, en este momento decido no hurgar más en la herida y silenciar mis verdaderos pensamientos. Oh... hay tantas cosas que le diría ahora... pero no, este no es el momento. Después de todo él no me ha forzado a nada, esta vez sí que le he entregado mi persona de propia voluntad sabiendo que esta historia nuestra tenía fecha de caducidad.

En cuanto me separo, sus ojos se llenan de lágrimas. Eso me confunde. Verle tan hecho polvo es algo que me cuesta mucho, casi estoy a punto de unirme a él y desatar el llanto retenido, pero comprendo que en esos momentos, mi fortaleza es lo único que puede salvarnos a ambos, así que debo sacarla de donde sea.

-Bueno James, -Le dedico la sonrisa más grande que puedo fingir- Nos vemos mañana, será un día duro por el maldito anuncio. -Hago una mueca- Creo que eso no podré perdonártelo jamás. -Le acuso- Si después de esto tu empresa se viene a pique... yo no me responsabilizo de nada.

Por fin percibo su leve sonrisa y mi corazoncito da un vuelco.

-Ese anuncio ha sido lo mejor que he hecho jamás, no me importa que no tenga los resultados deseados, la culpa jamás será tuya sino de la ignorancia del espectador por no saber ver lo que realmente es bello.

Se me escapa la risa. ¡Pero qué camelador es el cabrón! siempre con sus elaboradas adulaciones, con sus refinados modales... más de un corazón habrá rodo con ese juegucito.

-¡Estás aún peor que yo! -Espeto y me acerco a por un rápido beso, no quiero entretenerme más-.

Finalmente abro la puerta. Él me acompaña, saca mi maleta del maletero y me la entrega. No pienso invitarle a subir, así que me pongo de

puntillas para darle un último besito en la mejilla y salgo trotando hacia mi portal. Por mi bien no vuelvo a mirar atrás, porque si lo hago dudo que pueda seguir alejándome.

-¡Anna!

Mis amigos se lanzan a mis brazos y con ellos a mi lado no hay penas que valgan. Me preguntan todo, quieren conocer cada uno de los detalles de mi relación con James. Sobre todo Elena, que me mira como si mi historia no fuese más que un empalagoso romance de película americana. Ella y sus teorías sobre el amor, tan alejadas de la realidad.

Me concentro en contestar a todas sus preguntas, mientras nos reímos y nos ponemos al día de todos los acontecimientos inesperados durante las vacaciones.

Para mi sorpresa, descubro que Mónica se envía mensajes con Raúl. Al parecer está cediendo y empieza a contemplar la posibilidad que un chico menor que ella no tiene por qué ser malo.

Después hablar durante un buen rato, regreso a la paz y soledad de mi habitación. Respiro hondo mientras me siento en la cama.

Decido que, antes de volver a mi adicción no superada al chocolate en momentos de bajón, voy a decirle a Azul que ya he regresado. Abro el segundo cajón de mi mesita y saco con cuidado mi vibrador favorito, ese que tiene diferentes modos y grados de vibración y la punta ligeramente curvada.

-Bueno, ya estamos aquí de nuevo compañero de fatigas. Tú nunca me abandonas, ¿verdad?

Suspiro, lo dejo sobre la cama antes de empezar a desnudarme para meterme en ella. Azul me observa desde abajo, preparado y a punto para recibirme.

Y llegó el día D. Me encamino como cada día a la oficina, pero tengo una sensación extraña en el cuerpo que no me abandona.

En cuanto entro en mi empresa, antes de que pueda saludar a Pol de esa forma que es únicamente nuestra, me encuentro con una enorme recepción en el vestíbulo que conduce hacia el ascensor. Me quedo embobada cuando todos se vuelven hacia mí, forman un pasillo y mientras lo cruzo, se desatan unos ensordecedores aplausos. Mis compañeros sonrían, silban sin dejar de aplaudir al mismo tiempo. Me siento

intimidada por este recibimiento. El último rostro que distingo al final de la larga fila es el de James que, al igual que mis compañeros, aplaude enérgicamente junto al ascensor. Miro hacia la derecha y me abrumo tras ver un enorme cuadro mío, una de esas fotos en blanco y negro que forman parte de la campaña publicitaria, estoy de rodillas sobre la alfombra, con ese jersey tan grande que deja un hombro al descubierto. Miro directamente a las cremas, las únicas que aportan una mínima nota de color al cuadro.

-¿Y esto? -Pregunto con un hilo de voz-

-Sube a mi despacho en cuanto puedas. -Me sonrío James- Tenemos que hablar.

Él desaparece y mis compañeros se lanzan a abrazarme, preguntarme y alabarme de todas las formas posibles. Intento serenarme y corresponder a sus demandas, pero me avasallan, siento que me falta el aire y como puedo me escabullo.

Vanessa se mete conmigo en el ascensor y presiona el botón de nuestra planta.

-¡No veas qué guapa estás! mira que ya me lo contaste, pero el anuncio es mucho mejor de lo que imaginaba. De verdad Anna, lo has hecho genial.

-Yo no he hecho nada Vane, por eso no entiendo a qué viene tanto revuelo.

-Pues lo has bordado.

Me dirijo hacia mi mesa, la gente se detiene a sonreírme, se me hace raro recibir tantas atenciones, sinceramente creo que todo esto me viene demasiado grande.

En cuanto dejo mi abrigo y el bolso, estiro mi camisa hacia abajo con un par de fuertes sacudidas y me encamino hacia el despacho de mi jefe. Verle a él me pone aún más nerviosa, más teniendo en cuenta que a partir de ahora, habrá gente mala que relacione a James, el anuncio y a mí de forma inadecuada.

Llamo con los nudillos. Espero su respuesta y abro.

Se levanta de su silla, su sonrisa es cegadora. Cuelga el teléfono y me hace un gesto con la mano para que me siente, le obedezco.

-Llevan llamándome todo el día. No hay supermercado en todo el país que no quiera vender nuestro producto. Mira esto.

Me entrega un papel. Hay unos gráficos, intento leer lo que

significan pero James está dispuesto a desvelar tanto misterio.

-Llevan un solo día en el mercado y ya se han agotado. Han tenido un gran impacto Anna, y todo gracias a ti.

Suspiro. Esto sí que no me lo esperaba.

-Tengo esto para ti.

Me entrega otro papel doblado al medio, lo despliego y me doy cuenta de que es un cheque. ¡Un cheque por el valor de 10.000 euros!

-¿Qué es esto?

-Tus honorarios. -Ríe y yo le miro severamente, no estoy para bromas-.

-Anna, has hecho un anuncio publicitario que nos hará millonarios, y aunque eso no fuera así, es justo que te pague por tu trabajo. Ese es solo el primer pago.

Arqueo las cejas sorprendida antes de volver a entregárselo.

-Pues no lo quiero. Inviértalo en la empresa que seguro que todavía quedan agujeros que tapar.

Me mira confuso.

-Cógelo. Ese dinero te pertenece. -Responde con rudeza-.

-No. No me pertenece. Opino que es excesivo.

-Anna, por favor, acéptalo. Hoy no me apetece discutir.

Vuelve a extenderlo en mi dirección, suspiro y finalmente lo cojo.

-¿Así te quedas más tranquilo? -Le digo mientras me lo meto en el bolsillo de mala gana.-

-Sí.

Pongo los ojos en blanco, odio que haga eso, que me de dinero de este modo, además esas cantidades tan desorbitadas.

-¿Algo más señor Orwell?

Suspira. Focaliza sus ojos en mí y los veo tristes.

-¿No estás contenta Anna? -Hace una breve pausa sin dejar de mirarme- ¡todo esto ha sido idea tuya! ¡tú has sido la mente, la que ha conseguido los patrocinadores, la que lo ha organizado todo! yo solo he tenido que mover los hilos que tú marcabas. Has salvado la empresa y no solo eso, sino que los beneficios obtenidos nos permitirán expandirnos, contratar a más gente y llegar a un mayor número de personas. ¿Qué piensas?

-Pienso en el cuento de la lechera.

-¿Qué es eso?

Suspiro, niego con la cabeza y me alejo un paso.

-¿No es demasiado pronto para cantar victoria? A ver, todavía todo se puede venir al traste.

-Sinceramente no lo creo.

El teléfono vuelve a sonar. Aprovecho el momento para salir de su despacho y regresar a mi mesa.

Durante el resto del día soy una máquina rápida y eficaz. No dejo que nada me distraiga. Solo hay una cosa que podía hacerlo y mi cara se contrae unas décimas de segundo en cuanto la ve aparecer por la puerta.

Sus ojos me recorren intentando despellejarme, reproduce una mueca en su fino rostro blanco y corre a refugiarse en el despacho de James, ni siquiera espera a que la presentemos como en otras ocasiones.

-Ha estado llamando a la oficina desde Londres como una loca. Al llegar esta mañana habían una decena de mensajes en el contestador, todos dirigidos al señor Orwell.

-Ah. -Digo sin mostrar demasiado interés, pero Vanessa está dispuesta a insistir para provocar una reacción por mi parte-.

-Al parecer él no pasó las vacaciones con ella. ¡Se quedó aquí! ¿te lo puedes creer?

-Lo cierto es que no me interesa. -Respondo secamente y regreso la vista al monitor de mi ordenador-.

-¿Qué te pasa?

-¿A mí? nada. -Respondo con contundencia-.

Media hora después, cuando ya prácticamente me había olvidado de la intrusión del bicho palo en el despacho de James, la veo salir encolerizada. Hecha una furia y dando un sonoro portazo. Se cubre el vientre con ambas manos y llama insistentemente al ascensor hasta que se abren las puertas, luego entra y desaparece.

Suspiro, tengo un montón de papeleo que entregar a mi jefe. Contemplo la posibilidad de que lo haga Vanessa, pero por otro lado, la necesidad de verle puede más.

Entro en su despacho y mis ojos no alcanzan a ver todo lo que me envuelve. Paso por alto el visible caos que reina en la habitación y me centro únicamente en él; está en su butaca y sostiene ambos lados de su cabeza con fuerza, solo alza el rostro para mirarme y parece que su abatimiento desciende levemente.

-Tengo que entregarle estos papeles...

-Bien. Déjalos sobre la mesa. Gracias.

Me acerco, deposito los papeles cuidadosamente sobre su escritorio y antes de irme vuelvo a mirarle.

¡Se lo merece! pero verle así es superior a mí, no puedo contemplar a un hombre tan importante y fuerte destrozado y no tener ninguna reacción.

Suspiro por la nariz, bordeo su mesa y me cuadro frente a él. Alza la vista confuso.

Con cuidado, me siento en el borde de su mesa y sin pensármelo demasiado tiro de sus hombros rígidos y lo atraigo hacia mi pecho. Le abrazo mientras paseo mi mano por su espalda, acariciándole.

Sus brazos se aferran a mi cintura con fuerza, intentando retenerme. En este momento me necesita.

-Tranquilo James, todo se va a solucionar, ya lo verás.

-¿Cómo lo sabes? -Susurra en una especie de sollozo que me conmueve el alma-.

Sonrío con dulzura.

-Porque de aquí nada verás a un niño rubito, de increíbles ojos azules y terriblemente guapo que te llamará papá. En ese momento y no antes, sabrás que has tomado la decisión correcta.

Levanta su cabeza despegándola de mí.

-¿Aunque eso signifique perderte a ti?

Vuelvo a sonreír, aunque esta vez con cierto matiz de tristeza.

-James, como te dije una vez, para perderme primero tendrías que tenerme ¿no crees?

Se le escapan unas lágrimas que corren rápidas por su mejilla, se apresura a enjuagárselas y se aparta de mí.

-Por un fugaz momento me lo pareció. ¿Es una locura verdad? tengo más de lo que necesito, sin embargo no puedo tener lo único que deseo.

-¿Por qué no puedes arreglarlo con tu futura esposa?

Hace una mueca de angustia.

-Porque ella no eres tú. Además no la quiero, creo que nunca la he querido. De hecho iba a dejarla antes de saber que...

-Ya. -Le interrumpo a bocajarro, me resulta demasiado duro seguir hablando de esto fingiendo que no me duele.- Solo dime una cosa James, hay algo más ¿verdad?

-¿A qué te refieres? -Pregunta confundido esquivando mi mirada-

-Que hay algo que aún no me has contado. Algo más que te preocupa, que te consume por dentro y no tiene nada que ver con tu prometida y con el bebé.

Noto ese ligero pestañeo nervioso, ese caos y dolor bajo la calma y el control aparentes que siempre le preceden. No puede engañarme, ya no. Le conozco demasiado bien para no dejarme llevar por las apariencias.

-¿Tan evidente es? -Pregunta al fin, transcurridos unos interminables segundos que me parecen horas-

-¿Qué es?

Su cuerpo se torna rígido, se separa y da media vuelta ocultándome su rostro.

-No puedo hablar de eso.

-Inténtalo. -Insisto-

Niega con la cabeza y suspira antes de volver a focalizar su atención en mí.

-Hay aspectos de mi vida que es mejor que no vean la luz.

Me mira mientras intento contener el fuerte torrente de emociones que me envuelven ahora mismo. Después de todo lo que he hecho por él, después de todo lo que le he demostrado, de todo a lo que he cedido... no es capaz de abrirse a mí. No soy lo bastante importante y ser consciente de ello, aumenta mi rencor hacia él.

-Entiendo.

-No es lo que piensas, -Interviene intentando descentrar mis pensamientos- confío en ti y nada me gustaría más que tener el valor y la fortaleza necesaria para poder hablarte claramente de... eso. Pero prefiero que ciertos asuntos formen solo parte de mi intimidad.

-Está bien James, no volveré a preguntártelo. -Me incorporo y estiro mi vestido hacia abajo- Ahora debería regresar al trabajo.

Asiente sin poner objeción y yo me marcho.

Por hoy ya he tenido bastante. Sé que la vida de James es todo un misterio, sé que hay cosas de él que jamás me dejará ver y que pesan más que la supuesta "atracción" que siente por mí. Solo me basta conocer eso para ser consciente que ya no queda un solo atisbo de esperanza al que aferrarnos para seguir adelante con esta historia, ha sido bonita mientras ha durado, pero al final ha quedado en una simple aventura.

Tengo que concentrarme al máximo en alejar algunos



pensamientos para que todo esto no me afecte más de lo que puedo soportar, no quiero sufrir, de hecho siempre he pensado que sufrir a causa de un hombre es una forma estúpida de malgastar el tiempo y no voy a cambiar ahora.



Pasada la primera semana todo empieza a verse con más claridad. James se centra y nuestra relación se limita estrictamente a lo laboral. Debo admitir que eso me decepciona un poco, pero no puedo decir que no me lo esperaba.

Salgo del despacho cuando llega mi hora y camino hacia el ambulatorio para esperar a Elena, hemos quedado para ir a dar una vuelta, de algún modo, volver a las rutinas me ayuda a seguir.

-¡Hola Anna! -Me abraza-

-¿Qué tal?

-Uffff... un día entretenido, hay un brote de gripe, así que ya te puedes imaginar...

-Ya.

-¿Y tú qué? ¿algo nuevo respecto a James?

Hago una mueca de inconfundible asco.

-Sabes que no. ¿Por qué no dejas de preguntarme?

-¡Porque es una pena! hacíais tan buena pareja...

Me echo a reír.

-¡Pero qué dices! ¡si no podríamos ser más distintos!

-Precisamente por eso, además ese hombre te miraba de una forma que tendría que estar prohibido. Te quiere Anna, parece mentira que no te des cuenta.

-Se va a casar y tener un hijo con otra persona. Así que no, no me quiere.

Pone los ojos en blanco.

-Lo que tú digas. Yo sé lo que me digo, pero en fin, si no piensas luchar por él... tal vez no te merezca.

-¡Pero bueno! ¿tú de parte de quién estás?

-De la tuya. Siempre. Aunque a veces te equivoques.

Bufo desesperada.

-Por favor, ¿podemos dejar ya el tema?

-Como quieras. -Dice alzando los brazos.- Yo ya te he dicho lo que pienso, me quedo un poco más tranquila.

Entorno la mirada. Me paro y reanudo el camino metiéndome por un estrecho callejón perpendicular a las ramblas.

-¿Dónde vamos?

-Vamos a tomar un helado. Me apetece.

-¿Un helado en enero?

-Es como mejor sientan. ¡Vamos!

-Desde luego eres rara...

Me echo a reír, pero me salgo con la mía.

Diez minutos después estamos frente a la vitrina de los helados italianos. Los devoro con los ojos.

-¿Tú cuál quieres?

-Yo no pienso comer helado. Gracias. Me apetece más un café solo.

-¡Por el amor de Dios Elena! a veces parece que estoy hablando con un jubilado de noventa años.

El chico que hay detrás del aparador me mira. Está esperando a que elija uno y lo tengo complicado. ¡Me los comería todos!

-A ver... creo que ese de allí, -Digo señalando una gran montaña de chocolate- El de *nutella*.

-¿De *nutella*? -Me pregunta Elena alarmada-

-¿Qué tiene de malo la *nutella*?

-Nada si eres una niña de cinco años.

Madre mía ¡qué muermazo de tía! paso de su comentario y me centro en el chico que me pregunta si lo quiero en cucurucho o vaso.

-En cucurucho por favor.

-¿Y usted? -dice mirando a mi amiga, yo también me centro en ella, entrecerrando los ojos mientras espero su decisión-

-Supongo que tengo que acompañarte, ¿no?.

-Me temo que sí.

-Bien, entonces deme uno de ron con pasas.

Sonrío por su elección, muy de adulta, sí señor...

Salimos al exterior, hace un frío que cala hasta los huesos, pero los dos nos miramos y damos un enorme lametón a nuestros cucuruchos.

-Mmmmm... ¡esto está increíble! -Le digo sin parar de reír- ¿Quieres?

-No gracias. ¿Tú del mío?

-¡Qué va! no hay nada mejor que la textura de la *nutella* deshaciéndose poco a poco en la boca.

-Seguro que mañana tendremos anginas.

-¿Vas a estar quejándote todo el rato? solo por saberlo...

-No. -Se echa a reír.- Me encanta el helado.

-¡Es un alivio oír eso!

Seguimos lamiendo el cucurucho con devoción, la verdad es que esta escena es un poco porno, pero ahora mismo nos da igual ser el centro de las miradas de los chicos jóvenes, es nuestro momento.

-Te has manchado la nariz. -Dice Y yo alzo mi mano para retirarme los restos de chocolate-.

De repente, mi mandíbula se desencaja tras ver ese ángel perfecto, despidiéndose de un amigo. Le dice adiós con la mano y se da la vuelta mientras mete las manos en los bolsillos de su trenca. Elena se gira siguiendo mi mirada y entonces su cuerpo se vuelve de gelatina, empieza a temblar, tengo miedo de que sus rodillas cedan en cualquier momento.

Carlos arquea las cejas sorprendido tras reconocerla. Nos saluda con la cabeza y cambia el rumbo para venir hacia nosotras.

-¡Me cago en ti Anna! ¿Ahora qué coño hago con el helado?

Me echo a reír. ¡Pero qué cosas tiene!

-¿Qué vas a hacer mujer? comer antes de que se te derrita. Métele unos buenos lametones, seguro que a partir de ahora Carlos te ve con otros ojos.

-Te parece divertido, ¿no?

Sigo riendo sin poder contenerme.

-La verdad es que sí. Mucho.

Me callo en cuanto nuestro Adonis particular se detiene frente a nosotras, es tan guapo que hipnotiza.

-Buenas tardes Elena, Anna...

-Buenas tardes Carlos. ¿Te apetece un poco de helado de *nutella*?

Le pongo el helado en las narices, se ríe y niega con la cabeza mientras la echa hacia atrás.

-No, gracias. Me parece que no es la mejor época para disfrutar de un refrescante helado.

-Déjame adivinar... preferirías un café solo, ¿verdad?

Me mira extrañado.

-Pues sí, ¿cómo lo sabes?

-Intuición femenina. -Digo sin mucho interés. Ahora no me cabe ninguna duda: estos dos están hechos el uno para el otro. Tienen el mismo nivel de aburrimiento en vena-.

-¿Quieres que nos sentemos a tomar algo? -Pregunta Elena y yo la miro complacida. Mi amiga habla, ¡HABLA! -

-¡Claro! conozco un sitio aquí cerca que sirven un café excelente, podemos ir caminando así os doy tiempo a que os acabéis el helado.

-Oh, qué considerado.

Mi amiga me da un codazo en las costillas tras mi comentario sarcástico. Yo reprimo el quejido y me coloco a su lado, dejando a Elena en medio para que converse con su amor platónico.

Como es de prever en una pareja de aburridos, hablan de trabajo, pero bueno, mientras Elena tenga cosas por decir yo ya me siento satisfecha.

Me doy cuenta que en ningún momento ha vuelto a llevarse el helado a la boca, por lo que se le está derritiendo en la mano y la imagen no puede resultarme más patética. Entonces hace un movimiento inesperado con el brazo y la chorreante bola de ron con pasas se le cae encima. Su involuta camisa blanca ahora parece estar empapada de vómito, debido al color del helado y el moteado de pasas. Sus mejillas arden literalmente, sin poder esconder su vergüenza se disculpa de Carlos y se dirige al bar paquistaní que hay al lado para limpiarse en los servicios. Yo ya he acabado mi helado, ahora solo me queda la crujiente galleta, mientras la muerdo distraída, como quien no quiere la cosa, decido conversar con él. Elena tarda demasiado y tengo miedo de que se aburra y se vaya antes de que regrese.

-Oye Carlos, tengo una pregunta...

-Adelante. -Me incita a preguntar-

Pobre, no sabe lo que me ha dicho...

-¿Por qué no invitas a cenar a Elena alguna vez? estoy convencida de que si le das la oportunidad te sorprendería.

Me mira extrañado. Yo hago como si nada y sigo mordiendo esa deliciosa galleta a la que todavía le queda algo de chocolate.

-No creo que sea buena idea. Por si aún no te has dado cuenta, me rehúye.

-Te rehúye porque le gustas. Por eso se pone nerviosa, no sabe qué decir y se le caen las cosas de las manos. La confianza en sí misma no es algo que le sobre, pero cuando le das un pequeño empujón y le haces ver su valía, descubres que es una persona increíble: Centrada. Tierna. Empática. Con la que puedes hablar de todo y divertirse.

Mira hacia un lado. Está reconsiderando mi argumento. Parece indeciso así que vuelvo a atacar y arriesgarme un poco a ver qué encuentro si le tiro un poco de la lengua.

-Me he fijado en como la miras. Sé que no te es indiferente. Pero si ninguno de los dos os atrevéis a dar un paso, nunca sabréis si lo que sentís puede o no tener futuro.

-Es difícil.

¡Ya estamos! los hombres y sus dificultades...

-A ver. -Pregunto cansada- ¿Por qué?

-No te voy a negar que Elena me atrae, tiene algo... pero trabajamos juntos, por extraño que parezca no quiero intimar con gente con la que trabajo. Eso de llevarme la faena a casa y que lo único que nos una sean conversaciones laborales es lo peor que hay en el mundo.

-Llegad a un acuerdo.

-¿Qué?

-Proponle una cita con tabús. Prohibido hablar de trabajo, así los dos tendréis que esforzaros en encontrar otros temas de conversación. No cuesta tanto como parece. Además, podéis pactar qué hacer si uno de los dos se salta la norma... puede ser hasta divertido si le ponéis imaginación.

Carlos sonrío. Parece que le estoy convenciendo.

Elena regresa a nosotros poco después. Ha intentado quitarse la mancha, pero se ha puesto demasiada agua y ahora se le transparenta el sujetador. Carlos también se ha fijado y aunque ha desviado súbitamente la mirada, se ha dado cuenta. Yo sonrío, la verdad es que está muy sexy así.

Entonces una fuerte carcajada procedente de él hace que las dos le observemos con estupefacción.

Carlos levanta el pie derecho y pisa con fuerza el enorme trozo de papel de váter que Elena llevaba pegado al zapato.

-¡Por Dios Elena! ¿Qué te pasa a ti con los baños públicos? -Digo alucinado porque no pueda ser más torpe-.

En ese momento me sorprende y en lugar de ponerse roja como un tomate y hacerse más pequeña, se echa a reír. Se retira el pelo de la cara con un movimiento de cabeza y añade:

-Solo me pasan estas cosas delante de ti. -Dice señalando a Carlos con un dedo- Debes traerme mala suerte.

¿Y ese brote de naturalidad? no es propio de ella, pero me encanta que sea así, que se desinhiba un poco delante del chico que le gusta.

Carlos también ríe y por el brillo que adquiere su mirada verde me doy cuenta de que se ha enamorado un poquito más de ella.

Seguimos caminando hacia el bar que nos ha recomendado el buen doctor. Me siento con ellos y pido una botella de agua, el café a las siete de la tarde no es lo mío. Pero ellos sí se piden un café y tras este otro, mientras hablan y hablan esta vez de los hechos acontecidos durante sus Navidades. Yo sobro en este lugar, parece que esté contemplando un partido de tenis. Primero habla uno, luego el otro.

Pero no puedo evitar sentirme feliz por mi amiga, está venciendo su timidez y está dejando que él la descubra y poco a poco la vea como la veo yo.

Tras apurar mi botellín, me excuso y me escabullo para dejarles un tiempo a los dos a solas. Me voy sonriente, sabiendo que al final del día se producirá esa cena, ésta llevará a otra y luego otra más. Si hay algo que tiene Elena es que engancha, en cuanto la conoces ya no te imaginas una vida sin ella, eso mismo le pasará a Carlos, si es que no le ha pasado ya.

Abro la puerta de mi apartamento y Lore se acerca con semblante muy serio a recibirme. No hay risas en sus ojos hoy. Por lo que me doy cuenta que algo ha pasado.

Mi rostro se ensombrece mientras me acerco a él.

-Tenemos que hablar.

Dice y yo empalidezco en el acto. Me acerco al sofá y tomo asiento, toda esta situación me está poniendo los pelos como escarpas.

-¿Qué pasa? -Pregunto con impaciencia-

-No quería decírtelo, pero creo que debes saberlo.

-Vale. Dime.

Trago saliva y me preparo mentalmente para lo que sea que tiene que decirme.

-Hace días que ha llegado un caso especial de lo más inusual al bufet.

-¿El qué? ¡Lore por favor me tienes en ascuas!

-Vale. Ahí va: Me han asignado un nuevo cliente, Alexa Williams. Acabo de recibir unos documentos y por eso he caído que esa es la mujer que está con tu jefe. ¿Es así?

Mis ojos se dilatan por la sorpresa.

-Sí. ¿Y qué ocurre?



Lore suspira.

-Que conste que esto solo lo hago por ti, esto de violar la confidencialidad de mis clientes no es algo que acostumbre a hacer y lo sabes.

-Lo sé.

-Bien. -Coge aire y se acerca un poco más a mí para hablar más bajo- Esa mujer ha asistido al bufet en varias ocasiones para pedirnos consejo y asesoramiento legal. Ya te he dicho que es un caso inusual, pero el cliente manada y es el que paga.

-Sigue. -Le ruego poniéndome más tensa-.

-Esa mujer nos está pidiendo información acerca de cláusulas matrimoniales para salir ventajosa en caso de divorcio.

-¿Cómo dices? ¡Si aún no se ha casado!

-Lo sé. Pero por lo que sé va a hacerlo pronto y no quiere durar mucho tiempo con él, pretende pedirle un divorcio exprés y llevarse un montón de pasta.

-Madre mía... -Mi corazón se encoje- Pobre James, él no quiere ni pensar que le separen de su hijo.

-Ahí va lo mejor. El hijo que espera no es de James, al parecer es de un novio asiático, alguna vez le ha acompañado al bufet.

-¿Qué dices? ¿cómo lo sabes?

-Ella misma lo ha reconocido. Por eso tiene tanta prisa por casarse antes de que nazca el bebé, en cuanto lo haga su plan se va al traste porque se hará evidente que ese hijo no es de James. Así que lo único que quiere es asegurarse un buen futuro a costa de tu jefe.

-Pero eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué os ha pedido a vosotros asesoramiento? ¿Por qué no hace estos trámites en Londres, lejos de él?

-En Londres él acabaría enterándose, ten encuentra que los abogados más reputados trabajan para su empresa. Además, piensan casarse en España, por lo que necesitan estar en consonancia con las leyes de aquí.

-Esto es... -me quedo sin palabras, se me hace un nudo en la garganta.- ¿Cuánto hace que sabes esto?

-Hoy me he enterado que el afectado en cuestión será James Orwell, pero esa mujer lleva viniendo al bufet desde antes de Navidades a espaldas de él. Encima me han asignado a mí su caso y yo le he facilitado

todos los datos que necesita. -Sonríe quedamente- Resulta irónico.

-Esto es terrible, ¿todo esto es legal?

-Es legal Anna. Si James firma los papeles que ella le entre ya no habrá vuelta atrás.

-Vaya... estoy convencida de que Alexa se encargará de hacerle firmar varias cosas e infiltrará ese papel sin que él se dé cuenta, abusando de su confianza.

-¿Y bien? ahora que lo sabes ¿qué vas a hacer? ¿vas a prevenirle?

-No. -Digo con contundencia- No pienso mover ni un solo dedo.

-¿Por qué? -Me pregunta extrañado- Creí que él te gustaba.

-¡Y me gusta! Pero ha elegido tener una vida con ella de la forma que sea, si no es lo suficientemente inteligente para tener los ojos abiertos... además, ¿Te haces una idea de lo extraño que resulta que yo le informe de algo así? ¡parece que quiera separarles para salir victoriosa! y eso jamás. Si él no me ha escogido a mí porque prefiere a su novia, que se atenga a las consecuencias, eso sí, has hecho bien en avisarme porque sé que en cuanto se destape todo este asunto él volverá a refugiarse en mí. Pero ahí estaré yo, para recordarle que no soy el segundo plato de nadie, o soy la primera elección o nada.

Lore me mira impresionado. Frunce los labios y permanece así un buen rato.

-Eres demasiado orgullosa reina.

Sí. -Admito sin dudarlo- Soy orgullosa ¿Y qué? estoy cansada de esta situación. Cansada de su poca capacidad de reacción, de que se deje mangonear por esa mujer y no tenga el valor de ponerle las cosas claras. ¿De qué tiene miedo? me niego a creer que solo le impida dar el salto no tener contacto con su hijo, debe haber algo más. A ver, ¿Cómo ha conseguido esa mujer tan insulta tenerlo entre sus redes durante tanto tiempo? ¿No te has parado a pensarlo? porque yo sí y no me cuadra. Nada en esta historia acaba de encajar y eso me da rabia. -Bufo de pura frustración- No seré yo la que le abra los ojos si no veo en él una ligera voluntad de cambio.

Sentencio con contundencia, cruzando los brazos sobre el pecho. ¡Ala! ya he dicho todo lo que pienso.

-Te arrepentirás de esto, lo sabes ¿verdad?

Emito un bufido.

-Tal vez. Pero este asunto no es de mi incumbencia, no voy a

utilizarlo a mi favor.

-Está bien, tú verás. Yo me veía en la obligación de contártelo y ya lo he hecho, la decisión es únicamente tuya.

-Lo sé.

-Pero si cambias de idea, te diré...

-¡No pienso cambiar de idea! ¡Ni ahora ni nunca! en lo referente a este asunto tengo las ideas muy claras.

Me levanto y camino dando zancadas hacia la puerta. Antes de salir, escucho como Lore añade por la bajo: "*Terca como una mula*". No contradigo su opinión, no ha dicho ninguna mentira; Soy terca, orgullosa e incapaz de disimular para aparentar que esta situación no me indigna. ¡Si es que estas cosas solo le pueden pasar a James! ¡Solo él puede estar tan ciego y dárselo todo a una persona que lo único que quiere es aprovecharse de él!

Pasa una semana más en la que intento esquivar todo lo posible a mi jefe y a esa arpía de Alexa. Inevitablemente cuando la veo desfilas del ascensor al despacho de James en mi mente se recrea la música de uno de los documentales de Félix Rodríguez de la Fuente y una voz en off describiendo la fauna que capta el objetivo de la cámara. Creo que leí una descripción hecha por Alex Blame sobre la fauna peninsular que me hizo mucha gracia, era algo así como...:

»" *Debido a sus cuerpos y sus extremidades extremadamente largos, su cabeza pequeña y sus ojos grandes y desproporcionados todos los taxónomos coinciden en clasificar a estos curiosos especímenes dentro del orden de los Fásmidos, más vulgarmente conocidos como insectos palo.*

*La vida de estos insectos, aunque brillante, salvo excepciones, es bastante fugaz. Son unos animales muy sensibles y difíciles de mantener ya que sufren todo tipo de enfermedades terribles; la celulitis, las arrugas o las verrugas y la ganancia de peso son enemigos mortales de esta especie.*

*Su dieta es casi totalmente vegetariana y muy escasa. Practican la regurgitación de la comida en repetidas ocasiones. Aunque los científicos no han podido ponerse aún de acuerdo en las razones de este comportamiento creen que puede deberse a complejas formas de eliminación de comida sobrante.*

*Las capas que muestran suelen ser muy variadas pero todas son vistosas y cambiantes y a diferencia del mundo animal, suelen ser las*

*hembras las que llevan los colores más vistosos para atraer a los machos en los sitios de moda y en fiestas VIP, dónde eligen a su pareja por su aspecto y el bulto que hace su billetera. No es común pero se han dado casos en que la hembra se ha comido al macho después de aparearse"«.*

Lo que te espera James...

Se me escapa la risa tras esa acertada descripción que ahora me ha venido a la mente. Intento tomármelo así para que me resulte más llevadero, aunque no puedo ocultar lo mal que me cae. ¡No se puede ser más mala! desde que sé lo que trama aún me cae peor, creo incluso que ese odio es mutuo porque no se puede decir que ella me mire como a una secretaria más de la empresa.

Les observo salir cada tarde a los dos juntos y se me revuelven las tripas.

A veces él se para a mirarme, me busca incansablemente esperando una respuesta por mi parte pero esto está resultando demasiado duro de fingir. Cada día siento que estoy un poquito más lejos de él y más terreno me gana ella, que se ha empeñado en seguirlo a todas partes. Sé por qué. Tiene miedo de mí. Ha visto mis pósters repartidos por toda la oficina y esos anuncios que cada día invaden los canales de televisión.

Por suerte la campaña no podría ir mejor, al menos tendrá un buen fondo para compartir con su futura esposa.

En cuanto llega el final de mi jornada, recojo mis cosas y me cuadro frente al ascensor. Últimamente soy siempre la última en salir de la oficina.

Se abren las puertas y me encuentro a James solo. Me pego un susto de muerte, pero no digo nada y me meto dentro. Él, en lugar de salir se queda conmigo.

No sé hacia dónde mirar, indudablemente me he puesto nerviosa. Como ya es habitual, son muchos los sentimientos contradictorios que me inspira y yo no soy capaz de sostener el torrente de emociones que me embargan cuando vuelvo a tenerlo tan cerca sin testigos que nos cohíban.

Suspira, alza su dedo índice y presiona el botón de parada del ascensor. Tardo unos segundos en comprender lo que está pasando y reaccionar.

-¿Qué haces? -Pregunto asustada-.

-Detener el tiempo.

-¿Cómo?

Le esquivo, intento dirigirme a los botones del cuadro y pulsar el de la planta baja pero él retira mi brazo antes de que logre llegar a mi objetivo.

-Aquí solo estamos tú y yo. No existe nadie más.

-¿Y qué pretendes decir con eso? -Pregunto a la defensiva, haciéndome la ingenua-.

No me contesta, alza una mano y pasa sus largos dedos entre los mechones de mi cabello. Y ahí están otra vez esas dichosas cosquillas que él me produce con cada cosa que hace. Mi corazón late audible contra mis costillas y el aliento se me queda atascado en la garganta. Pero debo mantenerme firme y no ceder, pese a que le deseo, le necesito, le echo muchísimo de menos y...

¡A la mierda todos los impedimentos, que la vida son dos días!

Le cojo por sorpresa cuando me tiro literalmente a por un beso, trabo mi boca a la suya con un afán casi febril, no es deseo en absoluto, se trata de pura necesidad, agudizada por el dolor que me supone no poder estar juntos. Sin dejarle apenas espacio para respirar, me muevo con insistencia, desatando todo mi calor, que a su vez se extiende por su cuerpo convirtiéndonos a ambos en una bola de lava incandescente.

Percibo la presión de sus brazos al rodear mi cintura y un segundo después, infiltra sus cálidas manos por debajo de la camiseta. Mi piel me traiciona y se vuelve de gallina, anhelando sus caricias.

Me retira la camiseta por la cabeza antes de volver a besarme, mientras, me entretengo en desabrochar uno a uno los botones de su camisa hasta llevarla hacia los hombros con mis manos y retirársela.

Seguimos besándonos con desesperación, de forma dura, como a nosotros nos gusta. Entonces siento como sus manos me aprietan el trasero y lo masajean, luego asciende, recorriendo con las yemas de sus dedos mi espalda hasta desabrochar el sujetador para liberar mis pechos. Se inclina para metérselos en la boca, yo echo la cabeza hacia atrás y simplemente se los entrego, como todo mi cuerpo que no hace más que seguirle a él en lugar de a mí.

En un ataque de locura me separo, me pongo de rodillas frente a él y desabrocho con urgencia sus pantalones hasta arrastrarlos hasta los tobillos.

Ahí está el motivo de todos mis desvelos. Sonrío y empiezo a chupar de esa forma que ya sé que le vuelve loco. Me aferro a sus caderas y juego con la lengua sobre su miembro, entornando las pestañas para mirarle a través de ellas. Cierra los ojos mientras emite un ronco jadeo. Cuando vuelve a abrirlos, los percibo excesivamente brillantes, ardientes. Verle así me colma por dentro.

Me levanta de un enérgico movimiento y acaba de desnudarme con prisas. Mi respiración se altera, mi cuerpo se estremece y toda yo me deshago cuando él me da la vuelta, colocándose frente al espejo. Me levanta un poco y me penetra desde atrás de una potente investida, mientras una de sus manos agarra uno de mis pechos con firmeza. Coloco mi mano en el cristal para poner cierta distancia entre éste y mi cuerpo, mientras me dejo vapulear a su antojo. Nuestros ojos se encuentran en el espejo, sé que verme así le pone aún más cachondo. Me inclino hacia atrás, recostando la cabeza en su hombro, dejándome dominar por todo ese placer y James aprovecha para mordirme el cuello. Chillo, él gruñe, me penetra sin piedad una y otra vez, elevándose sin esfuerzo hasta que me dejo ir, sintiendo como su insistente miembro se cava un profundo hueco dentro de mí.

En cuanto terminamos, alza su rostro para mirar al frente y encontrarme en el espejo. Los dos estamos sudando y respirando con dificultad tras lo ocurrido. Con delicadeza, vuelve a depositarme en el suelo, se agacha para recoger mi ropa y entregármela.

Me visto como puedo, aún me falta el aliento, incluso la cabeza me da vueltas.

James se retira el preservativo con sumo cuidado, no sé en qué momento se lo ha puesto, pero por suerte uno de los dos tiene cabeza.

Cuando estamos más o menos presentables, vuelve a presionar el botón de planta baja, se acerca a mi oído y susurra:

-Fantasía número uno cumplida.

Se me escapa una discreta risilla que intento contener a toda costa.

El ascensor se detiene y Pol, se queda sin habla en cuanto nos ve. Salgo decidida del pequeño habitáculo mientras me recoloco el pelo, miro hacia atrás y sonrío, James me devuelve la sonrisa y las puertas se vuelven a cerrar. Seguramente ahora regresa al lugar de partida para recoger aquello que se ha dejado.

Antes de salir del edificio, bajo la atenta mirada del guarda de

seguridad, digo:

-Esta vez sí Pol, y ha sido sensacional.

Empieza a reír de forma descontrolada tras saber a lo que me refiero. Yo acompaño sus risas mientras me dirijo hacia la puerta acristalada con la cabeza bien alta. Sé que él no dirá nada de lo que ha pasado dentro del ascensor, así que no me preocupa, lo único que me impide vivir plenamente el recuerdo de esta aventura, es el arrepentimiento que intuyo que experimentaré mañana, pero como dice mi madre: "mañana queda muy lejos y ahora nadie me quita lo *bailao*".

Dejo los papeles en la mesa y me pongo el abrigo. Vanessa esta vez no me va a dejar trabajar, dice que hace días que no voy a desayunar con ellas y empieza a tomárselo como algo personal. No tengo más excusas que ofrecerle, me queda mucho por hacer pero... ya no puedo darle más largas.

Mónica sonrío y empieza a aplaudir en cuanto traspaso la puerta del bar. Nuestra mesa de siempre está dispuesta, así que me siento en mi lugar y en cuanto estamos todas, levantamos la mano derecha a la vez para que nos vea el camarero.

-Ya pensaba yo que el mandón de tu jefe no te dejaba salir hoy tampoco.

-Él puede dejarme o no, -Espeto encogiéndome de hombros- Al final voy a hacer lo que me apetezca.

Ambas se ríen por lo bajo. El camarero de siempre nos saluda y deposita cuidadosamente la bandeja sobre la mesa antes de entregar a cada una su desayuno sin error.

-Perdonad un momento chicas... -Nos mira a las tres y nosotras cerramos el pico y le prestamos toda nuestra atención, no estamos acostumbradas a que nos hable, normalmente se limita a tener un trato cordial sin más.- Si no es mucho pedir... ¿podría firmar mi libreta?

Me extiende la libreta donde apunta los pedidos y un bolígrafo. Mónica se tapa la boca para no reír mientras Vanessa le da un discreto codazo en las costillas.

-¿Quieres que te firme una libreta?

Mi incredulidad desata las risas del grupo mientras el chico se pone más y más rojo.

-Es usted la chica del anuncio, ¿no? el de las cremas...

Madre mía... no me jodas que ahora me van a reconocer.

-Pero quieres que te firme en la libreta. -Insisto-.

-Es que no tengo una foto a mano.

-Oh, por eso no te preocupes. -Vanessa abre su bolso bajo mi impasible mirada y saca una revista, como no, hay un diminuto espacio dedicado a mí, mi cara en un primer plano en blanco y negro bajo el eslogan de las cremas. Arranca la hoja y se la entrega al camarero.-



-Muchas gracias. -Dice a Vanessa con una acogedora sonrisa-  
Tenga. -Me entrega la hoja de revista y yo miro a mis amigas con los ojos abiertos como platos-

-Entonces deduzco que este desayuno corre de tu cuenta, ¿verdad?

-¡Por supuesto! -Exclama el chico-

-Vale. Entonces dame el boli. -Firmo el papelito solo con mi nombre y una rayita enroscada y se lo devuelvo-

-Muchas gracias Anna.

-De nada.

En cuanto se va, Mónica se recuesta en su silla sin dejar de sonreírme.

-¡Anda que vaya morro tienes! -Dice negando con la cabeza mientras sostiene su taza de café-

-¡De morro nada! al menos que sirva de algo que salga en las revistas, ¿no crees? pero bueno, no me desvíes del tema ahora. Quiero que esta vez no te escabullas y te sinceres con nosotras, ¿qué tal con Raúl?

-¿Raúl? -Pregunta Vanessa sorprendida-

-Sí. Es el adolescente buenorro que va detrás de Mónica.

-¡Qué me dices!

-¡Calla, calla! no es para tanto... no hay nada entre nosotros.

-¿No? -Le miro atentamente- Pues mira que los adolescentes a esa edad tienen las hormonas revolucionadas...

Vanessa se echa a reír.

-¡Ay Anna! ¿por qué haces que todo parezca una perversión sexual?

-Tanto como perversión... no. Pero no me negarás que no te da morbo.

Su tez se torna de un rojo intenso y se me escapa la risa.

-De momento solo hemos ido a tomar un par de cafés juntos. Hemos tenido una discernida conversación y poco más.

-Uuuu... un par de cafés... -Digo cogiendo una tostada y llevándomela a la boca- Esto promete.

-¡No pienses mal por favor!

Me echo a reír tapándome la boca para que no se vea mi desayuno a medio masticar.

-¡Si yo no pienso mal! pero me hace gracia lo de los cafés. Vamos... ¿a quién pretendes engañar? ese chico te gusta o de lo contrario

nunca le hubieses dejado invitarte a nada.

-¿Te gusta? -Interviene Vanessa-

-No lo sé... -Reconoce tras un largo bufido- Digamos que no me lo paso mal con él, me hace reír y eso no es fácil.

-Doy fe. -Espeto con la boca llena-

-¡Oye! ¡traga antes de hablar!

-¡Pero bueno! ¿Es que a caso eres mi madre?

Doy un gran mordisco a mi tostada lo mastico solo un poco para acomodar el bocado a mis carrillos y con toda la seriedad que puedo aparentar digo:

-¡Pamplona!

Vanessa estalla en carcajadas cuando ve que he dejado la mesa cubierta de diminutas miguitas, sin embargo Mónica me reprende y se apresura a retirarlas de la mesa con un periódico.

-¡Qué guarra eres!

-¡Es que me has picado! -Alego en mi defensa-

-Bueno a lo que íbamos, sigue hablándome de ese chico que me interesa...

Mónica empieza a poner al día a Vanessa. Yo saco mi teléfono móvil y en vista que no hay notificaciones empiezo a alimentar a mi Pou. Está famélico, el pobre hace como dos meses que no lo veo. Lo lavo, retiro todas sus caquitas, le doy unas porciones de pizza para comer y, estoy a punto de jugar con él cuando aparece un mensaje en mi bandeja de entrada.

»¡Hola preciosa! ha pasado mucho tiempo... ¿qué tal vas? ¿te ha gustado mi regalo?«

Arrugo el entrecejo.

-¿Qué pasa? -Pregunta Vanessa tras ver mi reacción-

-¿Me han hecho un regalo? me acaban de enviar un mensaje diciéndomelo.

-¿De verdad? -Su emoción me ilusiona momentáneamente- ¡Pues vamos a la oficina que seguro que te está esperando!

No hace falta decir nada más. Soy así de infantil, es escuchar la palabra »regalo« y empezar a temblar de emoción. Nos despedimos de Mónica y corremos hacia la oficina como si estuviéramos huyendo de un atracador, solo que en lugar de gritos hay risas nerviosas por nuestra parte.

En cuanto llegamos a nuestra planta, ahí está, sobre la mesa de cristal de mi escritorio yace un pomposo ramo de rosas rojas. Eso sí, un ser

indeseable le está dando sombra a mis capullos.

Me acerco con paso firme hacia él, no me ve venir porque está de espaldas, concentrado al máximo en la diminuta tarjeta amarilla de mis rosas.

-Eso es privado. -Le reprocho con brusquedad, al tiempo que me apresuro a retirar la tarjeta de sus narices-.

-Si eso es algo privado, debería estar fuera de mi empresa, ¿no cree?

Pestañeo aturdida varias veces. ¿Qué problema tiene ahora?

-¿Quién es Franco? -Prosigue con los labios apretados-.

En ese momento reprimo la risa, ahora entiendo su mosqueo.

-No creo que deba darle explicaciones.

-La verdad es que no. Pero tengo curiosidad. ¿Qué le ha hecho?

Abro mucho los ojos y leo rápidamente la línea de tarjeta que me ha dedicado:

*"Puedo hacerlo mejor si me das otra oportunidad. Franco."*

-¿Has leído mi tarjeta? -Le pregunto en tono reprobatorio que no le pasa desapercibido.-

Me dedica media sonrisa apretada y añade:

-No hace falta leer para saber lo que pone. Es un hecho universal que un hombre solo envía flores a una mujer por dos motivos: o le ha fallado o está a punto de hacerlo. Por eso no me verás nunca enviar flores a nadie.

-¿A no? ¿Tan seguro estás de que no le estás fallando a nadie?

Se gira en un movimiento brusco y me encara. Por su reacción advierto en el acto que, tal vez, me he pasado.

-Cuidado Anna. Ese ha sido un golpe bajo y lo sabes.

Me guardo mis opiniones para mí. No la quiero liar. Todavía.

Así que bajo la mirada, decido ignorarle y sacar mi móvil del bolsillo para dar las gracias a Franco por su regalo. Tal vez sí se merece una segunda oportunidad, quién sabe... me ha pillado en un momento de flaqueza.

-¿Qué haces? -Pregunta James visiblemente alterado-

-Voy a dar las gracias a Franco por su detalle. Resulta que a mí sí me gusta que me envíen flores.

-¡Ni hablar! -Espeta ofendido- ¿Debo recordarle que debe cumplir con su horario laboral y dejar sus asuntos personales a un lado?

¡Pero bueno! Con que esas tenemos ahora, ¿no? ¡lo mismo le diré como se le ocurra abordarme en el ascensor! ¡esta me la paga!

-Tenga. -Me entrega el fajo de papeles que lleva en la mano.- Son para hoy. Haga los gráficos con las cifras de ventas de los últimos tres años y haga una comparativa con la de este trimestre, redacte un informe y envíelo a Londres.

Cojo los papeles que me entrega. Intento controlar mi ira por medio de la respiración: Inspiro, expiro, inspiro, expiro... Funciona. Poco a poco las ganas de matar menguan.

-Está bien. -Digo secamente-

Él se gira, pero antes de regresar nuevamente a su cueva se detiene.

-No sé mucho de la cultura española, pero ¿sabe su padre que tontea con un chico que se llama Franco?

-¿Qué es lo que más le molesta, que esté conociendo otro chico o que haya decidido pasar de usted?

Sus ojos se mueven rápidamente a nuestro alrededor. He dicho eso en voz alta sin pensar, pero todo tiene un límite y él no hace más que tirarme de la lengua. Por suerte no hay nadie lo suficientemente cerca que nos haya podido oír.

-No me haga reír Anna. Usted no puede pasar de mí del mismo modo que yo tampoco puedo hacerlo de usted.

Entra en su despacho y yo suelto el aire bruscamente por nariz. ¡Pero qué ganas de darle un testarazo! Hay que ver cómo me hace pasar del amor al odio en un solo segundo.

Me siento en mi silla. Miro los papeles que acaba de entregarme convencida que me ha cargado con tanta faena a modo de venganza personal y eso me enfurece todavía más. No hace mucho que me juró que nuestra relación no me ocasionaría ningún cambio en el terreno laboral ¡y mira!

Antes de ponerme con la faena. Desobedezco deliberadamente a James y abro mi correo para enviar un e-mail a Franco.

*"He recibido tus flores. Gracias, me gustan mucho. En cuanto saque un hueco te llamo y nos tomamos algo, ¿de acuerdo? un besito muy grande. Anna."*

Doy a la tecla de enviado y minimizo la pantalla para poder empezar a pasar los gráficos.

No escribo ni dos palabras que el teléfono de mi mesa empieza a sonar.

Es él.

-Le atiende la señorita Suárez.

-Venga a mi despacho inmediatamente.

¿Y ahora? ¡Esto se está pasando de castaño oscuro!

Entro en su despacho sin llamar y cierro la puerta. Cruzo los brazos sobre el pecho de mala gana esperando a ver qué quiere el señorito.

Su semblante serio me intimida, solo un poco. Tal vez sea por el contexto en el que me veo envuelta, no tanto por el hecho de que realmente me imponga su autoridad.

-Tráigame una taza de café.

Hasta ahora nunca me ha pedido el café, seguramente solo lo hace para fastidiarme, no obstante, me muerdo la lengua, pues no oso decir nada. Salgo del despacho de mi jefe y me dirijo al cuartillo de la cafetera, lleno una taza de café y regreso al despacho.

-Quiero otro sobre de azúcar.

Dice y yo aprieto aún más los labios. Voy al cuartillo cojo un segundo sobre de azúcar y vuelvo a entrar para depositarlo en el platillo junto al primero.

Lentamente menea el café mientras contempla el sobre que acabo de traerle.

-Creo que mejor tomaré sacarina.

Mi respiración se congela. ¡Será estúpido! salgo disparada de la habitación de mala gana, cojo un puñetero sobre de sacarina y cuando vuelvo a aparecer ante él se lo tiro a la mesa. Hace serios esfuerzos por no desatar la risa, yo también los hago, pero por no asestarle un puñetazo en plena cara.

-¿Puede traerme un poco de leche?

-¡Oh vamos! -Espeto enérgica, haciéndole botar en su asiento- ¿Enserio ha decidido desde hoy empezar a tomar el café con leche?

Hace una extraña mueca de contención, yo solo pienso que como me haga salir a por leche juro que escupo en la jarra antes de entregársela. Pero no, finalmente asciende su taza humeante y da el primer sorbo delante mío.

La deposita cuidadosamente sobre el platillo y vuelve a menear el contenido con la cuchara en total parsimonia.

-No deje que mi tranquilidad la confunda. Estoy muy molesto con usted.

-¿Y esta vez por qué si puede saberse? -Pregunto a la defensiva, pero es que no puedo más, ¡este hombre me desquicia!-

-Me ha desobedecido.

-¿Cómo dice?

-Le he dejado bien claro que haga a un lado sus asuntos personales durante las horas de trabajo y usted acaba de enviar un e-mail a ese tipo. - Frunzo el ceño.- Por si no lo sabe, todos los mensajes que se envían con el correo de empresa pasan primero por mi servidor.

Siento como se me corta la respiración.

-¿Qué puedo hacer con usted Anna? ¿Sancionarla? cada minuto de trabajo que usted dedica a otras cosas yo pierdo dinero.

-Vamos a ver James, -Le digo ya sin entrar en su estúpido juegucito- me parece que te estás pasando.

-No. Solo protejo y me preocupo por lo que es mío. -Me mira intensamente- Ahora mismo esta empresa lo es todo para mí.

-No creo que enviar un e-mail a Franco ponga en peligro su empresa. Es más, que yo esté aquí ahora, tratando esto, sí que le está haciendo perder dinero.

Sonríe. ¡Por fin parece que se relaja un poco!

-Tiene razón. En realidad no la he llamado aquí para eso, aunque debo admitir que sí me han molestado esas flores, más cuando yo también tengo un regalo para usted y pensaba dárselo hoy mismo.

-¿Para mí? ¿Por qué?

Se le escapa la risa.

-Porque me apetece. ¿Le vale?

-No quiero regalos.

-¿Los míos no?

-No es lo mismo.

-En eso estamos de acuerdo, yo no voy a regalarle unas simples flores.

Su comentario me enerva, le odio con todo mi ser, con cada poro, cada pelo... ¿Es que se cree superior a Franco de algún modo? ¡Maldito presuntuoso!

-Le agradezco el detalle pero no quiero nada. -Repito-

-Da igual lo que diga. Lo va a aceptar.

-¿A si? ¿me va a obligar?

-Por supuesto. -Alza su muñeca para observar la hora- Recuerde que aún está trabajando para mí antes de negarse a acatar una de mis órdenes.

¡Pero bueno! ¡como si eso sirviera para obligarme a hacer algo que no quiera hacer!

No me deja replicarle, se encamina hacia la pared de su despacho, abre la vitrina de cristal mate y de ella saca una caja marrón.

-Pensaba enviárselo por correo, pero prefiero dárselo ahora, eso sí, debe prometerme que solo lo verá en la intimidad de su apartamento esta tarde.

Mi cara hace un rictus extraño y él estalla nuevamente en carcajadas. ¿Qué está pasando? ¿hace un momento parecía que quería sancionarme y ahora me da un regalo?

-No lo quiero. -Me apresuro a decir no bien se acerca.-

-¿Acepta unas flores de alguien que le ha defraudado y no puede aceptar el mío?

Estoy a punto de decir que él también me ha defraudado, pero antes de abrir la boca me doy cuenta de que este no es el mejor momento para esa intervención, en su lugar digo:

-No quiero nada que provenga de usted.

-Me hago cargo. Ahora por favor lléveselo y no me decepcione más, por favor.

Aprieto los dientes, resignándome, cojo la dichosa caja y salgo apresuradamente del despacho rezumbando todo el enfado y la indignación que he estado cultivando durante el transcurso de la conversación.

Pero si piensa que voy a esperarme a llegar a casa para abrirlo, está soñando.

Me encierro en el baño tras comprobar que no haya nadie. Pongo la caja sobre la pica y empiezo a romper el papel marrón con los dedos. En cuanto la abro, mi mandíbula se desencaja.

Del interior de la caja saco una gabardina marrón, la miro sin comprender a qué viene este regalo. La dejo a un lado y encuentro un par de zapatos de tacón de aguja. Son muy bonitos, de color negro y se anudan al tobillo. También hay un paquete con unas medias de encaje negras y más al fondo un sobre. No pierdo un segundo más en abrirlo:

*"Fantasía número 2.*

*Lugar: hotel Le Meridien habitación 534. -Adjunta una tarjeta del hotel-*

*Hora: 21:00h.*

*Imprescindible: únicamente vestirse con las prendas que hay en el interior la caja."*

¡Pedazo de gilipollas! rompo la tarjeta en mil pedazos y la tiro al váter, ¡Por mí se puede quedar esperando toda la noche si quiere! eso sí, los zapatos me los quedo, por estúpido. Y bueno... ya que estamos la gabardina y las medias también, seguro que les encuentro un buen uso.



Después de una larga deliberación, me encuentro encerrada en el cuarto de baño de mi pequeño apartamento. Acabo de ducharme y secarme el pelo con el secador. Me siento encima de la tapa del váter y me inclino hacia delante, colocando las manos entre las rodillas. En este preciso instante soy completamente consciente de ya he tocado fondo. Este es el fin, es el momento de retirarme del triangulo amoroso precedido por Alexa e hijo, James y yo. Creo que ya me he implicado demasiado, lo suficiente como para hacerme daño voluntariamente y aunque no lo parezca, yo me quiero. No merezco a medio hombre, sino a un hombre entero, que no solo me llene en la cama, sino en muchos otros aspectos que también son fundamentales para mí. Con James nunca tendré eso y lo peor de esta situación es que mientras siga prestándome a su juego tampoco conoceré a nadie que pueda darme todas esas cosas que busco, así que debo, por mi propio bien, cortar por lo sano.

Miro la caja que descansa en el suelo, consciente de que hoy será la despedida. Voy a cumplir la fantasía de James solo porque a mí también me apetece, pero después de esta, no habrá ni una noche más. Jamás.

Me perfumo, maquillo y me enfundo la gabardina sin nada más que las medias de encaje puestas. Me anudo el cinturón y me subo a esos espectaculares zapatos negros. No entiendo demasiado de marcas, pero tienen pinta de haberle costado un montón. Cojo también mi bolso, con unas cuantas cosas que sé seguro que me harán falta. Él ha escogido la forma, yo decido el cómo.

Bajo las escaleras y no me hace falta llamar a un taxi. Hay uno esperándome fuera en cuanto salgo. Me subo y sin necesidad de decir nada, me lleva hacia el hotel más céntrico de toda Barcelona.

Ahí va otra prueba de lo que significa nuestra relación: no quedamos en su casa, elige un hotel para nuestras citas y para qué negarlo, eso me duele.

Paso por la amplia puerta acristalada con la tarjeta en la mano, camino por el largo vestíbulo y no me permito el lujo de mirar a nadie.

Llego a la planta de James, abro la puerta con la tarjeta que emite un ligero "crec" y entro.

Camino un poco por un pasillo enmoquetado hasta llegar a una

especie de salón con una enorme cama en uno de los laterales. James se alza, me sonrío nada más verme y sin decirme nada, me ofrece una copa de champan.

Se la acepto y bebo sin dejar de mirarle.

Me encanta como va vestido, tan solo con un jersey negro de cuello alto que le queda como un guante y unos vaqueros. Sencillo, informal, pero siempre elegante.

-Creí que al final no vendrías, te has retrasado.

Miro el reloj dorado que cuelga de la pared. Son las 21:16h, miro al suelo y emito una frágil sonrisa.

-Las españolas no tenemos formalidad, deberías saberlo.

Mi comentario le saca una sonrisa, sin embargo, yo soy incapaz de continuar disimulando. He venido a lo que he venido y ambos lo sabemos. Dejo mi copa sobre la mesa y me acerco a James para besarle.

Sus labios están fríos por el champan y ligeramente amargos. Me devuelve los besos mientras me abraza, apretándome fuerte contra él. Definitivamente voy a echarle de menos.

Sigo besándole, mientras voy arrancándole prendas de ropa al tiempo que le hago retroceder de espaldas, empujándolo sin contemplación hacia la cama.

Ya está fuera de sí. No se resiste a mi investida, se deja caer sobre el colchón, tira de mí y empieza a deshacer el nudo del cinturón de mi gabardina. Descubre mi cuerpo desnudo y sus pupilas se dilatan por la excitación. Siento sus manos recorrer mi cuerpo entero, sin saber muy bien qué parte tocar antes.

-Dios, estás espectacular.

Curvo los labios a modo de sonrisa. Me siento a horcajadas sobre él y con una mano alcanzo mi bolso.

-¿Esto es lo que querías James? ¿He cumplido tu fantasía?

Se sienta sobre la cama conmigo encima y empieza a lamer mis senos.

-Sí... -susurra haciéndome estremecer-

-Entonces ahora toca cumplir la mía.

Abandona mis pezones y alza el rostro para mirarme.

Saco de mi bolso un par de cuerdas. James me contempla extrañado.

Percibo su inseguridad así que me acerco para besarle, vuelvo a

provocarle acariciando su cuerpo desnudo, demostrándole que no tiene nada que temer. Poco a poco consigo que ceda, vuelve a tumbarse sobre la cama, entrelazo mi mano con la suya y voy estirándola muy despacio hasta que topa con el alto poste de madera que decora el cabecero de la cama. Me separo lo suficiente para poder realizar el nudo de ocho que mi padre me enseñó a hacer cuando era niña.

-¿Te gusta tocarme? -Susurro cerca de su oído-

-Oh sí, mucho...

Estiro su segundo brazo y repito el mismo proceso que con el anterior, dejándolo bien atado al poste de la cama.

-Pues hoy no vas a tocarme...

Digo y me separo de su cuello dándole un pequeño mordisco.

Seguidamente saco un pañuelo de raso del bolso.

-¿Te gusta mirarme? -Me yergo para que obtenga un mejor plano de mí desnuda, con la cazadora desabrochada, las medias hasta los muslos y esos zapatos tan caros que él me ha regalado.

-Me encanta...

-Pues tampoco vas a mirar...

Cubro sus ojos con el pañuelo y lo anudo fuertemente por detrás.

-Ahora solo yo voy a disfrutar de ti...

-Anna... no me siento muy cómodo así, quiero verte por favor, lo necesito.

-¿Qué pasa james? ¿No sabes utilizar la imaginación?

Me acerco a su pene, que ahora ya no está tan excitado como hace un momento y me empleo a fondo en intentar reanimarlo. Empieza a respirar con dificultad, de forma rápida y profunda. Repaso su prepucio con la punta de mi lengua, dejando que se agite inquieto, asegurándome que ya no aguanta más antes de colocarle un preservativo y hacerlo mío.

Desciendo lentamente por última vez. Su miembro se abre camino cuidadosamente dentro de mí, yo marco el ritmo. Jadeo cuando me he empalado enteramente entorno a él, adaptándome a su grosor y tamaño. Empiezo a moverme, lo hago lentamente, intentando prolongar al máximo este momento, retenerle en más tiempo dentro de mi cuerpo y mi memoria.

En cuanto nuestros cuerpos ya han alcanzado el tope de sacudidas por una noche, ambos nos corremos a la vez. Disfruto viendo como se retuerce debajo de mí, como con las caderas intenta buscar más cabida en mi interior mientras alcanza el orgasmo. Sus músculos se tensan y se

sacuden a causa de involuntarios espasmos y yo simplemente retengo cada pequeño gesto, sonido, gemido y suspiro de amor que me dedica.

En esta ocasión me recompongo rápidamente, me separo de él, destapo sus ojos y empiezo a vestirme. No tardo mucho, pues tras recolocarme las medias, solo tengo que volver a abrocharme la gabardina.

-¿Qué haces?

James empieza a alterarse, mueve incansablemente sus manos intentando liberarse, pero haga lo que haga es en vano, he hecho los nudos a conciencia.

-Voy a soltarte. Solo una mano. -Aclaro acercándome a la cama- Para cuando consigas liberar la otra yo ya me habré ido.

-¿Por qué? ¿Qué clase de juego es este?

Agacho la cabeza. No quiero llorar, así que procuro no mirarle a los ojos mientras explico:

-No quiero volver a hacer esto James, simplemente ya no puedo.

-¿Qué ocurre Anna?

-¿Hasta cuando piensas que podremos seguir todo esto; escondiéndonos, engañándonos, haciéndonos daño? ¿no te das cuenta de que estamos metiéndonos en un fangal del que no vamos a poder salir?

-Suéltame y hablemos de esto con calma.

-No James, ya no. Todo está dicho, todo está claro. Espero que respetes mi decisión, al igual que yo respeto las tuyas.

-Esto es... -Vuelve a agitarse nervioso- Por favor Anna escúchame.

-Se acabó.

Deshago el nudo de su brazo izquierdo, me levanto y me encamino hacia la puerta.

-¡Anna!

Me llama desde dentro de la habitación pero yo ya estoy fuera y ahora sí lloro con ganas. Si es que al final me he enamorado, no tiene otro nombre, es lo que ha pasado y mira que siempre me repito el grave error que cometo dejándome envolver así por las situaciones, pero no hay manera, es la puta piedra en la que siempre tropiezo. ¿Por qué no puede ser sólo sexo? ¿Por qué necesito tener algo más?

Cuando llego a casa, mi teléfono no deja de sonar. Lo apago. Mañana no tendré más remedio que verle, pero hoy he ganado yo.



Me doy cuenta de que realmente tengo un problema cuando las profundas ojeras parecen ya una prolongación de mis ojos. Cuando la comida que ingiero no permanece más de diez minutos en mi estómago y empiezo a perder peso a una velocidad vertiginosa. Cuando ya no hay colores vivos en mi vestimenta habitual y el negro se ha convertido en mi único color. Cuando las noches no acogen un sueño plácido desde semanas y mi sonrisa perpetua parece haber pasado a mejor vida.

Oficialmente mi vida es un caos. Se hunde y yo con ella.

Lo peor de esta situación es encontrarme con James por casualidad y ver que su aspecto es igual de lamentable que el mío. Se ha dejado una espesa barba rubia, a lo capitán Pescanova, para intentar camuflar los evidentes signos de agotamiento y fatiga.

Así que un día decido que hasta aquí. ¡Se acabó este padecimiento continuo! Pero es que ni me reconozco: Esto no es una enfermedad, mis amigos están bien, mis padres siguen discutiendo sobre si es mejor las sardanas o el flamenco... ¿pues de qué me quejo?

Ha llegado el momento de sentarme y urdir un plan que vuelva a llevarme a la superficie. De hecho, quién sabe, incluso podría encontrar una isla paradisiaca.

Así que solo por ese pensamiento positivo, el primero en varias semanas, hoy me pongo mi impresionante vestido rojo que me queda increíblemente bien, me recojo el pelo en un moño descuidado y me pinto con todo el cuidado del mundo. Bueno, mira tú por dónde esos quilitos de menos me favorecen todavía más.

-Buenos días Anna... -Pol se gira siguiendo el contoneo de mis caderas- uuuffff, acabas de convertirte en mi mito erótico.

Me echo a reír.

-¿Y eso nos conviene Pol?

-No sé a ti, pero a mí... ¡ya te digo *mamaciata!*

Me meto en el ascensor, asciendo y voy hacia mi mesa como cada día. Sí, sé que soy el centro de todas y cada una de las miradas de la oficina, pero es que hoy, necesito sentirme especial y mi ropa me ayuda.

Vanessa me pregunta, intenta sonsacarme pero me esfuerzo en no ceder a su curiosidad dándole largas. Hoy tengo muchas cosas importantes

que hacer.

Sobre las doce descuelgo el teléfono y llamo a Claudia, necesito escuchar una voz amiga.

-¡Hola guapa! ¿Cómo te va?

-Hola Claudia, la verdad es que necesitaba hablar contigo, ¿cómo lo tienes?

-Bien. Estoy en el despacho ahora, todavía no ha venido nuestro cliente. ¿Qué pasa? ¿va bien la campaña? ¿ha obtenido los resultados esperados?

-¡Por supuesto! Todo va genial, las cifras se disparan mes a mes. Bueno, ya habrás visto que el dichoso anuncio no deja de salir por la tele.

-¡Sí! además hoy te he visto en el autobús. ¡Es genial, tu cara paseando por toda la ciudad!

-Madre mía... qué horror.

-¡Pero qué dices! es un gran honor Anna. ¿Qué tal lo llevas con los admiradores?

-Paso desapercibida, menos mal. A veces alguien se queda mirándome pero no se atreve a preguntar, aunque para tu información te diré que ya he firmado un autógrafo.

Se echa a reír.

-¡Qué crac! y bueno dime, ¿qué querías decirme?

-Pues verás... te he llamado porque necesito tu ayuda.

-¿Mi ayuda? ¡claro! ¿qué pasa?

-No puedo contarte ahora todos los detalles, estoy en la oficina, pero me gustaría preguntarte si podrías ayudarme a encontrar trabajo.

Silencio.

-Pero... ¿te ha pasado algo?

-No. Podría permanecer aquí, pero sinceramente, no me apetece. Necesito un cambio de aires, no sé si me entiendes...

-Lo cierto es que sí. Es por el señor Orwell ¿verdad?

Suspiro.

-No puedo explicarte ahora, pero sí, no vas muy desencaminada.

-Está bien. No te preocupes, a decir verdad sí puedo ayudarte.

-¿De verdad?

-Hace un par de semanas que andamos buscando una persona para recepción, nuestra última compañera... no aguantó la presión y se fue sin avisar. Andamos algo fatigados con las entrevistas y tal, pero en tu caso, no

haría falta que pasaras por ese proceso, ¿qué mejor cara para recibir a nuestros clientes que la de la modelo del anuncio de más audiencia que hemos tenido durante meses?

Me echo a reír.

-¿Estás segura Claudia? ¿de verdad que no te supondrá un problema contratarme?

-¡Qué va! si quieres trabajo aquí lo tienes, aunque verás, es una vacante que urge cubrir, no sé como lo tienes...

-¡Fenomenal! ¿me das una semana?

-No hay problema. Pero no puede ser mucho más Anna, o tendremos que ocupar el puesto, lo entiendes ¿verdad?

-Sí. -Aguento la risa tras la ilusión- Jolines, no sé cómo darte las gracias, has salvado mi vida.

-Pero como amiga mía que eres, hay algo que me veo en la obligación de decirte...

-¿Qué?

-El que será tu jefe, Manuel Soriano... digamos que no es muy amigable, se gasta una mala leche...

-Bueno, si solo es eso lo soportaré.

-No Anna, escucha, nunca encontramos a nadie que se quede el año entero, debo prevenirte.

-Mira, solo necesito salir de aquí, no me importa como sea mi jefe, lo soportaré, al menos el tiempo suficiente que tarde en encontrar otra cosa, si es que veo que es tan malo como tú dices.

-Entonces genial. Envíame tu currículum y empezamos a redactar tu contrato.

-Vale.

-¡No veas que ilusión tenerte por aquí! cuando se lo diga a Sofía se va a poner loca de contenta.

Me echo a reír.

-Te debo un gran favor.

-No me debes nada. Creo que yo misma estoy en deuda contigo.

Reímos un rato más, luego nos despedimos y colgamos.

Respiro hondo. Ahora ya está hecho lo más difícil. Tengo una semana para mudarme y lo más duro: avisar a mis padres de todo lo ocurrido. Quiero desaparecer, empezar de cero y no tener constantemente a James cerca, recordándome todo lo ocurrido. Sé que cuando me vaya



intentará buscarme, acudirá a todos los sitios y todas las direcciones que conoce por encontrarme, pero para cuando lo haga, yo ya habré desaparecido de su vida. Es lo que ambos necesitamos, porque quedarme es continuar haciéndonos daño.

Por la tarde llego a mi apartamento. Tiro las llaves en el recibidor y entro en el comedor. Me sorprende al ver a Mónica y a Raúl en el sofá, hablando con mis amigos. Todos ríen y se lo están pasando en grande.

-¡Pero bueno! ¿qué está pasando aquí?

-Hola Anna. Ven, siéntate.

Me acerco sonriente al sofá.

-¿Tenemos nuevo compañero de piso? -Pregunto sonriente-.

Se echan a reír.

-¡Qué dices! solo me faltaba eso... -Espeta Mónica de forma cómica-.

-Pues ahora que lo dices no sería tan mala idea, así tendría a alguien que me llevara al colegio por las mañanas.

Las carcajadas se desatan. ¡Me encanta el sentido del humor de este chico! tiene lo que tiene que tener para devolverle a Mónica cada una de sus patadas y eso es precisamente lo que le hace falta.

-Bueno, vamos a ponernos serios. -Espeta Lore poniéndose en pie de un salto- últimamente están pasando muchas cosas en esta casa. Elena y Carlos están en esa etapa empalagosa de arrumacos y diminutivos que tanto repelús produce a todo aquél que está cerca.

-¡Tonto! -Ríe Elena dándole un codazo mientras nos reímos de ella-.

-No, enserio, -Continua Lore- como vuelva a oír una vez más eso de: "cucuchino", "puchiflus" o algo por el estilo juro por Dios que me pego un tiro.

Volvemos a reír, no podría estar más de acuerdo con él, cuando empiezan con los calificativos cariñosos no sabes hacia dónde mirar para ocultar la vergüenza ajena que te hacen sentir.

-Por otro lado, nuestra Mónica está reviviendo su adolescencia perdida, aún recuerdo como la última vez profanaron nuestra cocina. Fue una imagen que mi cerebro tardará en poder borrar, os lo aseguro.

Nos reímos a mandíbula batiente, no tenía ni idea de eso y la sorpresa hace que no pueda dejar de reír mientras me los imagino en plena

faena sobre el mármol de granito.

-Y solo quedamos Anna y yo, solteros y sin compromiso. Esperando aún ese amor tan especial... -Sonrío, pero lo cierto es que en este momento me asalta la nostalgia- con esto quiero decir que las habitaciones de nuestro nuevo apartamento están ya asignadas.

-¿Cómo? -Preguntamos todos al unísono-

-He encontrado un piso perfecto, un dúplex en pleno centro de Sants, reformado. Dos baños. Tenemos hasta terraza para tomar el sol. La única pega es que solo tiene tres habitaciones, aunque eso sí, son enormes. Debido a las recientes circunstancias, es justo que tanto Elena, como Mónica disfruten de las que tienen más espacio y la cama más grande. Pero tú y yo, -Me mira poniendo cara de resignación- Creo que nos toca compartir la habitación de invitados, incluso dormir en la misma cama hasta que compremos otra.

Me echo a reír y le abrazo.

-¡Qué bien *puchiflus!* ¿y dime? ¿tendré el honor de ver esa enorme boa todas las noches?

Volvemos a reír y él me aparta fingiendo haberse escandalizado.

-Ya me lo temía yo ya... ¡no podría haberme tocado con la puritana de Elena!

-¡Oye guapo que yo he cambiado mucho, eh! te sorprenderías.

Volvemos a reír. Valoramos sus esfuerzos pero... no hay quien se lo trague.

-Bien. Pues dicho esto. Ahora viene lo mejor y el motivo por el que he dicho sí al propietario antes de consultároslo. ¡El precio! nos sale cien euros menos por cabeza y os aseguro que el piso es espectacular. Además, tiene portero automático y todo.

-¡No jodas! ¡mi sueño hecho realidad! -Vuelvo a abrazarle y siento como él me envuelve con sus fuertes brazos reconfortándome-.

-¿Cuándo empezamos con las mudanzas?

-Mañana mismo. Acabo de pagar el primer plazo.

Nos volvemos locas de contentas, un piso céntrico con terraza privada y soleado. Dos baños y portero automático, no podría ser mejor.

La fiesta en casa dura un poco más, los amigos y sus risas es la mejor medicina para recomponer un corazón herido.

Ahora solo falta por hacer lo más delicado: llamar a mis padres.

He esperado todo lo posible pero ya no puedo demorarlo más. Hace dos días que nos hemos mudado al nuevo apartamento, es una pasada, la verdad es que Lore no podría haber encontrado algo mejor al mismo precio. Además, el miércoles empiezo a trabajar para Taos, he conseguido que Claudia me deje un par de días más para acabar de organizar mi desaparición y pese a que estoy apurando al máximo, preparar una buena huída en tan poco tiempo es de lo más estresante.

Finalmente me decido a descolgar el teléfono y marcar el número de casa de mis padres.

La conversación, como imaginaba, es algo así como la batalla de Otumba versión dialéctica. Mi madre empeñada en reconfortarme y animarme, pese a que he intentado no mostrar ni un solo signo de tristeza, a veces pienso que ella nació con un sentido de más. Mi padre, en cambio, fuera de sí, maldiciendo y dando golpes de fondo mientras se caga en todos y cada uno de los familiares de James, vivos o muertos.

Tras una larga hora en la que he intentado vagamente tranquilizarles, decir que estoy bien, que estos cambios los inicio con mucha ilusión y van a ser buenos para mí, al final, se tranquilizan. Me prometen que si él intenta buscarme de algún modo ellos harán de escudo y ninguna palabra saldrá de sus labios. Incluso voy un poco más allá y consigo que mi padre prometa mantenerse en su lugar y no alterarse en caso de volver a verle. No sé yo si llegado el momento... pero hoy me vale.

En cuanto cuelgo, siento esa sensación de vacío indescriptible de siempre. Suerte que no estoy sola ni un minuto, mis amigos están dando la lata por ahí y las noches no me permito el lujo de pensar en James, pues Lore está ahí para desviar mis pensamientos con sus bromas o leves achuchones durante la noche. La verdad es que ellos hacen que todo sea mucho más llevadero.

Y un día se enlaza con el siguiente hasta que llega el último. Vanessa y Marcos de personal son los únicos que saben mi secreto. Me costó lo mío hacer que Marcos no revelara nada a James acerca de mi marcha, porque todos y cada uno de los contratos y despidos de esta empresa deben pasar primero por sus manos a raíz de aquella lista que elaboré hace ya tanto tiempo. Pero Marcos es leal, se llevará una buena bronca por mi culpa, pero es una persona justa además de muy intuitiva, a él no se le pasa, como a los demás, que entre el señor Orwell y yo ha habido algo más de lo que estamos dispuestos a revelar. Quizás fue el

primero en enterarse cuando por no despedirme a mí, James ordenó bloquear la lista de despidos entera. Pero su prudencia y profesionalidad le hizo guardarse únicamente para él sus certeras conclusiones.

Media hora antes de plegar para siempre de la empresa en la que he invertido gran parte de mi vida, me veo en la obligación de despedirme de él a mi manera. Lo necesito. Así que cojo los papeles que faltan por firmar de los últimos contratos como pretexto y llamo, prudente, a su despacho.

Entro dentro tras su fría y seca respuesta. Me quedo congelada cuando veo que mira por la ventana sin tan si quiera dignarse a dar la vuelta. Camino despacito hacia él, sin atreverme a pronunciarle. Antes de que logre verle el rostro, él se ha afanado por limpiar sus ojos con las manos, posiblemente intentando borrar el evidente signo de llanto.

-James...

Tras escuchar mi voz se gira sorprendido. Es la primera vez que estamos solos desde nuestro último encuentro en el hotel, Vanessa es la que se ha encargado de llevar los documentos a su despacho y atender sus últimas demandas, por lo tanto verme ahora frente a él, le descoloca.

-¿Estás bien? -me atrevo a preguntar con la voz rota-

Me duele tanto verle así, casi más que sentir el sufrimiento que él me ocasiona. Y esta es una prueba más de por qué no podemos estar juntos. Solo hay que vernos, parecemos los únicos supervivientes de una hecatombe nuclear.

Me dedica una frágil sonrisa mientras busca mi mirada de esa forma tan suya... sí, definitivamente esto también lo voy a echar de menos.

-He venido a entregarte eso. -Señalo los papeles que he dejado sobre su mesa-

-Gracias.

No sé qué más hacer, no se puede decir que él me dé mucho pie tampoco.

Suspiro y regreso a su rostro. Está tan diferente... lleva la ropa que compramos juntos en Madrid que tan bien le sienta, pero su cabello revuelto y esa barba tan descuidada... hace que parezca otra persona. No aguanto más, siento el fuerte impulso de tocar, no tanto para calmar su aflicción como para acariciar ese rostro peludo tan inusual. Ascendo la mano sin temblar y finalmente le acaricio. No se mueve, simplemente me mira mientras mi mano abarca la longitud de su mejilla y percibe todo ese

calor adicional que emana el vello.

Su rostro sereno se recuesta sobre mi palma y ese gesto me produce una fuerte presión en el estómago. Me obligo a mirarle a los ojos, al menos una última vez más, después de todo, este hombre ha sido importante en mi vida, me ha hecho vivir buenos momentos y me ha demostrado mucho sin estar cien por cien por mí.

Entonces decido terminar esta historia de la misma forma en la que se ha iniciado, es justo que tenga un digno final por lo poco que nos ha unido, así que me pongo de puntillas para luego dejarme caer, vacilante, sobre sus labios. Y como en aquella discoteca la primera vez que le besé, él está rígido, se resiste. Pero yo insisto con un sutil ataque de besitos cortos, presiono su labio inferior fugazmente con mis dientes y vuelvo a investirle sin amilanarme por su frialdad. Ahora ese viejo dicho que dice que donde hubo fuego quedan los rescoldos, cobra todo su sentido. Sus sentimientos resurgen, me corresponde y se pega más a mí buscando el consuelo que únicamente yo puedo proporcionarle.

Mis manos desesperadas se aferran a su duro cuello tirando de él hacia abajo para seguir besándole, nuestras lenguas se traban y siento que vuelvo a derretirme, de repente no me importa la situación, el sitio, su barba o todas las complicaciones que rodean su vida, de hecho, incluso mi mente ha encerrado al bicho palo en una jaula electrificada para que no nos moleste ahora.

Pero en todo momento soy consciente y no me permito el lujo de dejarme llevar completamente, la voz de mi subconsciente chilla demasiado alto para eso, así que poco a poco disminuyo la intensidad de nuestro encuentro y me separo.

Punto y final.

-Adiós James.

Me mira extrañado mientras se yergue y vuelve a colocarse frente a la ventana mirando hacia la nada.

-Hasta luego Anna.

Cierro la puerta con cuidado. Me pica la nariz mientras siento como la vista se torna borrosa. Entonces el teléfono de mi bolsillo comienza a vibrar, lo cojo y lo desbloqueo para mirar la pantalla.

»¿Vas a decirme que no?«

Junto al mensaje hay una foto de una mano sosteniendo un par de mosquetones con sus respectivas cuerdas y el primer plano de una enorme

montaña rocosa, tras esta, un amanecer anaranjado donde las nubes se han unido formando un entramado de escamas.

Se me escapa una superficial sonrisa al tiempo que trago saliva y sin poder controlarlo, mis dedos, más rápidos que mis pensamientos, se apresuran a contestar ese mensaje. Franco no tarda en responder transmitiéndome toda su felicidad por mi por mi respuesta. Por primera vez empiezo a cuestionarme si tal vez no habré sido algo cruel con él, pero estoy dispuesta a poner remedio, de hecho puede que no haya mejor momento que este para eso.

Esa misma tarde, al salir de la oficina cargada con mis escasas pertenencias, me reúno con mis compañeros de piso, Vanessa, Marcos y Pol para ir a celebrar mi cambio de vida.

Brindamos, reímos y nadie deja que me derrumbe. Cuando a punto estoy de ceder, uno de ellos me sostiene recordándome que este no es el fin del mundo, sino más bien el comienzo, se podría decir que por fin la mariposa ha salido de la crisálida y ahora vuela sola sin rumbo fijo. Eso sí, después de todos sus padecimientos como oruga, ahora luce mejor aspecto que nunca. Seguro que desde hoy, todo le va mucho mejor, pues quizás ha aprendido la lección más importante de todas:

"Tal vez lo más importante sea buscar el amor y hay que huir de las tentaciones únicamente sexuales porque no acaban de aportar todo lo que un corazón femenino necesita realmente. Aunque mientras tanto, huiremos de las tentaciones despacio, para que puedan alcanzarnos."

Se me escapa la risa y doy un último trago a mi copa hasta dejarla vacía, por lo que se ve, no he aprendido tanto como creía...

